

JEFF LINDSAY

DEXTER

EL ASESINO EXQUISITO



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Mientras contempla a su hija recién nacida en la maternidad de un hospital de Miami, Dexter Morgan siente que por primera vez podría renunciar al Oscuro Pasajero, la voz que desde su adolescencia le ha llevado a perseguir y asesinar a aquellos criminales que escapaban a la acción de la justicia. Pero una llamada de su hermana le devuelve a la realidad: la joven Samantha Aldovar ha desaparecido dejando una habitación empapada en sangre... y las primeras pistas apuntan a una banda de caníbales que podría liderar Bobby Acosta, hijo de un influyente político de la ciudad. Y esa no es la única sorpresa que aguarda a nuestro héroe...

Dexter, el asesino exquisito es la quinta entrega de uno de los más logrados personajes de la cultura popular de este siglo, protagonista además de una exitosa serie de televisión que suma ya siete temporadas. Sólo hay algo peor que no conocer a Dexter Morgan: conocerlo con un bisturí de por medio.

L  LIBROS

Jeff Lindsay

Dexter, el asesino exquisito

Dexter - 5

Para Hilary, como siempre

Agradecimientos

No sería posible escribir estos libros sin la generosa ayuda de algunas personas maravillosas que trabajan en la medicina forense. En particular, me gustaría dar las gracias a Samantha Steinberg, Sharon Plotkin y Lisa Black. Si he cometido alguna equivocación, es porque no les consulté.

También me siento agradecido por el continuo apoyo de mi editor estadounidense, Jason Kaufman, cuya sabia guía y estímulo paciente con estos libros ha sido esencial, algo que aprecio sobremanera. Dexter jamás habría cobrado vida sin mi agente, Nick Ellison. Gracias, san Nick.

Como siempre, Bear, Pookie y Tink, por quienes vale la pena todo, aportaron apoyo vital y bienestar general.

Esta parte del hospital se me antoja un país extranjero. Aquí no existe esa sensación de campo de batalla, no hay equipos quirúrgicos vestidos con pijamas manchados de vísceras, que intercambian comentarios ingeniosos sobre partes del cuerpo desaparecidas, no hay administradores de ojos acerados con sus tablillas, ni manadas de borrachuzos en sillas de ruedas, y sobre todo, no hay rebaños de ovejas de ojos desorbitados acurrucadas unas contra otras, temerosas de lo que pueda salir por las puertas dobles de acero. No hay hedor a sangre, desinfectante y terror. Los olores son más amables, más hogareños. Hasta los colores son diferentes: más suaves, más en tonos pastel, sin el apagado utilitarismo de las paredes que se ven en otras partes del edificio. De hecho, en ninguna parte se detectan las escenas, los sonidos y los pavorosos olores que he llegado a relacionar con hospitales, en absoluto. Sólo la multitud de hombres con ojos como platos parados ante el ventanal, y ante mi infinita sorpresa, yo soy uno de ellos.

Nos mantenemos juntos, apretujados alegremente contra el cristal, y dejamos sitio de buena gana a cualquier recién llegado. Blancos, negros, mulatos. Latinos, afroamericanos, asioamericanos, criollos... Da igual. Todos somos hermanos. Ni sonrisas sarcásticas, ni ceños fruncidos. Nadie parece preocupado por recibir un codazo accidental en las costillas de vez en cuando, y nadie, lo más asombroso de todo, parece alimentar ideas violentas contra los demás. Ni siquiera yo. En cambio, estamos todos congregados ante el cristal, contemplando ese tópico milagroso que hay en la habitación de al lado.

¿Son seres humanos? ¿Es posible que esto sea el Miami en el que he vivido siempre? ¿O bien un extraño experimento físico ocurrido en el acelerador de partículas subterráneo nos ha enviado a todos a vivir en Mundo Bizarro, donde todo el personal es bueno, tolerante y feliz siempre?

¿Dónde está la jubilosa turba homicida de anteayer? ¿Dónde están los amigos armados hasta los dientes, pasados de revoluciones, medio enloquecidos y dispuestos a matar de mi juventud? ¿Ha cambiado todo, se ha evaporado, volatilizado para siempre a la luz de aquella ventana?

¿Qué fantástica visión aparecida al otro lado del cristal ha hechizado un pasillo lleno de humanos normales, malvados, dispuestos a romper caras y partir cuellos, y los ha transformado en una pandilla de memos sosainas y babeantes?

Incrédulo, vuelvo a mirar, y allí están. Todavía. Cuatro pulcras hileras de diminutos seres lloriqueantes rosados y morenos, tan pequeños, arrugados e inútiles..., y no obstante son ellos quienes han convertido a esta peña de humanos sanos ansiosos por matar en un manchurrón medio derretido de impotencia babeante. Y como colofón de este potente truco de magia, todavía más absurdo, dramático e increíble, uno de esos diminutos bultos rosados se ha apoderado de

nuestro Diletante Oscuro, el Decididamente Horripilante Dexter, y también le ha transformado en una cosa de barbilla silenciosa, meditabunda y babosa. Yace ahí, agitando los dedos de los pies en dirección a los fluorescentes, ajeno por completo al milagro que ha realizado (ajeno, en realidad, incluso a los dedos que agita, porque es el absoluto Avatar de la Inconsciencia), y no obstante, fijaos en lo que ha conseguido con sus meneos irreflexivos e inconscientes. Fijaos en ese pequeño y húmedo prodigio de olor agrio que lo ha cambiado todo.

Lily Anne.

Tres sílabas breves y muy corrientes. No parece que posean ningún significado real, y sin embargo, encadenadas y atribuidas al bulto diminuto de carne que se agita sobre su pedestal, han obrado la magia más poderosa de todas. Han convertido a Dexter Muerto Durante Décadas en algo provisto de un corazón que late y bombea vida auténtica, algo que casi siente, que casi semeja un ser humano...

Ahí está: agita una pequeña y poderosa mano, y la Cosa Nueva que habita en el interior de Dexter saluda a su vez. Algo se revuelve y asciende hacia la cavidad torácica, rebota en las costillas y ataca los músculos faciales, que ahora se despliegan en una espontánea y poco practicada sonrisa. Dios del cielo, ¿ha sido eso una emoción? ¿He caído tan bajo, y tan deprisa?

Sí, por lo visto sí. Y otra vez.

Lily Anne.

—¿El primero? —pregunta una voz a mi lado, y miro a la izquierda, deprisa, como para no perderme un solo segundo del espectáculo que tiene lugar al otro lado del ventanal. Es un latino corpulento con tejanos y una camisa de trabajo limpia, con la palabra MANNY cosida sobre el bolsillo.

—Sí —contesto, y él asiente.

—Yo tengo tres —afirma, y sonríe—. Nunca me canso de mirarlos.

—No —digo, y miro de nuevo a Lily Anne—. Es imposible.

Ahora está moviendo la otra mano... ¡y ahora las dos al mismo tiempo! Una niña extraordinaria.

—Dos chicos. —Menea la cabeza y añade—: Y al final, una niña. —Por el tono de su voz, deduzco que este pensamiento le hace reír y le dedico otra mirada subrepticia. Por supuesto, su rostro alberga una expresión de dichoso orgullo que parece casi tan estúpida como la mía—. Los chicos pueden ser muy tontos. Esta vez tenía muchas ganas de que fuera una niña, y...

Su sonrisa se ensancha todavía más, y nos quedamos allí durante varios minutos en un silencio cómplice, contemplando a nuestras alegres y hermosas hijas a través del cristal.

Lily Anne.

Lily Anne Morgan. El ADN de Dexter, que vivirá y surcará el tiempo hasta formar parte de otra generación, y continuará hasta el futuro lejano, un día más

allá de la imaginación, provisto de la mismísima esencia de todo cuanto soy, a la que conducirá lejos del alcance de la muerte, corriendo hacia el mañana envuelto en los cromosomas de Dexter..., y con un aspecto estupendo. O al menos, eso le parece al chalado de su padre.

Todo ha cambiado. Un mundo que incluya a Lily Anne Morgan me resulta desconocido por completo: más bonito, más limpio, de bordes más nítidos, colores más brillantes. Todo sabe mejor ahora, hasta la barra de Snickers y el café de máquina, lo único que he tomado en veinticuatro horas. El sabor del caramelo era mucho más sutil que nunca, y el café sabía a esperanza. La poesía fluye a mi cerebro gélido y resbala hasta mis dedos, porque ahora todo es nuevo y maravilloso. Y mucho más allá del sabor del café se halla el sabor de la vida. Ahora hay algo que alimentar, proteger y en lo cual deleitarse. Y acude la idea mucho más que peregrina de que quizá ya no sea necesario alimentar la vida con este terrible y sombrío frenesí de goce que me ha definido hasta este momento apocalíptico. Tal vez el mundo de Dexter debería morir ahora, y un nuevo mundo de deleite rosáceo surgirá de sus cenizas. ¿Y la antigua y terrible necesidad de degollar ovejas y esparcir los huesos, de arrasarlo la noche perversa como una trilladora, de sembrar la luz de la luna con las diminutas sobras del Deseo Oscuro de Dexter? Tal vez haya llegado el momento de librarse de él, de dejar que se vacíe hasta que desaparezca por completo.

Lily Anne ha llegado y quiero ser diferente.

Quiero ser mejor de lo que he sido.

Quiero abrazarla. Quiero sentarla en mi regazo y leerle a Christopher Robin y el doctor Seuss. Quiero cepillarle el pelo, y enseñarle a utilizar la pasta de dientes, y ponerle tiritas en las rodillas. Quiero estrujarla al caer el sol en una habitación llena de cachorrillos, mientras la banda ataca «Cumpleaños feliz», y verla llegar a una hermosa y maravillosa edad adulta en la que haya cura para el cáncer y se compongan sinfonías, y para conseguir eso no puedo ser lo que he sido siempre, y ya me conviene, porque me he dado cuenta de otra cosa importante.

Ya no quiero volver a ser Dexter el Oscuro.

La idea no es tanto una sorpresa como una conclusión. He vivido avanzando en una dirección, y ahora he llegado a mi destino. Ya no necesito hacer aquellas cosas. Sin remordimientos, pero ya no son necesarias. Ahora tengo a Lily Anne, y ella se impone a todos aquellos ballets en la oscuridad. ¡Es hora de continuar adelante, de evolucionar! Hora de abandonar caído en el polvo a Dexter el Viejo Demonio. Esa parte de mí ya está completa, y ahora...

Ahora resuena una menuda y muy amarga nota en el coro de la felicidad de Dexter. Algo no va bien. Cerca, un leve destello de la antigua vida malvada brilla a través del resplandor rosado de la nueva, y un seco repiqueteo de escamas chirría en el corazón de la nueva melodía.

Alguien me está vigilando.

La idea llega como un susurro sedoso, casi una risita. Como siempre, el Oscuro Pasajero se divierte tanto por la coincidencia temporal como por el sentimiento, pero la advertencia es certera, y me vuelvo con mucha indiferencia y cautela, la sonrisa cosida en su sitio al viejo estilo postizo, y exploro el pasillo que se extiende a mi espalda, primero a la izquierda, hacia las máquinas expendedoras. Un anciano, la camisa embutida en los pantalones de cintura demasiado alta, se apoya contra la máquina de refrescos con los ojos cerrados. Una enfermera pasa a su lado sin verlo.

Me vuelvo y miro a la derecha, hasta donde el pasillo acaba en una « T », que por una parte conduce a una hilera de habitaciones y por la otra a los ascensores. Y allí está, tan claro como un eco en una pantalla de radar, o lo que queda del eco, porque alguien está doblando la esquina en dirección a los ascensores, y sólo puedo ver la mitad de su espalda cuando se escabulle. Pantalones color tostado, camisa a cuadros verdosa y la suela de una zapatilla de deporte, y se esfuma sin dejar ninguna explicación de por qué me estaba vigilando, pero sé que lo estaba haciendo, algo confirmado por la sonrisa de hiena que rezuma del Pasajero, como si dijera: *Ah, vaya, ¿qué vamos a dejar atrás?*

No se me ocurre ningún motivo en este mundo, o en otro, de que alguien pudiera interesarse en este humilde servidor. Mi conciencia está lo más limpia y vacía posible, lo cual significa, por supuesto, que siempre he llevado a cabo una limpieza a fondo, y que, en cualquier caso, mi conciencia posee la misma rotunda realidad de un unicornio.

Pero alguien me estaba vigilando, sin la menor duda, y esto es muy molesto, porque no se me ocurre ninguna razón de peso, y además positiva, de que alguien quiera vigilar a Dexter el Sosainas, y ahora debo pensar que cualquier amenaza a Dexter puede suponer también un peligro para Lily Anne, y esto es algo que no puedo permitir.

Y por supuesto, el Pasajero considera todo esto muy divertido, el que unos momentos antes estuviera olfateando los brotes prometedores de la primavera y abjurando del destino de la carne, y ahora me encuentre de nuevo en plena forma y ansioso por matar..., pero esto es diferente. No se trata de homicidio recreativo. Se trata de proteger a Lily Anne, e incluso después de estos primerísimos momentos de vida, arrancaré las venas de muy buen grado a cualquier cosa que se le acerque, y con ese pensamiento consolador me encamino hacia la esquina del pasillo y echo un vistazo hacia el ascensor.

Pero no hay nada. El pasillo está desierto.

Sólo tengo unos segundos para echar un vistazo, tiempo apenas suficiente para disfrutar de mi silencio boquiabierto, y mi móvil se pone a vibrar sobre la cadera. Lo extraigo de su funda y miro el número. Es la sargento Deborah, mi familia adoptiva, mi hermana policía, que sin duda llama para hacerme mimitos por la llegada de Lily Anne y ofrecerme sus mejores deseos fraternales. De modo que

contesto al teléfono.

—Hola —digo.

—Dexter, nos ha caído encima una tormenta de mierda y te necesito. Ven aquí enseguida.

—No estoy de servicio. Tengo permiso de paternidad.

Pero antes de que pueda tranquilizarla y confirmar que Lily Anne está sana y guapa, y que Rita se halla sumida en un sueño profundo al final del pasillo, me da la dirección y cuelga.

Volví para despedirme de Lily Anne. Agitó los dedos de los pies, con bastante ternura, me pareció, pero no dijo nada.

La dirección que Deborah me había dado estaba en la parte vieja de Coconut Grove, lo cual significaba que no había rascacielos ni casetas de vigilancia. Las casas eran pequeñas y extrafalarías, y todos los árboles y arbustos crecían hacia arriba y hacia fuera, hasta formar un frondoso motín verde que ocultaba casi todo, salvo la carretera. La calle era pequeña y oscurecida por el dosel de altos banianos, y apenas quedaba sitio para maniobrar mi coche entre la docena o así de vehículos oficiales que ya habían llegado y ocupaban todas las plazas de aparcamiento. Conseguí encontrar un hueco al lado de un bambú descontrolado que se encontraba a una manzana de distancia. Embutí el coche y volví a pie con mi equipo de salpicaduras de sangre. Se me antojó más pesado de lo habitual, pero tal vez se debía a que Lily Anne me estaba sorbiendo las energías.

La casa era modesta y estaba casi oculta por la vida vegetal. Tenía un tejado liso e inclinado, de los que habían sido «modernos» cuarenta años antes, y delante había un pedazo de metal raro y retorcido que debía ser una escultura de algún tipo. Se alzaba sobre un charco de agua, y al lado una fuente lanzaba un chorro. En conjunto, era la viva imagen de Old Coconut Grove.

Observé que algunos coches aparcados delante parecían proceder del parque móvil federal, y en efecto, cuando entré había un par de tipos con traje gris entre los uniformes azules y las guayaberas de tonos pastel del equipo local. Todos pululaban en grupitos, una especie de movimiento coloidal compuesto de conjuntos: algunos jugaban a preguntas y respuestas, otros eran forenses, y los demás se limitaban a mirar a su alrededor, en busca de algo importante que justificara el gasto de haberse desplazado en coche hasta aquí para plantarse en una escena del crimen.

Deborah estaba en un grupo cuya mejor descripción sería «agresivo», cosa nada sorprendente para quienes la conocen y aman. Plantaba cara a dos de los trajeados, uno de ellos una agente del FBI que yo conocía, la Agente Especial Brenda Recht. Mi némesis, el sargento Doakes, la había azuzado contra mí cuando el intento de secuestro de mis dos hijastros, Cody y Astor, había fracasado. Incluso imbuida de la eficaz paranoia del sargento, no había conseguido demostrar nada contra mí, pero sí se había mostrado de lo más suspicaz, y yo no deseaba reanudar mi relación con ella.

A su lado había un hombre que sólo puedo describir como un federal genérico, con traje gris, camisa blanca y relucientes zapatos negros. Ambos estaban mirando a mi hermana, la sargento Deborah, además de otro hombre al que no conocía. Era rubio, de un metro ochenta de alto, musculoso y absurdamente apuesto, en un estilo tosco y masculino, como si Dios hubiera cogido a Brad Pitt y decidido convertirle en alguien apuesto de verdad. Estaba mirando una lámpara de pie, mientras Deborah le espetó algo contundente a la

Agente Especial Recht. Cuando me acerqué, Deborah alzó la vista y me miró.

—¡Mantenga alejados a sus malditos esbirros de mi escena del crimen! — chilló—. Tengo trabajo de verdad que hacer. —Dio media vuelta y me tomó del brazo—. Ven. Echa un vistazo a esto.

Deborah me arrastró hacia la parte posterior de la casa, mientras mascullaba «Putos federales» para sí, y como yo estaba tan henchido de amor y comprensión, debido al rato que había pasado en la maternidad, pregunté:

—¿Para qué han venido?

—¿Para qué? —bramó Deborah—. Creen que se trata de un secuestro, lo cual lo convierte en un delito federal. Lo cual imposibilita que haga mi trabajo y averigüe si es secuestro, con todos esos capullos y sus jodidos Florsheims paseando de un lado a otro. Aquí.

Cambió de marcha con gran delicadeza y me empujó al interior de una habitación situada al final del pasillo. Camilla Figg ya había llegado, y reptaba sobre el suelo a cuatro patas muy despacio, por el lado derecho de la habitación, evitando por completo el izquierdo. Muy buena idea, porque el lado izquierdo de la habitación estaba tan salpicado de sangre que daba la impresión de que un animal de gran tamaño hubiera estallado. La sangre brillaba, todavía húmeda, y experimenté una punzada de tristeza debido a la cantidad de materia atroz.

—¿A ti te parece esto un secuestro? —preguntó Deborah.

—Muy poco eficaz —contesté, mientras contemplaba la gigantesca mancha de sangre—. Se dejaron casi la mitad de la víctima.

—¿Qué puedes decirme?

Miré a mi hermana, algo irritado por la suposición de que sabría lo que había sucedido al instante, a primera vista, debido a alguna especie de instinto.

—Al menos, deja que lea las cartas del tarot. Los espíritus han de venir desde muy lejos para hablar conmigo.

—Pues díles que se den prisa. Tengo a todo el departamento echándome el aliento en el cuello, aparte de los federales. Venga. Dex, seguro que puedes decirme algo. Extraoficialmente.

Contemplé la gran mancha de sangre, la que empezaba en mitad de la pared sobre la cama y continuaba en todas direcciones.

—Bien, extraoficialmente, parece más una partida de *paintball* que un secuestro.

—Lo sabía —dijo Deborah, y después frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

Indiqué la mancha roja de la pared.

—Sería muy difícil que un secuestrador infligiera una herida capaz de hacer eso. A menos que levantara a la víctima y la arrojara contra la pared a unos sesenta kilómetros por hora.

—Es una chica.

—Da igual. La cuestión es que, si se trata de una niña lo bastante pequeña

para poder lanzarla por los aires, perdió tanta sangre que estará muerta.

—Tiene dieciocho años. Casi diecinueve.

—En ese caso, suponiendo que sea de tamaño normal, no creo que sea conveniente detener a alguien capaz de tirarla con tanta fuerza. Si le disparas, es posible que se irrite y te arranque los brazos.

Deborah continuaba con el ceño fruncido.

—Estás diciendo que todo esto es una farsa.

—Parece sangre real.

—Entonces, ¿qué significa?

Me encogí de hombros.

—Oficialmente, es demasiado pronto para decirlo.

Me dio un puñetazo en el brazo. Me dolió.

—No seas capullo —me reconvino.

—Ay.

—¿Estoy buscando un cadáver, o a una adolescente sentada en el centro comercial y sonriendo con suficiencia a los polis gilipollas? O sea, ¿de dónde sacaría una cría tanta sangre?

—Bien —aventuré esperanzado, pues no deseaba pensar en aquello—, es posible que no sea sangre humana.

Deborah contempló la sangre.

—Claro. Por supuesto. Coge una jarra llena de sangre de vaca o algo por el estilo, la arroja contra la pared y se larga. Está engañando a sus padres para sacarles dinero.

—Extraoficialmente, es posible. Al menos, déjame analizarla.

—He de decir algo a esos capullos.

Carraspeé y llevé a cabo mi mejor imitación del capitán Matthews.

—A la espera de los análisis y del trabajo de laboratorio, existe una auténtica posibilidad de que, mmm..., tal vez la escena del crimen no sea... la prueba de un crimen real.

Me golpeó en el brazo de nuevo, en el mismo sitio, y esta vez me hizo más daño.

—Analiza esa sangre —dijo Deborah—. Deprisa.

—No puedo hacerlo aquí. He de llevar un poco al laboratorio.

—Pues recógela.

Levantó el puño para asestar otro golpe demoledor, y me enorgullecí de la agilidad con que me puse fuera de su alcance, aunque estuve a punto de empotrarme contra el modelo masculino que había estado a su lado mientras hablaba con los federales.

—Perdón —dije.

—Ah —intervino Deborah—, éste es Deke. Mi nuevo compañero.

Pronunció la palabra «compañero» de una manera que sonó como

«hemorroides».

—Encantado de conocerte —dije.

—Sí, claro —contestó Deke.

Se encogió de hombros y se retiró a un lado, desde el cual podía contemplar el trasero de Camilla mientras iba avanzando centímetro a centímetro sobre el suelo, y Deborah me dirigió una mirada muy elocuente, que comunicaba muchas palabrotas sobre su nuevo compañero.

—Deke acaba de llegar de Syracuse —continuó Deborah, con una voz lo bastante agradable para descascarillar pintura—. Quince años en el cuerpo, buscando motonieves robadas. —Deke volvió a encogerse de hombros sin mirar—. Y como yo fui tan descuidada de perder a mi último compañero, decidieron castigarme con él.

El hombre alzó un pulgar, y después se agachó para ver qué estaba haciendo Camilla. Ella empezó a enrojecer de inmediato.

—Bien —dije—, espero que trabaje mejor que el detective Coulter.

Coulter, el anterior compañero de Deborah, había resultado muerto durante la realización de una *performance* artística mientras Deborah estaba en el hospital, y aunque su funeral había sido muy bonito, yo estaba seguro de que el departamento tenía bajo observación a Deborah, puesto que desaprobaban a los policías que adquirirían la costumbre de ser descuidados con sus compañeros.

Deborah se limitó a menear la cabeza y masculló algo que no entendí del todo, si bien capté varias consonantes duras. Y como siempre procuro llevar alegría adonde voy, cambié de tema.

—¿Quién se supone que es? —pregunté, e indiqué con un cabeceo la gigantesca mancha de sangre.

—La chica desaparecida se llama Samantha Aldovar —replicó Deborah—. Dieciocho años, va a ese colegio de niños ricos, Ransom Everglades.

Paseé la vista alrededor de la habitación. Aparte de la mancha de sangre, era una habitación anodina: un escritorio con una silla, un ordenador portátil que parecía anticuado, una base de iPod. En una pared, que por fortuna no había resultado salpicada, había un cartel siniestro de un joven pensativo. Debajo se leía TEAM EDWARD, y más abajo, CREPÚSCULO. Había ropas de aspecto agradable colgadas en el armario, pero nada extraordinario. Ni la habitación ni la casa daban la impresión de pertenecer a alguien lo bastante rico para ir a un colegio de secundaria privado, pero cosas más raras se han visto, y no vi extractos de cuentas bancarias pegados en las paredes.

¿Estaba fingiendo Samantha su propio secuestro para sacar dinero a sus padres? Era un ardid sorprendentemente común, y si la chica desaparecida había estado rodeada de chicos ricos todo el día, tal vez hubieran ejercido presión sobre ella para que se comprara unos tejanos de diseño. Los chicos pueden ser muy crueles, benditos sean. Sobre todo con alguien que no puede permitirse un jersey

de quinientos dólares.

Pero la habitación no me revelaba nada definitivo, ni en un sentido ni en otro. El señor Aldovar podía ser un multimillonario proclive a la reclusión, capaz de comprar todo el barrio mientras volaba a Tokio para comer *sushi*. O quizá sus medios económicos eran muy modestos y el colegio proporcionaba algún tipo de ayuda económica a Samantha. Daba igual. Lo único que importaba era extraer algún significado de aquella horrible mancha de sangre y limpiarla.

Caí en la cuenta de que Debs me estaba mirando expectante, y en lugar de arriesgarme a recibir otro porrazo fulminante en el tríceps, la saludé con un cabeceo y me puse en vigorosa acción. Dejé mi maletín sobre el escritorio y lo abrí. La cámara estaba encima, y tomé una docena de fotos de la mancha de la pared y la zona circundante. Después volví a mi maletín, saqué un par de guantes de látex y me los calcé. Cogí un trozo de algodón grande de una bolsa de plástico y un tarro para sostenerlo y me acerqué con cautela a la lustrosa salpicadura de sangre.

Localicé un lugar donde era gruesa y estaba todavía húmeda y giré poco a poco el extremo del algodón sobre ella hasta levantar una cantidad suficiente de la materia atroz para convertirla en una muestra útil. Después introduje con cuidado el algodón en el bote, lo cerré y me alejé del desastre. Deborah continuaba mirándome, como si estuviera buscando un punto blando donde golpear, pero cuando la miré su rostro se suavizó un poco.

—¿Cómo está mi sobrina? —preguntó, y la espantosa mancha roja de la pared se transformó en un maravilloso fondo rosa.

—Más que asombrosa —contesté—. Todos los dedos de las manos y los pies en el lugar correcto, y absolutamente preciosos.

Por un momento, algo más cruzó por la cara de mi hermana, algo que parecía un poco más sombrío que la idea de una sobrina perfecta. Pero antes de que pudiera deducir qué era, la sempiterna expresión de mala leche se instaló de nuevo.

—Estupendo —dijo Deborah, e indicó con un cabeceo la muestra que yo sostenía—. Haz que la analicen y no te pares a comer —concluyó, y dio media vuelta.

Cerré mi maletín y seguí a Debs por el pasillo hasta la sala de estar. A la derecha, el capitán Matthews había llegado y ocupado una posición donde todo el mundo pudiera ver que estaba en la escena, dispuesto a impartir justicia de manera implacable.

—Mierda —refunfuñó Deborah, pero cuadró la mandíbula y fue hacia él, tal vez para asegurarse de que no pisara a un sospechoso. Me habría encantado presenciar la escena, pero el deber me llamaba, de modo que me desvié hacia la puerta de la calle y encontré a la Agente Especial Brenda Recht interponiéndose en mi camino.

—Señor Morgan —dijo, al tiempo que ladeaba la cabeza y enarcaba una ceja, como si no estuviera muy segura de llamarme así o algo más familiar, como « culpable» .

—Agente Especial Recht —repliqué con bastante amabilidad, teniendo en cuenta todo—. ¿Qué la trae por aquí?

—¿La sargento Morgan es su hermana? —prosiguió, sin contestar a mi pregunta.

—Exacto —contesté de todos modos.

La Agente Especial Recht me miró, y después desvió la vista hacia Deborah, que estaba hablando con el capitán.

—Menuda familia —comentó, y se encaminó hacia su compañero de aspecto genérico.

Pensé en varias réplicas estupendas que la habrían puesto en su sitio, pero al fin y al cabo su sitio estaba varios escalones por encima del mío en la cadena alimenticia, de modo que me limité a decir a su espalda:

—Que tenga un buen día. —Luego salí por la puerta en dirección a mi coche.

La prueba que debía llevar a cabo para averiguar si se trataba de sangre humana era básica, sencilla y relativamente rápida, de modo que me paré a comer aunque Deborah me lo hubiera prohibido. Para no pasarme, no fue más que un bocadillo para llevar, pero, al fin y al cabo, casi había perecido de hambre en el hospital, y había huido del lado de Lily Anne para trabajar en un día de asueto, de manera que un pequeño bocadillo cubano no me pareció demasiado. De hecho, se me antojó casi inexistente, y lo terminé en el coche incluso antes de salir de la I-95, pero llegué a mi pequeño laboratorio de mucho mejor humor.

Vince Masuoka estaba en el laboratorio, examinando algo bajo un microscopio. Alzó la vista cuando entré y parpadeó varias veces.

—Dexter —dijo—. ¿La niña está bien?

—Mejor que nunca —contesté, una combinación de verdad y poesía que me complació más de lo que habría debido.

Por lo visto, Vince no quedó convencido. Me miró con el ceño fruncido.

—No deberías estar aquí.

—Solicitaron el placer de mi compañía.

Volví a parpadear.

—Ah. Tu hermana, ¿eh? —Meneó la cabeza, y volvió a inclinarse sobre el microscopio—. Hay café recién hecho.

Tal vez el café estuviera recién hecho, pero al parecer los granos habían estado reposando en una cuba de productos químicos tóxicos durante varios años, porque el brebaje era lo más cercano a imbebible que puede resultar algo sin dejar de ser líquido. De todos modos, la vida es una serie de pruebas, y sólo los más aptos sobreviven, de modo que bebí una taza de la horrorosa pócima sin lloriquear, mientras analizaba la muestra de sangre. Teníamos varios frascos de antisuero en el laboratorio, así que sólo fue cuestión de añadir mi muestra a uno de ellos y remover los dos juntos en un tubo de ensayo. Acababa de terminar cuando sonó mi móvil. Durante un breve e irracional segundo, pensé que tal vez me llamaba Lily Anne, pero la realidad asomó su fea cabeza en la forma de mi hermana Deborah. No era que su cabeza fuera fea, pero sí muy exigente.

—¿Qué tienes? —me preguntó en tono conminatorio.

—Creo que disentería por culpa del café.

—No me fastidies. Ya tengo bastante con los federales.

—Me temo que quizá tengas que aguantar algo más —repliqué, mientras contemplaba mi tubo de ensayo. Una delgada línea de precipitado se había formado entre el antisuero y la muestra de la escena del crimen—. Parece sangre humana.

Deborah guardó silencio un momento.

—Joder. ¿Estás seguro?

—Las cartas nunca mienten —contesté, con mi mejor acento gitano.

—Necesito saber de quién es esa sangre.

—Estás buscando a un hombre delgado con bigote y que cojea. Zurdo y calzado con zapatos negros puntiagudos.

Guardó silencio otro segundo.

—Ya basta. Necesito un poco de ayuda, maldita sea.

—Deborah, no puedo hacer gran cosa con una muestra de sangre.

—¿Puedes decirme al menos si pertenece a Samantha Aldovar?

—Puedo hacer otra prueba y averiguar el tipo de sangre. Tendrás que preguntar a la familia cuál es el de la chica.

—Hazlo —bramó, y colgó.

¿Os habéis dado cuenta de lo difícil que es sobrevivir en este mundo? Si no eres bueno en tu trabajo, la gente te trata mal, y a la larga acabas en el paro. Y si eres un poco mejor que competente, todo el mundo espera milagros de ti, siempre y en todo momento. Como casi todo en la vida, es una situación en la que llevas las de perder. Y si osas mencionarlo, por creativa que sea la forma de verbalizar tus quejas, te rehúyen por quejica.

La verdad, no me importa que me rehúyan. Si Deborah me hubiera rehuido, todavía estaría en el hospital admirando a Lily Anne y sus florecientes aptitudes de control de la motricidad. Pero no podía correr el riesgo de que me rehuyeran siempre, con la economía tan mal como está y una familia numerosa en la que pensar. De modo que, con un suspiro que expresaba lo harto que estaba del mundo, doblé mi dolorida espalda y me dispuse a llevar a cabo la espeluznante tarea que me esperaba.

A última hora de la tarde llamé a Deborah para comunicarle el resultado de mi análisis.

—Es tipo O —le anuncié. No esperaba que respondiera con florida gratitud, y no lo hizo. Se limitó a gruñir.

—Trae tu culo para acá —dijo, y colgó.

Llevé mi culo hasta el coche y conduje en dirección sur, hasta Coconut Grove y la casa de los Aldovar. La fiesta continuaba en pleno apogeo cuando mi culo llegó, y mi aparcamiento junto al bambú alimentado con asteroides había desaparecido. Di una vuelta a la manzana, mientras me preguntaba si Lily Anne me echaría de menos. Quería estar con ella, no aquí, en el mundo insípido y mortífero de las salpicaduras de sangre y el mal genio de Deborah. Entraría a toda prisa, diría a Debs que me marchaba y volvería al hospital, suponiendo que pudiera encontrar un hueco donde dejar el coche, cosa que de momento no era factible.

Di una vuelta más, y por fin encontré un lugar el doble de lejos, al lado de un contenedor de basura grande que florecía en el patio de una casa pequeña y vacía. Los contenedores de basura son los nuevos y elegantes ornamentos de

jardines del sur de Florida, y brotan por toda nuestra ciudad como setas tras un chubasco de verano. Cuando una casa es víctima de la ejecución hipotecaria, cosa que sucede con mucha frecuencia en la actualidad, llega un equipo con el contenedor y vacía la casa en su interior, casi como si la levantaran por un lado y lo arrojaran todo fuera. Es de suponer que los antiguos ocupantes de la casa encuentran un bonito paso elevado de autopista bajo el cual vivir, el banco vuelve a vender la casa por diez centavos el dólar, y todo el mundo está contento..., sobre todo la empresa que alquila los contenedores.

Volví caminando a casa de los Aldovar desde mi flamante aparcamiento con vistas al contenedor. El paseo no fue tan horrible como esperaba. El día era fresco para Miami, con la temperatura alrededor de los veinticinco grados y la humedad propia de un baño de vapor, de modo que todavía quedaban algunos puntos secos en mi camisa cuando me abrí paso entre la bandada de reporteros congregados delante de la casa y entré.

Deborah estaba con otro grupo que daba la impresión de estar preparándose para un combate de lucha libre de la modalidad *tag team*. No cabía duda de que la atracción principal iba a ser Debs contra la Agente Especial Recht. Ya se encontraban tan cerca que casi se tocaban la nariz, mientras intercambiaban acaloradas opiniones. Sus respectivos compañeros, Deke y el Federal Genérico, se mantenían a un lado de la pareja protagonista como buenos adláteres, mientras se observaban con frialdad, y al otro lado de Deborah había una mujer gorda y angustiada de unos cuarenta y cinco años, que al parecer estaba intentando decidir qué debía hacer con las manos. Las levantó, después dejó caer una, luego se rodeó el cuerpo con ellas, y por fin volvió a levantar la izquierda, y así pude ver que aferraba una hoja de papel. La agitó y dejó caer ambas manos de nuevo, todo ello en el espacio de los tres segundos que tardé en cruzar el vestíbulo para reunirme con el alegre grupito.

—No tengo tiempo para ti, Recht —estaba aullando Debs—. Así que te lo diré en pocas palabras: con tanta sangre, tengo agresión e intento de asesinato como mínimo. —Me miró, y después volvió la vista hacia Recht—. Eso dice mi experto, y también mi experiencia.

—Experto —repitió Recht, con la ironía propia de los federales en la voz—. ¿Te refieres a tu hermano? ¿Él es tu experto?

Dijo «hermano» como si fuera algo que comiera basura y viviera bajo una piedra.

—¿Tienes uno mejor? —preguntó Debs muy furiosa, y fue muy halagador que se batiera por mí.

—No lo necesito. Tengo una adolescente desaparecida —replicó Recht, también con cierto apasionamiento—, y eso es secuestro hasta nuevo aviso.

—Perdón —terció la mujer angustiada. Debs y Recht no le hicieron caso.

—Paparruchas —le espetó Deborah—. No hay nota, ni llamada telefónica,

nada, salvo una habitación llena de sangre, y eso no es secuestro.

—Sí, en caso de que sea su sangre.

—Perdonen. Si yo... ¿Agente? —insistió la mujer angustiada, mientras agitaba la hoja de papel.

Deborah sostuvo la mirada de Recht un momento, y después se volvió hacia la mujer.

—Sí, señora Aldovar —dijo, y miré interesado a la mujer. Si era la madre de la chica desaparecida, eso explicaría los excéntricos movimientos de manos.

—Esto podría... Yo... la encontré —observó la señora Aldovar, y alzó ambas manos un momento en señal de impotencia. Después, la derecha cayó a un lado, y la izquierda permaneció inmóvil en el aire con la hoja de papel.

—¿Qué ha encontrado, señora? —preguntó Debs, que ya estaba mirando de nuevo a Recht como si estuviera preparándose para saltar y apoderarse del papel.

—Esto es... Usted dijo que buscara, mmm..., un informe médico —dijo la mujer, y retorció la hoja de papel—. Lo encontré. Con el tipo de sangre de Samantha.

Deborah ejecutó un maravilloso movimiento, como si hubiera jugado al baloncesto profesional toda la vida. Se interpuso entre la mujer y los federales, con el trasero justo delante de Recht, lo cual impedía a ésta toda posibilidad de ver el papel, al tiempo que extendía la mano y se apoderaba con delicadeza de la hoja que sostenía la mano de la señora Aldovar.

—Gracias, señora —dijo, y recorrió la página con un dedo. Al cabo de escasos segundos, alzó la vista y me fulminó con la mirada.

—Dijiste que era de tipo O.

—Exacto.

Golpeó la hoja con la yema de un dedo.

—Aquí pone AB positivo.

—Déjame ver —dijo Recht, al tiempo que intentaba saltar para agarrar el papel, pero el bloqueo de culo tipo NBA que empleaba Deborah fue demasiado para ella.

—¿Qué pasa aquí, Dexter? —me recriminó Deborah en tono acusador, como si yo fuera el culpable de que los dos tipos de sangre no coincidieran.

—Lo siento —repliqué, aunque no estaba seguro de por qué me estaba disculpando, pero por su tono de voz sabía que debía hacerlo.

—Esta chica, Samantha, es del tipo AB positivo. ¿Quién es del tipo O?

—Montones de personas. —La tranquilicé—. Es muy común.

—¿Está diciendo...? —intentó preguntar la señora Aldovar, pero Deborah continuó.

—Esto no me sirve de nada. Si ésa no es su sangre... ¿Quién tira contra la pared sangre de otra persona?

—Un secuestrador —intervino la Agente Especial Recht—. Que intenta borrar su rastro.

Deborah se volvió a mirarla, y la expresión de su rostro fue algo maravilloso de ver. Con tan sólo unos cuantos músculos faciales reordenados y una pequeña ceja arqueada, Debs logró transmitir: *¿Cómo es posible que alguien tan estúpido sepa abrocharse los zapatos y caminar entre nosotros?*

—Dime —empezó Deborah, al tiempo que la miraba con incredulidad—, ¿lo de «agente especial» es algo así como «educación especial»?

El nuevo compañero de Deborah, Deke, emitió una carcajada y Recht enrojeció.

—Déjame ver ese papel —repitió.

—Fuiste a la universidad, ¿verdad? —continuó Deborah en plan coloquial—. Y a esa elegante escuela del FBI en Quantico.

—Agente Morgan —dijo con severidad Recht, pero mi hermana agitó el papel ante sus narices.

—Sargento Morgan. Necesito que saques a tu gente de mi escena del crimen.

—Tengo jurisdicción sobre los secuestrados... —empezó a decir Recht, pero Deborah estaba tomando impulso y la interrumpió sin hacer un gran esfuerzo.

—¿Quieres decirme que el secuestrador arrojó una buena parte de su propia sangre contra la pared y que aún tuvo fuerzas para llevarse a una adolescente que debió oponer resistencia? ¿O trajo un poco de sangre en un frasco de mayonesa y dijo: «Plaf, vente conmigo?» —Deborah sacudió la cabeza y añadió una leve sonrisa de suficiencia—. Porque no me creo ninguna de ambas posibilidades, Agente Especial. —Hizo una pausa, y como estaba en racha, Recht no se atrevió ni a hablar—. Lo que creo es que una chica nos está tomando el pelo y fingiendo su propio secuestro. Y si tienes pruebas de que es otra cosa, éste es el momento de sacarlas a relucir.

—Sacarlas a relucir —repitió Deke con una risita tontorróna, pero por lo visto nadie se dio cuenta, salvo yo.

—Sabes muy bien... —empezó la agente Recht, pero de nuevo fue interrumpida, esta vez por el nuevo compañero de Deborah, Deke.

—Eh —dijo, y todos nos volvimos a mirarle.

Deke indicó el suelo con un cabeceo.

—La señora se ha desmayado —observó, y todos nos volvimos a mirar el lugar que señalaba.

Tal como nos había advertido, la señora Aldovar estaba caída en el suelo.

Durante un momento muy largo nos quedamos formando un retablo petrificado de indecisión y hostilidad. Debs y Recht se miraban mutuamente, Deke respiraba por la boca, y yo intentaba decidir si ayudar a la mujer caída entraba en mi jurisdicción de analista de salpicaduras de sangre. Y después se produjo un ruido metálico en la puerta principal y oí un leve alboroto a mi espalda.

—Mierda —gritó una voz de hombre con absoluta claridad—. Mierda, mierda, mierda.

Era imposible no mostrarse de acuerdo con el sentimiento general, pero no obstante di media vuelta para ver si podía deducir algo concreto. Un hombre de edad madura avanzaba hacia nosotros a buen paso. Era alto, de rasgos delicados, y llevaba el pelo gris muy corto y barba a juego. Dobló una rodilla al lado de la señora Aldovar y tomó su mano.

—¿Emily? ¿Cariño? —dijo, mientras le palmeaba la mano—. Ánimo. Emm.

He pasado toda mi carrera trabajando con investigadores profesionales de primera categoría, y algo se me habrá pegado, porque deduje casi al instante que este hombre debía ser el señor Aldovar. Y mi hermana tampoco es manca, porque había llegado a la misma sorprendente conclusión. Consiguió apartar la vista de Recht y mirar al hombre arrodillado en el suelo.

—¿Señor Aldovar? —preguntó.

—Vamos, cariño —dijo él, y confió en que no se lo estuviera diciendo a Deborah—. Sí, soy Michael Aldovar.

La señora Aldovar abrió los ojos y se removió de un lado a otro.

—¿Michael? —murmuró.

Deborah se arrodilló al lado de los dos, convencida al parecer de que los padres conscientes eran más interesantes que los inconscientes.

—Soy la sargento Morgan —dijo—. Estoy investigando la desaparición de su hija.

—No tengo dinero —dijo el hombre, y Deborah pareció sorprenderse en un momento.

—O sea, si piden rescate o... Ella lo sabe. Samantha no pensará... ¿Les ha llamado alguien por teléfono?

Deborah meneó la cabeza, como si intentara sacudirse agua de encima y le preguntó al hombre:

—¿Puede decirme dónde ha estado?

—En un congreso en Raleigh —explicó el señor Aldovar—. Estadísticas médicas. Tuve que ir... Emily llamó y dijo que habían secuestrado a Samantha.

Deborah miró a Recht, y desvió enseguida la vista hacia el señor Aldovar.

—No se trata de un secuestro —anunció.

El hombre permaneció inmóvil un segundo, y después miró a mi hermana,

sin soltar la mano de su esposa.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor? —preguntó Deborah.

El señor Aldovar desvió la vista, y después miró a su mujer.

—¿Podemos acomodar a mi esposa en una silla, o algo por el estilo? O sea, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien —dijo la señora Aldovar—. Es que...

—Dexter —dijo Debs, al tiempo que movía la cabeza hacia mí—. Trae sales aromáticas o algo parecido. Tú y Deke ayudadla a ponerse en pie.

Siempre es agradable conseguir la respuesta a una pregunta, y ahora lo sabía. Por lo visto, entraba dentro de mi jurisdicción ayudar a mujeres que se desmayan en la escena de un crimen.

De modo que me acuclillé al lado de la señora Aldovar, y Deborah se llevó al señor Aldovar a un lado. Deke me miró angustiado, y me recordó mucho a un perrazo bonito necesitado de que le arrojen un palo para ir a buscarlo.

—¿Tienes sales aromáticas? —preguntó.

Por lo visto, se había convertido en una verdad aceptada universalmente el hecho de que Dexter era el Guardián Eterno de las Sales Aromáticas. No tenía ni idea de cuál era el origen del incomprensible bulo, pero nada más lejos de la realidad.

Por suerte, daba la impresión de que la señora Aldovar no necesitaba olisquear nada. Agarró mi brazo y el de Deke.

—Ayúdenme a levantarme, por favor —murmuró, y los dos la pusimos en pie. Paseé la vista a mi alrededor en busca de una superficie horizontal que los agentes de la ley no hubieran ocupado, para poder depositarla encima, y divisé en la habitación de al lado una mesa de comedor con sillas y todo.

La señora Aldovar no necesitó mucha ayuda para sentarse en la silla. Se sentó sin el menor problema, como si lo hubiera hecho muchas veces.

Eché un vistazo a la habitación de al lado. La Agente Especial Recht y su compañero genérico se estaban encaminando hacia la puerta, y Deborah procuraba con mucho cuidado no fijarse en ellos. Estaba muy ocupada charlando con el señor Aldovar. Angel Batista-Nada-Que-Ver estaba parado en el patio, delante de una puerta de cristal deslizante, espolvoreando el cristal para buscar huellas dactilares. Y sabía que al final del pasillo, la enorme mancha de sangre todavía colgaba en la pared, reclamando a Dexter. Aquél era mi mundo, el país de la violencia, las vísceras y la mutilación. Desde un punto de vista tanto personal como profesional, era ahí donde había vivido toda mi vida.

Pero hoy había perdido el resplandor rosado que durante tantos años me había mantenido hechizado. No quería estar aquí, investigando los residuos de los alegres retozos de otro, y aún más, no quería lanzarme a un despreocupado retozo personal. Hoy necesitaba diferentes vistas. Había vuelto al terruño sin

querer, porque Deborah me lo había pedido, y ahora quería volver a mi nuevo país, donde todo era luminoso y bello, el País de Lily Anne.

Deborah me miró sin reconocirme, y después desvió la vista hacia el señor Aldovar. Para ella, yo formaba parte de la escena del crimen, Dexter como Fondo. Basta: había llegado el momento de irme, de volver con Lily Anne y el Milagro.

Por lo tanto, sin demorarme en torpes despedidas, salí por la puerta y volví a mi coche, todavía arrimado al contenedor de basura. Conduje hacia el hospital en el preludio de la hora punta nocturna, una hora mágica en que todo el mundo motorizado se sentía dotado de poder y con derecho a todos los carriles a la vez, porque se habían ido del trabajo temprano, y en mi vida anterior me lo había pasado en grande al contemplar tanto desprecio por la vida al desnudo. Hoy, me dejé frío. Esta gente estaba poniendo en peligro a los demás, algo que yo no podría tolerar en un mundo donde pronto acompañaría en coche a Lily Anne a clases de ballet. Conducía a unos prudentes quince kilómetros por hora sobre el límite de velocidad, lo cual sólo servía para enfurecer a los demás conductores. Me adelantaban por ambos lados, tocaban la bocina y me hacían peinetas, pero me mantuve firme en mi conducción segura y cuerda, y no tardé en llegar al hospital, sin que se produjera ningún intercambio de disparos.

Cuando salí del ascensor en la planta de maternidad, me detuve un segundo cuando el tenue eco de un susurro vibró en la pared posterior del Oscuro Subsótano de Dexter. Era aquí donde casi había visto a alguien que tal vez me estaba espiando por algún motivo. Pero la idea me pareció tan ridícula que no pude hacer otra cosa que sacudir la cabeza y dedicar una pederreta al Pasajero. «Casi Alguien», en realidad. Seguí avanzando y doblé la esquina de la unidad neonatal.

Todos mis nuevos amigos habían abandonado el ventanal de la unidad, sustituidos por una nueva cosecha, y Lily Anne ya no se veía al otro lado del cristal. Experimenté un momento de desorientación paralizante (¿adónde habría ido?), pero después la lógica se impuso. Por supuesto: habían transcurrido varias horas. No la habrían dejado sola y en exhibición durante tanto rato. Lily Anne estaría con su madre, alimentándose e intimando cada vez más. Sentí una pequeña oleada de celos. Rita compartiría con el bebé un vínculo importante e íntimo que yo jamás podría conocer, una cabeza de ventaja en los afectos de Lily Anne.

Pero por suerte para todos oí la risita burlona que vive en mi interior, y tuve que darle la razón. *Venga, Dexter: si de repente decides experimentar emociones, ¿la envidia del pecho es la mejor para empezar? Tu papel es igual de importante: proporcionar firme y cariñosa guía en el espinoso sendero de la vida de Lily Anne. ¿Y quién mejor que yo, que había vivido en el camino sinuoso, saboreando las espinas, y quien no deseaba nada más que ayudarla a atravesar los matorrales*

sana y salva? ¿Quién mejor, en suma, que Papi Dexter Ya-No-Demente?

Todo era pulcro y lógico. Había vivido mi existencia malvada con el fin de saber conducir hacia la luz a Lily Anne. Todo adquiriría sentido por fin, y aunque amargas experiencias me han enseñado que, si todo adquiere sentido, no lo estás analizando como es debido; de todos modos la idea me inspiró un gran consuelo. Había un Plan, una Pauta Verdadera, y por fin Dexter sabía cuál era y podía ver sus pies plantados sobre el tablero de juego. Sabía por qué estaba Aquí: no para hostigar a los malvados, sino para guiar a los puros.

Con una enorme sensación de esclarecimiento y optimismo, pasé de largo del cuarto de enfermeras y me encaminé a la habitación de Rita, situada al final del pasillo, donde debía estar. Todavía mejor, Lily Anne estaba con ella, dormida sobre el pecho de su madre. Un gran ramo de flores descansaba en la mesita de noche, y todo estaba reconciliado con el mundo.

Rita abrió los ojos y me miró con una sonrisa de cansancio.

—Dexter —dijo—. ¿Dónde has estado?

—Se produjo una emergencia en el trabajo —contesté, y me miró como si no me entendiera.

—Trabajo —repetió, y sacudió la cabeza—. Dexter, y o... Tenemos una hija recién nacida.

Al instante, Lily Anne se removió un poco, y después continuó durmiendo. Eso también lo hacía muy bien.

—Sí, lo sé —repose en tono tranquilizador.

—No es... ¿Cómo puedes irte a trabajar? —Lo dijo como mortificada, en un tono que nunca había oído—. Cuando tu hija recién nacida está... ¿El trabajo? ¿En un momento como éste?

—Lo siento. Deborah me necesitaba.

—Y yo también.

—Lo lamento muchísimo —dije, y era verdad, aunque parezca raro—. Soy nuevo en esto, Rita. —Me miró y volvió a sacudir la cabeza—. Intentaré mejorar —añadí esperanzado.

Rita suspiró y cerró los ojos.

—Al menos, las flores que enviaste son bonitas —comentó, y un diminuto timbre de alarma empezó a sonar en el oscuro asiento posterior de la malvada camioneta de Dexter. Yo no había enviado flores, por supuesto. Carecía de experiencia en las numerosas hipocresías de la vida matrimonial como para pensar en una treta tan inteligente. Ni siquiera me había dado cuenta de que reaccionar a una emergencia en el trabajo era un error, y mucho menos de que necesitaba disculparme con flores. Por supuesto, Rita tenía muchos amigos que tal vez las habían enviado, y yo conocía a varias personas que, en teoría, eran amigos. Hasta era posible que Deborah hubiera tenido un momento de sensibilidad, por improbable que eso pareciera. En cualquier caso, no existía el

menor motivo para que algunas flores fragantes dispararan cualquier tipo de alarma.

Pero sí lo hacían. Sin la menor duda, un continuo e irritante *ding-ding* de alarma, el cual anunciaba que no todo era como debería. De modo que me incliné como si tal cosa y fingí oler las rosas, mientras intentaba leer la tarjeta acompañante. Una vez más, no había nada raro en ella, una pequeña etiqueta que rezaba: *¡Congratulémonos!*, y escrito con tinta azul debajo: *Un admirador*.

Desde la misma región general de la que procedía el pequeño timbre de alarma, oí una risita queda y malvada. El Oscuro Pasajero se estaba divirtiendo, y no era de extrañar. Dexter es muchas cosas, pero «admirable» no se encuentra en la lista de las diez mejores. Por lo que yo sé, no tengo admiradores. Cualquiera que me conociera lo bastante bien para admirarme ya estaría, en teoría, muerto, diseccionado y desaparecido. ¿Quién firmaría así la tarjeta? Sabía lo suficiente de los humanos para saber que un amigo o familiar firmaría con su nombre, para asegurarse de que se le reconociera el mérito de haber enviado las flores. De hecho, un ser humano común ya habría llamado por teléfono para decir: «¿Habéis recibido mis flores? ¡Sólo quería asegurarme porque son muy caras!».

No había duda de que dicha llamada no se había producido, puesto que Rita suponía que yo era el responsable de las flores. Igualmente, un misterio tan insignificante no podía suponer ninguna amenaza.

Entonces, ¿por qué me sentía tan pequeño, y unos pies helados ascendían por mi nuca? ¿Por qué estaba tan seguro de que algún peligro oculto me amenazaba a mí y, por tanto, también a Lily Anne? Intenté aplicar la lógica, cosa en lo que antes era muy bueno. Por supuesto, razoné, no se trataba tan sólo de las flores anónimas. También había sonado la alarma cuando tal vez avisté a un alguien en potencia horas antes. Después de combinarlo todo, me di cuenta de lo que tenía entre manos: un posible puede que sí o puede que no muy fuerte, que bien podía ser una amenaza o no. O algo.

Pensado así, de forma clara y lógica, era de cajón que me sintiera inquieto. Un idiota estaba acosando a Lily Anne.

Yo.

Pasé una hora sentado con Rita y mirando a Lily Anne dormir, revolverse y mamar. Hablando desde un punto de vista objetivo, no fue una actividad muy frenética, pero sí muchísimo más amena e interesante de lo que había imaginado. Supongo que no es otra cosa que una forma de egoísmo descubrir que tu hija es tan fascinante (nunca me habían gustado los niños, la verdad), pero con independencia de lo que eso pueda decir sobre mí, ahora lo sabía y me gustaba. Rita dormitaba, y sólo despertó una vez, cuando Lily Anne se agitó y pateó unos segundos. Y unos minutos después Rita frunció el ceño, abrió los ojos y miró el reloj de pared que había sobre la puerta.

—Los niños —dijo.

—Sí —contesté, y vi que Lily Anne reaccionaba a la voz de Rita abriendo y cerrando una diminuta mano.

—Dexter, has de recoger a Cody y Astor. En las actividades extraescolares.

Parpadeé. Era cierto. Las actividades terminaban a las seis, y las jóvenes responsables empezaban a ponerse muy nerviosas a las seis y cuarto. El reloj marcaba las seis menos diez. Llegaría por los pelos.

—De acuerdo —dije, y me levanté, reticente a dejar de contemplar a mi nena.

—Tráeles aquí —propuso Rita, y sonrió—. Tienen que conocer a su nueva hermana.

Salí por la puerta, mientras ya imaginaba la maravillosa escena. Cody y Astor entraban en silencio en la habitación, con sus caritas iluminadas de amor y asombro, y veían por primera vez el diminuto prodigio que era Lily Anne. La escena estaba muy clara en mi mente, plasmada con el genio combinado de Leonardo da Vinci y Norman Rockwell, y me descubrí sonriendo mientras andaba sin prisas hacia el ascensor. También era una sonrisa verdadera. Una expresión humana auténtica, no fingida y espontánea. Y muy pronto Cody y Astor exhibirían la misma sonrisa de ternura, contemplarían a su nueva hermana y se darían cuenta de que una vida en el Oscuro Sendero ya no era necesaria.

Porque Cody y Astor también habían sido condenados a caminar en las sombras, monstruos como yo, arrojados a la oscuridad por los salvajes malos tratos de su padre biológico. Y yo, movido por mi orgullo malvado, había prometido guiar sus pasos por el Sendero de Harry, y enseñarles a ser depredadores que respetaran el Código, como yo. Pero la llegada de Lily Anne había cambiado todo eso. Ellos también deberían caer en la cuenta de que todo era nuevo y diferente. Ya no existía la necesidad de caminar a hurtadillas y trincar. ¿Y cómo podía yo, en este mundo feliz, ni siquiera pensar en ayudarles a precipitarse en el espantoso abismo de la muerte y el placer?

No podía. Ahora, todo era nuevo. Les guiaría hacia la luz, posaría sus pies

sobre el sendero de la Buena Vida, y crecerían como seres humanos decentes y respetables, o al menos serían la mejor imitación posible. La gente puede cambiar. ¿Acaso no estaba cambiando yo delante de mis propios ojos? Ya había experimentado una emoción y una sonrisa auténticas. Todo era posible.

Y así, con una verdadera oleada de auténtica confianza humana en que todo sería pronto de color rosa, me dirigí en coche al programa de actividades extraescolares, que se encontraba en un parque cercano a nuestra casa. El tráfico era el habitual de la hora punta, un carnaval homicida, y descubrí en aquel momento lo que impulsaba a los conductores de Miami. Estas personas no estaban irritadas; estaban angustiadas. Cada una de ellas tenía a alguien esperándolas en casa, alguien a quien no habían visto en todo su aciago día. Por supuesto, se enfadaban si algún conductor les obligaba a disminuir la velocidad. Todo el mundo tenía una Lily Anne en casa, y era comprensible que se sintieran ansiosos por llegar.

Era una imagen vertiginosa. Por primera vez, me sentía emparentado con esta gente. Estábamos conectados, un gran océano de humanidad unido por un objetivo común, y me descubrí tarareando una agradable melodía y cabeceando con perdón y comprensión en dirección a cada peineta que me dedicaban.

Llegué al parque con tan sólo unos minutos de retraso, y la joven que esperaba angustiada en la puerta me dedicó una sonrisa de alivio cuando me entregó a Cody y Astor.

—Señor... Morgan —dijo, mientras sacaba las llaves del bolso—. ¿Cómo está, mmm...?

—Lily Anne está muy bien. La tendrán aquí pintando con los dedos dentro de nada.

—¿Y la señora... Morgan?

—Descansa plácidamente —contesté, lo cual debía ser el tópico correcto, porque la chica asintió, sonrió de nuevo e introdujo la llave en la puerta del edificio.

—Muy bien, chicos —dijo—. Hasta mañana. ¡Adiós!

Corrí hacia su coche, aparcado en el otro extremo del aparcamiento con relación al río.

—Tengo hambre —anunció Astor cuando nos acercamos a mi coche—. ¿Cuándo cenamos?

—Pizza —sugirió Cody.

—Primero iremos al hospital —propuse—. Para que conozcáis a vuestra nueva hermana.

Astor miró a Cody, y éste le devolvió la mirada, y después los dos se volvieron hacia mí.

—Bebé —masculló Cody, al tiempo que sacudía la cabeza. Nunca decía más de dos o tres palabras seguidas, pero su elocuencia era asombrosa.

—Antes queremos comer —dijo Astor.

—Lily Anne os está esperando —repliqué—. Y vuestra madre también. Subid al coche.

—Pero tenemos hambre —insistió Astor.

—¿No creéis que conocer a vuestra hermana es más importante?

—No —contestó Cody.

—El bebé no irá a ninguna parte, y en realidad no está haciendo nada, salvo estar tumbado, y tal vez caca —observó Astor—. Nosotros hemos estado sentados en ese estúpido edificio durante horas, y tenemos hambre.

—Compraremos una chocolatina en el hospital.

—¡Una chocolatina! —exclamó Astor, como si le hubiera sugerido que comiera un animal atropellado en la carretera una semana antes.

—Queremos pizza —dijo Cody.

Suspiré. Por lo visto, los resplandores rosados no eran contagiosos.

—Subid al coche —les ordené, y con una mirada a cada uno, y una doble mirada avinagrada en mi dirección, obedecieron.

En teoría, el camino de vuelta al hospital tendría que haber durado lo mismo que el desplazamiento desde el hospital al parque. Pero la verdad es que se me antojó el doble de largo, puesto que Cody y Astor fueron sentados todo el rato en un silencio sepulcral..., salvo cada vez que pasábamos por delante de una pizzería. Astor gritaba: « Ahí hay un Papa John's », o Cody decía en voz baja: « Domino's ». Había recorrido aquellas calles durante toda mi vida, pero jamás me había dado cuenta de que toda la civilización de Miami está rendida a la pizza. La ciudad estaba sembrada de esa materia.

Un hombre de menos valía habría cedido y parado en alguna de las numerosas pizzerías, sobre todo porque el olor a pizza recién hecha se metía dentro del coche, incluso con el aire acondicionado conectado, y habían pasado varias horas desde la última vez que había comido algo. Se me hacía la boca agua, y cada vez que uno de los críos decía « Pizza Hut » experimentaba la abrumadora tentación de aparcar el coche y atacar una grande con todo. Pero Lily Anne estaba esperando, y mi voluntad era fuerte, de modo que apreté los dientes y me mantuve en la estrecha y recta Dixie Highway, y al cabo de poco estuve de vuelta en el aparcamiento del hospital, con la intención de arrastrar hacia el interior del edificio a dos niños reacios.

El arrastrar de pies continuó a través del aparcamiento. En un momento dado, Cody paró en seco y paseó la vista a su alrededor, como si alguien le hubiera llamado por el nombre, y se mostró muy reticente a seguir caminando, a pesar de que todavía no había pisado la acera.

—Cody —dije—. Muévete. Te van a atropellar.

No me hizo caso. Sus ojos examinaban las filas de coches aparcados, y se clavaron en uno que se encontraba a unos quince metros de distancia.

—Cody —repetí, y le di un codazo leve para que continuara adelante.

Meneó la cabeza apenas.

—El Tío Sombra —dijo.

Sentí que diminutas patas provistas de púas ascendían por mi espina dorsal, y oí que, a lo lejos, oscuras alas correosas se desplegaban con cautela. El Tío Sombra era el nombre que Cody daba al Oscuro Pasajero, y si bien estaba desentrenado, no podía hacer caso omiso. Me detuve y miré el pequeño coche rojo que había llamado su atención, en busca de alguna pista que pudiera despertar un eco en mi centinela interior. Alguien se entreveía a través del parabrisas del coche, alguien que estaba leyendo el *New Times*, el semanario alternativo de Miami. Fuera quien fuera, no daba señales de estar interesado en nosotros ni en nada más, aparte del artículo de portada, que ponía al descubierto las salas de masajes de nuestra ciudad.

—Ese tipo nos está vigilando —dijo Astor.

Pensé en mi alarma anterior y en el misterioso ramo de flores. Fueron las flores lo que me decidieron. A menos que las flores contuvieran una toxina nerviosa de acción lenta, no existía ninguna amenaza real que me acosara. Y si bien era posible que la persona del coche fuera algún tipo de depredador (estábamos en Miami, al fin y al cabo), no recibí la punzada de advertencia de que estuviera concentrado en nosotros.

—Ese tipo está leyendo el periódico —dije—. Y nosotros estamos en un aparcamiento perdiendo el tiempo. Vamos.

Coddy se volvió poco a poco para mirarme, con una expresión de sorprendido malhumor en su rostro. Sacudí la cabeza y señalé el hospital. Los dos niños intercambiaron una de sus miradas patentadas, y me dedicaron una expresión conjunta reveladora de que estaban decepcionados, pero no sorprendidos, de mi deficiente actuación. Después se volvieron al mismo tiempo y empezaron a caminar hacia la puerta del hospital. Cody se volvió a mirar el coche tres veces, y al final yo también lo hice, pero no había otra cosa que ver que un hombre leyendo un periódico, y por fin entramos en el edificio.

Dexter es un hombre de palabra, y les conduje sin más dilación hacia la máquina expendedora, en busca de la prometida chocolatina. Pero una vez más se sumieron en un hosco silencio, y contemplaron la máquina expendedora como si se tratara de un aparato de tortura. Empecé a mostrarme impaciente, otra emoción humana real, la cual sumaba dos hasta el momento, y tuve que decir que no me gustaba mi transformación en la especie.

—Vamos. Coged una.

—Pero no queremos —dijo Astor.

—¿Preferís pasar hambre?

—Preferimos pizza —contestó en voz baja Cody.

Sentí que mi mandíbula empezaba a tensarse, pero mantuve mi gélido

control.

—¿Veis pizzas en esta máquina?

—Mamá dice que demasiado chocolate provoca diabetes —dijo Astor.

—Y demasiada pizza te sube el colesterol —repliqué con los dientes apretados—. Y tener hambre es bueno para los dos, de modo que olvidaos de la chocolatina y subamos. —Extendí la mano en su dirección y me volví hacia el ascensor—. Vamos.

Astor vaciló, con la boca entreabierta, y nos quedamos así durante varios largos segundos.

—Kit Kat —dijo Cody por fin, y el embrujo se rompió. Compré a Cody su Kit Kat, Astor eligió un Three Musketeers y, después de lo que se me antojó una larga y dolorosa operación quirúrgica, entramos todos en el ascensor y subimos a ver a Lily Anne.

Fuimos hasta la habitación de Rita sin hacer comentarios acerca de pizzas o diabetes, cosa que consideré un milagro, y con mi nuevo optimismo humano pensé que podríamos atravesar la puerta para ver a Lily Anne. Pero Astor se paró en seco delante de la puerta cerrada, y Cody se detuvo detrás de ella.

—¿Y si no nos gusta? —preguntó Astor.

Parpadeé. ¿Qué significaba aquello?

—¿Cómo es posible que no os guste? Es un hermoso bebé. Es vuestra hermana.

—Hermanastra —observó en voz baja Cody.

—Jenny Baumgarten tiene una hermana pequeña y siempre se están peleando —añadió Astor.

—No os vais a pelear con Lily Anne —repliqué, consternado por la idea—. No es más que un bebé.

—No me gustan los bebés —comentó Astor, con una expresión de terquedad formándose en su cara.

—Éste te va a gustar —dije, y hasta yo me quedé sorprendido del tono firme y autoritario de mi voz. Astor me miró indecisa, y después a su hermano, y yo me aproveché de la vacilación—. Vamos. Adentro.

Apoyé una mano sobre cada uno y les obligué a atravesar la puerta.

El retablo no había cambiado demasiado. Seguía siendo la Virgen y el Niño, es decir, Lily Anne acostada sobre su madre, quien la sujetaba con un brazo. Rita abrió los ojos adormilada y sonrió cuando entramos, pero Lily Anne se removió un poco y continuó durmiendo.

—Venid a conocer a vuestra hermana —dijo Rita.

—Los dos no paráis de decir lo mismo —rezongó Astor.

Se quedó inmóvil con expresión malhumorada, hasta que Cody se adelantó y se detuvo al lado de la cama. Su cabeza estaba a la misma altura de la de Lily Anne, y la estudió un largo momento con aparente interés. Por fin, Astor se

colocó a su lado, por lo visto más interesada en la reacción de Cody que en el bebé. Todos miramos cuando Cody extendió poco a poco un dedo hacia Lily Anne y tocó con mucho cuidado su puñito cerrado.

—Suave —dijo, y le acarició la mano con delicadeza. Lily Anne abrió el puño y él dejó que asiera su dedo. La niña volvió a cerrar la mano sobre el dedo de Cody, quien, maravilla de las maravillas, sonrió—. Me está cogiendo —dijo.

—Quiero probar —manifestó Astor, y trató de ponerse delante para tocar el bebé.

—Espera el turno —protestó Cody, y Astor retrocedió medio paso y se removió impaciente, hasta que su hermano soltó su dedo de la mano de Lily Anne y dejó vía libre a su hermana. Ésta repitió la maniobra de Cody, y también sonrió cuando Lily Anne aferró su dedo, y los dos se fueron turnando en este nuevo juego durante los siguientes quince minutos.

Y durante media hora no oímos ni una sola palabra acerca de pizzas.

Era muy agradable para mí ver a los tres niños (¡mis tres hijos!) establecer vínculos afectivos. Pero, por supuesto, cualquier niño habría podido advertirme de que, cuando te lo estás pasando bien cerca de un adulto, sólo es cuestión de tiempo que la diversión se acabe. Y Rita, como era la única adulta de verdad que había en la habitación, no nos decepcionó. Al cabo de un breve rato, consultó el reloj y habló.

—Muy bien —dijo, y añadió las temidas palabras—: Mañana es día de colegio.

Cody y Astor intercambiaron otra mirada elocuente de las suyas, que no iban acompañadas de sonidos, pero comunicaban la máxima información.

—Mamá —dijo Astor—, estamos jugando con nuestra nueva hermana.

Lo dijo como entre signos de interrogación, de modo que Rita no pudiera protestar, pero su madre estaba curtida en el juego, y negó con la cabeza.

—Ya jugaréis con Lily Anne mañana. Ahora, Dex, papá, ha de llevaros a casa y acostaros.

Ambos me miraron como si les hubiera traicionado, y yo me encogí de hombros.

—Al menos, habrá pizza —dije.

Los críos se mostraban tan reticentes a marchar del hospital como antes a entrar, pero conseguí sacarles del edificio y meterlos en el coche. En lugar de repetir los horrores del viaje anterior y acabar mareados por los efluvios de pizza que invadían toda la ciudad, dejé que Astor utilizara mi teléfono para pedir a domicilio mientras conducía, y sólo llevábamos en casa diez minutos cuando llegó el repartidor. Cody y Astor se arrojaron sobre la pizza como si no hubieran comido en un mes, y yo me sentí afortunado por lograr apoderarme de dos triángulos pequeños sin perder un brazo.

Después de cenar vimos la tele hasta la hora de acostarlos, y después me zambullí en los rituales acostumbrados de cepillarse los dientes, ponerse el pijama y acostarse. Era un poco extraño para mí practicar la ceremonia. La había presenciado con bastante frecuencia, pero Rita siempre había sido la Suma Sacerdotisa de la hora de acostarse, y aunque parezca estúpido, estaba un poco nervioso por si me salía mal. Pero no paraba de pensar en lo que Rita había dicho en el hospital, cuando había tartamudeado y me había llamado «Dex..., papá». Y en verdad era ahora Dex-Papí, y todo esto era mi reino. No tardaría en practicar los mismos rituales con Lily Anne, cuando la guiara, a ella y a sus hermanos, a través de los traicioneros bancos de arena de la noche hasta acostarlos sanos y salvos, y se me ocurrió que era una idea extrañamente reconfortante. De hecho, me sostuvo hasta el momento en que tuve a Cody y Astor bien arropados y me dispuse a apagar la luz.

—Oye, te olvidas de las oraciones —dijo Astor.

Parpadeé, muy incómodo de repente.

—No sé ninguna oración.

—No has de recitarla. Sólo escucha.

Supongo que cualquiera con un poco de conciencia de sí mismo se sentirá a la larga un completo hipócrita en compañía de niños, y ésta fue mi ocasión. Pero me senté con una expresión muy solemne y escuché las chorradas que recitaban como loros cada noche. Estaba bastante convencido de que no creían en ellas más que yo, pero formaba parte del procedimiento, y por lo tanto había que hacerlo, y todos nos sentimos mejor cuando terminamos.

—Muy bien —dije, me puse en pie y apagué la luz—. Buenas noches.

—Buenas noches, Dexter —contestó Astor.

—Noches —dijo en voz baja Cody.

En circunstancias normales, me habría sentado en el sofá con Rita para ver una hora más de televisión, sólo por aquello de mantener las apariencias, pero esta noche no tenía por qué someterme a la tortura de fingir que los programas eran divertidos o interesantes, así que no volví a la sala de estar. En cambio, me encaminé a la pequeña habitación que Rita llamaba mi estudio. La había utilizado sobre todo para investigaciones relacionadas con mi pasatiempo. Había un ordenador con el que localizaba a aquellos individuos especiales que merecían mi atención, y un pequeño armario en el que guardaba algunos objetos inofensivos como cinta adhesiva y sedal con una resistencia de cincuenta libras.

También había un pequeño archivador, que tenía cerrado con llave, el cual contenía algunas carpetas con notas sobre posibles compañeros de juegos. Me senté al escritorio y abrí uno. No había mucho material en aquel momento. Tenía dos posibilidades, pero debido a la presión de los acontecimientos no había investigado a fondo ninguna de ambas, y ahora me pregunté si lo haría alguna vez. Abrí una carpeta y miré en su interior. Había un pedófilo asesino que había sido puesto en libertad dos veces gracias a coartadas muy oportunas. Yo estaba bastante seguro de que podría echar por tierra su coartada y demostrar su culpabilidad, no desde un punto de vista legal, por supuesto, pero sí lo bastante para satisfacer las estrictas normas que mi padre adoptivo policía, Harry, me había inculcado. Y había un club en South Beach que era el último lugar donde varias personas habían sido vistas antes de desaparecer. Se llamaba Fang^[1], un nombre muy estúpido para un club. Pero además de los informes de personas desaparecidas, el club había aparecido en algunos documentos del Servicio de Inmigración y Nacionalización. Por lo visto, habían detectado un movimiento de personal alarmantemente alto en su cocina, y alguien del INS sospechaba que los lavaplatos no volían corriendo a su casa de México porque el agua de Miami supiera mal.

Los inmigrantes ilegales son un objetivo facilísimo para los depredadores.

Aunque desaparezcán, no hay denuncias oficiales. Familiares, amigos y empresarios no se atreven a acudir a la policía. Y así desaparecen, en un número que nadie sabe con exactitud, aunque lo considero suficiente para despertar suspicacias, incluso en Miami. Y estaba claro que alguien del club se estaba aprovechando de la situación, el encargado, me parecía a mí, puesto que debería estar enterado del movimiento de personal. Busqué en mi expediente y encontré el nombre: George Kukarov. Vivía en Dillido Island, una agradable zona de South Beach no demasiado lejos de su club. Un cómodo desplazamiento para el trabajo y la diversión: cuadrar las cuentas, contratar a un *disc jockey*, matar al lavaplatos, y a cenar a casa. Prácticamente, lo podía ver: un montaje encandorador, tan pulcro y conveniente que casi me dio envidia.

Dejé un momento el expediente sobre la mesa y pensé en ello. George Kukarov: encargado de un club, asesino. Todo era lógico, el tipo de lógica que ponía a punto de caramelo al sabueso interior de Dexter, el cual lloriqueaba impaciente y temblaba debido a la necesidad de salir a perseguir al zorro. Y el Pasajero agitó y extendió las alas en señal de acuerdo, con un crujido seductor que decía: *Sí, es él. Esta noche, juntos, ahora...*

Noté que la luz de la luna entraba por la ventana y bañaba mi piel, penetraba en mi interior, agitaba la oscura sopa de mi centro y conseguía que aquellas maravillosas ideas flotaran hasta lo alto, y mientras el aroma del caldo burbujeante ascendía y se mezclaba con el aire de la noche, le imaginé inmovilizado con cinta adhesiva a la mesa, retorciéndose y cuajándose en el mismo terror sudoroso con el que había salteado vete a saber a cuántos, y vi que el alegre cuchillo subía...

Pero me invadió la imagen de Lily Anne, y ahora la luz de la luna no era tan brillante, y el susurro de la hoja se atenuó. Y el cuervo del Dexter recién nacido graznó: *Nunca más*, y la luna se ocultó tras la hinchada nube plateada de Lily Anne, el cuchillo volvió a su funda, y Dexter se reintegró a su pequeña vida aburguesada, mientras Kukarov correteaba hacia la libertad y la maldad sin límites.

Mi Oscuro Pasajero se revolvió, por supuesto, y mi mente racional cantó en armonía. *En serio, Dexter*, entonó con su lógica, oh, tan dulce. *¿Podemos permitir que estas travesuras depredadoras continúen sin ponerles coto? ¿Hemos de dejar que los monstruos vaguen por las calles, cuando está al alcance de nuestra mano impedirlos de una forma definitiva y muy divertida? ¿Podemos hacer caso omiso del desafío?*

Y pensé de nuevo en la promesa que había hecho en el hospital: sería un hombre mejor. Se acabó Dexter el Demonio. Ahora era Dex-Papí, entregado al bienestar de Lily Anne y mi nueva familia. Por primera vez, la vida humana me parecía excepcional y valiosa, pese al hecho de que era mucho más que eso, y que en su mayor parte desmentía dicho valor. Pero le debía a Lily Anne cambiar

mis costumbres, y lo iba a hacer.

Contemplé la carpeta que descansaba sobre mi regazo. Emitía una melodía suave y seductora, me suplicaba que la coreara y creara música deliciosa a la luz de la luna..., pero no. La majestuosa ópera de mi hija recién nacida se imponía a todo, con la obertura aumentando de intensidad, y con mano firme introduje la carpeta en la trituradora y me fui a la cama.

A la mañana siguiente, fui a trabajar algo más tarde de lo habitual, puesto que antes tenía que dejar a Cody y Astor en el colegio. En el pasado, Rita se había encargado siempre de esta tarea. Ahora, por supuesto, todo era diferente: era el Año Uno de la Era Dorada de Lily Anne. Yo acompañaría a los crios al colegio de ahora en adelante, al menos hasta que Lily Anne fuera un poco mayor y pudiera acomodarse en un asiento del coche. Y si eso significaba que ya no iría a trabajar con las primeras luces del alba, me parecía un sacrificio muy pequeño. No obstante, el sacrificio se me antojó algo más grave cuando llegué por fin a la oficina y descubrí que alguien que no era Dexter el Sumiso había llevado donuts... y que todos habían desaparecido, como testimoniaba la caja de cartón rota y manchada. Pero ¿quién necesita donuts cuando la vida es tan dulce? Me puse a trabajar, con una sonrisa en el corazón y una canción en los labios.

Por una vez no recibí llamadas frenéticas para que me presentara en la escena de un crimen, y conseguí liquidar un montón de papeleo rutinario durante la primera hora y media del día. También llamé a Rita, sobre todo para asegurarme de que Lily Anne se encontraba bien y no había sido abducida por extraterrestres, y cuando Rita me tranquilizó con voz adormilada y confirmó que todo iba bien, le dije que pasaría a verlas por la tarde.

Encargué algunos suministros, archivé algunos informes y puse en orden casi por completo mi vida profesional, y si bien eso no compensó lo de los donuts, consiguió que me sintiera satisfecho conmigo mismo. A Dexter no le gusta el desorden.

Estaba todavía envuelto en mi nube rosa de satisfacción cuando el teléfono de mi escritorio sonó poco antes de las diez. Me acerqué y descolgué con un júbilo « ¡Hola, Morgan! », y la voz desabrida de mi hermana Deborah me recompensó.

—¿Dónde estás? —preguntó, de manera bastante innecesaria, pensé. Si le estaba hablando por un teléfono acoplado a mi escritorio por un cable largo, ¿dónde iba a estar? Tal vez sea cierto que los teléfonos móviles destruyen los tejidos cerebrales.

—Aquí mismo, al otro extremo del teléfono —expliqué.

—Reúnete conmigo en el aparcamiento —ordenó, y colgó antes de que pudiera protestar.

Encontré a Deborah al lado de su coche del parque móvil. Estaba apoyada

impaciente contra el capó y me miró con el ceño fruncido, de modo que decidí atacar antes con un alarde de brillante estrategia.

—¿Por qué hemos de encontrarnos aquí? —pregunté—. Tienes un despacho estupendo, con sillas y aire acondicionado.

Se enderezó y sacó las llaves.

—Mi despacho está infestado —replicó.

—¿De qué?

—Deke. Ese estúpido lameculos descerebrado no me deja en paz.

—No puede dejarte en paz. Es tu compañero.

—Me está volviendo loca. Apoya el culo en mi escritorio y se queda sentado tal cual, a la espera de que caiga rendida a sus pies.

Era una imagen asombrosa. Deborah cayendo rendida a los pies de su nuevo compañero, pero por vívida que fuera, para mí era absurda.

—¿Por qué deberías caer rendida a los pies de tu compañero?

Deborah sacudió la cabeza.

—Quizá te habrás fijado en que es estúpidamente apuesto. Si no, serías el único de todo el puto edificio. Incluido sobre todo Deke.

Me había fijado, por supuesto, pero no entendía qué tenía que ver su ridícula apostura con lo que estábamos hablando.

—Vale. Me he fijado. ¿Y?

—Cree que me voy a arrojar en sus brazos, como todas las demás tías que ha conocido. Lo cual me provoca náuseas. Es más burro que un arado, y se sienta en la esquina de mi escritorio, exhibiendo sus dientes perfectos, a la espera de que yo le diga lo que debe hacer, y si continuo mirándole dos segundos más, le voy a volar la cabeza. Sube al coche.

Deborah nunca se cortaba a la hora de expresar sus opiniones, pero aun así esto era un exabrupto, y me quedé parado un momento mientras veía que subía al coche y ponía en marcha el motor. Aceleró un momento, y después, para asegurarse de que yo había pillado el mensaje de que tenía prisa, conectó la sirena un momento, lo cual interrumpió mis ensoñaciones y me propulsó hacia el asiento del copiloto. Antes incluso de que hubiera cerrado la puerta, había puesto la marcha y estábamos saliendo a la calle.

—Creo que no nos sigue —dije cuando Deborah pisó el acelerador y se zambulló en el tráfico.

Mi hermana no contestó. Se limitó a adelantar a un camión cargado de sandías y se alejó a toda velocidad de la comisaría y de su compañero.

—¿Adónde vamos? —pregunté, mientras me aferraba al apoyabrazos como si me fuera la vida en ello.

—Al colegio.

—¿Qué colegio? —dije, mientras me preguntaba si el rugido del motor me había impedido captar una parte importante de nuestra conversación.

—El colegio de niños ricos al que iba Samantha Aldovar. Se llama Ransom Everglades.

Parpadeé. No me parecía un destino que exigiera tantas prisas, a menos que Deborah fuera a llegar tarde a clase, pero allí estábamos, abriéndonos paso entre el tráfico a una velocidad peligrosa. En cualquier caso, me pareció una buena noticia que, si sobrevivía al viaje, no afrontaría nada más amenazador que una posible pelotilla ensalivada. Y teniendo en cuenta la posición económica y social del colegio, sería una pelotilla ensalivada de máxima calidad, lo cual siempre significa un consuelo.

De modo que no hice otra cosa que apretar los dientes y agarrarme con fuerza mientras Deborah atravesaba la ciudad, se desviaba por LeJeune y entraba en Coconut Grove. A la izquierda por la US1, a la derecha por Douglas y a la izquierda por Poinciana para atajar hasta la Main Highway, y ya habíamos llegado al colegio, en lo que sin duda debía ser un tiempo récord, si es que alguien tomaba nota de esas cosas.

Atravesamos el portal de roca de coral y un guardia salió a impedirnos el paso. Deborah exhibió su placa y el guardia se agachó para examinarla, antes de dejarnos pasar con un ademán. Dimos la vuelta a una hilera de edificios y aparcamos bajo un gigantesco baniano, en un hueco que ponía RESERVADO PARA M. STOKES. Deborah aparcó y bajó, y yo la seguí. Recorrimos un camino de entrada sombreado y salimos al sol, y yo paseé la vista a mi alrededor para examinar lo que habíamos etiquetado de «colegio de niños ricos». Los edificios estaban limpios y parecían nuevos. Los terrenos estaban muy bien cuidados. Aquí, el sol brillaba un poco más, las palmeras oscilaban con un poco más de delicadeza, y en conjunto todo indicaba que era un día estupendo para ser un niño rico.

El edificio de la administración estaba situado lateralmente en el centro del campus, con un pasadizo exterior techado en medio, y nos detuvimos en la zona de recepción de dentro. Nos dijeron que esperaríamos a la sub no-sé-cuántos. Pensé en nuestro subdirector de la escuela secundaria. Era muy grande, con una frente de Cro-Magnon que parecía un nudillo. Por eso me quedé algo sorprendido cuando una mujer menuda y elegante entró y nos saludó.

—¿Agentes? —dijo en tono cordial—. Soy la señorita Stein. ¿En qué puedo ayudarles?

Deborah le estrechó la mano.

—He de hacerle algunas preguntas sobre una de sus estudiantes.

La señorita Stein arqueó una ceja para informarnos de que aquello era muy poco usual. La policía no venía a preguntar por sus estudiantes.

—Vengan a mi despacho —propuso, y nos condujo por un corto pasillo hasta una habitación con un escritorio, una silla y varias docenas de placas y fotografías en las paredes—. Tomen asiento, por favor.

Sin ni siquiera mirarme, Deborah se acomodó en la única silla de plástico moldeado que había delante del escritorio, y yo me puse a buscar un espacio en la pared libre de recuerdos enmarcados, para al menos poder apoyarme.

—Muy bien —dijo la señorita Stein. Se sentó detrás del escritorio y nos miró con expresión cortés pero fría—. ¿Cuál es el problema?

—Samantha Aldovar ha desaparecido —anunció Deborah.

—Sí. Nos hemos enterado, por supuesto.

—¿Qué clase de estudiante es?

La señorita Stein frunció el ceño.

—No puedo decirles sus notas, ni nada por el estilo. Pero es una estudiante muy buena. Por encima de la media, diría yo.

—¿Recibe ayuda económica para estudiar aquí? —preguntó Debs.

—Eso es información confidencial, por supuesto —replicó la señora Stein, y Deborah le dirigió una mirada furibunda, pero aunque pareciera asombroso, la señorita Stein ni siquiera se inmutó. Tal vez estaba acostumbrada a miradas intimidatorias, las miradas de los padres ricos. Habíamos llegado sin duda a un callejón sin salida, así que decidí echar una mano.

—¿Se burlan mucho de ella los demás chicos? —pregunté—. Ya sabe, por lo del dinero y todo eso.

La señorita Stein me miró y me dedicó una media sonrisa, como diciendo «eso no tiene nada de divertido».

—Deduzco que sospechan de algún motivo económico para su desaparición —dijo.

—¿Tiene novio, que usted sepa? —preguntó Debs.

—No lo sé. Y aunque lo supiera, no estoy segura de que debiera decírselo.

—Señorita Stern —dijo Debs.

—Stein.

Deborah desechó la corrección con un ademán.

—No estamos investigando a Samantha Aldovar. Estamos investigando su desaparición. Y si usted nos pone trabas, nos está impidiendo encontrarla.

—La verdad, no veo...

—Nos gustaría encontrarla viva —continuó Deborah, y me sentí orgulloso de la determinación y frialdad con que pronunció las palabras. De hecho, la señorita Stein palideció.

—Yo no... —dijo—. No sé nada de sus asuntos personales. Tal vez podría llamar a una de sus amigas para que hable con ustedes...

—Eso nos sería muy útil.

—Creo que su amiga más íntima es Tyler Spanos —explicó la señorita Stein—. Pero yo he de estar presente.

—Vaya a buscar a Tyler Spanos, señorita Stein —dijo Deborah.

La señorita Stein se mordisqueó el labio y se puso en pie, y luego salió por la

puerta sin la fría compostura que había exhibido al entrar. Deborah se reclinó en la silla y se removió un poco, como si intentara encontrar una forma más cómoda de sentarse. No existía. Se rindió al cabo de un momento, se sentó muy tiesa, y cruzó y descruzó las piernas con impaciencia.

Me dolía el hombro, y traté de apoyarme sobre el otro. Transcurrieron varios minutos. Deborah me miró dos o tres veces, pero ninguno de los dos tenía nada que decir.

Por fin, oímos voces a través de la puerta, altas y agudas. Eso duró medio minuto, y después se hizo un silencio relativo. Y al cabo de varios largos minutos, durante los cuales Deborah cruzó y descruzó las piernas, y yo volví a apoyarme sobre el primer hombro, la señorita Stein entró a toda prisa en el despacho. Continuaba pálida, y no parecía muy contenta.

—Tyler Spanos no ha venido hoy —explicó—. Ni ayer. Así que he llamado a su casa.

Vaciló, como si se sintiera avergonzada, y Deborah tuvo que animarla a continuar.

—¿Está enferma? —preguntó.

—No... —Una vez más, la señorita Stein vaciló y se mordisqueó el labio—. Ellas... Estaba trabajando en un proyecto de clase con otra estudiante —dijo por fin—. Los padres me han dicho que ella, mmm... con el fin de trabajar en dicho proyecto... Me han explicado que les dijo que se quedaría a dormir en casa de la otra chica.

Deborah se incorporó de un salto.

—Samantha Aldovar —dijo, y no era una pregunta.

De todos modos, la señorita Stein contestó.

—Sí. Exacto.

Entre las leyes a las que cualquier colegio puede acogerse para proteger a sus estudiantes del acoso oficial, y la influencia que pueden llegar a ejercer los padres y alumnos de una institución como Ransom Everglades, habría podido resultar muy difícil para nosotros reunir cualquier información sobre lo que ahora era una doble desaparición. Pero el colegio decidió elegir el camino recto y utilizar la crisis como un ejercicio de activismo comunitario. Nos invitaron a tomar asiento en el mismo despacho de paredes forradas de objetos, mientras la señorita Stein corría de un lado a otro para alertar a profesores y administrativos.

Paseé la vista alrededor de la habitación y observé que el número de sillas no había cambiado. El lugar de la pared donde me había apoyado ya no se me antojaba tan invitador, pero decidí que nuestra importancia en el gran esquema de las cosas había aumentado varios puntos debido a la desaparición de dos estudiantes del colegio, y que, en suma, en este momento era demasiado importante para apoyarme en la pared. Por eso, ahora había otra silla perfecta y estupenda en el despacho.

Acababa de acomodarme en la silla de la señorita Stein cuando sonó mi móvil. Eché un vistazo a la pantalla, la cual me informó de que era Rita quien llamaba. Contesté.

—¿Hola?

—Hola, Dexter, soy yo.

—Eso supuse enseguida.

—¿Qué? Ah. En cualquier caso, escucha —dijo, lo cual me pareció innecesario, puesto que ya lo estaba haciendo—. El doctor dice que ya puedo volver a casa, de modo que ¿puedes venir a recogernos?

—¿Qué dices? —pregunté atónito. Al fin y al cabo, Lily Anne sólo había nacido ayer.

—Que ya podemos volver a casa —repitió con paciencia Rita.

—Es demasiado pronto.

—El doctor dice que no. Dexter, ya he pasado por esto.

—Pero Lily Anne... Podría pillar algo, o el asiento del coche —dije, y me di cuenta de que el pánico me atenazaba hasta tal punto por el hecho de que Lily Anne fuera a abandonar la seguridad del hospital que estaba hablando como Rita.

—Se encuentra bien, Dexter, y yo también. Y queremos volver a casa, así que haz el favor de venir a recogernos, ¿de acuerdo?

—Pero Rita...

—Estaremos esperando. Adiós.

Y colgó antes de que se me ocurriera alguna explicación racional de por qué no debía marcharse del hospital todavía. Contemplé el teléfono un momento, y después la idea de que Lily Anne iba a salir a un mundo plagado de gérmenes y

terroristas me obligó a entrar en acción. Guardé el móvil en su funda y me puse en pie de un brinco.

—He de irme —le dije a mi hermana.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Me tiró las llaves del coche—. Vuelve lo antes posible.

Conduje hacia el sur al más puro estilo Miami, es decir, deprisa, serpenteando entre el tráfico como si no existieran carriles. No suelo conducir de esa forma. Siempre he creído que, en contra del auténtico espíritu de las calles de nuestra ciudad, llegar es tan importante como proyectar durante todo el trayecto una imagen energética. Pero ejecutaba las maniobras con toda naturalidad. Al fin y al cabo, crecí aquí, y la actual situación exigía al parecer toda la velocidad y la firmeza machista que pudiera convocar. ¿En qué estaría pensando Rita? Todavía más, ¿cómo había convencido a los médicos de que le hicieran caso? Carecía de lógica. Lily Anne era diminuta, frágil, terriblemente vulnerable, y precipitarla tan deprisa a la vida dura y fría me parecía una locura absoluta y cruel.

Paré en casa sólo para recoger el asiento de bebé nuevo. Había estado practicando durante semanas, pues quería ser perfecto cuando llegara el momento, pero el momento había llegado demasiado pronto, y descubrí que mis dedos, por lo general tan diestros, se mostraban rígidos y torpes cuando intenté encajarlo en su lugar con el cinturón de seguridad. No pude pasarlo a través de la ranura de la parte posterior. Empujé, tiré, y por fin me corté el dedo con el plástico moldeado, y dejé caer la sillita mientras me chupaba el corte.

¿Y esto era seguro? ¿Cómo podía proteger a Lily Anne, cuando a mí me había atacado con tanta agresividad? Y aunque funcionara como era debido (cosa que nunca sucedía), ¿cómo podría mantener a salvo a Lily Anne en un mundo como el nuestro? Sobre todo, al cabo de tan poco tiempo del nacimiento. Era una locura enviarla a casa ahora, con un día de edad. La típica arrogancia e indiferencia de los médicos. Se creen que son muy listos, y todo porque aprobaron química orgánica. Pero no saben nada. No veían lo que mi corazón de padre me decía con absoluta claridad. Era demasiado pronto para arrojar a Lily Anne a este mundo tan frío y cruel, sólo para ahorrar unos dólares a la compañía de seguros. Esto no podía terminar bien.

Por fin, encajé en su sitio el asiento y salí corriendo hacia el hospital. Pero en contra de mis lógicos temores, cuando llegué no encontré a Rita ante la puerta del hospital, esquivando balas mientras Lily Anne jugaba con jeringuillas utilizadas en la basura. En cambio, Rita esperaba en una silla de ruedas en el vestíbulo, con el bebé en los brazos. Alzó la vista con una sonrisa relajada cuando entré a toda prisa.

—Hola, Dexter, qué rapidez.

—Oh —dije, mientras intentaba asimilar el hecho de que todo iba sobre ruedas—. Bien, la verdad es que estaba bastante cerca.

—No vas a llevarnos a casa igual de deprisa, ¿verdad?

Y antes de poder indicar que jamás conduciría deprisa con Lily Anne en el coche, y que en cualquier caso opinaba que debería quedarse en el hospital unos días más, un risueño y peludo joven se acercó a nosotros y aferró los mangos del respaldo de la silla de Rita.

—Vaya, aquí está papá —dijo—. ¿Preparados para marchar?

—Sí, eso es... Gracias —contestó Rita.

El joven parpadeó.

—De acuerdo, pues.

Liberó el freno de las ruedas y empezó a empujar a Rita hacia la puerta. Y como en algún momento hasta yo he de colaborar con lo inevitable, respiré hondo resignado y les seguí.

En el coche, cogí a Lily Anne de las manos de Rita y la deposité con cuidado en el agresivo asiento. Pero por algún motivo, todas las prácticas que había llevado a cabo con la vieja muñeca repollo de Astor no se tradujeron con fidelidad en el caso del bebé real. Por fin, Rita tuvo que ayudarme a sujetar con el cinturón a Lily Anne. Así que un Dexter absolutamente impotente fue quien se sentó por fin al volante y puso en marcha el motor. Y con muchas miradas angustiadas al retrovisor para asegurarme de que el asiento infantil no había estallado en llamas, salí del aparcamiento a la calle.

—No conduzcas demasiado deprisa —advirtió Rita.

—Sí, cariño.

Conduje despacio hacia casa, aunque no lo bastante despacio para provocar la indignación de mis conciudadanos, sino casi al límite de la velocidad. Cada bocinazo, cada estruendo de un estéreo pasado de revoluciones, parecían ahora nuevos y amenazadores, y cuando paraba en los semáforos en rojo, me descubría mirando angustiado los coches cercanos, por si había armas automáticas apuntadas hacia nosotros. Pero por algún milagro, llegamos a casa sanos y salvos. Desatar las correas del asiento de Lily Anne no fue tan complicado como atarlas, y en un periquete la tuve a ella y a Rita en casa, arrellanadas cómodamente en el sofá.

Miré a las dos, y de repente todo me pareció diferente, porque por primera vez estaban aquí, en casa, y ver a mi hija en el antiguo decorado daba la impresión de subrayar el hecho de que la vida era nueva, maravillosa y frágil.

Me entretuve en la contemplación de la escena, absorbiéndola y disfrutando del prodigio. Toqué los dedos de los pies de Lily Anne, y después recorrí sus mejillas con mi dedo. Eran lo más suave que había tocado nunca, y creí percibir su olor rosado y nuevo a través de las yemas de mis dedos. Rita sostenía al bebé y se sumió en una especie de sopor sonriente, mientras yo tocaba, olía y miraba, hasta que por fin desvié la vista hacia el reloj y me di cuenta del tiempo que había transcurrido, y recordé que había llegado en un coche prestado cuya

propietaria era famosa por decapitar verbalmente a gente por mucho menos.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —pregunté a Rita.

Ella abrió los ojos y sonrió, la antigua sonrisa que Leonardo plasmaba tan bien, madre con niño prodigio.

—Ya he pasado por esto antes, Dexter —dijo—. Estaremos bien.

—Si estás segura... —contesté, con la nueva sensibilidad que experimentaba.

—Estoy segura.

Me fui muy a regañadientes.

Cuando regresé al campus de Ransom Everglades con el coche de Debs, descubrí que le habían asignado una habitación en un antiguo edificio de madera con vistas a la bahía, una especie de sala de interrogatorios provisional. La Pagoda, el nombre que recibía el edificio, estaba situado sobre un risco que dominaba el campo de deportes. Era un destartado edificio antiguo de madera que daba la impresión de ser incapaz de sobrevivir a una tormenta de verano más, y no obstante había aguantado el tipo lo bastante para convertirse en un punto de referencia histórico.

Deborah estaba hablando con un joven de lo más pulcro cuando entré, y se limitó a levantar la vista y saludarme con un cabeceo, sin interrumpir la respuesta del chico. Me senté en una silla a su lado.

Durante el resto del día, tanto estudiantes como profesores fueron entrando de uno en uno en el destartado edificio para contarnos lo que sabían acerca de Samantha Aldovar y Tyler Spanos. Todos los estudiantes que recibíamos eran inteligentes, atractivos y educados, y todos los profesores parecían ser listos y entregados, y empecé a apreciar los beneficios de la educación privada. De haber tenido la oportunidad de asistir a un lugar así, ¿quién sabe en qué me habría convertido? Tal vez, en lugar de un analista de salpicaduras de sangre que se escabullía de noche para matar sin conciencia, podría haber llegado a ser médico, físico o incluso senador, que se escabullía de noche para matar sin conciencia. Era muy triste pensar en todo mi potencial desperdiciado.

Pero la educación privada es cara, y no estaba al alcance de los medios de Harry, y aunque se lo hubiera podido permitir, dudo que él hubiera apostado por ello. Siempre había sido cauto con respecto al elitismo, y creía en todas nuestras instituciones públicas. Incluso en la escuela pública, o tal vez especialmente en la escuela pública, puesto que enseñaba toda una gama de aptitudes para la supervivencia que él sabía que necesitaríamos.

Estaba claro que a las dos chicas desaparecidas no les habrían ido nada mal dichas aptitudes. Cuando Debs y yo finalizamos las entrevistas, a eso de las cinco y media, habíamos averiguado algunas cosas interesantes sobre ambas, pero nada capaz de sugerir que podrían sobrevivir en los terrenos salvajes de Miami sin una tarjeta de crédito y un iPhone.

Samantha Aldovar seguía constituyendo un pequeño rompecabezas, incluso

para aquellos que la conocían bien. Los estudiantes sabían que recibía ayuda económica, pero daba la impresión de que a nadie le importaba. Todos decían que era agradable, silenciosa, buena en mates, y no tenía novio. A nadie se le ocurría un motivo que la hubiera inducido a orquestar su propia desaparición. Nadie recordaba haberla visto salir con alguien de dudosa reputación..., salvo Tyler Spanos.

Al parecer, Tyler era una auténtica chica alocada, y teniendo en cuenta todo, la amistad entre ambas chicas era de lo más raro. Si Samantha iba y venía del colegio acompañada por su madre en un Hyundai de cuatro años de antigüedad, Tyler conducía su propio coche: un Porsche. Si Samantha era callada y tímida, Tyler parecía estar siempre a la búsqueda de una buena fiesta. No tenía novio porque era incapaz de limitarse a un chico a la vez.

Y no obstante, una íntima amistad se había forjado durante el último año, y las dos chicas casi siempre estaban juntas a la hora de comer, después del colegio y los fines de semana. No sólo esto era intrigante, sino que preocupaba a Deborah más que otra cosa. Había escuchado con calma y formulado preguntas, emitido una orden de búsqueda del Porsche de Tyler y (con un estremecimiento) enviado a su compañero, Deke, a hablar con la familia Spanos, y nada de esto había provocado ni una onda en el rostro del Mar de Deborah. Pero la extraña amistad entre las dos chicas, por algún motivo, había espoleado su curiosidad como un cocker spaniel que oliera un filete.

—No tiene sentido, joder —dijo.

—Son adolescentes —le recordé—. No se rigen por la lógica.

—Te equivocas. Algunas cosas son lógicas, sobre todo en los adolescentes. Los idiotas se juntan con los idiotas; deportistas y animadoras se juntan con deportistas y animadoras. Eso no cambia nunca.

—Tal vez compartían algún interés mutuo secreto —sugerí, mientras consultaba con disimulo mi reloj, el cual me informó de que ya era hora de volver a casa.

—Apuesto a que sí. Y apuesto a que si lo descubrimos, descubriremos dónde están.

—Aquí nadie sabe qué podría ser —dije, aunque en realidad estaba intentando formular una frase de despedida elegante.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó con brusquedad Deborah.

—¿Perdón?

—No paras de retorcerte como si tuvieras ganas de mear.

—Oh, mmm..., la verdad es que debo irme. He de recoger a Cody y Astor antes de las seis.

Mi hermana me miró durante lo que se me antojó un largo rato.

—Jamás lo habría creído —dijo por fin.

—¿Qué?

—Que te casaras, tuvieras hijos, y ya sabes. Un hombre de familia, con todo lo que llevas encima.

Sabía que se estaba refiriendo a mi lado oscuro, mi antigua encarnación de Dexter el Vengador, la hoja solitaria bajo la luz de la luna. Había descubierto lo de mi álgter ego, y al parecer lo había aceptado..., justo a tiempo de que yo lo abandonara.

—Bien —dije—, supongo que yo tampoco lo habría creído. Pero... —Me encogí de hombros—. Aquí estoy, con una familia.

—Sí —dijo Debs, y desvió la vista—. Y antes que yo.

Vi que su rostro volvía a adoptar la máscara habitual de perpetua autoridad malhumorada, pero tardó varios segundos, y en el intervalo me pareció de lo más vulnerable.

—¿La quieres? —preguntó de repente, al tiempo que se volvía hacia mí, y parpadeé sorprendido. Una pregunta tan directa y personal no era típica de Deborah, uno de los motivos de que nos lleváramos tan bien—. ¿Quieres a Rita? —repetió, sin dejarme espacio alguno.

—No... lo sé —contesté con cautela—. Me he... acostumbrado a ella.

Deborah me miró y sacudió la cabeza.

—Acostumbrado a ella —repetió—. Como si fuera una poltrona o algo por el estilo.

—No exageres —dije, con la intención de introducir cierta ligereza en lo que se estaba convirtiendo en una conversación muy inquietante.

—¿Sientes amor? O sea, ¿puedes?

Pensé en Lily Anne.

—Sí —contesté—. Creo que sí.

Deborah escudriñó mi cara durante varios segundos muy largos, pero no había gran cosa que ver, y por fin se volvió a mirar la bahía a través de la vieja ventana con marco de madera.

—Mierda —dijo—. Vete a casa. Ve a buscar a tus hijos y a pasar el rato con tu esposa-poltrona.

Hacía mucho tiempo que no era humano, pero aun así sabía que algo no andaba bien en el País de Deborah, y no podía dejarla así.

—¿Qué pasa, Debs?

Vi que los músculos de su cuello se tensaban, pero continuó sin mirarme, con la vista clavada en el agua.

—Toda esta mierda de la familia —dijo—. Con estas dos chicas y sus familias deficientes. Y tu familia contigo, que eres también deficiente. Nunca es lo que debería, y nunca sale bien, pero todo el mundo tiene familia, excepto yo. —Respiró hondo y sacudió la cabeza—. Y lo deseo mucho. —Se volvió hacia mí con ferocidad—. Y nada de bromitas sobre el reloj biológico, ¿vale?

Para ser sincero, cosa que soy cuando me da la gana, estaba demasiado

estupefacto por el comportamiento de Deborah para hacer bromas, ya fuera sobre relojes o sobre lo que fuera. Pero broma o no, sabía que tenía que decir algo, y me decanté por lo correcto, de forma que sólo se me ocurrió formular una pregunta sobre Kyle Chutsky, el novio con el que vivía desde hacía años. Me gustaba estudiarlos para obtener pistas sobre cómo actuar en situaciones normales, y tuve la impresión de que ahora me iba a servir de algo.

—¿Va todo bien con Kyle?

Ella resopló, pero su expresión se suavizó.

—El jodido de Chutsky. Cree que es demasiado viejo, baqueteado e inútil para alguien joven y agradable como yo. No para de repetir que puedo conseguir algo mejor. Y cuando digo que tal vez no me apetezca, se limita a sacudir la cabeza y a poner cara de perro.

Todo esto era muy interesante, una mirada fascinante a la vida de alguien que había sido un ser humano mucho más tiempo que yo, pero me había quedado sin ideas para emitir un comentario constructivo, y notaba mucho la presión del reloj, el de muñeca, no el biológico. Por lo tanto, sin saber muy bien qué decir, algo que aportara consuelo y, al mismo tiempo, insinuara mi necesidad de marcharme de inmediato, lo único que se me ocurrió fue:

—Bien, estoy seguro de que tiene buenas intenciones.

Deborah me miró el tiempo suficiente para que yo me preguntara si había dicho lo correcto. Después exhaló un profundo suspiro y volvió a mirar por la ventana.

—Sí —dijo—. Yo también estoy segura de que sus intenciones son buenas.

Miró la bahía y no dijo nada, pero, peor que cualquier palabra, suspiró.

Era un aspecto de mi hermana que no había visto antes, y tampoco deseaba volver a verlo. Estaba acostumbrado a una Deborah pletórica de ruido y de furia, lo cual significaba porrazos en los brazos. Verla blanda y vulnerable, refocilándose en la autocompasión, era de lo más inquietante. Aunque sabía que debía decir algo para consolarla, no tenía ni idea de por dónde empezar, de modo que me quedé parado como un pasmarote, hasta que por fin la necesidad de irme se impuso a mi sentido de la obligación.

—Lo siento, Debs —dije, y aunque parezca extraño, era verdad—. He de ir a recoger a los chicos.

—Sí —contestó sin volverse—. Ve a buscar a tus hijos.

—Mmm... Necesito que me acompañes hasta mi coche.

Se volvió poco a poco y miró hacia la puerta del edificio, donde la señorita Stein estaba esperando. Después asintió y se levantó.

—De acuerdo. Aquí hemos terminado.

Me adelantó, se detuvo para dar las gracias a la señorita Stein con fría cortesía y la seguí hasta su coche en silencio.

El silencio duró casi hasta que llegamos a mi coche, y me resultó bastante

incómodo. Experimentaba la sensación de que debía decir algo, aportar una pizca de humor, pero mis dos primeros intentos fueron tan desafortunados que dejé de intentarlo. Debs entró en el aparcamiento de la comisaría y se detuvo al lado de mi coche, con la vista clavada en el frente y la misma expresión de infeliz introspección que había exhibido durante todo el trayecto. La miré un momento, pero ella a mí no.

—Muy bien —dije por fin—. Hasta mañana.

—¿Cómo es? —preguntó, y me detuve con la puerta a medio abrir.

—¿Cómo es qué?

—Cuando sostienes a tu hijo por primera vez.

No tuve que pensar mucho para contestar a eso.

—Asombroso. Absolutamente maravilloso. No hay nada en el mundo que se le parezca.

Me miró, y no supe si iba a abrazarme o a golpearme, pero no hizo nada de eso, y por fin sacudió la cabeza poco a poco.

—Ve a buscar a tus hijos —dijo. Esperé un segundo, por si quería añadir algo más, pero no lo hizo.

Bajé del coche y, mientras se alejaba poco a poco, la miré, intentando discernir qué le pasaba a mi hermana. Pero no cabía duda de que era algo demasiado complicado para un humano de nuevo cuño, de modo que me encogí de hombros, subí a mi coche, y fui a buscar a Cody y Astor.

El tráfico era denso cuando fui hacia el sur por Old Cutler Road para recoger a Cody y Astor, pero por algún motivo todo el mundo parecía muy educado en esta parte de la ciudad. Un hombre que conducía un Hummer grande rojo hasta me dejó pasar cuando los carriles se juntaron y yo tuve que adelantar, cosa que jamás había visto antes. Me llevó a preguntarme si tal vez los terroristas habían inoculado algo en la red de abastecimiento de agua potable, con el fin de lograr que todos fuéramos más amables y encantadores. En primer lugar, yo había decidido abandonar mis Oscuras Costumbres. Después Debs había estado a punto de echarse a llorar, y ahora, un conductor de un Hummer en hora punta se mostraba educado y considerado. ¿Se estaría acercando el Apocalipsis?

Pero no vi ángeles flamígeros durante el resto del trayecto hasta el parque donde Cody y Astor estaban, y de nuevo llegué justo antes de las seis. La misma joven estaba esperando junto a la puerta con los crios, agitando las llaves y dando saltitos de impaciencia. Estuvo en un tris de arrojarme los niños encima, y después, con una sonrisa mecánica que no militaba en la misma liga que una de mis fingidas, corrió hacia su coche, situado al final del aparcamiento.

Instalé a Cody y Astor en el asiento posterior del coche y me senté al volante. Guardaron un relativo silencio, incluida Astor, así que, en mi papel de nuevo padre humano, decidí que debía hacerles hablar un poco.

—¿Todo el mundo se lo ha pasado bien hoy? —pregunté, con un inmenso júbilo sintético.

—Anthony es un capullo —dijo Astor.

—Astor, no deberías utilizar esa palabra —contesté, algo sorprendido.

—Hasta mamá la dice cuando conduce. En cualquier caso, la oí en la radio de su coche.

—Bien, aun así no deberías usarla. Es una palabrota.

—No tienes por qué hablarme así. Tengo diez años.

—No eres lo bastante mayor para utilizar esa palabra. Da igual cómo te hable yo.

—¿Te da igual lo que hizo Anthony? ¿Sólo te interesa que no diga esa palabra?

Respiré hondo y llevé a cabo un esfuerzo especial para no chocar contra el coche que iba delante.

—¿Qué hizo Anthony? —pregunté.

—Dijo que yo no estaba buena. Porque no tengo tetas.

Noté que mi boca se abría y cerraba varias veces, como si poseyera voluntad propia, y recordé justo a tiempo que necesitaba respirar. Me sentía muy confuso, pero estaba claro que debía decir algo.

—Bien, y o... esto —dije con mucha claridad—. Poca gente tiene tetas a los diez años.

—Es tan gilipollas —dijo en tono sombrío, y después, con voz muy dulce, preguntó—: ¿Puedo decir «gilipollas», Dexter?

Abrí la boca de nuevo para tartamudear algo, pero antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba absurda, Cody habló.

—Alguien nos está siguiendo.

Por puro reflejo miré por el retrovisor. Con aquel tráfico, era imposible saber si, en verdad, alguien nos estaba siguiendo.

—¿Por qué lo dices, Cody? ¿Cómo lo sabes?

Vi por el espejo que se encogía de hombros.

—El Tío Sombra —dijo.

Suspiré de nuevo. Primero Astor con su aluvión de palabras prohibidas, y ahora Cody con su Tío Sombra. Se avecinaba una de esas veladas memorables que los padres experimentan de vez en cuando.

—Cody, el Tío Sombra puede equivocarse a veces.

Negó con la cabeza.

—Mismo coche.

—¿Cuál?

—Es el coche del aparcamiento del hospital —tradujo Astor—. El rojo, cuando dijiste que el tipo no nos estaba vigilando, aunque sí lo estaba haciendo. Y ahora nos está siguiendo, aunque tú creas que no.

Me gusta pensar que soy un hombre razonable, incluso en situaciones irracionales, como casi todas en las que andan críos de por medio. Pero en aquel momento pensé que había permitido una excesiva intromisión de la realidad, y era de recibo una pequeña lección. Además, si iba a obedecer mi resolución de cruzar al lado soleado de la calle, tenía que empezar desenganchándoles de sus oscuras fantasías en algún momento, y éste era tan bueno como cualquier otro.

—De acuerdo —dije—. Vamos a ver si es verdad que nos está siguiendo.

Pasé al carril de la izquierda y puse el intermitente. Nadie nos siguió.

—¿Veis a alguien?

—No —dijo Astor, de muy mal humor.

Giré a la izquierda por una calle, al lado de un centro comercial.

—¿Alguien nos sigue ahora?

—No —dijo Astor.

Aceleré y giré a la derecha.

—¿Y ahora? —pregunté alegremente—. ¿Llevamos a alguien detrás?

—Dexter —gruñó Astor.

Paré delante de una casa pequeña y corriente, muy parecida a la nuestra, con dos ruedas sobre la hierba y el pie en el freno.

—¿Y ahora? ¿Nos sigue alguien? —pregunté, procurando no regodearme demasiado en mi melodramática intervención.

—No —susurró Astor.

—Sí —dijo Cody.

Me volví en el asiento para reñirle, y me quedé inmóvil. Porque por la ventanilla trasera del coche vi que, a unas decenas de metros, un coche se acercaba con parsimonia a nosotros. La luz del sol poniente era suficiente para ver un rápido destello rojo procedente del pequeño coche, y después avanzó hacia nosotros a través de las sombras de la calle flanqueada de árboles. Como si aquellas sombras le hubieran despertado, el Oscuro Pasajero se desenroscó con cautela, extendió las alas y susurró una advertencia.

Si pensarlo dos veces pisé el acelerador, incluso antes de volverme hacia el volante, dejé una pequeña extensión de hierba destrozada detrás de mí y estuve a punto de tirar un buzón cuando miré adelante. El coche patinó un poco cuando volví a la calzada.

—Agarraos —dije a los niños, y con algo cercano al pánico aceleré y torcí a la derecha, de nuevo hacia la US1.

Vi el otro coche detrás de mí, pero le llevaba una buena delantera cuando me reincorporé a la autopista, y me zambullí al instante en el denso tráfico. Empecé a respirar de nuevo, sólo una o dos veces, mientras cruzaba tres carriles de veloces coches y me situaba en el de la izquierda. Me pasé un semáforo justo cuando viraba a rojo, y aceleré durante un kilómetro antes de divisar un hueco en el tráfico que venía en dirección contraria, girar a la izquierda y desviarme por otra tranquila calle residencial. Atravesé dos cruces, y después giré a la izquierda de nuevo, de forma que ahora corría paralelo a la US1. La calle se veía oscura y silenciosa, y no distinguí a nadie detrás de nosotros. Ni siquiera una bicicleta.

—Muy bien —dije—. Creo que le hemos perdido.

Vi por el espejo que Cody miraba por la ventanilla de atrás. Se volvió hacia mí y asintió.

—Pero ¿quién era, Dexter? —preguntó Astor.

—Algún lunático —contesté, con más seguridad en mi voz de la que en realidad sentía—. A algunas personas les da morbo asustar a gente a quien ni siquiera conocen.

Cody frunció el ceño.

—El mismo tipo —dijo—. Del hospital.

—No puedes saberlo.

—Sí.

—Es sólo una coincidencia. Dos chiflados diferentes.

—El mismo —insistió Cody displicente.

—Cody —dije, pero sentí que la adrenalina me estaba abandonando, y tampoco tenía ganas de discutir, así que lo dejé correr. Cuando el chico fuera mayor, ya aprendería que la zona de Miami estaba infestada de una variada e impresionante colección de chiflados y depredadores, y muchos compartían ambas cualidades. No había forma de saber por qué alguien nos había seguido, y

tampoco importaba. Fuera quien fuera, se había ido.

Por si acaso, continué conduciendo por calles laterales para ir hasta casa, por si nuestro perseguidor se dedicaba a vigilar la autopista. Además, ahora que el sol se estaba poniendo era más fácil ver si alguien nos seguía por las calles flanqueadas de casas donde reinaban las sombras, lejos del brillante resplandor anaranjado de las luces de la US1. Y no se veía a nadie. Una o dos veces destellaron faros en el retrovisor, y en cada ocasión era alguien que volvía a casa y aparcaba en su camino de entrada.

Llegamos por fin al cruce que nos llevaba a nuestra pequeña casa. Doblé por la calle y avancé hacia la US1 con cautela, mirando en todas direcciones. Sólo se veía tráfico, y no advertí nada siniestro, y cuando el semáforo cambió a verde, crucé la autopista y tomé las dos curvas restantes que nos conducían hasta nuestra calle.

—Muy bien —dije, cuando nuestro pequeño rincón de paraíso apareció a la vista—. No diremos nada de esto a vuestra mamá. Se preocuparía mucho. ¿Vale?

—Dexter —dijo Astor, y se apoyó contra el respaldo del asiento delantero, al tiempo que señalaba nuestra casa. Seguí la dirección de su brazo extendido y aplasté el freno con fuerza suficiente para que me castañetearan los dientes.

Un pequeño coche rojo estaba aparcado delante de casa, con el morro apuntado hacia nosotros. Las luces estaban encendidas, el motor en marcha y no veía quién había dentro, pero no necesitaba ver para sentir el veloz golpeteo de las oscuras alas correosas y oír el airado susurro de un Pasajero despierto por completo.

—Quedaos aquí con las puertas cerradas —ordené a los niños, y entregué a Astor mi móvil—. Si pasa algo, llama al novecientos once.

—¿Puedo irme con el coche si estás muerto? —preguntó Astor.

—Quedaos aquí —repetí, y respiré hondo, mientras convocaba a las tinieblas...

—Sé conducir —dijo Astor, al tiempo que se soltaba el cinturón de seguridad y se precipitaba hacia delante.

—Astor —repliqué con brusquedad, y se oyó un eco de la otra voz, la del frío comandante en jefe, en la mía—. Estate quieta.

Se reclinó en su asiento casi con docilidad.

Bajé poco a poco y miré hacia el coche. No había forma de ver su interior, ni ninguna señal de peligro: sólo un pequeño coche rojo con las luces encendidas y el motor en marcha. Percibí el equivalente de un largo redoble del Pasajero, preparado para entrar en acción, pero sin saber contra qué. Podían ser motosierras flamígeras, pero también una tarta en la cara.

Me encaminé hacia el coche, intentando pensar en algo que hacer, lo cual era imposible porque no sabía qué quería el desconocido, ni siquiera quién era. Ya no creía que fuera un chiflado, sobre todo porque sabía dónde vivía yo. Pero ¿quién

era? ¿Quién tenía motivos para actuar así? Entre los vivos, me refiero, porque muchas víctimas antiguas habrían estado encantadas de ir a por mí, pero estaban más allá de poder ejercer cualquier tipo de acción, aparte de la descomposición.

Avancé con el ánimo de estar preparado para todo, otra cosa imposible. Todavía sin señales de vida en el otro coche, y silencio por parte del Pasajero, salvo un intrigado y cauteloso batir de alas.

Y cuando me encontraba a tres metros de distancia, la ventanilla del conductor descendió y paré en seco. Durante un largo momento no pasó nada, y entonces un rostro se asomó por la ventanilla, un rostro familiar, que exhibía una brillante sonrisa falsa.

—¿A que ha sido divertido? —dijo el rostro—. ¿Cuándo ibas a decirme que soy tío?

Era mi hermano, Brian.

No había visto a mi hermano desde aquella memorable noche de varios años atrás, cuando nos habíamos encontrado, por primera vez siendo adultos, en un contenedor del puerto de Miami, y me había ofrecido un cuchillo para que le ayudara en la visección del compañero de juegos que había elegido. Resultó que no tuve ánimos para hacerlo, aunque parezca raro. Tal vez fuera porque había elegido a Deborah, y la mano muerta de Harry había estrujado mi hipotética alma con tanta fuerza que fui incapaz de hacerle daño, aunque no fuéramos parientes biológicos y Brian sí.

De hecho, era mi único pariente biológico, por lo que yo sabía, aunque teniendo en cuenta lo poco que había descubierto sobre nuestra promiscua madre, todo era posible. Por lo que yo sabía, podría tener media docena de hermanos y hermanas viviendo en un aparcamiento de caravanas de Immokalee. En cualquier caso, mucho más importante que los vínculos de sangre que compartíamos era... Bien, otro vínculo de sangre muy diferente. Porque Brian se había forjado en el mismísimo fuego que me había transformado en Dexter el Oscuro, el cual también le había instilado la compulsiva necesidad de desmenuzar y trincar. Por desgracia, había alcanzado la madurez sin las restricciones del Código de Harry, y se sentía muy feliz de practicar su arte con el primero que cayera en sus manos, siempre que fuera joven y de sexo femenino. Había estado practicando con una serie de prostitutas de Miami cuando nuestros caminos se habían cruzado por primera vez.

La última vez que le había visto, se alejaba tambaleante en la noche con una bala en el costado, la única ventaja que podía otorgarle, teniendo en cuenta que Deborah estaba allí, algo ansiosa por hablar con él en calidad oficial. Por lo visto, había recibido atención médica, porque tenía un aspecto muy saludable. Un poco más viejo, por supuesto, pero aún se me parecía un montón. Su estatura y complexión eran muy similares a las mías, y hasta sus facciones parecían una imitación tosca y maltrecha de las mías, y la vivaz mirada burlona que recordaba continuaba en sus ojos cuando me miró desde su cochecito rojo.

—¿Recibiste mis flores? —preguntó, y yo asentí mientras me acercaba.

—Brian —dije, y me apoyé sobre el coche—. Tienes buen aspecto.

—Igual que tú, querido hermano —contestó, sin dejar de sonreír. Extendió la mano y palmeó mi estómago—. Creo que has engordado un poco... Tu esposa debe ser buena cocinera.

—Lo es. Me cuida muy bien. En cuerpo y... alma.

Reímos juntos por haber utilizado aquella palabra de cuento de hadas, y pensé una vez más en que era estupendo conocer a alguien que me comprendiera. La noche que habíamos estado juntos había vislumbrado por un breve y tentador momento este vínculo que lo aceptaba todo, y ahora comprendí a lo que había

renunciado, y tal vez él también, porque aquí estaba.

Pero, por supuesto, nada es nunca tan sencillo, sobre todo en el caso de los que residimos en la Torre Oscura, y experimenté una leve punzada de suspicacia.

—¿Qué estás haciendo aquí, Brian?

Sacudió la cabeza con fingida autocompasión.

—¿Ya te sientes suspicaz? ¿De tu propio hermano?

—Bien, o sea, la verdad. Mmm..., teniendo en cuenta...

—Muy cierto. ¿Por qué no me invitas a entrar y hablamos?

La sugerencia me sentó como un jarro de agua fría. ¿Invitarle a entrar? ¿En mi casa, donde mi otra vida yacía acunada en su lecho de pristino algodón blanco? ¿Permitir que una gota de sangre manchara el inmaculado damasco de mi disfraz? Era una idea terrible, que me provocó un espantoso escalofrío de incomodidad. Además, jamás había dicho a nadie que tenía un hermano, y en este caso «nadie» era Rita, la cual se quedaría intrigada por dicha omisión. ¿Cómo podía invitarle a entrar en el mundo de las crepes de Rita, los DVD de Disney y las sábanas limpias? ¿Invitarle a entrar, por todo lo que era impío, en el sanctasanctórum de Lily Anne? No era justo. Era un sacrilegio, una violación blasfema de...

¿De qué? ¿Acaso no era mi hermano? ¿No debía cubrir eso todo lo demás con un manto de santidad? Debía confiar en él, sin duda..., pero ¿todo? ¿Mi identidad secreta, mi Fortaleza de Soledad, y hasta Lily Anne, mi kriptonita?

—No babeas, hermano —interrumpió Brian mis meditaciones aterradas—. Es impropio de ti.

Sin pensar, me sequé la comisura de la boca con la manga, mientras intentaba improvisar todavía una respuesta coherente. Pero antes de que fuera capaz de articular una sola sílaba, la bocina de un coche sonó cerca, y al volverme vi la cara malhumorada de Astor, que me fulminaba con la mirada a través del parabrisas de mi coche. La cabeza de Cody estaba al lado de ella, silenciosa y vigilante. Vi que Astor se retorció y pronunciaba las palabras *¡Venga, Dexter!* Volvió a tocar la bocina.

—Tus hijastros —comentó Brian—. Unos críos encantadores, estoy seguro. ¿Puedo conocerlos?

—Eh... —dije, con una autoridad realmente impresionante.

—Vamos, Dexter. No me los voy a comer.

Emitió una extraña risita que no logró tranquilizarme, pero al mismo tiempo caí en la cuenta de que, al fin y al cabo, era mi hermano, y Cody y Astor estaban lejos de estar indefensos, como habían demostrado en diversas ocasiones. No podía perjudicarles permitir que conocieran a su... ¿tíastro?

—De acuerdo —dije, e indiqué a Astor con un ademán que se acercara. Los dos niños bajaron del coche con encomiable celeridad y corrieron hacia nosotros, de modo que Brian tuvo el tiempo justo de bajar del vehículo y

quedarse a mi lado.

—Vaya, vaya. ¡Qué niños más guapos!

—Él es guapo —dijo Astor—. Yo sólo seré mona hasta que me crezcan las tetas, y después estaré buena.

—Sin duda alguna —replicó Brian, y dedicó su atención a Cody—. Y tú, hombrecito, ¿eres...?

Enmudeció cuando vio la mirada de Cody.

El chico se quedó mirando a Brian, con los pies separados y las manos caídas a los costados con rigidez. Sus ojos se encontraron y oí el despliegue de alas correosas entre ellos, el oscuro y sibilante saludo de sus espectros interiores gemelos. Había una expresión de arrobo beligerante en el rostro de Cody. Mi hermano y él permanecieron así un largo momento, hasta que Cody me miró al fin.

—Como yo —manifestó—. El Tío Sombra.

—Asombroso —comentó Brian, y mi hijo se volvió a mirarle—. ¿Qué has hecho, hermano?

—¿Hermano? —preguntó Astor, que reclamaba el mismo rato de atención—. ¿Es tu hermano?

—Sí, es mi hermano —dije a Astor—. No he hecho nada —expliqué a Brian—. Fue su padre biológico.

—Nos daba unas palizas de muerte —aclaró Astor como si tal cosa.

—Entiendo —dijo Brian—. Aportando así el Acontecimiento Traumático que nos engendró a todos.

—Supongo —comenté.

—¿Y qué has hecho con este maravilloso potencial sin explotar? —preguntó Brian, con los ojos clavados en Cody.

Me encontraba ahora en un territorio muy incómodo, teniendo en cuenta que mi plan había sido adiestrarles en el Camino de Harry, un camino que ahora estaba decidido a evitar, y descubrí que no tenía ganas de hablar de aquello, al menos en aquel momento.

—Entremos —dije—. ¿Te apetece un café o algo?

Brian desvió poco a poco sus ojos vacíos de Cody y me miró.

—Será un placer, hermano —corroboró, y con otra mirada a los niños dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de mi casa.

—Nunca dijiste que tenías un hermano —comentó Astor.

—Como nosotros —añadió Cody.

—Nunca lo preguntasteis —contesté, con una extraña sensación de ponerme a la defensiva.

—Tendrías que haberlo dicho —rezongó Astor, y Cody me dirigió una mirada acusadora silenciosa, como si hubiera violado alguna confianza básica.

Pero Brian ya estaba delante de la puerta de casa, de modo que le seguí. Los

niños me pisaban los talones, claramente enfurecidos, y se me ocurrió que no sería la última vez que oyera palabras similares. ¿Qué diría a Rita cuando me preguntara lo mismo, como sin duda haría? Considerando que Brian era como yo, pero sin ninguna de las restricciones de Harry, una especie de Dexter Desencadenado, ¿qué podía decir? La única presentación apropiada sería: «Es mi hermano. ¡Sálvese quien pueda!».

En cualquier caso, no había esperado volver a verle después de aquel único encuentro tan breve y vertiginoso. Ni siquiera había sabido que iba a sobrevivir. No cabía duda de que lo había conseguido, pero ¿por qué había vuelto? Yo habría pensado que lo más sensato sería mantenerse alejado. Deborah se acordaría de él. Su encuentro había sido de los que no se olvidan, y ella, al fin y al cabo, era el tipo de persona que obtenía una gran satisfacción profesional cuando detenía a gente como él.

Yo también sabía muy bien que no había vuelto porque sintiera algo por mí. Carecía de sentimientos. De modo que ¿por qué había venido, y qué iba a hacer yo al respecto?

Brian llegó a la puerta y se volvió a mirarme, al tiempo que enarcaba una ceja. Por lo visto, lo primero que debía hacer al respecto era abrir la puerta y dejarle entrar. Lo hice. Me dedicó una breve reverencia y entró, y Cody y Astor corrieron tras él.

—Qué hogar tan agradable —dijo Brian, al tiempo que paseaba la vista alrededor de la sala de estar—. Qué acogedor.

Había montañas de DVD tirados sobre el raído sofá, y una pila de calcetines en el suelo, y dos cajas de pizza vacías sobre la mesita auxiliar. Rita había estado en el hospital casi tres días, y por lo tanto carecía de energías para limpiar, puesto que había llegado aquella mañana. Y aunque yo prefiero un entorno limpio, había estado demasiado distraído para hacer algo, y la casa no presentaba su mejor aspecto. En realidad, estaba hecha un desastre.

—Lo siento —dije a Brian—. Hemos estado, mmm...

—Sí, ya lo sé, el dichoso evento. La vida casera ya se sabe.

—¿Qué significa eso? —preguntó Astor.

—¿Dexter? —llamó Rita desde el dormitorio—. ¿Es que...? ¿Hay alguien contigo?

—Soy yo —dije.

—Su hermano está aquí —comentó Astor en tono beligerante.

Siguió una pausa, sustituida por una especie de susurro aterrado, y después salió Rita, todavía cepillándose el pelo con una mano.

—¿Hermano? Pero eso es... Oh.

Y se detuvo, con la vista fija en Brian.

—Querida dama —dijo él, con su alegría burlona, acerada como un cuchillo—, eres encantadora. Dexter siempre tuvo buen ojo para la belleza.

Rita se pasó las manos por el pelo.

—Oh, Dios mío, estoy hecha un adefesio. Y la casa está... Pero, Dexter, nunca habías dicho que tenías un hermano, y esto es...

—En efecto —interrumpió Brian—. Te pido disculpas por la molestia.

—Pero tu hermano... —repitió Rita—. Nunca dijiste nada.

Sentí que los músculos de mi mandíbula se movían, pero por más que me esforcé en escuchar, no me oí decir nada. Brian me miró un momento con auténtico placer antes de hablar por fin.

—Temo que todo es culpa mía —dijo—. Dexter creía que había muerto hace mucho tiempo.

—Exacto —corroboré, y me sentí como uno de los Tres Chiflados dando la réplica a los demás.

—Aun así —dijo Rita, sin dejar de toquetearse el pelo—. O sea, tú nunca... dijiste que él estaba... O sea, ¿cómo es posible que no...?

—Es muy doloroso —sentencié vacilante—. No me gusta hablar de eso.

—Aun así —repitió Rita, y aunque no existía guía del territorio en que nos habíamos adentrado, sabía que el problema todavía no se había resuelto. Por lo tanto, con la esperanza de volver a un terreno más firme, solté las únicas palabras que se me ocurrieron.

—¿Podríamos tomar café?

—Oh —dijo Rita, y su mal humor se transformó al instante en una asustada expresión de culpa—. Lo siento, ¿te gustaría...? O sea, sí, siéntate. —Se acercó al sofá y quitó la basura diversa que lo bloqueaba con una veloz serie de movimientos precisos de la que nos sentimos todos orgullosos, hablando desde un punto de vista doméstico—. Ya está —dijo, mientras apilaba los trastos al lado del sofá y llamaba a Brian con un ademán—. Por favor, siéntate y... ¡Oh! Soy Rita.

Él avanzó con crispada galantería y estrechó su mano.

—Me llamo Brian, pero siéntate, por favor, querida dama. No deberías estar levantada tan pronto.

—¡Oh! —exclamó Rita, y enrojeció—. Pero el café, debería...

—Estoy seguro de que Dexter no será tan inútil como para no saber preparar café, ¿verdad? —dijo Brian, al tiempo que arqueaba una ceja, y ella rió.

—Supongo que nunca lo sabremos, a menos que le dejemos intentarlo —aventuró Rita, y le dedicó una sonrisa tonta mientras se dejaba caer en el sofá—. Dexter, ¿serías tan amable...? Son tres cucharadas para seis tazas, y has de poner agua en el...

—Creo que me las arreglaré —repliqué, y si el tono fue un poco hosco, ¿quién podía recriminármelo? Y cuando Brian se sentó al lado de mi mujer, en mi sofá, entré en la cocina para preparar café. Y mientras repetía los gestos de llenar el cazo con agua del grifo y verter el agua en la máquina, oí en las profundidades de mi ser un silencioso batir de alas de murciélago cuando el

Pasajero se retiró. Pero desde los helados recovecos del poderoso cerebro de Dexter sólo oí tartamudeos confusos y vacilantes. Tuve la impresión de que el suelo giraba bajo mis pies. Me sentía desprotegido, amenazado y atacado por todos los ejércitos malvados de la noche.

¿Por qué había vuelto mi hermano? ¿Y por qué me sentía tan terriblemente inseguro debido a esa circunstancia?

Unos minutos después había servido el café en las tazas, que había depositado sobre una bandeja, con un azucarero y dos cucharas. La cargué con sumo cuidado hasta la puerta que daba a la sala de estar y me paré en seco. La imagen que vi era de arrobo doméstico, encantadora en cada aspecto..., salvo por el hecho de que no me incluía. Mi hermano se había acomodado en el sofá con Rita, como si siempre hubiera vivido en casa. Cody y Astor se encontraban a pocos pasos de distancia y le miraban fascinados, y yo me quedé petrificado en la puerta de la cocina y contemplé el retablo con una creciente sensación de incomodidad. Al ver a Brian en mi sofá, con Rita inclinada hacia él mientras hablaba, y a Cody y Astor mirando, todo se me antojó de lo más surrealista. Las imágenes no acababan de combinarse bien, pero eran muy inquietantes, como si entraras en una catedral para asistir a una misa concelebrada y encontraras a gente copulando en el altar.

Brian, por supuesto, parecía de lo más relajado. Supongo que es una de las grandes ventajas de ser incapaz de sentir nada. Parecía tan a gusto en mi sofá como si hubiera crecido en él. Y sólo para subrayar el hecho de que, por lo visto, era su casa más que la mía, me vio al acecho con el café y señaló con un ademán la silla contigua al sofá.

—Siéntate, hermano —dijo—. Como si estuvieras en tu casa.

Rita se enderezó al instante, y Cody y Astor volvieron la cabeza hacia mí cuando me acerqué con el café.

—¡Oh! —exclamó Rita, y a mí me sonó un poco culpable—. Has olvidado la crema, Dexter.

Y antes de que alguien pudiera hablar, y a había desaparecido en la cocina.

—No paras de llamarle «hermano» —le dijo Astor a Brian—. ¿Por qué no utilizas su nombre?

Brian parpadeó, y experimenté una sensación de complicidad. No era sólo yo: A Astor también se le atragantaba su presencia pues le hacía sentirse incómoda.

—No sé —reconoció—. Supongo que porque la relación es como una sorpresa para los dos.

Cody y Astor volvieron la cabeza hacia mí al unísono.

—Sí —dije, y era muy cierto—. Una completa sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó Astor—. Mucha gente tiene hermanos.

No tenía ni idea de cómo explicarlo, y me demoré dejando la bandeja y hundiéndome en la silla. Una vez más, fue Brian y no yo quien interrumpió el silencio.

—Mucha gente tiene familia también —replicó—. Como vosotros dos. Pero hermano... Dexter y yo no la tuvimos. Fuimos... abandonados. En circunstancias

muy desagradables. —Exhibió una vez más la sonrisa deslumbrante, y estoy muy seguro de que, esta vez, sólo imaginé que destellaba una chispa detrás—. Sobre todo yo.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Astor.

—Yo era huérfano —explicó Brian—. Un niño adoptado. Crecí en un montón de casas diferentes, con gente a la que no caía bien y no me quería, pero a quien pagaban para cuidar de mí.

—Dexter tuvo un hogar —dijo Astor.

Brian asintió.

—Sí. Y ahora tiene otro.

Sentí garras frías en la espalda, y no supe por qué. Las palabras de Brian no contenían ninguna amenaza, pero aun así...

—Los dos tenéis que daros cuenta de la suerte que habéis tenido —continuó Brian—. Tener un hogar, e incluso alguien que te comprenda. —Me miró y sonrió de nuevo—. Y ahora, dos alguienos.

Y me dedicó un guiño horrorosamente falso.

—¿Significa eso que seguiremos viéndonos? —preguntó Astor.

La sonrisa de Brian se ensanchó un poco.

—Podría ser. ¿Qué otra cosa significa la familia para ti?

Las palabras de Brian me impulsaron a entrar en acción, y me incliné hacia él como si alguien me hubiera aplicado un hierro al rojo en la espalda.

—¿Estás seguro? —pregunté, y noté que las palabras se convertían en grumos fríos y toscos en mi boca. No obstante, continué tartamudeando—. O sea, ya sabes, mmm..., es maravilloso verte y todo eso, pero... existe cierto peligro.

—¿Qué peligro? —preguntó Astor.

—Puedo ser muy cauteloso —me dijo Brian—, como ambos sabemos.

—Es que Deborah podría dejarse caer por aquí —comenté.

—Hace dos semanas que no viene —replicó Brian, al tiempo que enarcaba una ceja burlona—. ¿Verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Astor—. ¿Qué más da que tía Deborah venga?

Fue muy interesante oír lo de las «dos semanas», y así averiguar desde cuándo nos estaba vigilando Brian, y ambos hicimos caso omiso de la interrupción de Astor porque estaba claro que era muy importante. Si Deborah veía a Brian aquí, ambos nos veríamos metidos en un lío de incalculables consecuencias. Pero lo que él decía era cierto: Deborah no venía a vernos con mucha frecuencia. No había pensado en el motivo, pero tal vez a la luz de su reciente confesión acerca de que yo había tenido familia antes que ella, pensé que quizá le resultaba doloroso en algún sentido.

Por suerte para mí, me ahorraron otra lección sobre dinámica familiar cuando Rita volvió con una pequeña jarra de leche, y hasta un plato con galletitas.

—Tened —dijo, mientras depositaba su óbolo y lo disponía todo de una forma más perfecta todavía. Al fin y al cabo, era Rita la Poderosa, absoluta Soberana de los Asuntos Domésticos y la Cocina de Todas las Cosas—. Nos quedaba un poco de esa mezcla jamaicana que te gustó tanto, Dexter. ¿La has utilizado? —Asentí sin decir palabra, mientras ella movía las cosas sobre la mesita auxiliar—. Porque al fin y al cabo, si a ti te gustó tanto, quizás a tu hermano también le guste.

Y dotó a la palabra «hermano» de tanto peso, que me quedé convencido de que volvería a insistir en el tema.

—Huele de maravilla —dijo Brian—. Ya me siento más entonado.

Las palabras de Brian eran tan palpablemente falsas que estaba seguro de que Rita se volvería hacia él con una ceja enarcada y un labio fruncido. En cambio, se ruborizó un poco cuando se arrellanó en el sofá y empujó una taza hacia él.

—¿Tomas leche y azúcar? —le preguntó.

—Oh, no —replicó mi hermano, y me sonrió—. Me gusta muy negro.

Rita giró el asa de la taza hacia él y dejó al lado una servilleta pequeña.

—A Dexter le gusta con un poco de azúcar —explicó.

—Querida dama —se relamió Brian—, yo diría que inventó esa manera de tomar café.

Ignoro qué terribles sufrimientos habían transformado a Brian en la Fuente de la Falsedad que ahora veía sentada en mi sofá, pero sólo puedo considerar muy positivo que fuera incapaz de sentir vergüenza. Siempre me he enorgullecido de ser tranquilo y plausible. Estaba claro que no era su caso. Sus cumplidos eran burdos, obvios y claramente falsos. Y a medida que la velada avanzaba (por mediación de más café, después una pizza, porque por supuesto mi hermano tuvo que quedarse a cenar), fue abundando en ellos más y más. Yo esperaba que los cielos se abrieran de repente y un rayo lo fulminara, o que, al menos, una voz poderosa le conminara a amordazarse con un calcetín, como habría dicho Harry. Pero cuanto más indignantes eran las adulaciones y halagos de Brian, más contenta se mostraba Rita. Hasta Cody y Astor se limitaban a contemplarle en un silencio admirado.

Y para acabar de colmar mi incomodidad, cuando Lily Anne empezó a dar la lata en la habitación de al lado, Rita la trajo a la sala de estar y la exhibió. Brian reaccionó con la exhibición más exorbitante jamás vista, alabó los dedos de los pies, la nariz, sus dedos perfectos, y hasta su estilo de llorar. Y Rita se lo tragó todo, sonreía, cabeceaba, hasta se desabrochó la blusa para dar de mamar a Lily Anne delante de todos nosotros.

En conjunto, fue una de las veladas más desagradables que había experimentado en mi vida. Bien, para ser sincero, desde la última vez que había visto a Brian. La situación empeoraba porque yo no podía decir o hacer nada, en parte porque no sabía lo que consideraba censurable. Al fin y al cabo, como Rita afirmó con gran placer en tres ocasiones, formábamos todos una familia. ¿Por

qué no podíamos cantar juntos e intercambiar jubilosas mentiras? ¿No es eso lo que hacen las familias?

Cuando Brian se levantó por fin, a eso de las nueve de la noche, Rita y los chicos estaban encantados con su nuevo pariente, Tío Brian. Su antiguo pariente (el maltrecho y nervioso Papi Dexter) era, por lo visto, el único que se sentía angustiado, inquieto y vacilante. Acompañé a Brian hasta la puerta, donde Rita le dio un largo abrazo y le dijo que hiciera el favor de venir a vernos con la máxima frecuencia posible, y tanto Cody como Astor le estrecharon la mano de una manera que debería describir como zalamera.

Por supuesto, no tuve la menor ocasión de hablar con Brian en privado, puesto que toda la noche había estado rodeado de una multitud rendida a sus pies. Por lo tanto, aproveché la oportunidad de acompañarle hasta su coche y cerrar con firmeza la puerta a sus admiradores. Pero antes de subir al cochecito rojo, se volvió y me miró.

—Tienes una familia encantadora, hermano. La perfección doméstica.

—Aún no sé por qué estás aquí.

—¿No? ¿Es que no salta a la vista?

—Salta penosamente a la vista. Pero no lo tengo muy claro.

—¿Tan difícil es creer que quiero formar parte de una familia?

—Sí.

Ladeó la cabeza y me miró con sus ojos perfectamente vacíos.

—Pero ¿no fue eso lo que nos reunió por primera vez? ¿No es de lo más natural?

—Tal vez. Pero no.

—Ay, cuán cierto es —dijo, con su habitual estilo melodramático—. Pero sin embargo me descubro pensando en ello. Y en ti. Mi único pariente biológico.

—Por lo que sabemos —añadí, y ante mi sorpresa le oí decir las mismas palabras al mismo tiempo, y su sonrisa se ensanchó cuando cayó en la cuenta.

—¿Lo ves? —dijo—. No puedes llevar la contraria al ADN. Estamos unidos, hermano. Somos una familia.

Y si bien la misma idea se había repetido hasta la saciedad durante toda la velada, y si bien todavía resonaba en mis oídos cuando Brian se alejó en su coche, no consiguió tranquilizarme, y me fui a la cama con la sensación de que unos dedos invisibles ascendían poco a poco por mi espina dorsal.

Fue una noche inquieta para mí, con ratos de sueño separados por profundas ciénagas de insomnio. Me sentía atacado por algo que sólo podía definir como un miedo anónimo, una cosa terrible que me acechaba, azuzada por un malestar mudo del Pasajero, que por una vez parecía de lo más inseguro, tan desconcertado como yo. Tal vez habría debido encerrar a la bestia en su jaula y conciliar el sueño durante unas horas de dichosa inconsciencia, pero también estaba Lily Anne.

La querida, dulce, preciosa e irremplazable Lily Anne, el corazón y el alma del nuevo y humano Dexter, resultó poseer otro asombroso talento que superaba en mucho a sus evidentes encantos. Por lo visto, era la propietaria de un potente par de pulmones, y estaba decidida a compartir este don con todos nosotros, cada veinte minutos durante toda la noche. Y por algún capricho de naturaleza maligna, cada vez que lograba sumirme en un breve interludio de sueño real, coincidía con uno de los ataques de llanto de Lily Anne.

El ruido no parecía molestar en absoluto a Rita, lo cual no aumentó mi aprecio por ella. Cada vez que el bebé lloraba, decía: «Tráemela, Dexter», al parecer sin despertarse, y después las dos se ponían a dormir hasta que Rita, de nuevo sin abrir los ojos, decía: «Llévela a la cuna, por favor». Y yo me tambaleaba hasta la cuna, depositaba a Lily Anne y la tapaba con cuidado, y le rogaba en silencio que por favor, por favor, durmiera al menos una hora.

Pero cuando volvía a la cama, el sueño me eludía, incluso en el oscuro y provisional silencio. Por más que desprecio el tópico, la verdad es que di vueltas y más vueltas, sin encontrar el menor consuelo. Y en los escasos momentos reales de sueño que me asaltaban, soñaba por algún motivo, y no eran sueños dichosos. Por norma, nunca sueño. Creo que el acto tal vez esté relacionado con tener alma, y como estoy muy seguro de que yo no tengo, casi siempre que me pongo a dormir es como si tuviera el cerebro muerto, sin que el inconsciente me moleste.

Pero en las sudorosas profundidades de aquella noche, Dexter soñaba. Las imágenes eran tan retorcidas como las sábanas: Lily Anne sostenía un cuchillo en su puñito, Brian se derrumbaba en un charco de sangre mientras Rita daba de mamar a Dexter, Cody y Astor nadaban en aquel mismo charco rojo espantoso. Como suele suceder con esas tonterías, nada poseía verdadero significado, pero de todos modos logró que me sintiera muy incómodo en el último cajón de mi armario interior, y cuando por fin me levanté tambaleante de la cama por la mañana, no me sentía nada descansado.

Llegué hasta la cocina sin ayuda, y Rita depositó una taza de café delante de mí, sin el cuidado que había demostrado cuando preparó la taza de Brian. Y mientras este pensamiento indigno cruzaba mi cerebro, ella recogió el testigo,

como si hubiera leído mi mente.

—Brian parece un chico estupendo —dijo.

—Sí —contesté, mientras pensaba que « parecer » está muy lejos de « ser » .

—A los niños les cae muy bien —continuó Rita, lo cual aumentó mi sensación indefinida de incomodidad, que mi conciencia parcial previa al café no había conseguido disipar.

—Sí, mmm... —Tomé un buen sorbo y rogué en silencio para que el café obrara su magia enseguida y enchufara de nuevo mi cerebro—. De hecho, nunca se ha relacionado con niños y...

—Bien, esto será positivo para todos —dijo alegre Rita—. ¿Se ha casado alguna vez?

—No creo.

—¿No lo sabes? —preguntó con brusquedad Rita—. Por favor, la verdad, Dexter... Es tu hermano.

Tal vez fue un estallido de mis nuevos sentimientos humanos, pero la irritación se abrió paso por fin entre mi niebla matutina.

—Rita —refunfuñé en tono malhumorado—, ya sé que es mi hermano. No hace falta que lo sigas repitiendo.

—Tendrías que haber dicho algo.

—Pero no lo hice —repliqué en buena lógica, aunque todavía irritado—. Así que corta el rollo, por favor.

Dio la impresión de que todavía le quedaban muchas cosas por decir acerca del tema, pero fue prudente y se mordió la lengua. No obstante, no frió lo suficiente mis huevos, de modo que fue con una sensación de auténtico alivio que cogí por fin a Cody y Astor y salí huyendo por la puerta. Y por supuesto, como la vida es un asunto desagradable, ellos se pusieron a cantar la misma canción que su madre.

—Dexter, ¿por qué no nos hablaste nunca de tío Brian? —preguntó Astor cuando puse en marcha el coche.

—Creía que había muerto —contesté, en un tono que, supuse, proclamaba mi deseo de dar por zanjado el tema.

—Pero no tenemos más tíos. Todo el mundo tiene tíos, y nosotros no. Melissa tiene cinco tíos.

—Melissa parece un individuo fascinante —dije, mientras daba un volantazo para esquivar a un todoterreno que se había parado en mitad de la carretera por oscuros motivos.

—Así que nos gusta tener un tío. Y nos gusta el tío Brian.

—Es guay —añadió Cody en voz baja.

Por supuesto, era estupendo saber que mi hermano les gustaba, y eso tendría que haberme hecho feliz, pero no fue así. Tan sólo aumentó la desagradable tensión que se había apoderado de mí desde su aparición. Brian estaba tramando

algo (lo sabía tan bien como sabía mi nombre), y hasta descubrir qué era me sentiría atrapado en mi sensación de miedo al acecho. No se había disipado cuando dejé a los niños en el colegio y me fui a trabajar.

Por una vez no habían descubierto cadáveres decapitados en las calles de Miami que asustaban a los turistas, y como para subrayar este gran misterio, Vince Masuoka había traído donuts. Teniendo en cuenta la agresión a que me estaba sometiendo mi vida doméstica, me sentí muy agradecido, y creí pertinente requerir un refuerzo positivo.

—Ave, donut, bienvenido —dije a Vince, mientras se tambaleaba bajo el peso de la caja de pastas.

—Ave, Dexter Máximo. Traigo un tributo de los galos.

—¿Donuts franceses? No pondrán perejil, ¿verdad?

Abrió la tapa y reveló hileras de donuts relucientes.

—No llevan perejil ni están rellenos de caracoles. Pero sí incluyen crema bávara.

—Pediré al Senado que declare un triunfo en tu honor —dije, y me apoderé al instante de uno. En un mundo construido sobre los principios del amor, la sabiduría y la compasión, esto habría marcado el final del curso tan incómodo que estaba siguiendo mi mañana. Pero por supuesto no vivimos en tal dichoso mundo, de forma que apenas se había aposentado en mi estómago el donut cuando el teléfono de mi escritorio empezó a exigir mi atención, y de alguna manera, por su forma de sonar, supe que era Deborah.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sin decir hola.

—Digerir un donut.

—Sube a mi despacho —dijo, y colgó.

Es muy difícil discutir con alguien que ya ha cortado la comunicación, como estoy seguro de que Deborah sabía, de modo que en lugar de llevar a cabo el enorme esfuerzo físico de volver a marcar el número, me encaminé hacia el área de homicidios y el despacho de Deborah. Para ser preciso, no se trataba de un despacho, sino más bien de una zona delimitada por tabiques. De todos modos, no parecía de humor para nimiedades, de modo que lo dejé correr.

Deborah estaba sentada en la silla del escritorio, aferrando lo que parecía un informe oficial. Su nuevo compañero, Deke, estaba junto a la ventana con una expresión distante y algo risueña en su hermoso rostro.

—Mira esto —dijo Deborah, mientras golpeaba el papel con el dorso de la mano—. ¿Te crees esta mierda?

—No. Porque estoy muy lejos y no puedo leer esa mierda.

—El señor Hoyuelo en la Barbilla fue a interrogar a la familia Spanos —dijo Debs, señalando a Deke.

—Ah, hola —dijo él.

—Y me encontró un sospechoso.

—Persona de interés para la investigación —dijo muy serio Deke en tono oficial—. En realidad, no es un sospechoso.

—Es la única pista de que disponemos, y tú te quedas sentado sobre ella toda la noche —rugió Debs—. He de leer el maldito informe a las nueve y media de la puta mañana del día siguiente.

—Tuve que mecanografiarlo —dijo el joven con expresión algo ofendida.

—Con dos adolescentes desaparecidas, el capitán sobre mi culo y la prensa a punto de explotar como Three Mile Island, lo mecanografías y no me avisas antes.

—Bueno, oye, lo siento —dijo Deke con un encogimiento de hombros.

Deborah rechinó los dientes. O sea, va en serio. Es algo que sólo conocía de haberlo leído, sobre todo en relatos de fantasía, y jamás creí que pudiera suceder en la vida real, pero estaba ocurriendo. Miré fascinado mientras ella rechinaba los dientes, empezaba a decir algo muy contundente y luego arrojaba el informe sobre el escritorio.

—Ve a buscar café, Deke —dijo por fin.

Él se incorporó y chasqueó la lengua cuando la señaló con el dedo.

—Crema y dos terrones —dijo, y se alejó hacia la cafetera del final del pasillo.

—Pensaba que te gustaba el café solo —dije cuando Deke desapareció.

Deborah se levantó.

—Si ésa es su última cagada, seré la chica más feliz del mundo. Vámonos.

Ya estaba avanzando por el pasillo en dirección contraria a Deke, de modo que, una vez más, cualquier protesta que yo hubiera manifestado habría sido irrelevante. Suspiré y la seguí, mientras me preguntaba si tal vez Deborah había aprendido este tipo de comportamiento en un libro titulado *El estilo de gestión de las máquinas excavadoras*.

La alcancé en el ascensor.

—Supongo que sería demasiado preguntar adónde vamos —inquirí.

—Tiffany Spanos —replicó, al tiempo que aplastaba por segunda vez el botón de «bajar», y después una tercera—. La hermana mayor de Tyler.

Tardé un momento, pero recordé cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Tyler Spanos —dije mientras entrábamos—. La muchacha que desapareció junto con... Samantha Aldovar.

—Sí. —Las puertas se cerraron y bajamos—. Mongolo habló con Tiffany Spanos acerca de su hermana. —Supuse que con «Mongolo» se refería a Deke, de modo que me limité a asentir—. Tiffany dice que Tyler había estado metida una temporada en la mierda gótica, y después va y en una fiesta conoce a ese tipo, que por supuesto era gótico elevado al cuadrado.

Supongo que llevo una vida muy inocente, pero yo pensaba que «gótico» era una especie de moda afirmativa entre adolescentes con acné y una forma de

angustia particularmente repulsiva. Por lo que yo sabía, el rollo consistía en cultivar un aspecto a base de ropas negras y piel muy pálida, y tal vez escuchar música tecno europea mientras mirabas con ansia un DVD de *Crepúsculo*. Me parecía muy difícil concebirlo como algo elevado al cuadrado. Pero la imaginación de Deborah no conocía limitaciones.

—¿Puedo preguntar qué significa «gótico elevado al cuadrado»? —inquirí con humildad.

Ella me fulminó con la mirada.

—El tipo es un vampiro.

—Vaya —repliqué, y admito que estaba sorprendido—. ¿En esta época? ¿En Miami?

—Sí —contestó. Las puertas del ascensor se abrieron—. Hasta se había afilado los dientes —añadió mientras atravesaba la puerta.

Corrí tras ella de nuevo.

—¿Vamos a ver a este tipo? ¿Cómo se llama?

—Vlad. Un nombre pegadizo, ¿eh?

—¿Vlad qué?

—No lo sé.

—Pero ¿sabes dónde vive? —pregunté esperanzado.

—Le encontraremos —dijo, mientras se lanzaba hacia la salida y yo decidía que ya tenía bastante. La agarré del brazo y ella me miró echando chispas.

—Deborah, ¿qué coño estamos haciendo?

—Un minuto más con ese saco de músculos descerebrado y pierdo los estribos. He de largarme de aquí.

Intentó soltarse, pero yo la retuve.

—Tengo tantas ganas como cualquiera de huir aterrorizado de tu compañero, pero vamos en busca de alguien y no sabemos cómo se llama, ni dónde puede estar. Así que ¿dónde vamos?

Intentó de nuevo liberarse de mi presa, y esta vez tuvo éxito.

—Cibercafé —dijo—. No soy estúpida.

Por lo visto yo sí, porque una vez más me presté a seguirla mientras salía en tromba al aparcamiento.

—Tú invitas al café —dije en tono vacilante mientras corría tras ella.

Había un cibercafé a sólo diez manzanas de distancia, de modo que al cabo de un momento estaba sentado ante un teclado con una taza de café y una impaciente Deborah removiéndose a mi lado. Mi hermana es una excelente tiradora, y sin duda posee otros rasgos de carácter excelentísimos, pero ponerla delante de un ordenador es como pedir a un asno que baile la polca, de modo que dejó en mis manos todo lo tocante a Google.

—Muy bien —propuse—. Puedo buscar el nombre «Vlad», pero...

—Odontología estética —dijo ella con brusquedad—. No seas gilipollas.

Asentí. Sabía decisión, pero al fin y al cabo ella era la investigadora avezada. Al cabo de pocos minutos, tenía una lista de docenas de dentistas en la zona de Miami, todos los cuales practicaban la odontología estética.

—¿La imprimo?

Debs contempló la larga lista y se mordisqueó el labio con tanta fuerza que pensé que pronto iba a necesitar un dentista.

—No —dijo, y sacó el móvil—. Tengo una idea.

Debía de ser una idea muy secreta, porque no me la contó, pero llamó a un número que tenía en su agenda y al cabo de unos segundos la oí decir:

—Soy Morgan. Dame el teléfono de ese dentista forense.

Escribió en el aire, indicando que quería un bolígrafo, encontré uno al lado del teclado y se lo pasé, junto con un trozo de papel arrugado rescatado de la papelera cercana.

—Sí —dijo—. Doctor Guttman, ése es el tipo. Ajá.

Anotó el número y cortó la comunicación.

Tecleó de inmediato el número que había anotado, y al cabo de un momento de hablar con una recepcionista, y después, a juzgar por la forma en que empezó a mover el pie, de escuchar música para ascensores, Guttman se puso al aparato.

—Doctor Guttman, soy la sargento Morgan. Necesito el nombre de un dentista local que tal vez afile dientes para que parezcan de vampiro. —Guttman dijo algo y Deborah manifestó sorpresa. Cogió el bolígrafo y escribió—. Ajá. Ya lo tengo, gracias. —Cerró el teléfono—. Dice que sólo hay en la ciudad un dentista lo bastante estúpido para hacer eso. El doctor Lonoff, en South Beach.

Lo encontré enseguida en la página de dentistas que había buscado en el ordenador.

—Justo al lado de Lincoln Road.

Deborah ya había saltado de la silla y avanzaba hacia la puerta.

—Vamos —dijo, y una vez más el Sumiso Dexter se puso en pie y la siguió.

La consulta del doctor Lonoff se hallaba en el primer piso de un edificio de dos plantas relativamente antiguo, situado en una calle lateral a dos manzanas de Lincoln Road Mall. El edificio era uno de tantos semi *art déco* que habían infestado South Beach en otro tiempo, y lo habían restaurado y pintado de un verde lima muy claro. Deborah y yo dejamos atrás una escultura que parecía una lección de geometría practicando el sexo en el cubo de basura de una ferretería, y fuimos directamente a la parte de atrás, donde una puerta anunciaba: DR. J. LONOFF, CIRUJANO DENTISTA: ODONTOLOGÍA ESTÉTICA.

—Creo que es aquí —dije, intentando imitar a David Caruso.

Deborah me dirigió una veloz y desabrida mirada, y abrió la puerta.

El recepcionista era un negro muy delgado con la cabeza rapada y docenas de *piercings* en las orejas, cejas y nariz. Llevaba una bata color frambuesa y un collar de oro. Un letrero sobre su escritorio rezaba: LLOYD. Alzó la vista cuando entramos y nos dedicó una sonrisa resplandeciente.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarles?

Lo dijo de una forma que sonaba como *¡La fiesta va empezar!*

Deborah mostró su placa.

—Soy la sargento Morgan, policía de Miami-Dade. He de ver al doctor Lonoff.

La sonrisa de Lloyd se ensanchó todavía más.

—En este momento está atendiendo a un paciente. ¿Puede esperar un par de minutos?

—No —contestó Deborah—. He de verle ahora.

Lloyd pareció perder algo de su seguridad, pero no dejó de sonreír. Tenía los dientes muy grandes, muy blancos y de forma perfecta. Si el doctor Lonoff se había ocupado de los dientes de Lloyd, era un buen profesional.

—¿Puede decirme de qué asunto se trata? —preguntó.

—De volver con una orden judicial para echar un vistazo a su registro de medicamentos si no está aquí en treinta segundos.

Lloyd se humedeció los labios, vaciló dos segundos y se puso en pie.

—Le diré que están aquí —dijo, y desapareció detrás de una pared curva y en la parte posterior de la consulta.

El doctor Lonoff llegó dos segundos antes del plazo concedido. Apareció bufando tras la pared curva, mientras se secaba las manos con una toalla de papel, al parecer irritado.

—¿Quién es usted? ¿Qué dice de mi registro de medicamentos?

Deborah se limitó a mirarle cuando se detuvo ante ella. Parecía joven para ser dentista, tal vez unos treinta años, y con sinceridad parecía también en

demasiada buena forma, como si hubiera estado levantando pesas en lugar de rellenando cavidades.

Deborah debió pensar lo mismo. Le repasó de pies a cabeza.

—¿Es usted el doctor Lonoff?

—Sí —contestó el hombre, todavía malhumorado—. ¿Quién es usted?

Una vez más, Deborah levantó la placa.

—Sargento Morgan, policía de Miami-Dade. He de interrogarle acerca de uno de sus pacientes.

—Lo que ha de hacer usted es dejar de jugar a soldaditos y explicarme qué sucede —replicó el hombre con enorme autoridad médica—. Tengo un paciente en la silla.

Vi que la mandíbula de Deborah se tensaba, y como la conocía tan bien me preparé para uno o dos asaltos de palabras fuertes. Ella se negaría a contarle nada, puesto que era un asunto de la policía, y él se negaría a dejarle ver sus historiales, porque los historiales médicos eran confidenciales, y seguiría un tira y afloja interminable hasta que acabaran de jugar todas sus cartas, y entretanto yo tendría que mirar y preguntarme por qué no podía interrumpir la perorata para irnos a comer.

Estaba a punto de buscar una silla y aovillarme con un ejemplar de *Golf Digest* para esperar, cuando Deborah me sorprendió. Respiró hondo y dijo:

—Doctor, han desaparecido dos chicas jóvenes, y la única pista que tengo es un tipo con los dientes afilados para parecer un vampiro. —Respiró hondo de nuevo y sostuvo su mirada—. Necesito ayuda.

Si el cielo se hubiera evaporado y dejado al descubierto un coro de ángeles que cantaban «Achy Breaky Heart», no habría podido sorprenderme más. Porque el hecho de que Deborah se sincerara y pareciera vulnerable era algo completamente inédito, y me pregunté si debería solicitar terapia de un profesional. Dio la impresión de que el doctor Lonoff opinaba lo mismo. La miró parpadeando durante varios largos segundos y después miró a Lloyd.

—No debería hacerlo —dijo, aparentando todavía menos de sus treinta años de edad—. Los historiales son confidenciales.

—Lo sé —replicó Deborah.

—¿Vampiro? —El doctor Lonoff abrió la boca y señaló—. ¿Los caninos?

—Exacto —precisó Deborah—. Como colmillos.

—Es una corona especial —dijo risueño Lonoff—. Se las encargo a un tipo de México, un verdadero artista. Después se lleva a cabo el procedimiento habitual, y el resultado es impresionante, debo reconocerlo.

—¿Se lo ha pedido mucha gente? —preguntó Deborah, algo sorprendida.

El dentista negó con la cabeza.

—Unas dos docenas.

—Un chico joven. No tendrá más de veinte años.

El doctor Lonoff se humedeció los labios y pensó.

—Serán unos tres o cuatro —dijo.

—Se hace llamar Vlad.

Lonoff sonrió y sacudió la cabeza.

—No conozco a ningún Vlad, pero no me sorprendería que se hiciera llamar así. Es un nombre popular entre los de esa tribu.

—¿Hay una tribu? —se me escapó. La idea de un número elevado de vampiros en Miami, ya fueran reales o falsos, era alarmante..., aunque sólo fuera por motivos estéticos. Quiero decir, toda esa ropa negra: muy propia de Nueva York, el año pasado.

—Sí —contestó Lonoff—. Hay bastantes. No todos quieren hacerse colmillos —añadió con pesar, y después se encogió de hombros—. Aun así, tienen sus clubes, sus fiestas y todo eso. Todo un mundillo.

—Sólo he de encontrar a uno de éstos —señaló Deborah, con una pizca de su antigua impaciencia.

Lonoff la miró, asintió y flexionó de forma inconsciente los músculos del cuello. El cuello de la camisa no reventó por poco. Puso morritos, y de repente tomó una decisión.

—Lloyd, ayúdale a encontrar a ese paciente en los registros de facturas.

—Entendido, doctor.

Lonoff extendió la mano a Deborah.

—Buena suerte, ¿sargento?

—Exacto —dijo Deborah, al tiempo que le estrechaba la mano.

El doctor Lonoff la retuvo demasiado, y justo cuando pensaba que Debs retiraría la mano, el hombre sonrió.

—¿Sabe? Podría arreglarle esa maloclusión —añadió.

—Gracias —dijo Deborah, y liberó su mano—. Me gusta así.

—Ajá. Bien, pues... —Apoyó una mano sobre el hombro de Lloyd—. Échales una mano. Tengo un paciente esperando.

Y con una última mirada anhelante a la maloclusión de Deborah, dio media vuelta y desapareció en la habitación de atrás.

—Vengan aquí —propuso Lloyd—. Lo tengo en el ordenador.

Señaló el escritorio ante el que estaba sentado cuando llegamos, y le seguimos.

—Voy a necesitar algunos parámetros —dijo. Deborah parpadeó y me miró, como si fuera una palabra de un idioma extranjero, lo cual supongo que era, puesto que ella no sabía hablar informática. Una vez más, me lancé al vacío y la salvé.

—Menor de veinticuatro años —dije—. Varón. Caninos afilados.

—Guay —comentó Lloyd, y aporreó el teclado unos momentos. Deborah le miraba impaciente. Un acuario de agua salada grande descansaba sobre una

base en la esquina, al lado de un revistero. A mí me pareció un poco abarrotado, pero tal vez a los peces les gustaba así.

—Lo tengo —dijo Lloyd, y me volví a tiempo de ver que una hoja de papel salía zumbando de la impresora. El recepcionista la cogió y se la ofreció a Debs, quien se apoderó de ella y la miró echando chispas por los ojos.

—Sólo hay cuatro nombres —dijo Lloyd con una pizca del mismo pesar que había manifestado antes el doctor Lonoff, y yo me pregunté si se llevaba una comisión por los colmillos.

—Mierda —vociferó Deborah, sin apartar la vista de la lista.

—¿Por qué mierda? ¿Querías más nombres?

Golpeó el papel con un dedo.

—El primer nombre. ¿Te suena el apellido Acosta?

Asentí.

—Significa problemas —dije. Joe Acosta era una figura prominente en el gobierno municipal, una especie de comisionado de la vieja escuela que aún ejercía el tipo de influencia típica del Chicago de cincuenta años antes. Si Vlad era su hijo, quizá se nos iba a venir encima una tormenta fecal—. ¿Se tratará de otro Acosta? —pregunté esperanzado.

Deborah negó con la cabeza.

—La misma dirección. Mierda.

—Tal vez no sea él —contribuyó Lloyd, y Debs le miró un solo segundo, pero la sonrisa se borró de su cara como si le hubiera dado una patada en las pelotas.

—Vamos —me ordenó, y dio media vuelta en dirección a la puerta.

—Gracias por su ayuda —le dije a Lloyd, pero el hombre se limitó a asentir, una vez, como si Debs le hubiera robado toda la alegría de la vida.

Deborah ya estaba en el coche con el motor en marcha cuando la alcancé.

—Vamos —gritó por la ventanilla—. Sube.

Me senté a su lado y ya había puesto el coche en marcha antes de que la puerta se cerrara.

—Ya sabes —insinué, mientras me ponía el cinturón de seguridad—, podrían dejar a Acosta para el final. Podría ser cualquiera de los otros.

—Tyler Spanos va a Ransom Everglades. De modo que se codea con la élite. Los putos Acosta son la élite. Es él.

Era difícil oponerse a su lógica, de modo que no dije nada. Me acomodé y dejé que condujera a excesiva velocidad entre el tráfico de media mañana.

Atravesamos el MacArthur Causeway y dejamos que nos condujera por la 836 hasta LeJeune, donde giramos a la izquierda por Coral Gables. La casa de Acosta se hallaba en la parte de Gables que sería una comunidad vallada de haberse construido hoy. Las casas eran grandes, y muchas, como la de Acosta, estaban construidas al estilo español con grandes bloques de roca de coral. El césped parecía de campo de golf, y había un garaje en un edificio de dos pisos a

un lado, comunicado con la casa mediante un corredor.

Deborah aparcó delante de la casa e hizo una pausa antes de apagar el motor. Vi que respiraba hondo, y me pregunté si todavía era víctima de aquella extraña fusión molecular que, últimamente, lograba que pareciera ablandada y emocional.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le pregunté. Me miró, y no parecía la temible y concentrada Deborah que yo conocía tan bien—. Quiero decir, Acosta podría amargarte la vida. Es un pez gordo.

Volví a la realidad como si la hubiera abofeteado, y vi el espectáculo familiar de su mandíbula en funcionamiento.

—Me da igual que sea Jesucristo —rugió, y me gustó presenciar el retorno de la vieja ponzoña.

Bajó del coche y empezó a subir por la acera hasta la puerta principal. Bajé y la seguí, y la alcancé en el instante que estaba apretando el botón del timbre. No hubo respuesta, y se removió impaciente. Justo cuando levantaba la mano para llamar por segunda vez, la puerta se abrió y una mujer menuda y rechoncha, con uniforme de criada, nos miró.

—¿Sí? —dijo con marcado acento centroamericano.

—¿Vive aquí Robert Acosta? —preguntó Deborah.

La criada se humedeció los labios, y sus ojos se movieron de un lado a otro por un momento. Después se estremeció y sacudió la cabeza.

—¿Para qué quieren a Bobby?

Deborah mostró la placa y la criada respiró hondo de manera audible.

—He de hacerle algunas preguntas —dijo Debs—. ¿Está en casa?

La criada tragó saliva, pero no dijo nada.

—He de hablar con él —insistió Debs—. Es muy importante.

La mujer volvió a tragar saliva y desvió la vista. Deborah se volvió y siguió la dirección de su mirada.

—¿El garaje? ¿Está en el garaje?

Por fin, la criada asintió.

—*El garaje* ^[2] —dijo, en voz baja y muy deprisa, como si tuviera miedo de que la oyeran—. *Bobby vive en el piso segundo.*

Deborah me miró.

—En el garaje. Vive en el segundo piso —traduje. Por algún motivo, pese a haber nacido y crecido en Miami, Debs había decidido estudiar francés en el colegio.

—¿Está ahí ahora? —preguntó Deborah a la criada.

La mujer asintió.

—*Creo que sí* —contestó. Se humedeció los labios de nuevo y, después, con una especie de sacudida espasmódica, cerró la puerta sin hacer ruido.

Deborah contempló la puerta cerrada un momento, y después meneó la

cabeza.

—¿De qué está tan asustada? —preguntó.

—¿Deportación?

Debs resopló.

—Joe Acosta no contrataría a una ilegal. Sobre todo cuando puede conseguir un permiso de residencia para quien le dé la gana.

—Quizá tenga miedo de perder su empleo.

Deborah se volvió y miró hacia el garaje.

—Ajá —dijo—. Y quizá tenga miedo de Bobby Acosta.

—Bien —empecé, pero ella ya se había puesto en marcha y doblado la esquina de la casa antes de que yo pudiera continuar hablando. La alcancé cuando llegó al camino de entrada—. Va a decirle a Bobby que estamos aquí.

Deborah se encogió de hombros.

—Es su trabajo. —Se detuvo delante de la puerta del garaje—. Tiene que haber otra puerta, y quizás una escalera.

—¿En un lado? —pregunté. Me había alejado dos pasos hacia el izquierdo cuando oí un estruendo, y después la puerta del garaje empezó a subir. Me di la vuelta y miré. Oí un ronroneo apagado procedente del interior, que aumentó de intensidad cuando la puerta se abrió más, y cuando estuvo lo bastante alzada para ver dentro del garaje, comprobé que el sonido procedía de una moto. Un tipo delgado de unos veinte años estaba sentado sobre el vehículo, mirándonos.

—¿Robert Acosta? —preguntó mi hermana. Avanzó un paso y se dispuso a enseñarle la placa.

—Putos polis —masculló el joven. Aceleró la moto y la apuntó deliberadamente hacia Deborah. La moto saltó hacia delante, directa hacia mi hermana, quien logró apenas esquivarla. Después Acosta salió a la calle y se perdió en la distancia, y cuando Deborah volvió a ponerse en pie, ya había desaparecido.

Durante el transcurso de mi trabajo con el Departamento de Policía de Miami-Dade, había oído la expresión «tormenta de mierda» en más de una ocasión. Pero con toda sinceridad debo decir que jamás había presenciado tal acontecimiento meteorológico hasta después de que Debs hubiera lanzado una orden de busca y captura del hijo único de un poderoso comisionado del condado. Al cabo de cinco minutos teníamos tres coches patrulla y una camioneta de televisión aparcados delante de la casa y al lado del coche de Debs, y a los seis minutos ella estaba hablando por teléfono con el capitán Matthews. La oí decir: «Sí, señor. Sí, señor. No, señor», y poca cosa más durante la conversación de dos minutos, y cuando colgó el teléfono tenía la mandíbula tan tensa que no la creí capaz de poder volver a ingerir alimentos sólidos.

—Mierda —masculló—. Matthews ha anulado mi orden de busca y captura.

—Sabíamos que iba a pasar.

Debs asintió.

—Ya ha pasado. —Miró hacia la carretera—. Jo, mierda.

Me volví y seguí su mirada. Deke estaba bajando de su coche. Se subió los pantalones y dedicó una gran sonrisa a la mujer que estaba delante de la camioneta de televisión, la cual estaba cepillándose el pelo y preparando una toma. Dejó de cepillarse un momento y miró al recién llegado, el cual la saludó con un cabeceo y avanzó con parsimonia hacia nosotros. La mujer le observó un momento, se humedeció los labios y volvió a su pelo con renovados bríos.

—Técnicamente es tu compañero —dije.

—Técnicamente es un capullo descerebrado.

—Hola —dijo Deke mientras se acercaba a nosotros—. El capitán dice que debería vigilarte para asegurarme de que no la vuelves a cagar.

—¿Cómo se supone que vas a saber si la cago? —rugió Debs.

—Oh, bueno. —Se encogió de hombros. Miró de nuevo a la periodista de la televisión—. Quiero decir, no hables con la prensa ni nada por el estilo, ¿vale? —Guiñó el ojo a Deborah—. De todos modos, he de quedarme contigo. Para mantener encarrilada la cosa.

Por un momento, pensé que Debs iba a lanzar una andanada de siete comentarios asesinos diferentes que derribarían a Deke y chamuscarían el jardín de diseño de Acosta, pero no cabía duda de que mi hermana había recibido el mismo mensaje del capitán, y era una buena soldado. La disciplina se impuso y se limitó a mirar al recién llegado durante un largo momento.

—Muy bien —dijo por fin—. Vamos a investigar los demás nombres de la lista.

Caminó hacia su coche con docilidad.

Deke volvió a subirse los pantalones y la siguió con la mirada.

—Bien, de acuerdo —dijo, pisándole los talones. La periodista de la televisión le miró con expresión algo distraída, hasta que su productor estuvo a punto de aporrearla con un micrófono.

Uno de los coches patrulla me acompañó hasta la comisaría, conducido por un policía llamado Willoughby, quien parecía obsesionado con el Miami Heat. Había aprendido un montón sobre los bases y algo llamado bloqueo y continuación cuando bajé del coche. Estoy seguro de que es una información maravillosamente útil, y de que algún día me servirá de algo, pero de todos modos me sentí muy agradecido cuando salí al calor de la tarde y regresé a mi viejo cubículo.

Donde me quedé casi todo el resto del día, a mi bola. Fui a comer y probé un nuevo lugar no muy alejado especializado en *falafels*. Por desgracia, también estaba especializado en pelos oscuros que nadaban en una salsa vomitiva, y volví de mi descanso con un estómago muy desdichado. Me dediqué a trabajos de laboratorio rutinarios, archivé algunos papeles y disfruté de la soledad hasta las cuatro, cuando Deborah entró en mi cubículo. Cargaba con una gruesa carpeta y parecía tan disgustada como mi estómago. Acercó una silla con el pie y se dejó caer sobre ella sin hablar. Dejé el expediente que estaba leyendo y le dediqué mi atención.

—Pareces hecha polvo, hermanita —dije.

Asintió y se miró las manos.

—Un día largo —contestó.

—¿Has investigado los demás nombres de la lista del dentista? —pregunté, y ella volvió a asentir, de modo que, como quería ayudarla a ser un poco más hábil en lo tocante a la vida social, añadí—: ¿Con tu compañero, Deke?

Alzó la cabeza con brusquedad y me fulminó con la mirada.

—Ese puto idiota —dijo. Se encogió de hombros y volvió a derrumbarse de nuevo.

—¿Qué ha hecho?

Se encogió de hombros una vez más.

—Nada. No es del todo horrible en el trabajo rutinario. Hace todas las preguntas habituales.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara tan larga, Debs?

—Me han arrebatado a mi sospechoso —contestó, y una vez más me quedé sorprendido por la fatigada vulnerabilidad que se insinuaba en su voz—. Acosta sabe algo. Lo sé. Puede que no esté escondiendo a esas chicas, pero sí sabe quién lo está haciendo y no me dejan ir a por él. —Movié un nudillo hacia el pasillo—. Hasta me han puesto de canguro al capullo de Deke para asegurarse de que no hago nada capaz de avergonzar al comisionado.

—Bien, es posible que Bobby Acosta no sea culpable de nada.

Debs me enseñó los dientes. Habría sido una sonrisa de no ser tan desdichada.

—Es culpable como la mierda —dijo, y levantó la carpeta que sostenía—. Tiene un historial que no te lo creerías, incluso sin los datos que eliminaron cuando era menor de edad.

—Unos antecedentes juveniles no le convierten en culpable esta vez.

Deborah se inclinó hacia delante, y por un momento pensé que iba a golpearme con el historial de Bobby Acosta.

—Y una mierda. —Por suerte para mí, abrió el historial en lugar de arrojármelo a la cabeza—. Agresión. Agresión con agravantes. Agresión. Hurto mayor. —Me miró como pidiendo perdón cuando dijo «hurto mayor», y se encogió de hombros antes de bajar los ojos de nuevo hacia el historial—. Fue detenido dos veces porque le pillaron en el lugar de los hechos cuando alguien murió en circunstancias sospechosas, y tendría que haber sido homicidio como mínimo, pero en ambas ocasiones su viejo le sacó del apuro con dinero. —Cerró la carpeta y la golpeó con el dorso de la mano—. Hay mucho más, pero todo acaba igual, con las manos de Bobby manchadas de sangre y su padre pagando la fianza. —Meneó la cabeza—. Es un chico malo, Dexter, un cabronazo. Ha matado, al menos, a dos personas, y a mí no me cabe la menor duda de que sabe dónde están esas chicas. Si es que no las ha matado ya.

Pensé que Debs debía tener razón. No porque un historial de delitos anteriores siempre significara culpa en la actualidad, sino porque había notado un lento y adormilado revuelo de interés por parte del Pasajero, un alzamiento especulativo de cejas mientras Deborah leía el expediente, y el antiguo Dexter habría añadido sin duda el nombre de Bobby Acosta a su pequeño libro negro de posibles compañeros de juego. Pero, por supuesto, Dexter 2.0 no hacía esas cosas. Me limité a asentir.

—Puede que tengas razón.

Deborah alzó la cabeza con brusquedad.

—¿Puede? Tengo razón. Bobby Acosta sabe dónde están esas chicas, y yo no puedo tocarle por culpa de su papáito.

—Bien —dije, muy consciente de que iba a soltar un tópico, pero incapaz de pensar en algo más valioso—, no puedes luchar contra el ayuntamiento.

Deborah me miró durante un largo momento con rostro inexpresivo.

—Caramba —replicó—. ¿Lo has pensado tú solito?

—Bien, venga, Debs —dije, y admito que estaba un poco malhumorado—. Sabías que esto sucedería, y ha sucedido, así que ¿por qué te molesta?

Exhaló un largo suspiro, enlazó las manos sobre el regazo y las contempló, algo mucho peor que el bramido que yo había esperado.

—No lo sé —manifestó—. Quizá no sea sólo esto. —Volvió las manos y contempló las palmas—. Tal vez sea... No lo sé. Todo.

Si «todo» estaba molestando a mi hermana, era mucho más fácil comprender su cansada desdicha. Ser responsable de todo sería una carga

abrumadora. Pero gracias a mi pequeña experiencia con los humanos, he aprendido que, si alguien dice que está agobiado por todo, suele significar un pequeño y muy concreto «algo». Y en el caso de mi hermana, aunque siempre había actuado como si fuera la responsable de todo, pensé que yo estaba en lo cierto. Algún «algo» particular la estaba carcomiendo y obligándola a actuar así. Y al recordar lo que había dicho sobre su novio, Kyle Chutsky, pensé que debía ser eso.

—¿Es Chutsky? —pregunté.

Levantó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Crees que me pega? ¿Qué me está poniendo los cuernos?

—No, claro que no —repliqué, y levanté una mano por si decidía pegarme. Sabía que no se atrevería a ponerle los cuernos, y la idea de que alguien intentara pegar a mi hermana era risible—. Es por lo que estabas diciendo el otro día. Ya sabes, lo del tictac, reloj biológico.

Contempló de nuevo sus manos enlazadas sobre el regazo.

—Ajá. Lo dije, ¿verdad? —Sacudió la cabeza poco a poco—. Bien, sigue siendo cierto. Y el jodido de Chutsky ... ni siquiera habla de eso.

Miré a mi hermana, y admito que mis sentimientos no hablaron en mi favor, porque mi primera reacción consciente a la confesión de Debs fue: *¡Caramba! ¡Estoy sintiendo empatía con una emoción humana real!* Porque el continuado descenso de Deborah a un pozo de autocompasión me estaba afectando, en el nuevo nivel humano abierto por Lily Anne, y descubrí que no era necesario buscar en mi memoria una respuesta a algún antiguo drama diurno. Sentía algo de verdad, lo cual me resultaba muy impresionante.

Así que sin pensarlo dos veces me levanté de la silla y me acerqué a ella. Apoyé una mano sobre su hombro y lo apreté con delicadeza.

—Lo siento, hermanita. ¿Puedo hacer algo por ti?

Y por supuesto, Deborah se puso tensa y apartó mi mano. Se levantó y me miró con algo que estaba a mitad de camino de su bramido normal.

—Para empezar, ya puedes dejar de actuar como el padre Flanagan. Por Dios, Dex. ¿Qué te ha dado?

Y antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba de refutación completamente lógica, salió de mi despacho y desapareció pasillo abajo.

—Me alegro de haberte ayudado —dije a su espalda.

Tal vez era demasiado nuevo en lo de tener sentimientos para comprenderlos y actuar en consecuencia. O quizá Debs iba a tardar un poco en acostumbrarse al nuevo y compasivo Dexter. Pero me estaba empezando a parecer cada vez más probable que alguna persona o personas muy malas habían inoculado algo terrible en el abastecimiento de agua de Miami.

Justo cuando me estaba preparando para marchar, la situación se hizo más rara todavía. Mi móvil sonó y lo miré, vi que era Rita y contesté.

—Hola.

—Dexter, hola, soy yo.

—Pues claro —dije para alentarla.

—¿Estás aún en el trabajo?

—Estaba a punto de marcharme.

—Ah, estupendo, porque... O sea, si en lugar de recoger a Cody y Astor... Porque esta tarde no has de hacerlo.

Una veloz traducción mental me dijo que, por algún motivo, no tenía que recoger a los chicos.

—Ah, ¿y por qué no?

—Es que ya se han ido —dijo, y durante un terrible momento, mientras me esforzaba por comprender qué quería decir, pensé que algo horrible les había sucedido.

—¿Qué...? ¿Adónde han ido? —logré tartamudear.

—Ah. Tu hermano fue a recogerlos. Brian. Va a llevarlos a un chino.

Qué maravilloso mundo de experiencias estaba viviendo como ser humano. En este preciso momento, por ejemplo, me quedé sin habla debido al estupor. Experimenté una oleada tras otra de pensamientos y sensaciones que se derramaban sobre mí: cosas como ira, asombro y suspicacia, ideas como preguntarme qué estaba tramando Brian, por qué Rita le había seguido la corriente y qué harían Cody y Astor cuando recordaran que no les gustaba la comida china. Pero por más copiosos y específicos que eran mis pensamientos, no salía nada de mi boca, salvo «uj», y mientras luchaba por emitir sonidos coherentes, Rita dijo:

—Oh. He de dejarte. Lily Anne está llorando. Adiós.

Y colgó.

Estoy seguro de que sólo estuve unos segundos escuchando el sonido de la nada más absoluta, pero se me antojó un tiempo larguísimo. Por fin, me di cuenta de que tenía la garganta seca, puesto que me había quedado boquiabierto, y la mano sudorosa de estrujar el móvil en mi puño. Cerré la boca, guardé el teléfono y volví a casa.

La hora punta se encontraba en pleno apogeo cuando me dirigí hacia el sur desde el trabajo, y aunque parezca extraño, no fui testigo en todo el trayecto de actos de violencia aleatoria, volantazos violentos, agitar de puños o tiroteos. El tráfico avanzaba con la misma lentitud de siempre, pero a nadie parecía importarle. Me pregunté si tendría que haber leído mi horóscopo; tal vez eso explicaría lo que estaba pasando. Bien podía ser que en algún sitio de Miami gente muy sabia (tal vez druidas) estuviera cabeceando y murmurando: «Ah, Júpiter está en una luna retrógrada de Saturno», mientras tomaba una infusión y holgazaneaba calzada con sandalias Birkenstock. O quizá Deborah estaba persiguiendo a un grupo de vampiros, ¿o se llamaría bandada? Tal vez si un

número suficiente se afilaba los dientes, una nueva era de armonía se instauraría. Al menos para el doctor Lonoff, el dentista.

Pasé una tranquila velada en casa mirando la tele y sosteniendo a Lily Anne siempre que podía. Dormía mucho, pero se sentía igual de bien si yo la sostenía en ese momento, así que lo hacía. Me daba la impresión de que era una notable demostración de confianza por su parte. Por un lado, confiaba en que abandonaría ese hábito, pues no es muy prudente confiar en los demás. Pero, por otro, me henchía de una sensación de asombro, y fortalecía mi resolución de protegerla de todas las demás bestias de la noche.

Me descubría oliendo con frecuencia el pelo de Lily Anne, un comportamiento excéntrico, lo sé, pero por lo que pude deducir muy coherente con mi nueva personalidad humana. El olor era extraordinario, no se parecía a nada que hubiera olido antes. Era un olor que casi no era nada, y no encajaba en ninguna categoría como « dulce » o « mohoso », aunque contenía elementos de ambos... y más, y ninguno. Pero yo olía y era incapaz de decidir qué olor era, y volvía a olfatear sólo porque me daba la gana, y de repente un nuevo olor ascendía desde la región de los pañales, muy fácil de identificar.

Cambiar un pañal no es tan horrible como parece, y no me importaba hacerlo en absoluto. No estoy insinuando que me decantaría por cambiar a esa profesión, pero al menos en el caso de los pañales de Lily Anne era algo que no me provocaba el menor sufrimiento. En cierta forma, casi era agradable, puesto que le estaba prestando un servicio muy concreto y necesario. Me resultaba muy satisfactorio ver a Rita precipitarse en picado sobre mí como un bombardero, tal vez para asegurarse de que no hervía sin querer a la niña, para después detenerse a contemplar mi serena competencia, y yo experimentaba una oleada de satisfacción cuando terminaba, ella levantaba a la niña del cambiador y se limitaba a decir: « Gracias, Dexter ».

Mientras Rita daba de mamar a Lily Anne, volví a la televisión y vi un partido de hockey durante unos minutos. Era decepcionante: en primer lugar, los Panthers ya perdían por tres goles, y en segundo, no había peleas. Al principio, me había atraído el deporte debido a la sincera y loable sed de sangre que demostraban los jugadores. Ahora, sin embargo, se me ocurrió que debía rechazar ese tipo de cosas. El Nuevo Yo, Papi Pañales Dexter, se oponía con firmeza a la violencia, y no podía dar su aprobación a un deporte como el hockey. Tal vez debería cambiar a los bolos. Se me antojaban espantosamente aburridos, pero no había sangre, y eran mucho más emocionantes que el golf.

Antes de tomar alguna decisión, Rita volvió con Lily Anne.

—¿Quieres ayudarla a eructar, Dexter? —dijo con una sonrisa de Madonna, la de los cuadros, no la de los sujetadores excéntricos.

—Nada me podría complacer más —contesté, y aunque parezca raro lo decía en serio. Coloqué una toalla pequeña sobre mi hombro y sostuve a la niña

boca abajo. Y una vez más, por algún motivo que no era en absoluto espantoso, incluso cuando Lily Anne emitió sus delicados ruiditos y pequeñas burbujas de leche cayeron sobre la toalla, me descubrí murmurando silenciosas felicitaciones en su homenaje cada vez que eructaba, hasta que al final se quedó dormida y la cambié de posición, apretándola contra mi pecho y acunándola.

Estaba en esta posición cuando Brian llegó con Cody y Astor a eso de las nueve. Técnicamente, esto era llevar las cosas un poco demasiado lejos, puesto que las nueve era la hora de acostarse, y ahora los niños tardarían quince minutos, como mínimo, en irse a la cama. Pero a Rita no pareció importarle, y habría sido grosero por mi parte protestar, pues estaba muy claro que todo el mundo se lo había pasado de maravilla. Hasta Cody insinuaba una sonrisa, y tomé nota de averiguar a qué restaurante chino les había llevado Brian, con el fin de conseguir ese tipo de reacción.

Me encontraba en cierta desventaja, puesto que sostenía a Lily Anne, pero mientras Rita daba prisas a los niños para que se pusieran el pijama y se lavaran los dientes, me levanté para hablar con mi hermano.

—Bien —dije. Brian estaba junto a la puerta con aire de serena satisfacción—, parece que los chicos se lo han pasado estupendamente.

—Oh, ya lo creo —dijo con una espantosa sonrisa falsa—. Dos niños extraordinarios.

—¿Han comido rollos de primavera? —pregunté, y Brian se quedó en blanco un momento.

—Los rollos... Ah, sí, devoraron todo cuanto les puse delante —contestó, con tal ominosa felicidad en la forma de decirlo que me quedé convencido de que no estábamos hablando de comida.

—Brian... —empecé, pero la aparición repentina de Rita me interrumpió.

—Oh, Brian —exclamó, al tiempo que me arrebató a Lily Anne de los brazos—, no sé qué habrás hecho, pero los niños se lo han pasado de maravilla. Nunca les había visto así.

—Ha sido un placer —contestó, y pequeños carámbanos de hielo se formaron en mi espina dorsal.

—¿Quieres quedarte un rato? —preguntó Rita—. Podría preparar café, o una copa de vino...

—Oh, no —dijo jubiloso—. Muchísimas gracias, querida dama, pero debo marcharme. Lo creas o no, esta noche tengo una cita.

—Oh —dijo Rita, con un rubor culpable—. Espero que no... O sea, con los niños, tal vez habrías... No deberías...

—En absoluto —dijo Brian, como si hubiera escuchado un discurso coherente—. Tengo mucho tiempo. Pero ahora he de despedirme.

—Bien, si estás seguro de que... No sé cómo darte las gracias, porque es...

—¡Mamá! —llamó Astor desde el pasillo.

—Oh, cielos —dijo Rita—. Perdona, pero... Muchísimas gracias, Brian.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—El placer ha sido todo mío —repitió Brian, y Rita sonrió y corrió hacia Cody y Astor.

Mi hermano y yo nos miramos un momento, y si bien quería decirle muchas cosas, no sabía muy bien qué.

—Brian —repetí, pero me interrumpí, y él me dedicó aquella terrible sonrisa falsa de complicidad.

—Lo sé —dijo—, pero la verdad es que tengo una cita. —Se volvió y abrió la puerta, y después me miró—. Unos niños extraordinarios. Buenas noches, hermano.

Y desapareció en la noche, y yo me quedé con apenas un arrebol de su espantosa sonrisa y una sensación muy inquietante de que algo iba fatal.

Sentía algo más que curiosidad por averiguar qué había pasado en realidad con mi hermano y los chicos, pero Rita les acostó antes de que pudiera hablar con ellos. Me fui a dormir insatisfecho, y por la mañana tampoco pude hablar con ellos a espaldas de su madre. Esta condición era indispensable, pues si había pasado algo más que comida china, no quería que Rita se enterara. Y era muy probable que los niños hubieran recibido la advertencia de no decir nada, si conocía a Brian, cosa que no era cierta, pensándolo bien. O sea, creía saber cómo pensaría y reaccionaría con relación a ciertos asuntos, pero aparte de eso... ¿quién era? ¿Qué deseaba de la vida, aparte de la sesión de alegre desmembramiento ocasional? Yo no tenía ni idea, y no se me ocurrió ninguna pese a que estuve reflexionando durante el desayuno y el desplazamiento hasta el trabajo.

Por suerte para mi autoestima, no gocé de mucho tiempo más para preocuparme por mi incapacidad de descifrar a mi hermano, porque cuando llegué al trabajo, en el segundo piso, donde se hallaba el departamento forense, reinaba el tipo de frenesí que sólo puede causar un crimen muy interesante. Camilla Figg, una rechoncha técnica forense de unos treinta y cinco años, pasó corriendo delante de mí con su maletín, y apenas se ruborizó cuando rozó mi brazo. Y cuando entré en el laboratorio, Vince Masuoka ya estaba embutiendo cosas en su bolsa.

—¿Tienes un salacot? —me preguntó.

—Por zupuezo que no. Qué pregunta más tonta.

—Quizá lo necesites. Nos vamos de safari.

—Ah. ¿Kendall otra vez?

—Everglades. Algo muy bestia sucedió allí anoche.

—Cierra el pico. Cogeré el antimosquitos.

Y así, tan sólo una hora más tarde bajé del coche de Vince y me detuve al lado de la Ruta 41, en los Everglades, a unos tres kilómetros de Fortymile Bend. Harry me había llevado de camping a la zona cuando era adolescente, y guardaba felices recuerdos de varios animalillos que habían contribuido a mi educación.

Aparte de los vehículos oficiales aparcados junto a la carretera, había dos camionetas grandes en el pequeño aparcamiento de tierra. Una de ellas llevaba un pequeño remolque. Un rebaño de unos quince adolescentes y tres hombres con uniformes de Boy Scouts se apiñaban indecisos alrededor de las camionetas, y vi que dos detectives iban hablando con ellos de uno en uno. Había un policía uniformado al lado de la carretera, el cual indicaba por gestos al tráfico que avanzara, y Vince le dio una palmadita en el hombro.

—Hola, Rosen. ¿Qué pasa con los *scouts*?

—Son quienes lo encontraron. Llegaron esta mañana para ir de acampada. Continúe adelante —dijo Rosen a un coche que había disminuido la velocidad para mirar.

—¿Qué encontraron? —preguntó Vince.

—Yo me limito a encargarme de los putos coches —dijo malhumorado Rosen—. Sois vosotros los que jugáis con los cadáveres. Siga adelante, vamos —dijo a otro mirón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Vince.

Rosen señaló al otro lado del aparcamiento y dio media vuelta. Supongo que si yo hubiera debido dedicarme a controlar el tráfico mientras otro jugaba con cadáveres también me habría enfadado.

Caminamos hacia el comienzo del sendero y dejamos atrás a los *scouts*. Debían haber encontrado algo espantoso, pero no parecían muy conmovidos o asustados. De hecho, estaban lanzando risitas y dándose empujones como si fuera una celebración especial, y me arrepentí de no haberme unido a los *scouts*. Tal vez habría ganado una medalla al mérito por reciclar partes de cuerpos.

Seguimos el sendero que conducía hacia el sur entre los árboles, y que después se curvaba hacia el oeste durante un kilómetro hasta desembocar en un claro. Cuando llegamos, Vince sudaba y resoplaba, pero yo estaba casi impaciente, puesto que una tenue voz me había estado susurrando que algo muy interesante me estaba esperando.

Aunque a primera vista poco había que ver, salvo una amplia zona pisoteada que rodeaba una fogata apagada y, a la izquierda del fuego, un pequeño montón de algo que no me dejaba ver la forma encorvada de Camilla Figg. Fuera lo que fuera, provocó un correoso aleteo de interés por parte del Oscuro Pasajero, y yo avancé con cierta ansiedad..., olvidando por un momento que había abjurado de tales Placeres Oscuros.

—Hola, Camilla —saludé cuando me acerqué—. ¿Qué tenemos aquí?

Se ruborizó al instante, lo cual, por el motivo que fuera, era su costumbre habitual cuando hablaba con ella.

—Huesos —dijo en voz baja.

—¿No es posible que sean de cerdo o cabra?

Ella sacudió la cabeza con violencia y, con una mano enguantada, alzó lo que creí reconocer como un húmero humano, cosa que no tenía nada de divertido.

—De ninguna manera —contestó.

—Bien, vaya —dije, mientras observaba las marcas chamuscadas de los huesos y escuchaba la alegre carcajada sibilante de mi interior. Era imposible saber si los habían quemado después de la muerte, con el fin de destruir pruebas, o...

Paseé la vista alrededor del claro. El suelo estaba pisoteado. Había cientos de huellas de pisadas, lo cual indicaba una fiesta a lo grande, y no creí que hubieran

sido los *scouts*. Habían llegado por la mañana, y no habían tenido tiempo de perpetrar algo semejante. Daba la impresión de que un montón de personas se habían entregado a una frenética actividad en el claro durante varias horas. No sólo paradas, sino moviéndose de un lado a otro, dando saltitos, alborotando. Y todo alrededor de la hoguera, donde estaban los huesos, como si...

Cerré los ojos y casi pude verlo mientras escuchaba la oleada de sonidos reptilianos que se elevaba de mi suave y mortífera voz interior. *Mira*, decía, y en la pequeña ventana que me enseñó vi un grupo numeroso y festivo. Una víctima solitaria atada junto al fuego. No se trataba de tortura, sino de ejecución, perpetrada por una sola persona..., ¿mientras todos los demás miraban y se dedicaban a la juerga? ¿Era eso posible?

Y el Pasajero rió y respondió. *Sí*, dijo. *Oh, ya lo creo*. Baile, canciones, un fiestorro. Cantidad de cerveza, cantidad de comida. Una buena barbacoa al viejo estilo.

—Escucha —dije a Camilla, al tiempo que abría los ojos—, ¿hay algo en los huesos que parezcan marcas de dientes?

Ella se encogió y me miró con una expresión muy cercana al miedo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Oh, sólo una corazonada —dije, pero no parecía muy convencida, de modo que añadí—: ¿Alguna teoría sobre el sexo?

Me miró un momento más largo, y después dio la impresión de que oía mi pregunta por fin.

—Mmm... —dijo, y se volvió hacia los huesos con un movimiento convulsivo. Levantó un dedo enguantado y señaló uno de los huesos más grandes —. La faja pélvica indica una mujer. Probablemente joven.

Algo clicó en el poderoso superordenador que era el cerebro de Dexter, y una tarjeta se introdujo en la bandeja de salida. Mujer joven, decía la tarjeta.

—Ah, mmm..., gracias —dije a Camilla, mientras me alejaba para examinar aquella pequeña e interesante idea. Ella se limitó a cabecear y se inclinó sobre los huesos.

Paseé la vista alrededor del claro. Hacia el punto por donde la senda se adentraba en el pantano vi al teniente Keane, charlando con un hombre que reconocí del FDLE, el Departamento de Policía de Florida, una especie de FBI a nivel estatal. Tiene jurisdicción en toda Florida. Y a su lado había uno de los hombres más grandes que había visto en mi vida. Era negro, de un metro noventa y cinco de estatura y, al menos, unos doscientos veinticinco kilos de peso, aunque no parecía especialmente gordo, tal vez debido a la ferocidad concentrada de su mirada. Pero como el tipo del FDLE estaba hablando con él y no pedía auxilio, tuve que asumir que su presencia estaba justificada, aunque ignoraba por qué. Si representaba al departamento del *sheriff* o al condado de Broward, estaba seguro de que le habría visto antes, o al menos escuchado rumores sobre alguien tan

inmenso.

Pero por interesante que fuera ver a un gigante de verdad, no fue suficiente para retener mi atención, y miré al otro lado del claro, donde había varios detectives. Me acerqué y dejé mi equipo de salpicaduras de sangre en el suelo, mientras me concentraba en pensar. Sabía que una mujer joven había desaparecido, y sabía que alguien estaba buscando a una mujer joven que estuviera muy interesada en entablar esta relación. Pero ¿era la forma correcta de hacerlo? No soy un animal político, aunque estoy bastante versado: la política no es más que una forma de satisfacer mi anterior pasatiempo utilizando cuchillos metafóricos en lugar de reales. Pero no me parecía nada divertida. Tantas maniobras cautelosas y puñaladas en la espalda eran obvias y absurdas, y no conducían a nada emocionante. De todos modos, sabía que era importante en un entorno estructurado como el Departamento de Policía de Miami-Dade. Y Deborah no era muy buena para esas cosas, aunque por lo general lograba abrirse paso entre la madeja con una combinación de agresividad y buenos resultados.

Pero mi hermana estaba muy cambiada en los últimos tiempos, con sus pucheros y su autocompasión, y yo no sabía si estaba a la altura de una confrontación que iba a ser extremadamente política. Un detective diferente llevaba la voz cantante en esto, y sería difícil para ella apartarle del caso, aunque se encontrara en su mejor momento. De todos modos, tal vez un buen reto era justo lo que necesitaba para recuperarse. Por tanto, quizá lo mejor era llamarla y contárselo, soltar los perros de la guerra y dejar caer las fichas donde debían. Era una metáfora maravillosamente rebuscada, y por eso parecía todavía más convincente, de modo que me alejé del grupo de policías y saqué el móvil.

Deborah lo dejó sonar varias veces, algo muy impropio de ella. Contestó justo cuando estaba a punto de colgar.

—¿Qué? —dijo.

—Estoy en los Everglades, en una escena del crimen.

—Me alegro por ti.

—Debs, creo que la víctima fue asesinada, guisada y devorada delante de una multitud.

—Caramba, qué horror —dijo sin verdadero entusiasmo, cosa que consideré algo irritante.

—¿Te he dicho que la víctima parece joven y mujer?

Deborah calló un momento.

—¿Debs?

—Ya voy —dijo con un rescoldo del antiguo fuego en la voz, y yo cerré el teléfono satisfecho. Pero antes de poder guardarlo y ponerme a trabajar, oí que alguien detrás de mí gritaba, «¡Jodeeeeeeeeeer!», y después una ráfaga de disparos. Me agaché e intenté esconderme detrás de mi equipo de utensilios

profesionales, cosa bastante difícil considerando que tenía el tamaño de una fiambrrera. Pero me protegí como pude y me asomé por encima para mirar en dirección a los disparos, casi esperando ver a una horda de guerreros maories cargando contra nosotros con las lanzas en alto y la lengua fuera. Lo que vi fue casi igual de improbable.

Los detectives que había visto hacia un momento estaban todos acucillados en posición de combate, y disparaban frenéticamente sus armas contra los arbustos cercanos. Contrariamente a lo establecido por el procedimiento policial, sus rostros no eran máscaras frías y sombrías, sino que parecían fuera de sí y tenían los ojos desorbitados. Uno de los detectives ya estaba expulsando un cargador vacío de su pistola y buscaba con desesperación otro nuevo, mientras los demás continuaban disparando con enloquecido abandono.

Y el arbusto al que intentaban matar empezó a agitarse espasmódicamente, y distinguí un destello entre plateado y amarillo. Centelleó al sol una sola vez, y luego desapareció, pero los agentes siguieron disparando varios segundos más, hasta que por fin el teniente Keane se acercó corriendo y ordenó que dejaran de disparar.

—¿Qué cojones os pasa, idiotas? —chilló Keane.

—Teniente, lo juro por Dios —dijo uno.

—¡Una serpiente! —replicó el segundo—. ¡Una puta serpiente así de grande!

—Una serpiente —repitió Keane—. ¿Queréis que la pisotee en vuestro lugar?

—¿Tiene los pies tan grandes? —preguntó un tercero—. Porque era una pitón birmana, de unos cinco metros de largo.

—Oh, mierda —rezongó Keane—. ¿No están protegidas?

Me di cuenta de que seguía acucillado, así que me levanté mientras los hombres del FDLE se acercaban.

—De hecho, están pensando en ofrecer una recompensa por esos chicos malos —intervino el tipo del FDLE—, si alguno de estos Wyatt Earps tuvo la suerte de alcanzarla.

—Yo le di —dijo el tercer sujeto con hosquedad.

—Chorradas —replicó otro—. No acertarías ni a una mierda con un zapato.

El gigante negro se había acercado a los arbustos para mirar, y después se volvió hacia el grupo de lamentables tiradores, meneando la cabeza, y cuando me di cuenta de que la diversión se había terminado, recogí mi equipo y volví a la fogata.

Me esperaba una sorprendente cantidad de manchas de sangre, y al cabo de unos momentos me había puesto a trabajar muy contento, con el fin de extraer un sentido a la desagradable materia. Aún no estaba seca del todo, quizá debido a la humedad, pero una gran cantidad había empapado el suelo, puesto que hacía tiempo que no llovía, y pese a la humedad del aire, el suelo estaba bastante reseco en aquel momento. Conseguí un buen par de muestras para analizar más

tarde, y también empecé a forjarme una idea de lo que había sucedido.

La mayor parte de la sangre se concentraba en la misma zona, junto a la hoguera. Fui describiendo círculos cada vez más amplios, pero los únicos rastros de sangre que encontré, a más de dos metros de distancia, daban la impresión de haber llegado hasta allí en los zapatos de alguien. Marqué aquellos lugares con la vana esperanza de que alguien pudiera obtener una huella identificable, y volví a la salpicadura principal. La sangre había salido a borbotones de la víctima, no a chorros, como por obra de una sola cuchillada. Y no había salpicaduras secundarias cerca, lo cual significaba que sólo había una herida, como si hubieran dejado desangrarse a un ciervo. Ninguno de los congregados había intervenido para apuñalarla o sajarla. Había sido un asesinato lento y deliberado, literalmente una carnicería, llevado a cabo por una sola persona, muy controlada y metódica, y no pude por menos que admirar a regañadientes el profesionalismo del trabajo. Ese tipo de contención era muy difícil, como bien sabía yo, y encima con una multitud mirando, todos borrachos, profiriendo gritos de aliento y ofreciendo groseras sugerencias. Era impresionante, y no me di prisa, con el fin de dedicarle el recíproco profesionalismo que merecía.

Estaba apoyado sobre una rodilla, terminando el examen de la última huella probable, cuando oí voces airadas, amenazas de desagradable e íntimo desmembramiento y diversas blasfemias de imposibilidad anatómica. Sólo podía significar una cosa. Me levanté y miré hacia el inicio de la senda. Por supuesto, tenía razón.

Deborah había llegado.

Fue una buena trifulca, y se habría prolongado mucho más de no ser por el hombre del FDLE. Era un tipo al que yo conocía por su fama, llamado Chambers, y se interpuso literalmente entre Deborah y el otro detective, un hombretón llamado Burris. Apoyó una mano sobre el pecho de Burris y la otra osciló en el aire delante de Deborah.

—Basta —dijo Chambers.

Burris llamó al instante. Vi que Debs aspiraba aire para decir algo, y Chambers la miró. Ella sostuvo su mirada y contuvo el aliento, para después expulsar el aire en silencio.

Me quedé impresionado, y me acerqué para ver mejor al hombre del FDLE. Llevaba la cabeza afeitada y no era alto, pero cuando dio la vuelta pude ver su cara, y supe por qué Debs se había mordido la lengua, sin necesidad del pequeño aleteo de advertencia del Pasajero. El hombre tenía ojos de pistolero, como los que se ven en las viejas películas del Oeste. No discutías con esos ojos. Era como mirar las bocas azules de dos pistolas.

—Escuchad —estaba diciendo Chambers—, queremos solucionar esto, no montar un cirio. —Burris asintió, y Deborah no dijo nada—. Así que dejad que los forenses terminen e intenten identificar a la víctima. Si el trabajo de laboratorio dice que es tu chica —cabeceó en dirección a Deborah—, el caso es tuyo. Si no —ladeó la cabeza hacia Burris—, todo tuyo. Hasta entonces —miró fijamente a Debs, y debo reconocer en su favor que ella sostuvo su mirada impertérrita— relájate y deja que Burris trabaje. ¿De acuerdo?

—Tengo acceso —dijo con hosquedad Deborah.

—Acceso —repitió Chambers—. No control.

Debs miró a Burris. Éste se encogió de hombros y desvió la vista.

—De acuerdo —replicó ella.

Y así terminó la Batalla de los Everglades, con final feliz para todos, salvo, por supuesto, para Dexter el Esclavo, porque por lo visto Debs interpretó que «acceso» significaba seguirme a todas partes y ametrallarme a preguntas. De todos modos, casi había terminado, pero tener una sombra no me facilitaba la tarea, sobre todo una sombra como Deborah, quien tal vez me atacaría con alguno de sus dolorosísimos golpes en el brazo en cuanto no lograra responder de manera satisfactoria a alguna de sus preguntas. La informé de lo que sabía y lo que había deducido, mientras rociaba de Bluestar algunos puntos finales, en busca de los últimos rastros de sangre. El aerosol revelaría hasta el más infimo rastro de sangre, incluida la gota más diminuta, y no afectaría al ADN de la muestra.

—¿Qué pasa? —preguntó Deborah—. ¿Qué has encontrado?

—Nada, pero estás pisando una huella. —Ella se apartó con aire culpable y yo saqué la cámara de mi bolsa. Me levanté y di media vuelta, y me topé con mi

hermana—. Debs, por favor. No puedo hacer esto contigo pegada a mí.

—Vale —dijo, y se alejó hasta el otro lado de la hoguera.

Acababa de tomar la última foto de la principal salpicadura de sangre, cuando oí que Deborah me llamaba.

—Dex, trae el aerosol aquí.

Miré hacia donde estaba. Vince Masuoka estaba arrodillado, tomando una muestra de algo. Cogí mi Bluestar y me reuní con ellos.

—Rocía aquí —ordenó Deborah, y Vince sacudió la cabeza.

—No es sangre —dijo—. El color no encaja.

Miré el punto que estaba examinando. Había una zona aplastada, como si sobre ella se hubiera erguido un objeto pesado, detrás de una hilera de vegetación. Las hojas estaban marchitas debido al calor, y sobre ellas, así como en el borde de la depresión, había pequeñas manchas marrones. Algo se había derramado de alguna especie de contenedor posado allí.

—Rocía —repitió Deborah.

Miré a Vince, quien se encogió de hombros.

—Ya he conseguido una muestra buena —dijo—. No es sangre.

—De acuerdo —dije, y rocié una pequeña zona de un matorral.

Casi al instante, se hizo visible un tenue resplandor azul.

—No es sangre —se mofó Debs—. Pues ¿qué coño es eso?

—Mierda —masculló Vince.

—No hay mucha sangre —expliqué—. El resplandor es demasiado tenue.

—Pero ¿hay algo de sangre? —preguntó Debs.

—Bien, sí.

—Por lo tanto, es otro tipo de mierda, con sangre incluida.

Miré a Vince.

—Bien —reconoció—, supongo que sí.

Deborah asintió y paseó la vista a su alrededor.

—Así que tenemos una fiesta. —Señaló la hoguera—. Y allí está la víctima. Y aquí, al otro lado de la fiesta, tenemos esto. —Miró a Vince echando chispas—. Que contiene sangre. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué es?

No tendría que haberme sorprendido el hecho de que, de repente, se hubiera convertido en mi problema, pero así era.

—Venga, Debs.

—No, venga tú. Necesito una de tus corazonadas especiales.

—Yo tengo una corazonada especial en la comisaría —terció Vince—. Se llama Ivan.

—Cierra el pico, eunuco —rezongó Deborah—. Venga, Dexter.

Por lo visto, no me quedaba otro remedio, así que cerré los ojos, respiré hondo y escuché...

Y casi al instante, recibí una risueña respuesta del Pasajero.

—Una ponchera —dije, y abrí los ojos.

—¿Qué? —preguntó Deborah.

—Es la ponchera. Para la fiesta.

—¿Con sangre humana?

—¿Una ponchera? —inquirió Vince—. Por Dios, Dex, estás como una chota.

—Oye, y yo no bebí —repuse en tono inocente.

—Estás como una puta cabra —añadió Deborah.

—Escucha, Debs: está lejos del fuego, y tenemos esta marca en el suelo. — Me arrodillé al lado de Vince y señalé la depresión en la tierra—. Algo pesado, tierra apartada a los lados, montones de huellas de pisadas alrededor... Si te da yuyu, no la llares ponchera. Pero es la bebida.

Deborah contempló el punto que le señalaba, miró hacia la hoguera, y después de nuevo la tierra que tenía a sus pies. Meneó la cabeza poco a poco y se acuclilló a mi lado.

—Ponchera. Joder.

—Estás como una chota —repitió Vince.

—Sí —dijo Debs—, pero creo que tiene razón. —Se levantó—. Te apuesto una docena de donuts a que encuentras rastros de drogas ahí —dijo con una nota de satisfacción muy perceptible.

—Lo investigaré —comentó Vince—. Tengo un buen test para el éxtasis. —Le dedicó su famosa mirada lasciva y añadió—: ¿Te gustaría hacer la prueba del éxtasis conmigo?

—No, gracias. No tienes el lápiz adecuado.

Dio media vuelta antes de que Vince pudiera intentar una de sus pavorosas réplicas, y yo la seguí. Tardé sólo tres pasos en caer en la cuenta de que había algo raro en ella, y cuando lo identifiqué, me detuve en seco y la obligué a volverse.

Miré sorprendido a mi hermana.

—Debs, estás sonriendo.

—Sí. Porque acabo de demostrar que el caso es mío.

—¿Qué quieres decir?

Me aporreó con fuerza. Para ella debió ser un mamporro jubiloso, pero aun así me dolió.

—No seas estúpido. ¿Quién bebe sangre?

—Uf. ¿Bela Lugosi?

—Él y todos los demás vampiros. ¿Quieres que te deletree « vampiro » ?

—¿Y qué...? Ah.

—Sí, ah. Descubrimos a un aspirante a vampiro, Bobby Acosta. Y ahora tenemos una fiesta de fraternidad vampírica. ¿Crees que es una coincidencia?

No lo creía así, pero el brazo me dolía demasiado para expresar mi opinión.

—Ya veremos —dije.

—Sí, ya veremos. Recoge tus cosas. Te acompaño en coche.

Era la hora de comer cuando regresamos a la civilización, pero ninguna de las sutiles insinuaciones que dirigí a Deborah dieron la impresión de registrarse en su cerebro, y volvió a la comisaría sin detenerse, pese a que la Ruta 41 desembocaba en la calle Ocho y podríamos haber parado en cualquiera de los excelentes restaurantes cubanos. Pensar en ellos consiguió que mi estómago gruñera, e imaginé que era capaz de oler los plátanos que se freían en la sartén. Pero en lo tocante a Deborah, las ruedas de la justicia ya se habían puesto en acción, y su inexorable camino conducía hacia un veredicto de culpabilidad y un mundo seguro, lo cual, en apariencia, significaba que Dexter podía pasarse sin comer por el bien de la sociedad.

Así que fue un Dexter muy hambriento quien volvió cansado al laboratorio forense, y tuvo que obedecer las exigencias de su hermana para identificar cuanto antes a la víctima de los Everglades. Saqué mis muestras y me dejé caer en la silla, en busca de respuestas a la candente pregunta: ¿debería volver a la calle Ocho? ¿O sólo dirigirme al Café Relámpago, que estaba mucho más cerca y tenía unos bocadillos excelentes?

Como casi todas las preguntas importantes de la vida, ésta no tenía respuesta fácil, y medité sobre las implicaciones. ¿Qué era mejor, comer bien o comer deprisa? Si me decantaba por la gratificación instantánea, ¿me convertiría eso en una persona más débil? ¿Y por qué tocaba hoy comida cubana? ¿Por qué no barbacoa, por ejemplo?

En cuanto esa idea acudió a mi cabeza, empecé a perder el apetito. Habían pasado por la barbacoa a la chica de los Everglades, y por algún motivo eso me preocupaba muchísimo. No podía quitarme las imágenes de la mente: la pobre chica amarrada, desangrándose poco a poco mientras las llamas se elevaban, la multitud aullando, y el jefe añadiendo una pizca de salsa de barbacoa. Casi pude oler la carne cocida, y eso expulsó de mi mente todo pensamiento de *ropa vieja*^[3] y comida. ¿Iba a ser así la vida de ahora en adelante? ¿Cómo podía hacer mi trabajo si sentía empatía humana por las víctimas que veía cada día? Peor todavía, ¿cómo podía continuar en un trabajo que se interponía en mi comida?

El estado de la situación era tristísimo, y dejé que la autocompasión se apoderara de mí durante unos cuantos minutos. Dexter Deprimido, una figura absurda. Yo, que había enviado a docenas a la otra vida con todo merecimiento, lloraba ahora la pérdida de una chica insignificante, y sólo porque quien la había matado no había desperdiciado la carne.

Ridículo. En cualquier caso, la poderosa maquinaria que era yo necesitaba algún tipo de combustible. De modo que aparté a un lado los pensamientos infelices y recorrí el pasillo en dirección a las máquinas expendedoras. Mirar a través del cristal la pobre selección de refrigerios tampoco me aportó ninguna

alegría. En el hospital, una barra de Snickers se me había antojado maná del cielo. Ahora se me antojaba un castigo. Nada me atraía ni prometía satisfacción. Pese a todos los envoltorios brillantes y los alegres lemas, sólo veía una vitrina llena de conservantes y colores realzados químicamente. Todo aderezado con sabores artificiales de réplicas sintéticas verdaderas, y parecía tan apetitoso como zamparse un juego de química.

Pero el deber me llamaba, y necesitaba comer algo para funcionar al alto nivel exigido. Así que me decanté por la elección menos ofensiva: galletitas con una sustancia en medio que afirmaba ser mantequilla de cacahuete. Introduje monedas y apreté el botón. Las galletitas cayeron en la bandeja, y cuando me agaché para recogerlas, una pequeña e imprecisa figura oculta en el oscuro sótano del Castillo Dexter abrió una puerta y asomó la cabeza. No oí nada, salvo el revoloteo sedoso de un diminuto banderín de advertencia, avisando de que las cosas no iban como deberían, así que me levanté poco a poco y me di la vuelta.

No había nada detrás de mí: ningún maniaco con un cuchillo, ningún camión descontrolado lanzado hacia mí, ningún gigante tocado con turbante y armado con una azagaya. Nada. De todos modos, la tenue voz me susurró que andara con cuidado.

No cabía duda de que el Pasajero estaba jugando conmigo. Tal vez estaba ofendido porque me negaba a alimentarle y ejercitarle.

—Cierra el pico —le dije—. Lárgate y déjame en paz.

Continuó sonriendo con suficiencia, así que no le hice caso y salí al pasillo.

Y casi me di de narices contra el sargento Doakes..., o lo que quedaba de él.

Doakes siempre me había odiado, incluso antes de que un médico majara le cortara las manos, los pies y la lengua, porque yo no conseguí rescatarle. O sea, lo intenté, en serio, pero las cosas no habían salido bien, y como consecuencia directa Doakes había perdido unas cuantas partes del cuerpo sobrevaloradas. Pero incluso antes de eso ya me odiaba porque, de todos los policías que yo había conocido, era el único que sospechaba lo que yo era. No le había dado motivos ni pruebas, pero de alguna manera lo sabía.

Y ahora estaba parado allí sobre sus pies artificiales, y me miraba con el veneno de un millar de cobras. Por un momento deseé que el médico loco le hubiera arrancado también los ojos, pero enseguida me di cuenta de que era un pensamiento cruel, indigno del nuevo ser humano que era, de modo que lo alejé de mi mente y le dediqué una sonrisa cordial.

—Sargento Doakes. Me alegro de verle, y con una movilidad tan estupenda, además.

Doakes no hizo nada, tan sólo continuó mirándome, y yo contemplé las garras metálicas plateadas que habían sustituido sus manos. No cargaba con la pequeña caja de voz, del tamaño de una agenda, que utilizaba para hablar, tal vez porque quería tener ambas garras libres para estrangularme o, lo más probable, también

pensaba utilizar la máquina expendedora. Y como ya no tenía lengua, sus intentos de hablar sin el sintetizador eran de lo más violentos, plagados de sonidos guturales y cosas así, y no deseaba quedar en ridículo. Así que me miró un momento más, hasta que al fin deseché la posibilidad de celebrar un encuentro animado.

—Bien —dije—, ha sido un verdadero placer hablar con usted. Que tenga un buen día.

Me desvié hacia mi laboratorio y me volví a mirar sólo una vez. Doakes me seguía observando con su mirada venenosa.

Ya te lo dije, se relamió el Pasajero en voz baja, pero me limité a despedirme de Doakes con la mano y volví al laboratorio.

Cuando Vince y los demás llegaron alrededor de las tres, el sabor de las galletitas todavía perduraba de una forma desagradable en el fondo de mi garganta.

—Caramba —dijo Vince cuando entró y dejó su bolsa en el suelo—. Creo que he tomado demasiado el sol.

—¿Cómo te las has arreglado para comer? —pregunté.

Parpadeó como si le hubiera hecho una pregunta absurda, y tal vez lo era.

—Uno de los policías me llevó a un Burger King. ¿Por qué?

—¿No perdiste el apetito cuando pensaste en que habían asado y devorado a la chica?

Vince compuso una expresión todavía más perpleja.

—No —contestó, y negó con la cabeza poco a poco—. Me comí una Whopper doble con queso y patatas fritas. ¿Te encuentras bien?

—Sólo estoy hambriento —dije, y me miró un momento más, de modo que en lugar de enzarzarme en un duelo de miradas, di media vuelta y volví al trabajo.

El teléfono me despertó cuando todavía estaba oscuro, y me di la vuelta para mirar al radiodespertador de la mesita de noche. Anunciaba las 4:47 en dígitos de una alegría repugnante. Había disfrutado de poco más de veinte minutos de sueño auténtico desde la última vez que Lily Anne había llorado, y no me gustó la inesperada llamada. Pero esperando sin la menor esperanza que el timbre no la hubiera despertado, agarré el teléfono.

—Hola —dije.

—Te necesito aquí temprano —me espetó la voz de mi hermana. No parecía nada cansada, pese a la hora, y eso me pareció tan irritante como haberme despertado a aquella horrible hora de la noche.

—Deborah —dije, con la voz ronca a causa del sueño—, faltan dos horas y media para temprano.

—Hemos encontrado una coincidencia con tu muestra de ADN —continuó ella, sin hacer caso de un comentario muy ingenioso, teniendo en cuenta la hora—. Es Tyler Spanos.

Parpadeé varias veces seguidas, intentando que mi cerebro adoptara un estado próximo a la vigilia.

—¿La chica de los Everglades? ¿Era Tyler Spanos? ¿No era Samantha Aldovar?

—Sí. Esta mañana van a formar una fuerza operacional. Chambers coordina, pero yo soy la investigadora jefe.

Noté el entusiasmo en su voz cuando lo anunció.

—Estupendo —dije—, pero ¿por qué me necesitas temprano?

Bajó la voz como si temiera que alguien la fuera a oír.

—Necesito tu ayuda, Dex. Esto se está convirtiendo en algo gordo, y no quiero cagarla. Además, está adquiriendo una dimensión, ya sabes, política. —Carraspeó, y me recordó un poco al capitán Matthews—. Así que te he nombrado responsable forense en la fuerza operacional.

—He de llevar a los niños al colegio —protesté, y oí a mi lado un suave crujido.

La mano de Rita se apoyó sobre mi brazo.

—Yo llevaré a los chicos.

—No deberías conducir todavía —protesté—. Lily Anne es demasiado pequeña.

—No le pasará nada. Ni a mí tampoco. Ya he pasado por esto antes, Dexter, y las dos primeras veces sin ayuda.

Nunca hablábamos del ex de Rita, el padre biológico de Cody y Astor, pero sabía lo bastante de él para imaginar que no habría sido de mucha ayuda. Estaba claro que ya había pasado por esto antes. Y la verdad, Rita parecía en buena

forma, pero era Lily Anne la que me preocupaba.

—Pero el asiento del coche...

—Todo irá bien, Dexter. Ve a cumplir con tu deber.

Oí algo que bien podía ser un resoplido procedente de Deborah.

—Díle a Rita que se lo agradezco. Hasta luego.

Y colgó.

—Pero... —mascullé al teléfono, aunque la comunicación se había cortado.

—Vístete —dijo Rita, y repitió—: No nos pasará nada.

Nuestra sociedad cuenta con muchas leyes y costumbres para proteger a las mujeres de la fuerza bruta de los hombres, pero cuando dos mujeres toman una decisión acerca de algo y se alían contra un hombre, no hay nada que éste pueda hacer. Tal vez algún día elegiremos como presidente a una mujer compasiva, y aprobará nuevas leyes sobre el tema. Hasta entonces, yo era una víctima indefensa. Me levanté y me duché, y cuando estuve vestido Rita ya me había preparado un bocadillo de huevo frito para que me lo comiera en el coche, y algo de café en un reluciente termo metálico de viaje.

—Esfuézate —dijo con una sonrisa cansada—. Espero que pilles a esa gente.

—La miré sorprendido—. Salió en las noticias. Dijeron que fue... Se comieron a esa pobre chica. —Se estremeció y tomó un sorbo de café—. En Miami. En estos tiempos. No... Vamos, ¿canibales? ¿Un grupo? ¿Cómo es posible...?

Meneó la cabeza, tomó otro sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa, y vi sorprendido que una lágrima asomaba en el rabillo de su ojo.

—Rita...

—Lo sé —dijo, mientras se secaba la lágrima con los nudillos—. Son las hormonas, estoy segura, porque... Y la verdad es que no... —Sorbió por la nariz—. Es por la niña. Y también conozco a la hijita de otra persona... Vete, Dexter. Esto es importante.

Me fui. Aún no estaba despierto, y todavía padecía las consecuencias del trauma psicológico provocado por el tratamiento recibido a manos de Rita y Debs, pero me fui. Cosa rara, estaba sorprendido tanto por lo que Rita había dicho como por sus lágrimas. Canibales. Parece muy estúpido decirlo, pero todavía no había pensado en esa palabra. O sea, Dexter no es lerdo: sabía que la pobre chica había sido devorada por gente, y la gente que se come a otra gente recibe el nombre de canibales. Pero combinar estos pensamientos y decir que Taylor Spanos había sido devorada por canibales trasladaba todo el asunto a un nivel de realidad cotidiana, algo extraño y aterrador. Sé que el mundo está lleno de gente mala: al fin y al cabo, yo soy uno de ellos. Pero ¿todo un grupo de jueguistas devorando a una joven en una barbacoa al aire libre? Eso les convertía en verdaderos canibales, canibales contemporáneos, modernos, de Miami, y daba la impresión de que la maldad había aumentado unos cuantos puntos.

Y además existía un matiz de singularidad en todo el asunto, como si un libro

de aterradores cuentos de hadas hubiera cobrado vida; primero vampiros, y ahora canibales. De repente, Miami se había convertido en un lugar de lo más interesante. Tal vez la próxima vez me toparía con un centauro o un dragón, o incluso con un hombre honrado.

Fui al trabajo en la oscuridad y con escaso tráfico. Un gran pedazo de luna colgaba en el cielo, y me reprendía por mi pereza. *Pon manos a la obra, Dexter, susurraba. Rebana algo.*

Habían reservado una sala de conferencias del segundo piso como centro de mando de la fuerza operacional de Deborah, y ya bullía de actividad cuando entré. Chambers, el hombre del cráneo rasurado del FDLE, estaba sentado a una mesa grande cubierta ya de carpetas, informes de laboratorio, planos y tazas de café. Tenía al lado una pila de seis o siete teléfonos móviles, y estaba hablando por otro.

Y, por desgracia para todos los afectados (salvo quizá para el fantasma de J. Edgar Hoover, quien debía estar flotando en plan protector con un vestidito de estar por casa espectral), sentada al lado de Chambers se encontraba la Agente Especial Brenda Recht. Llevaba unas gafas de leer muy chics en el extremo de la nariz, que se bajó todavía más para lanzarme una mirada de desaprobación. Le dediqué una sonrisa y miré al fondo de la sala, donde un hombre con uniforme de policía estatal estaba al lado del gigante negro que había visto antes en la escena del crimen. Se volvió a mirarme, de modo que respondí con un cabeceo y continué caminando.

Deborah estaba informando a dos detectives de Miami-Dade, mientras su compañero, Deke, sentado a su lado, se limpiaba los dientes con seda dental. Debs alzó la vista y me indicó con un gesto que me reuniera con ella. Acerqué una silla a su grupo y me senté, cuando uno de los detectives, un tipo llamado Ray Álvarez, la interrumpió.

—Sí, bueno, escucha —dijo—. No me gusta nada. O sea, ese tipo es del puto ayuntamiento. Ya te han apartado del caso una vez.

—Ahora es diferente —replicó Deborah—. Tenemos un asesinato como jamás se había visto, y la prensa se está volviendo majara.

—Sí, claro, pero sabes muy bien que Acosta está esperando la oportunidad de romperle los huevos a alguien.

—No te preocupes por eso.

—Para ti es fácil. No tienes huevos.

—Eso crees tú —intervino Hood, el otro detective, un bruto musculoso que yo conocía un poco—. Tiene el doble de pelotas que tú, Ray.

—Que te jodan —dijo Álvarez. Deke resopló, tal vez una carcajada, o bien una pequeña partícula de comida que la seda dental había liberado y se había alojado en su nariz.

—Tú encuentra a Bobby Acosta —le ordenó con brusquedad Debs—, o ya no

tendrás que preocuparte por tus huevos. —Le fulminó con la mirada, y el hombre se encogió de hombros, mientras alzaba la vista hacia el techo como preguntando por qué Dios le había elegido a él—. Empieza con la moto. —Deborah echó un vistazo a la carpeta que descansaba sobre su regazo—. Es una Suzuki Hayabusa roja, de un año de antigüedad.

Deke lanzó un silbido.

—¿Una qué? —preguntó Álvarez.

—Hayabusa —repitió Deke, que parecía muy impresionado—. Una moto muy guay.

—Vale, ya lo he pillado —comentó Álvarez, y miró a Deke con cansada resignación, mientras Debs se volvía hacia Hood.

—Tú dedícate al coche de Tyler Spanos —le indicó—. Es un Porsche azul, descapotable, de 2009. Aparecerá en alguna parte.

—En Colombia, probablemente —observó Hood, y cuando Deborah abrió la boca para reprenderle, añadió—: Sí, lo sé. Lo localizaré si aún sigue por aquí. —Se encogió de hombros—. Tampoco servirá de nada.

—Bueno, hay que seguir la rutina, ¿no? —intervino Deke.

Hood le miró risueño.

—Sí, Deke, lo sé.

—Muy bien —dijo Chambers en voz alta, y todos los ojos de la sala se volvieron hacia él como si estuvieran conectados al mismo interruptor—. Les ruego que me presten atención un momento.

Chambers se levantó y retrocedió hasta un lugar desde el que podía ver a todo el mundo.

—En primer lugar, quiero dar las gracias al comandante Nelson —cabeceó en dirección al uniforme de policía estatal—, y al detective Weems, de la Policía Tribal de Miccosukee.

El gigante levantó una mano para saludar y, por extraño que parezca, sonrió a todo el mundo.

Di un codazo a Deborah.

—Mira y aprende, Debs. Política.

Ella me propinó un codazo violento.

—Cierra el pico —susurró.

Chambers continuó.

—Se encuentran aquí porque este caso se está convirtiendo en un asunto de la máxima actualidad, y puede que necesitemos la ayuda de estos dos caballeros. Tenemos una posible conexión en los Everglades —cabeceó de nuevo en dirección a Weeds—, y vamos a necesitar toda la ayuda posible para cubrir las carreteras del estado.

El comandante Nelson ni siquiera parpadeó.

—¿Y el FBI? —preguntó Hood, al tiempo que señalaba a la Agente Especial

Recht, y Chambers le miró un momento.

—El FBI está aquí porque estamos buscando a un grupo —contestó Chambers con cautela—, y si se trata de algo organizado, tal vez a nivel nacional, quieren saberlo. Además, aún tenemos a una chica desaparecida, y puede que se trate de un secuestro. Y la verdad, como estamos metidos en un fregado de mucho cuidado, tiene suerte de que no hayan venido también Hacienda, la ATF y la Inteligencia Naval, de modo que cierre el pico y apechugue.

—Sí, señor —dijo Hood con un pequeño saludo sarcástico. Chambers le miró el tiempo suficiente para que Hood se retorciera, antes de volver a hablar.

—De acuerdo. La sargento Morgan tiene el mando en la zona de Miami. Si cualquier cosa apunta a otro sitio, me lo hace saber antes.

Deborah asintió.

—Preguntas —dijo Chambers, mientras paseaba la vista alrededor de la sala. Nadie dijo nada—. Muy bien. La sargento Morgan hará un resumen de lo que sabemos hasta el momento.

Deborah se levantó y se acercó adonde estaba Chambers, quien se sentó para cederle el testigo. Debs carraspeó y empezó su resumen. Fue un espectáculo penoso. No habla bien en público, y encima es muy vergonzosa. Creo que siempre se encuentra a disgusto en el cuerpo de una mujer hermosa, pues su personalidad coincide más con la de Harry el Sucio, y odia que la gente la mire. Para cualquiera que sintiera afecto por ella, cosa que en aquel momento debía limitarse a mí, fue una experiencia incómoda verla forcejear con las palabras, carraspear una y otra vez, y aferrarse a tópicos específicos de la policía como si se estuviera ahogando.

En cualquier caso, todo tiene su fin, por desagradable que sea, y al cabo de un largo y angustioso paréntesis, Debs terminó.

—¿Preguntas? —dijo, para luego ruborizarse y mirar a Chambers, como si se hubiera enfadado por utilizar su expresión.

El detective Weems levantó un dedo.

—¿Qué quiere que hagamos en los Everglades? —preguntó, en voz baja y aguda.

Deborah carraspeó. Otra vez.

—Bueno, correr la voz. Si alguien ve algo, si estos chicos intentan, bueno, celebrar otra fiesta. O si hubo otra que desconocemos todavía, un lugar en el que podamos encontrar alguna prueba.

Y carraspeó. Me pregunté si debería ofrecerle una pastilla para la tos.

Por suerte para la imagen de Deborah como investigadora de dos pares de cojones, Chambers decidió que ya era suficiente. Se levantó antes de que mi hermana se fundiera.

—Muy bien. Ya saben lo que hay que hacer. Lo único que quiero añadir es que mantengan la boca cerrada. La prensa ya se está divirtiendo demasiado con

esto, y no quiero darles más carnaza. ¿Entendido?

Todo el mundo asintió, incluida Deborah.

—Muy bien —dijo Chambers—. Vamos a por los malos.

La reunión se terminó al son de chirridos de sillas, arrastrar de pies y cháchara de polis, cuando todo el mundo se levantó y formó pequeños grupos de conversación con los que ya estaban de pie, salvo el comandante Nelson, de la Patrulla de Caminos, quien se limitó a encasquetarse el sombrero sobre su cabeza de pelo muy corto y a salir por la puerta como si estuvieran tocando la «Marcha del coronel Bogey». El hombretón de la policía tribal, Weems, se acercó a hablar con Chambers, y la Agente Especial Recht se quedó sentada sola, mientras paseaba una mirada desaprobadora alrededor de la sala. Hood la miró y sacudió la cabeza.

—Mierda —dijo—. Odio a los del FBI.

—Apuesto a que eso les tiene preocupados —comentó Álvarez.

—Escucha, Morgan, en serio —dijo Hood—, ¿hay alguna forma de retorcerle la cola a esa zorra federal?

—Claro —replicó Debs, en un tono de voz tan razonable que sólo podía significar problemas para alguien—. Puedes encontrar a esa chica, cazar al puto asesino y hacer tu trabajo, para que ella no aproveche la oportunidad y lo haga por ti. —Le enseñó algunos dientes. No era una sonrisa, aunque quizá Bobby Acosta lo hubiera creído—. ¿Crees que puedes hacer eso, Richard?

Hood la miró un momento y después sacudió la cabeza.

—Mierda —dijo.

—¿Qué te parece? Tenías razón —intervino Álvarez—. Y también tiene más pelotas que tú.

—Mierda —repitió Hood, y buscó un objetivo fácil para recuperar algunos puntos—. ¿Tú qué dices, Deke?

—¿Eh?

—¿Qué estás haciendo?

El joven se encogió de hombros.

—Ah, ya sabes. El capitán quiere que me pegue a Morgan.

—Caramba —comentó Álvarez—. Qué peligro.

—Somos compañeros —dijo Deke, algo ofendido.

—Ve con cuidado, Deke —advirtió Hood—. Morgan es muy dura con sus compañeros.

—Sí, los pierde de vez en cuando —masculló Álvarez.

—¿Queréis que os lleve de la mano hasta la base de datos de la DMV, gilipollas? —refunfuñó Deborah—. ¿O sois capaces de sacar la cabeza del culo lo suficiente para encontrarla solitos?

Hood se levantó.

—Ya voy, jefa —dijo, y se encaminó hacia la puerta, seguido de Álvarez—.

Vigila tu espalda, Deke.

Éste les vio marchar con el ceño fruncido.

—¿Por qué se han de meter conmigo? —protestó cuando la puerta se cerró a su espalda—. ¿Porque soy el nuevo, o qué? —Deborah no le hizo caso y se volvió hacia mí—. O sea, ¿qué? ¿Qué he hecho, eh?

No tenía más respuesta para él que la obvia, es decir, que los policías son como todas las demás bestias de carga: la toman con cualquier miembro del rebaño que parece diferente o demuestra debilidad. Con su absurda apostura y capacidades mentales algo limitadas, Deke era ambas cosas y, por tanto, un blanco evidente. De todos modos, me pareció una idea severa de expresar sin caer en lo desagradable y buscar palabras piadosas, de modo que dediqué a Deke una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy seguro de que los ánimos se calmarán cuando se den cuenta de lo que eres capaz —le dije.

Negó con la cabeza poco a poco.

—¿Cómo voy a hacer nada? —Inclinó la cabeza hacia Debs—. He de pegarme a ella como una puta sombra.

Me miró como pidiéndome una respuesta.

—Bien —contesté—, estoy seguro de que tendrás la oportunidad de demostrar tu iniciativa.

—Iniciativa —repetió, y por un momento pensé que debería explicarle el significado de la palabra, pero, por suerte para mí, se limitó a sacudir la cabeza de nuevo—. Mierda.

Y antes de que pudiéramos explorar las sutilezas de aquel pensamiento, Chambers se acercó y apoyó la mano sobre el hombro de Deborah.

—Bien, Morgan. Ya sabes lo que hay que hacer. Abajo, dentro de hora y media.

Debs le miró con la expresión más cercana al terror que yo había visto nunca en su cara.

—No puedo —dijo—. O sea, pensaba que usted iba a... ¿No puede hacerlo?

Chambers negó con la cabeza, con algo similar a un regocijo maligno en su sonrisa. Consiguí parecerse a un elfo malvado y muy mortífero.

—No. Tú mandas. Yo sólo soy el coordinador. Tu capitán quiere que lo hagas.

Le dio otra palmadita en el hombro y se alejó.

—Mierda —dijo Deborah, y por un momento experimenté una intensa irritación por el hecho de que ésa fuera la única palabra que todo el mundo pronunciaba aquella mañana. Después se pasó la mano por el pelo y observé que su mano temblaba.

—¿Qué pasa, Debs? —pregunté, intrigado por la causa de que mi intrépida hermana temblara como una frágil hoja en la tormenta.

Respiró hondo y se enderezó.

—Conferencia de prensa —dijo—. Quieren que hable con la prensa. —Tragó saliva y se humedeció los labios, como si algo en su interior se hubiera secado por completo—. Mierda —repitió.

Una de las cosas que considero más satisfactorias de mi trabajo es que siempre es bastante variado. Algunos días he de utilizar aparatos grandes y caros para llevar a cabo pruebas científicas muy modernas. Otros, me limito a mirar por el microscopio. Y si no, el paisaje cambia cuando llego a la escena del crimen. Por supuesto, todos los crímenes son diferentes, desde el vulgar y corriente apuñalamiento de una esposa, hasta algunos destripamientos muy interesantes de vez en cuando.

Pero pese a mi amplia y variada experiencia en el departamento, nunca me habían pedido que utilizara mi preparación científica y sagacidad para preparar a mi aterrorizada hermana en vistas a la conferencia de prensa, y debo decir que me pareció bien, porque si hubiera sido una circunstancia habitual en mi trabajo, habría considerado muy en serio la posibilidad de dejar la ciencia forense para dar clases de educación física en algún centro de enseñanza media.

Deborah me arrastró a su cubículo y de inmediato vi que la cubría un sudor frío de lo más desagradable. Se sentó, se levantó, recorrió tres pasos en cada dirección, volvió a sentarse y empezó a retorcerse las manos. Y sólo para aumentar un Cociente Irritante que ya se subía por las nubes, empezó a decir: «Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda», una y otra vez, en diversos volúmenes e inflexiones, y empecé a pensar que había perdido por completo la capacidad del habla inteligente.

—Debs —dije por fin—, si ésa es tu declaración, al capitán Matthews no le va a gustar nada.

—Mierda —dijo, y me pregunté si convendría abofetearla—. Dexter, por favor, ¿qué debo decir?

—Cualquier cosa excepto «mierda».

Se levantó de nuevo y caminó hasta la ventana, mientras continuaba retorciéndose las manos. Todas las niñas del mundo han crecido deseando ser actriz, bailarina o algún otro tipo de artista, todas, excepto Deborah. Lo único que deseó de la vida desde el primer momento, incluso a la tierna edad de cinco añitos, fueron una placa y una pistola. Y gracias al trabajo constante, una inteligencia obstinada y porrazos en los brazos muy dolorosos, había alcanzado su objetivo, aunque sólo fuera para descubrir que, con el fin de conservarlo, ahora tenía que convertirse en actriz. La palabra «ironía» se usa demasiado, pero aun así la situación exigía un poco de ironía y regocijo, como mínimo.

Pero también exigía cierta cantidad de la compasión que Dexter había descubierto desde el nacimiento de Lily Anne, pues ya me daba cuenta de que, sin mi ayuda, mi hermana iba a demostrar de una vez por todas que había algo de cierto en la idea de la combustión espontánea. De manera que, cuando decidí que Debs ya había sufrido bastante, me levanté de mi desvencijada silla y me

puse a su lado.

—Debs, es algo tan fácil que hasta el capitán Matthews es un experto en ello.

Creo que estuvo a punto de repetir «mierda», pero se contuvo y, a cambio, se mordisqueó el labio.

—No puedo hacerlo —dijo—. Tanta gente..., y reporteros..., cámaras... No puedo, Dexter.

Me alegró comprobar que se había recuperado un poco, lo suficiente para diferenciar «gente» de «reporteros», pero no cabía duda de que todavía me quedaba trabajo por hacer.

—Sí puedes, Deborah —le dije con firmeza—. Y será muchísimo más fácil de lo que crees. Hasta es posible que te llegue a gustar.

Rechinó los dientes, y creo que me habría largado un puñetazo de no haber estado tan trastornada.

—No esperes gran cosa —dijo.

—Es fácil —repetí—. Vamos a escribir unas cuantas frases cortas, y sólo tendrás que leerlas en voz alta. Como cuando hacías un comentario sobre un libro en sexto.

—Siempre me suspendían en crítica literaria —gruñó Debs.

—No me tenías a tu lado para ayudarte —objeté, con mucha más confianza de la que sentía—. Manos a la obra. Vamos a sentarnos y a escribir esto.

Rechinó los dientes y se retorció las manos unos segundos más, y por un momento dio la impresión de que se planteaba saltar por la ventana, pero sólo estábamos en el segundo piso, y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, de modo que Debs dio media vuelta y se derrumbó en su silla.

—De acuerdo —dijo con los dientes apretados—. Vamos a ello.

Sólo existen unos cuantos tópicos policiales necesarios para decir casi cualquier cosa a la prensa. Éste es uno de los motivos, por supuesto, de que un muñeco parlante como el capitán Matthews fuera lo bastante bueno en ello para ascender a su elevado cargo sólo a base de memorizarlos todos, y después recitarlos en orden delante de una cámara. Ni siquiera era una aptitud, puesto que exigía mucha menos habilidad que el truco de cartas más sencillo.

De todos modos, era un talento del que Deborah carecía por completo, y tratar de explicárselo era como describir el tejido de cuadros escoceses a un ciego. En conjunto, fue un paréntesis de lo más desagradable, y cuando bajamos a la conferencia de prensa me sentía casi tan sudoroso y nervioso como mi hermana. Ninguno de los dos se sintió mejor cuando vimos la multitud de ávidos depredadores que nos esperaba en la sala abarrotada. Por un momento, Deborah se quedó petrificada con un pie en el aire. Pero después, como si alguien hubiera activado un interruptor, los reporteros se lanzaron sobre ella y empezaron la rutina de hacer preguntas a gritos y tomar fotos, y cuando vi que mi hermana tensaba la mandíbula y fruncía el ceño, respiré hondo. Saldrá adelante, pensé, y

vi que subía al estrado con algo parecido al orgullo del creador.

Por supuesto, eso duró sólo hasta que abrió la boca, y después comenzó uno de los periodos de quince minutos más desdichados que puedo recordar. Deborah intentando hablar a una sala llena de policías era de lo más desagradable. Deborah intentando ofrecer una declaración en una conferencia de prensa era una tortura tan dolorosa que, sin la menor duda, los hombres encapuchados de negro que trabajaban para la Inquisición se habrían estremecido y rechazado participar en la experiencia. Deborah tartamudeó, balbuceó, se le trabó la lengua, sudó y fue dando bandazos de frase en frase, pulidas con tanto esmero, en un esfuerzo tan enmarañado que, al final, dio la impresión de que se estaba declarando culpable de violación a un menor, y cuando por fin terminó la declaración preparada en la que yo había trabajado con tanto ahínco, se hizo un estupefacto silencio en la sala durante varios segundos. Y entonces, por desgracia, los reporteros cayeron en la cuenta de su inseguridad y se abalanzaron sobre mi hermana con salvaje frenesí. Todo lo de antes había sido coser y cantar en comparación, y vi que Deborah ataba la cuerda alrededor de su cuello lenta y cuidadosamente, y después se izaba en el aire, donde se retorció al viento en una dolorosísima agonía, hasta que al fin, por suerte, el capitán Matthews se cansó de sufrir e intervino.

—No más preguntas —anunció.

No echó a patadas a Deborah del estrado, pero quedó claro que se había planteado la posibilidad.

El capitán fulminó con la mirada a la turba de linchadores, como si pudiera someterlos con su mirada viril, y los ánimos se calmaron un poco.

—Muy bien —dijo al cabo de un momento—. Los... miembros de la familia. —Se llevó un puño a la boca y carraspeó, y me pregunté si Deborah era contagiosa—. El señor y la señora... Aldovar. Querrían hacer una breve declaración.

Cabeceó, y después extendió la mano como si fuera a abrazarlos.

Un señor Aldovar de aspecto perplejo condujo a su esposa hasta los micrófonos. Parecía agotada y envejecida varios años, pero cuando se plantaron ante la multitud la mujer se serenó visiblemente, apartó a su esposo y sacó una hoja de papel. Y los reporteros, cosa rara, guardaron silencio un momento.

—A la persona o personas que se llevaron a nuestra hijita —empezó, y después tuvo que parar un momento y, por coherencia, carraspear—. Nuestra Samantha. No tenemos mucho dinero, pero el que tengamos o podamos conseguir es suyo. No hagan daño a nuestra hijita, por favor... Sólo...

No pudo continuar. Se tapó la cara con las manos y el papel cayó aleteando al suelo. El señor Aldovar avanzó y la tomó en sus brazos, y miró furibundo a los congregados, como si supieran dónde estaba Samantha y no quisieran decirlo.

—Es una buena chica —dijo airado—. No hay ningún motivo en el mundo

para, para... Por favor —prosiguió en un tono más suave—. Suéltenla, por favor. No sé qué quieren, pero suéltenla...

Su rostro se desmoronó y dio media vuelta. El capitán Matthews avanzó y volvió a mirar enfurecido a la sala.

—Muy bien —declaró—. Ya tienen una foto de la chica. Samantha. Les pedimos que nos ayuden a que circule y... Si la gente la ve, ya saben, los ciudadanos. Pueden llamar a la línea telefónica especial de la fuerza operacional, que... Ya tienen ese número en los medios de comunicación. Y si podemos, mmm..., divulgar el número, y la foto, recuperaremos a esa chica. Viva. —Dirigió a la cámara su mejor mirada de tipo duro, una mirada viril y decidida, y la sostuvo un momento antes de continuar—. Gracias por su ayuda. —Permaneció inmóvil un momento más, con su viril mandíbula tensa, dedicó a los fotógrafos una última toma prolongada de sus autoritarios rasgos faciales, y después dijo—: Muy bien, esto es todo.

Dio media vuelta.

Como era de esperar, la sala estalló en un ruidoso caos, pero Matthews agitó un brazo y se volvió para consolar a los Aldovar, y entonces todo terminó de verdad. Me abrí paso a empujones para llegar hasta Deborah, recibiendo y distribuyendo diversos codazos en las costillas durante el camino. Encontré a mi hermana a un lado, abriendo y cerrando los puños. Un poco de color había vuelto a sus mejillas, y parecía extrañamente arrugada, como si alguien acabara de despertarla de una pesadilla.

—Si tengo que volver a hacerlo alguna vez —dijo entre dientes—, devolveré la maldita placa.

—Si intentas hacerlo de nuevo, el capitán Matthews te la arrancará.

—¿Ha salido tan mal como creo?

—Oh, no. Mucho peor.

Supongo que mi mal humor me impidió preverlo, pero Debs me atizó un buen puñetazo en el brazo. Por una parte, era estupendo ver que se estaba recuperando del mal trago. Pero, por otra, dolía mucho.

—Gracias por el apoyo —dijo Deborah—. Larguémonos de aquí.

Se volvió y empezó a abrirse paso con furia entre la multitud, y yo la seguí mientras me frotaba el brazo.

Los reporteros son seres peculiares. Deben haberse forjado una opinión muy elevada de sí mismos con el fin de llevar a cabo su trabajo, y sin duda algunos de los que habían presenciado la penosa actuación de Deborah debían ser unos expertos en ese tipo de autoengaño, porque por lo visto creían que, si plantaban un micrófono delante de Debs y le gritaban una pregunta, se vendría abajo debido a la presión de su pelo y dientes perfectos, y soltaría una respuesta. Por desgracia para su autoestima profesional, Deborah continuó avanzando, apartando a manotazos todo cuanto se le ponía por delante, y empujando a cualquiera lo

bastante imbécil para interponerse en su camino. E incluso los reporteros situados cerca de la salida, que habían visto a la perfección lo ocurrido a sus colegas, tenían tan buena opinión de sí mismos que intentaron lo mismo..., y parecieron sorprenderse cuando obtuvieron el mismo resultado.

Como estaba siguiendo a Deborah, varios me miraron con aire especulativo, pero tras muchos años de diligente mantenimiento, mi disfraz era demasiado bueno para ellos, y todos decidieron que yo era exactamente lo que deseaba aparentar: una absoluta nulidad sin respuestas a nada. Y así, casi sin molestias, molido tan sólo en el antebrazo por culpa del porrazo de Deborah, salí de la conferencia de prensa y, en compañía de mi hermana, regresé al centro de mando de la fuerza operacional, en el segundo piso.

Deke se nos unió en algún momento y fue a apoyarse contra la pared. Alguien había llevado una máquina de café, y Deborah se sirvió un poco en un vaso de porespán. Bebió e hizo una mueca.

—Éste es peor que el café habitual —comentó.

—Podríamos ir a desayunar —sugerí esperanzado.

Deborah dejó la taza sobre la mesa y se sentó.

—Tenemos demasiado que hacer. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto —dijo Deke, y Deborah le miró con acritud, como si hubiera elegido un mal momento—. Bueno, ésa es la hora.

La puerta se abrió y entró el detective Hood.

—Soy tan bueno que me doy miedo —manifestó, mientras se acercaba contoneándose y se dejaba caer en un asiento delante de mi hermana.

—Asústame a mí también, Richard —dijo Deborah—. ¿Qué tienes?

Hood sacó una hoja de papel del bolsillo y la desdobló.

—En un tiempo récord. El Porsche azul descapotable modelo 2009 de Tyler Spanos. —Indicó el papel con un dedo y chasqueó la lengua—. El tipo dirige un desguace de coches robados, me debía un favor. Le salvé de una buena el año pasado. —Se encogió de hombros—. Habría sido su tercera condena, así que me llamó con esto. —Señaló el papel de nuevo—. Es un taller donde les dan una capa de pintura nueva, en Opa-Locka. Tengo allí un coche patrulla en este momento, reteniendo a los tíos que lo estaban pintando, dos haitianos. —Tiró el papel sobre el escritorio delante de Deborah—. ¿A que soy un crack?

—Lárgate de aquí —replicó Deborah—. Quiero saber quién se lo vendió, y me da igual cómo lo averigües.

Hood le dedicó una gran sonrisa plagada de dientes.

—Guay. A veces, me encanta este trabajo.

Se levantó de la silla con una gracia sorprendente y salió por la puerta, mientras silbaba « Here Comes the Sun ».

Deborah le siguió con la mirada.

—Nuestra primera oportunidad —rezongó cuando la puerta se cerró—, y ese

gilipollas la consigue en mi lugar.

—Bueno, no sé, ¿oportunidad? —dijo Deke—. Cuando acaben de pintarlo, no quedarán huellas ni nada.

Debs le miró con una expresión que a mí me habría impulsado a correr a esconderme bajo algún mueble.

—Alguien se volvió estúpido, Deke —dijo con más énfasis del debido en la palabra « estúpido» —. Tendrían que haber escondido el coche en un desguace, pero alguien quiso sacarse dos de los grandes, así que lo vendieron. Y si descubrimos quién lo vendió...

—Encontraremos a la chica —terminó Deke.

Deborah le miró, y su rostro casi adoptó una expresión afectuosa.

—Exacto, Deke. Encontraremos a la chica.

—Vale, pues.

La puerta volvió a abrirse, y entró el detective Álvarez.

—Esto te va a encantar —dijo, y Deborah le miró expectante.

—¿Has localizado a Bobby Acosta?

Álvarez negó con la cabeza.

—La familia Spanos ha venido a verte.

Si el primer hombre que entró por la puerta era el señor Spanos, entonces el padre de Tyler era un culturista de veintiocho años con coleta y un bulto sospechoso debajo del brazo izquierdo. Eso significaría que había engendrado a Tyler a la edad de diez años, lo cual parecía un poco exagerado, incluso en Miami. Pero fuera quien fuera aquel hombre, tenía el semblante muy serio, y examinó la habitación con detenimiento, lo cual incluyó dedicarnos miradas furibundas a Deke y a mí, antes de asomar la cabeza al pasillo y cabecear.

El aspecto del siguiente hombre que entró en la habitación se acercaba más a lo que cabía esperar del padre de una adolescente. Era de edad madura, relativamente bajo y algo regordete, de pelo ralo y mantenía la boca abierta, como si tuviera que jadear en busca de aliento. Entró tambaleándose en la habitación, paseó una mirada desvalida a su alrededor un momento y después se plantó delante de Deborah, parpadeando y respirando con dificultad.

Una mujer entró a toda prisa detrás de él. Era más joven y varios centímetros más alta, con cabello rubio rojizo y joyas demasiado buenas. La seguía otro joven culturista, éste con el pelo al cero en lugar de coleta. Cargado con una maleta de aluminio de tamaño medio, cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra el marco. La mujer avanzó hacia Deborah, acercó una silla y guió al señor Spanos hacia ella.

—Siéntate —ordenó—. Y cierra la boca.

El señor Spanos la miró, parpadeó varias veces más y después permitió que le bajara hasta la silla, aunque no cerró la boca.

La mujer paseó la vista a su alrededor y localizó otra silla en la mesa de conferencias, que colocó al lado del señor Spanos. Se sentó, le miró y sacudió la cabeza, antes de dedicar su atención a Deborah.

—Sargento... ¿Morgan? —dijo, como si no estuviera segura acerca del apellido.

—Exacto —contestó Deborah.

La mujer miró fijamente a mi hermana un momento, como con la esperanza de que se metamorfoseara en Clint Eastwood. Se humedeció los labios y respiró hondo.

—Soy Daphne Spanos —dijo—. La madre de Tyler.

Deborah cabeceó.

—Mi sentido pésame.

El señor Spanos sollozó. Fue un sonido muy húmedo, y pilló por sorpresa a Deborah, porque le miró como si se hubiera puesto a cantar.

—Basta —le reconvinó Daphne—. Has de controlarte.

—Mi niña —masculló el hombre, y quedó muy claro que no estaba consiguiendo controlarse.

—También es mi niña, maldita sea —susurró Daphne—. Deja de lloriquear.

El señor Spanos contempló sus pies y sacudió la cabeza, pero al menos no emitió más ruidos húmedos. En cambio, respiró hondo, cerró los ojos y se sentó muy tieso, mientras miraba a Deborah.

—Usted es la responsable de encontrar al animal que hizo esto —dijo a Debs—. El que asesinó a mi niña.

Pensé que iba a gimotear de nuevo, pero tensó la mandíbula y no se oyó otra cosa que una respiración entrecortada.

—Hemos desplegado una fuerza operacional, señor Spanos. Tenemos un equipo compuesto por agentes de todas las diferentes ramas de...

El señor Spanos levantó la mano y la interrumpió con un ademán.

—Me da igual el equipo. Han dicho que usted estaba al mando. ¿Es cierto?

Deborah miró a Álvarez, quien desvió la vista con una expresión de absoluta inocencia. Miró a Spanos.

—Exacto —dijo.

El hombre la miró durante un largo momento.

—¿Por qué no un hombre? —preguntó—. ¿Es políticamente correcto poner a una mujer al mando?

Vi que Álvarez se esforzaba por controlarse. Deborah no tuvo que controlarse. Estaba acostumbrada a estas cosas, lo cual no quiere decir que le gustaran.

—Estoy al mando —replicó— porque soy la mejor y me lo he ganado. Si tiene un problema con eso, lo lamento.

Spanos la miró y sacudió la cabeza.

—No me gusta esto —dijo—. Debería ser un hombre.

—Señor Spanos —insistió Deborah—, si tiene algo que decir, escúpalo. Si no... Intento atrapar a un asesino, y usted me está haciendo perder el tiempo.

Deborah le fulminó con la mirada, y el hombre vaciló. Miró a su esposa, quien apretó los labios y asintió. Entonces Spanos se volvió hacia el señor Coleta.

—Despeja la habitación —ordenó, y Coleta avanzó un paso hacia Deke.

—Atrás —bramó Deborah, y Coleta se quedó petrificado—. No vamos a despejar la habitación. Estamos en una comisaría de policía.

—Hay algo que debo decirle sólo a usted —manifestó Spanos—. Algo confidencial.

—Soy policía —replicó Debs—. Si quiere decir algo confidencial, llame a un abogado.

—No. Sólo debe saberlo el jefe de la investigación, no esta gente.

—Las cosas no funcionan así.

—Sólo esta vez —insistió Spanos—. Se trata de mi niña.

—Señor Spanos...

La señora Spanos se inclinó hacia delante.

—Por favor —rogó—. Sólo tardaremos un momento. —Agarró la mano de

Deborah y la apretó—. Es importante. Para la investigación. —Vio que Deborah continuaba vacilante, apenas un segundo, y le apretó la mano de nuevo—. Le ayudará a encontrarlos —dijo con un susurro seductor.

Deborah liberó su mano y miró a los dos. Después alzó la vista hacia mí como pidiendo mi opinión, y admito que sentía curiosidad, así que me encogí de hombros.

—Que sus chicos esperen en el pasillo —dijo al fin Deborah—. Saldrán dos de los míos.

Spanos negó con la cabeza.

—Sólo usted y nosotros. En familia.

Deborah movió la cabeza en mi dirección.

—Mi hermano se queda —dijo, y los señores Spanos me miraron.

—Su hermano —inquirió él, y miró a la señora Spanos. Ella asintió—. De acuerdo. Mackenzie. —Extendió la mano. El chico del pelo al cero se acercó y le entregó la maleta—. Harold y tú esperad fuera. —Spanos apoyó la maleta sobre el regazo, y los dos culturistas salieron por la puerta—. ¿Sargento? —dijo a Debs, y señaló a Deke.

—Deke, Álvarez —les ordenó Deborah—. Vigila a esos dos chicos del pasillo.

—Se supone que yo debo vigilarte a ti —retrucó Deke—. El capitán lo dejó bien claro.

—Lárgate. Dos minutos.

Deke la miró un momento con tozudez, y después Álvarez apoyó una mano en su espalda.

—Vamos, amigo —dijo—. Si la jefa dice que nos vayamos, nos vamos.

Deke proyectó su barbilla hendida hacia Deborah, y por un segundo adoptó la apariencia del viril héroe televisivo de los sábados por la mañana.

—Dos minutos —dijo.

La miró un momento más, como si fuera a añadir otra cosa, pero por lo visto no se le ocurrió nada, de modo que dio media vuelta y salió. Álvarez dedicó una sonrisa burlona a Debs y le siguió.

La puerta se cerró a su espalda, y durante un segundo nadie se movió. Entonces el señor Spanos emitió un gruñido y depositó la maleta de aluminio sobre el regazo de Deborah.

—Ábrala —dijo.

Mi hermana le miró fijamente.

—Adelante, ábrala. No estallará.

Ella le miró un segundo más, y después bajó la vista hacia la maleta. Estaba cerrada con dos cerrojos, que abrió poco a poco y, con una última mirada a Spanos, abrió la tapa.

Deborah echó un vistazo al interior y se quedó petrificada, con la mano

inmóvil sobre la tapa alzada y una expresión indefinida en el rostro. Después miró a Spanos con una de las expresiones más frías que yo había visto en mi vida.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó entre dientes.

Tener sentimientos humanos era nuevo para mí, pero sentir curiosidad no, así que me incliné hacia delante para mirar, y no fue preciso un examen muy concienzudo para saber qué coño era.

Era dinero. A montones.

A juzgar por la capa superior daba la impresión de que contenía fajos de billetes de cien dólares, todos rodeados con la goma del banco. La maleta estaba llena hasta los topes, hasta el punto de que no entendí cómo había conseguido Spanos cerrarla, a menos que el señor Coleta se hubiera sentado encima mientras su jefe la cerraba con llave.

—Medio millón de dólares —dijo Spanos—. En efectivo. Imposible seguirles el rastro. Lo ingresaré donde usted diga. En un banco de las islas Caimán, o en otra parte.

—¿A cambio de qué? —preguntó Deborah en tono inexpresivo, y si la hubiera conocido como yo, el señor Spanos se habría puesto muy nervioso.

Pero Spanos no conocía a mi hermana, y dio la impresión de que su confianza aumentaba debido al hecho de que ella le había hecho aquella pregunta. Sonrió, pero no era una sonrisa alegre, sino como para demostrar que su rostro aún podía obrar el prodigio.

—De casi nada. Sólo esto. —El hombre levantó la mano y agitó un dedo en el aire—. Cuando encuentre a los animales que mataron a mi niña... —Su voz se quebró un poco y calló, se quitó las gafas y las secó con la manga. Volvió a calárselas, carraspeó y miró a Deborah de nuevo—. Cuando los encuentre, avísame antes. Eso es todo. Diez minutos antes de hacer lo que sea. Una llamada telefónica. Y todo ese dinero será suyo.

Deborah le miró. Él sostuvo su mirada, y durante algunos segundos dejó de ser un hombre lloriqueante y acabado, para transformarse en un hombre que siempre sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

Miré el dinero en la maleta abierta. Medio millón de dólares. Pensé que era un montón de pasta. El dinero nunca me había motivado. Al fin y al cabo, no había estudiado en la facultad de derecho. Para mí, el dinero siempre había sido algo que los borregos se enseñaban mutuamente para demostrar lo maravillosos que eran. Pero ahora, mientras miraba las pilas de billetes, no se me antojaron marcadores abstractos para llevar la cuenta de los tantos. Sino clases de ballet para Lily Anne. Una educación universitaria. Paseos en poni, vestidos nuevos, ortodoncia y buscar conchas en una playa de las Bahamas. Y todo dentro de un maletín, que guiñaba sus ojillos verdes y decía: *¿Por qué no? ¿Qué tendría de malo?*

Y entonces me di cuenta de que el silencio se había prolongado demasiado para resultar cómodo, aparté mis ojos de la futura felicidad de Lily Anne y miré a Deborah. Por lo que pude colegir, ni Spanos ni ella habían alterado su expresión. Pero al fin, mi hermana respiró hondo, dejó el maletín en el suelo y miró a Spanos.

—Recójala —dijo, y la empujó hacia él con el pie.

—Es suya —replicó él, y negó con la cabeza.

—Señor Spanos, es un delito sobornar a un agente de la ley.

—¿Quién habla de soborno? Es un regalo. Cójalo.

—Recójala y váyase.

—Una llamada telefónica. ¿Eso es un delito?

—Lamento muchísimo su pérdida —le informó Deborah muy despacio—. Y si la recoge y se larga ahora mismo, olvidaré lo sucedido. Pero si continúa aquí cuando regresen los demás detectives, irá a la cárcel.

—Lo comprendo. En este momento no puede decir nada. Lo respeto. Pero tenga mi tarjeta, llámeme cuando los encuentre y el dinero será suyo.

Le entregó una tarjeta y Deborah se levantó, dejando que la tarjeta cayera al suelo.

—Vuelva a casa, señor Spanos. Y llévese la maleta.

Abrió la puerta.

—Llámeme —dijo él a su espalda, pero su esposa se mostró práctica de nuevo.

—No seas idiota —bramó. Se agachó y recogió la maleta, y con un potente empujón sobre la tapa, consiguió cerrarla antes de que Deke y Álvarez volvieran con los dos guardaespaldas. La señora Spanos tendió la maleta al del pelo corto y se levantó—. Vámonos —indicó a su marido. Éste la miró, y después se volvió hacia Deborah.

—Llámeme —dijo.

Mi hermana mantuvo la puerta abierta.

—Adiós, señor Spanos. El hombre la miró unos segundos más, y después su esposa le tomó del codo y se lo llevó.

Deborah cerró la puerta y exhaló un suspiro, dio media vuelta y volvió a su silla. Álvarez la vio sentarse, sonriente. Ella levantó la vista antes de que el hombre pudiera borrar su sonrisa.

—Muy divertido, Álvarez —rugió.

Deke fue a apoyarse en el mismo lugar donde había estado antes de la interrupción.

—¿Cuánto? —le preguntó.

Deborah le miró sorprendida.

—¿Qué?

Deke se encogió de hombros.

—He dicho cuánto. ¿Cuánto había en la maleta?

Ella sacudió la cabeza.

—Medio millón.

Deke resopló.

—Calderilla. Un tipo de Syracuse intentó sobornar a mi compañero Jerry Kozanski con dos millones, y sólo era violación.

—Eso no es nada —terció Álvarez—. Hace unos años, un vaquero de la cocaína me ofreció tres millones por el yonqui que había robado su coche.

—¿Tres millones y no los aceptaste? —preguntó Deke.

—Nooo. Yo insistí en cuatro millones.

—Muy bien —dijo Deborah—. Ya hemos perdido bastante tiempo con esta mierda. Volvamos al caso. —Señaló a Álvarez—. No tengo tiempo para tus chorradas. Quiero a Bobby Acosta. Ve a buscarle.

Y mientras Álvarez salía, pensé de repente que medio millón de dólares no era tanto dinero, ni por una hija devorada. Y como era una cantidad tan pequeña, me pareció que no sería tan grave aceptarla a cambio de una simple llamada telefónica. No obstante, daba la impresión de que Deborah no sentía la menor tentación, y hasta Deke se comportaba como si fuera algo divertido y habitual, nada del otro mundo.

Al parecer, Debs estaba de acuerdo. Se enderezó y me miró.

—Acabemos de una vez. Quiero saber lo de esa mezcla, lo que tú llamaste ponche. La que encontramos en los Everglades. Contiene algo de sangre, pero el resto podría proporcionarnos una pista. Ponte manos a la obra.

—De acuerdo. ¿Qué vais a hacer Deke y tú?

Me dirigió un duplicado de la mirada de malas pulgas que había dedicado a Deke.

—Nosotros —dijo, con un desagrado a juego con su expresión— vamos a investigar los tres últimos nombres de la lista del dentista. Los tíos que se hicieron poner colmillos de vampiro. —Miró otra vez a Deke, y después desvió la vista con la mandíbula tensa—. Alguien sabe algo. Maldita sea, uno de esos chicos sabe algo, y se lo vamos a sonsacar.

—De acuerdo —comentó Deke en voz baja.

—Vale, pues —dije—. Iré a mi laboratorio y me pondré a trabajar.

—Sí —sentenció Deborah—. Hazlo.

Lo hice, y dejé a mi hermana con su compañero no deseado.

Vince Masuoka ya estaba metido en faena cuando llegué al laboratorio.

—Hola —dijo—. He efectuado mi análisis de éxtasis a esa muestra de los Everglades.

—Maravilloso —repliqué—. Justo lo que iba a sugerir.

—Y es positivo. Pero contiene algo más, y en gran cantidad. —Se encogió de hombros y levantó las manos en señal de impotencia—. Es orgánico, pero eso es lo único que he averiguado.

—Persistencia. Lo encontraremos, *mon frère*.

—¿Otra vez con el francés? ¿Hasta cuándo seguirás dándole al francés?

—¿Hasta que lleguen los donuts? —pregunté esperanzado.

—Bien, no van a llegar, de modo que *zoot alours* para ti —dijo, al parecer sin darse cuenta de que no se expresaba bien en ningún idioma, no digamos ya en francés. Pero no era responsabilidad mía educarle, así que lo dejé correr y nos dedicamos a trabajar en la muestra del ponche de la fiesta canibal.

A mediodía, habíamos efectuado casi todos los análisis posibles en nuestro pequeño laboratorio, y descubierto una o dos cosas útiles. En primer lugar, el brebaje básico se derivaba de una de esas bebidas energéticas de alto octanaje tan de moda. Habían añadido sangre humana y, aunque era difícil afirmarlo con certeza absoluta a partir de la pequeña y degradada muestra, yo estaba bastante seguro de que procedía de varias fuentes. Pero el último ingrediente, la materia orgánica, se nos escapaba.

—Bien —propuse al fin—. Vamos a enfocarlo de una manera diferente.

—¿Cómo? ¿Con un tablero de güija?

—Casi. ¿Qué te parece si probamos la lógica inductiva?

—Vale, Sherlock. Más divertido que la cromatografía gaseosa.

—Comerse a tus congéneres humanos no es natural —apunté mientras intentaba ponerme en el lugar de algún invitado a la fiesta, pero Vince interrumpió mi lento trance.

—¿Estás de broma? ¿No sabes nada de historia? El canibalismo es lo más natural del mundo.

—No en el Miami del siglo veintiuno. Diga lo que diga el *Enquirer*.

—De todos modos, es algo cultural.

—Exacto. Tenemos un enorme tabú en contra que debería superarse de alguna manera.

—Bien, beben sangre, de modo que el siguiente paso no es tan grande.

—Tienes una multitud —dije, con la intención de cerrarle la boca a Vince e imaginar la escena—. Se están poniendo como una moto con la bebida energética, ciegos de éxtasis y enloquecidos con el espectáculo, y estará sonando una música hipnótica...

Me interrumpí un momento cuando oí lo que había dicho.

—¿Qué pasa? —preguntó Vince.

—Hipnótica. Falta algo que coloque a la multitud en un estado mental receptivo, algo que se combine con la música y todo lo demás para conseguir sugestionarles de la forma apropiada.

—Marihuana. Siempre me da hambre.

—¡Mierda! —exclamé, cuando un pequeño recuerdo acudió a mi mente.

—No, la mierda no serviría. Además, sabe mal.

—No quiero saber que sabes a qué sabe la mierda —repliqué con mi ingenio habitual—. ¿Dónde está ese álbum de los boletines de la DEA?

Encontré el álbum, un cuaderno de tres anillas en el cual se guardaban las noticias interesantes que nos enviaba la DEA. Después de hojearlo unos minutos, localicé la página que recordaba.

—Aquí está —dije.

Vince miró donde yo señalaba.

—*Salvia divinorum* —comentó—. ¿Eso crees?

—Sí. Hablando desde un punto de vista puramente lógico-inductivo.

Vince cabeceó poco a poco.

—Tal vez deberías decir, « elemental » .

—Es algo relativamente nuevo —dije a Deborah. Estaba sentada a una mesa del centro de la fuerza operacional conmigo. Vince y Deke, se hallaban detrás de ella. Me incliné y di unos golpecitos sobre la página del álbum de la DEA—. Hace un par de años cultivaban salvia ilegal en el condado de Dade.

—Sé lo que es la puta salvia —replicó ella—. Y nunca he oído que hiciera otra cosa que atontar a la gente durante unos cinco minutos.

Asentí.

—Claro, pero no sabemos cuál sería su efecto con dosis más potentes, sobre todo combinada con otras sustancias.

—Y por lo que sabemos —añadió Vince—, en realidad no hace nada. Tal vez alguien pensó que sería guay mezclarla con todo lo demás.

Deborah miró a Vince durante un largo momento.

—¿Tienes idea de lo poco convincente que suena eso? —preguntó.

—Un tipo de Syracuse fumó un poco —dijo Deke—. Intentó tirarse por el váter. —Vio que los tres le estábamos mirando y se encogió de hombros—. Ya sabéis, por el retrete.

—Si yo viviera en Syracuse, también lo intentaría —observó Deborah. Deke alzó las dos manos como diciendo, « como quieras » .

—Ejem —interviene, en un valiente intento de ceñirnos al tema—. La cuestión no es por qué la utilizaron, sino que la utilizaron. Teniendo en cuenta el tamaño del

grupo, utilizaron un montón. Probablemente más de una vez. Y si alguien está utilizando cantidades tan grandes...

—Deberíamos encontrar al camello con facilidad —terminó Deke.

—Soy capaz de sumar dos y dos —replicó Deborah con brusquedad—. Deke, ve a Vicio. Pídele al sargento Fine una lista de los camellos de salvia más importantes.

—Estoy en ello —dijo Deke. Me miró y guiñó un ojo—. Hay que demostrar un poco de iniciativa, ¿eh? —Hizo una pistola con la mano, me apuntó y dejó caer el pulgar—. Bum.

Sonrió cuando dio media vuelta, y cuando salió por la puerta estuvo a punto de toparse con Hood, quien se acercó a nuestro pequeño grupo con una sonrisa de suficiencia muy amplia y repelente.

—Estás en presencia de la grandeza —dijo a Debs.

—Estoy en presencia de dos chiflados y un capullo.

—Eh —protestó Vince—. No somos chiflados. Somos pirados informáticos.

—Espera y verás —dijo Hood.

—¿Veremos qué, Richard? —preguntó Debs con acritud.

—Tengo a esos dos haitianos. Te garantizo que van a alegrarte el putito día.

—Eso espero, Richard, porque la verdad es que necesito que alguien alegre mi putito día. ¿Dónde están?

Hood abrió la puerta y agitó la mano en dirección a alguien que estaba en el pasillo.

—Venid —llamó, y un grupo de gente empezó a desfilar por la puerta.

Los dos primeros eran negros y muy delgados. Llevaban las manos esposadas a la espalda, y un policía uniformado les obligaba a avanzar a empujones. El primer prisionero cojeaba un poco, y el segundo exhibía un ojo que, de tan hinchado, casi estaba cerrado. El policía les condujo hasta Deborah, y después Hood asomó la cabeza al pasillo, miró en ambas direcciones, y por lo visto localizó lo que quería al fin.

—¡Eh, Nick! ¡Ven aquí!

Un momento después, entró una última persona.

—Es Nichole —dijo a Hood—. No Nick.

Hood le dedicó una sonrisa de suficiencia y ella sacudió la cabeza, lo cual provocó que una lustrosa masa de pelo oscuro y rizado remolineara.

—De hecho, para ti soy la señorita Rickman.

Ella le miró a los ojos, pero Hood mantuvo la sonrisa de suficiencia, así que ella tiró la toalla y se acercó a la mesa. Era alta, iba vestida con elegancia y sostenía en una mano un bloc de dibujo, y en la otra un puñado de lápices. Era la dibujante del departamento forense. Deborah la saludó con un cabeceo.

—Nichole —dijo—. ¿Cómo estás?

—Sargento Morgan. Es estupendo dibujar a alguien que no esté muerto. —

Miró a Debs con una ceja arqueada—. No está muerto, ¿verdad?

—Espero que no —contestó Deborah—. Es mi única esperanza de salvar a esa chica.

—Bien, pues, vamos a ello.

Nichole dejó el bloc y los lápices sobre la mesa, se sentó y empezó a prepararse para trabajar.

Entretanto, Deborah estaba examinando a los dos hombres que Hood había traído.

—¿Qué les ha pasado a estos dos? —preguntó a Hood.

Éste se encogió de hombros y compuso una ridícula expresión de inocencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Debs miró a Hood unos momentos más. El hombre se encogió de hombros y se apoyó contra la pared, mientras ella devolvía la atención a los prisioneros.

—*Bonjour* —saludó.

Ambos permanecieron en silencio. Se limitaron a contemplar sus pies, hasta que Hood carraspeó. Entonces el del ojo hinchado levantó la cabeza con brusquedad y lo miró nervioso. El detective indicó con un cabeceo a Deborah, y el prisionero se volvió hacia ella y se puso a hablar en un veloz criollo.

Por alguna razón quijotesca, Deborah había estudiado francés en el instituto, y durante unos segundos debió pensar que eso iba a ayudarla a entender al hombre. Le miró mientras soltaba varias parrafadas a toda velocidad, y por fin negó con la cabeza.

—*Je nais comprend...* Maldita sea, no me acuerdo de cómo se dice. Dexter, trae a alguien que traduzca.

El otro hombre, el de la pierna dolorida, levantó al fin la vista.

—No hace falta —intervino. Hablaba con mucho acento, pero al menos se le entendía mejor que el presunto francés de Deborah.

—Bien —dijo mi hermana—. ¿Y tu amigo?

Indicó con la cabeza al otro hombre.

Pata Chula se encogió de hombros.

—Yo hablaré por mi primo —dijo.

—De acuerdo. Vamos a pedirte que describas al hombre que os vendió el Porsche..., porque era un hombre, ¿verdad?

El tipo volvió a encogerse de hombros.

—Un chico —dijo.

—Vale, un chico. ¿Cuál era su aspecto?

Otro encogimiento de hombros.

—Un *blanc*. Era joven...

—¿Qué edad? —interrumpió Deborah.

—No sabría decirlo. Lo bastante mayor para afeitarse, porque no... Unos tres o cuatro días.

—Vale —dijo Deborah, y frunció el ceño.

Nichole se inclinó hacia delante.

—Déjeme a mí, sargento —propuso.

Mi hermana la miró un momento, y después se reclinó en la silla y asintió.

—De acuerdo. Adelante.

Nichole sonrió a los dos haitianos.

—Tu inglés es muy bueno —dijo—. Sólo he de hacerte unas preguntas sencillas, ¿de acuerdo?

Pata Chula la miró con suspicacia, pero la mujer no dejó de sonreír, y al cabo de un momento se encogió de hombros.

—De acuerdo —contestó.

Nichole se lanzó a lo que a mí me pareció una serie de preguntas muy vagas. Yo miraba interesado, puesto que me habían dicho que era muy buena en lo suyo. Al principio, pensé que habían exagerado su reputación. No paraba de preguntar cosas como «¿Qué recuerdas de este tipo?». Y cuando Pata Chula contestaba, ella se limitaba a asentir, escribía en su bloc y murmuraba «ajá». Le arrancó la descripción de la persona que había entrado en su garaje con el Porsche de Tyler, lo que habían dicho, todos los aburridos detalles. No pude imaginar cómo nos conduciría eso a un dibujo de alguien vivo o muerto, y no cabía duda de que Deborah pensaba lo mismo. Empezó a removerse casi de inmediato, y después a carraspear como si intentara no interrumpir. Cada vez que lo hacía, los haitianos la miraban nerviosos.

Pero Nichole no le hacía caso y continuaba con sus preguntas generales, y muy poco a poco empecé a darme cuenta de que estaba consiguiendo una descripción bastante buena. Y justo en ese momento, pasó a cosas más concretas.

—¿Qué puedes decirme de la forma de su cara?

El prisionero la miró sin comprender.

—¿La forma...?

—Contesta —terció Hood.

—No lo sé —replicó el hombre, y Nichole fulminó con la mirada al detective. Éste sonrió con suficiencia y se apoyó contra la pared, mientras ella se volvía hacia Pata Chula.

—Me gustaría enseñarte algunas formas —dijo, y sacó una hoja grande de papel con varias formas ovaladas—. ¿Te recuerda alguna de éstas la forma de su cara? —preguntó, y el prisionero se inclinó hacia delante y las estudió. Al cabo de un momento, su primo se acercó a mirar y dijo algo en voz baja. El primer hombre asintió.

—Ésa, la de arriba.

—¿Ésta? —preguntó Nichole, y la señaló con su lápiz.

—Sí, ésta.

Nichole cabeceó y se puso a dibujar, utilizando trazos rápidos y muy seguros. Paraba sólo para hacer más preguntas y enseñar más fotos: ¿qué me dices de la boca? ¿Y las orejas? ¿Una de estas formas? Y así sucesivamente, hasta que una cara real empezó a formarse en la hoja. Deborah mantuvo silencio y dejó que Nichole guiara a los dos hombres. A cada pregunta, ambos conferenciaban en criollo sin alzar la voz, y después el que hablaba inglés contestaba, mientras su primo asentía. En conjunto, entre la cháchara en criollo de los dos hombres esposados y la aparición casi mágica de una cara en la hoja, fue un espectáculo apasionante, y lamenté que terminara.

Pero al final concluyó. Nichole levantó el bloc para que los dos hombres lo estudiaran, y el que no hablaba inglés lo miró con detenimiento y empezó a asentir.

—*Oui* —dijo.

—Es él —comentó el otro, y dedicó de repente a Nichole una gran sonrisa—. Parece magia.

Pronunció la palabra a su manera, pero el significado estaba claro.

Deborah había estado reclinada en la silla, a la espera de que Nichole hiciera su trabajo. Se levantó y dio la vuelta a la mesa de conferencias para mirar el dibujo por encima del hombro de Nichole.

—Hijo de puta —maldijo. Miró a Hood, quien seguía de pie junto a la puerta con una leve sonrisa de suficiencia todavía en la cara.

—Trae el expediente —le ordenó Debs—. El de las fotos.

Hood se encaminó hacia el extremo de la mesa, donde había una pila de expedientes al lado del teléfono. Buscó entre los cinco o seis primeros, mientras Deborah se removía.

—Venga, maldita sea —dijo, y Hood asintió, levantó una carpeta y se la acercó.

Mi hermana diseminó una pila de fotografías sobre la mesa, las clasificó a toda prisa, eligió una y la enseñó a Nichole.

—No está mal —comentó, mientras la artista levantaba la foto y la colocaba al lado de su dibujo. Nichole asintió.

—Sí, no está nada mal —dijo. Miró a Deborah con una sonrisa de felicidad—. La verdad es que soy muy buena.

Devolvió la foto a mi hermana, quien la cogió y la levantó para que los dos haitianos la vieran.

—¿Es éste el hombre que os vendió el Porsche? —les preguntó.

El tipo del ojo hinchado ya estaba asintiendo.

—*Oui*.

Su primo fingió que examinaba con gran detenimiento la foto, y afirmó con absoluta autoridad:

—Sí. Ya lo creo. Es él.

Deborah miró a los dos.

—¿Estáis seguros? ¿Ambos?

Y los dos asintieron vigorosamente.

—*Bon* —dijo Debs—. *Très beaucoup bon*.

Los dos haitianos sonrieron, y el del ojo hinchado dijo algo en criollo.

Deborah miró al primo para que le tradujera la frase.

—Dice que haga el favor de hablar en inglés, para que pueda entenderla — dijo el hombre con una sonrisa todavía más amplia, y Vince y Hood rieron por lo bajo.

Pero mi hermana estaba demasiado contenta con el dibujo para permitir que una pulla sin importancia la molestara.

—Es Bobby Acosta —dijo, y me miró—. Tenemos a ese hijo de puta.

El policía uniformado condujo a los dos prisioneros a una celda. Nichole recogió sus cosas y se fue. Deborah volvió a sentarse y contempló el dibujo de Bobby Acosta. Vince me miró con un encogimiento de hombros, como diciendo: *Y ahora ¿qué?* Mi hermana le miró.

—¿Aún estás ahí? —le preguntó.

—No, me fui hace diez minutos.

—Esfúmate —le espetó Deborah.

—No tendría que esfumarme si esperaras un momento.

—Desaparece ¡ya! —replicó Debs, y Vince salió con una de sus horribles carcajadas artificiales.

Mi hermana le siguió con la mirada, y como yo la conocía muy bien, supe lo que se avecinaba, de modo que no me quedé sorprendido cuando llegó.

—Muy bien —dijo, cuando hacía medio minuto que Vince se había esfumado—. Vámonos.

—Oh —dije, procurando fingir que no me lo esperaba—, ¿quieres decir que no vas a esperar a tu compañero, tal como la política del departamento y una orden concreta del capitán Matthews han sugerido?

—Saca tu culo por la puerta.

—¿Y mi culo? —preguntó Hood.

—Ponlo a hervir —replicó Deborah, al tiempo que saltaba de la silla en dirección a la puerta.

—¿Qué le digo a tu compañero?

—Dile que investigue a los camellos de salvia. Vamos, Dex.

Se me ocurrió que dedicaba demasiado tiempo a seguir obediente a mi hermana a todas partes. Pero no se me ocurrió cómo lograr dejar de hacerlo, así que la seguí.

Deborah condujo hasta la Dolphin Expressway, y después fue hacia el norte por la 95. No me comunicó ninguna información, pero no era tan difícil imaginar adónde íbamos, de modo que para romper el silencio empecé a hablar.

—¿Has pensado en alguna manera de localizar a Bobby Acosta, que no sea sólo mirando fijamente su dibujo?

—Sí —replicó, de muy mal humor. Deborah nunca había digerido bien el sarcasmo—. La verdad es que sí.

—Caramba —dije, y pensé en ello un momento—. ¿La lista del dentista? ¿Los tipos que se pusieron colmillos de vampiro?

Deborah asintió, al tiempo que adelantaba a una camioneta baqueteada con remolque.

—Exacto.

—¿No los investigaste a todos con Deke?

Me miró, lo cual se me antojó una mala idea, puesto que corríamos a ciento treinta y cinco kilómetros por hora.

—Queda uno —contestó—. Pero es éste. Lo sé.

—Cuidado —dije, y Deborah miró la carretera justo a tiempo de adelantar a un camión cisterna que había decidido cambiar de carril por ningún motivo concreto.

—¿Crees que el último nombre de la lista podrá decirnos cómo encontrar a Bobby Acosta? —pregunté, y ella asintió vigorosamente.

—Tuve una corazonada sobre éste desde el primer momento —contestó, mientras se desviaba hacia el primer carril de la derecha con un dedo.

—¿Y lo has reservado para el final? ¡Deborah! —grité, cuando un par de motoristas nos adelantaron bruscamente y empezaron a frenar para salir.

—Sí —dijo Debs, mientras volvía al carril central.

—¿Porque querías mantener el suspense?

—Es por Deke. —Me conmovió ver que ahora estaba concentrada en la carretera—. Es que... —Vaciló un momento, y después lo soltó—. Tiene mala suerte.

Hasta el momento, siempre he vivido rodeado de policías, y supongo que el resto de mi vida será igual, sobre todo si algún día me pillan. Por lo tanto, sé que la superstición puede hacer acto de aparición en momentos y lugares curiosos. Aun así, me quedé sorprendido por lo que acababa de oír.

—¿Mala suerte? Debs, ¿quieres que llame a un *santero*? Tal vez sacrifique un pollo y...

—Sé que suena raro, maldita sea, pero ¿qué puede ser si no?

Se me ocurrieron un montón de cosas, pero no me pareció diplomático decirlo, de modo que al cabo de un momento Deborah continuó.

—Muy bien, puede que esté cargada de puñetas, pero necesito un poco de suerte con este caso. Hay un reloj haciendo tictac, y esa chica...

Hizo una pausa, casi como si experimentara una fuerte emoción, y la miré sorprendido. ¿Emoción? ¿La Sargento Corazón de Hierro?

Deborah no me miró. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Sí, lo sé. No debería permitir que me afectara. Es que... —Se encogió de hombros y volvió a componer una expresión malhumorada, lo cual me tranquilizó un poco—. Supongo que he estado un poco... No sé. Rara, últimamente.

Pensé en los últimos días, y me di cuenta de que era cierto: mi hermana se había mostrado vulnerable y emocional de una forma inusitada.

—Pues sí —dije—. ¿A qué crees que se debe?

Deborah exhaló un profundo suspiro, otro acto muy poco propio de ella.

—Creo... No sé. Chutsky dice que es la puñalada. —Meneó la cabeza—. Dice que es como una depresión posparto, que siempre te sientes mal durante un

tiempo después de una herida grave.

Asentí. Era bastante lógico. Hacía poco que habían apuñalado a Deborah, y había estado tan cerca de morir debido a la pérdida de sangre que la diferencia había consistido en unos pocos segundos en la ambulancia. Y Chutsky, su novio, sabía de esas cosas, por supuesto. Había sido una especie de agente de inteligencia antes de quedar inválido, y su cuerpo era un mapa de carreteras en relieve de tejido cicatricial.

—Aun así, no puedes permitir que este caso te preocupe hasta tal punto.

En cuanto lo dije, me preparé para recibir un puñetazo en el brazo, pero Deborah me sorprendió una vez más.

—Lo sé —dijo con voz queda—, pero no puedo evitarlo. Es una cría. Una niña. Buenas notas, familia afable, y esos tipos... Canibales... —Se sumió en un sombrío y pensativo silencio, un contraste sorprendente con el hecho de que corríamos a toda velocidad entre el espeso tráfico—. Es complicado, Dexter —dijo por fin.

—Supongo.

—Creo que empatizo con la chica. Tal vez porque es tan vulnerable como yo en este preciso momento. —Clavó la vista en la carretera, pero dio la impresión de que no la veía, lo cual me alarmó un poco—. Y ese otro asunto. No sé.

Tal vez porque me aferraba como un poseso a la vida en un vehículo que surcaba el tráfico a velocidad lumínica no la entendí del todo.

—¿Qué otro asunto? —pregunté.

—Ah, ya sabes —dijo, aunque yo había dejado muy claro que no era así—. Esa mierda de la familia. O sea... —Fruunció el ceño de repente y me miró—. Si dices una puta palabra a Vince o a quien sea de mi reloj biológico, juro que te mataré.

—Pero ¿está haciendo tictac? —pregunté, algo sorprendido.

Deborah me fulminó con la mirada un momento, y después, por suerte para todos, volvió a fijar la vista en la carretera.

—Sí —respondió—. Creo que sí. Deseo tener una familia, Dex.

Supongo que habría podido decirle algo consolador basado en mi experiencia: tal vez la familia estaba sobrevalorada y los hijos no eran más que aparatos siniestros diseñados para conseguir que envejeciéramos y enloqueciéramos prematuramente. Pero pensé en Lily Anne, y de repente deseé que mi hermana tuviera una familia, para que pudiera sentir todo lo que yo estaba aprendiendo a sentir.

—Bien —dije.

—Mierda, la salida —bramó Deborah, y dio un volantazo hacia la rampa, lo cual no sólo alteró la atmósfera distendida, sino que logró distraerme por completo de lo que iba a decir. La señal que destellaba, en apariencia a escasos centímetros de mi cabeza, me dijo que nos dirigíamos hacia North Miami Beach,

a una zona de casas y tiendas modestas que habían cambiado muy poco durante los últimos veinte años. Parecía un barrio muy raro para un caníbal.

Deborah aminoró la velocidad y se internó entre el tráfico al final de la rampa de salida, todavía a excesiva velocidad. Recorrimos varias manzanas hacia el este, después algunas más hacia el norte, y después atravesamos seis o siete manzanas de casas cuyos residentes habían plantado hileras de setos para aislarse de todas las carreteras que pasaban, salvo una calle de entrada principal. Era una práctica común en esta parte de la ciudad, y se suponía que desalentaba el delito. Nadie me había dicho si funcionaba.

Atravesamos la entrada de una minicomunidad y recorrimos dos manzanas más, y después Deborah se subió a la hierba delante de una modesta casa de color amarillo claro, y el coche se detuvo.

—Aquí es —dijo, al tiempo que echaba un vistazo al papel que tenía al lado—. El tipo se llama Victor Chapin. Tiene veintidós años. La propietaria de la casa es la señora de Arthur Chapin, de sesenta y tres años de edad. Trabaja en el centro.

Miré la pequeña casa. Estaba algo descolorida y era muy vulgar. No había calaveras apiladas fuera, ni maleficios pintados en las paredes amarillas, nada indicador de que el mal habitara en ella. Un Mustang de diez años de antigüedad estaba aparcado en el camino de entrada, y todo en la casa era tranquilo y de clase media.

—¿Vive con su mamá? —pregunté—. ¿Los caníbales tienen permiso para eso?

Debs sacudió la cabeza.

—Éste sí —respondió, al tiempo que abría la puerta—. Vamos.

Bajó del coche y caminó a grandes zancadas hacia la puerta principal, y yo no tuve otro remedio que recordar que había estado sentado en el coche y mirando cuando se había acercado sola a otra puerta y la habían apuñalado, de modo que bajé a toda prisa y me reuní con ella justo cuando tocaba el timbre. Dentro de la casa oímos un complicado campanileo, algo que sonaba muy dramático, aunque no pude ubicarlo.

—Muy bonito —comenté—. Creo que es Wagner.

Deborah meneó la cabeza y dio unas pataditas impacientes en la escalinata de cemento.

—Tal vez están trabajando los dos —sugerí.

—Imposible. Victor trabaja en un club nocturno. Un lugar de South Beach llamado Fang. No abren hasta las once.

Por un momento sentí una leve agitación en la planta baja de mi mazmorra más profunda y oscura. *Fang*. Ya había oído hablar de él, pero ¿dónde? ¿En el *New Times*? ¿En una de las historias de Vince Masuoka sobre sus andanzas nocturnas? No me acordaba, y se me fue de la cabeza cuando Deborah bramó y

atacó el timbre de nuevo.

Dentro, la música resonó por segunda vez, pero esta vez, sobre el acorde más deslumbrante, oímos que alguien gritaba: « ¡Joder! ¡Vale ya!» , y unos segundos después la puerta se abrió. Una persona que debía ser Victor Chapin apareció y nos miró echando chispas. Era delgado, alrededor de un metro setenta, de pelo oscuro y barba de varios días, vestido con un pantalón de pijama y una camiseta sin mangas.

—¡Sí! ¿Qué? —vociferó beligerante—. ¡Estoy intentando dormir!

—¿Victor Chapin? —preguntó Deborah, y el tono oficial de su voz debió abrirse paso entre el malhumor del hombre, porque se puso tenso de repente y nos miró con más cautela. Se humedeció los labios, y por un segundo distinguí los colmillos obra del doctor Lonoff, mientras sus ojos se desplazaban de Debs a mí.

—¿Quiénes...? ¿Por qué?

—¿Es usted Victor Chapin? —repitió Deborah.

—¿Quién es usted?

Mi hermana sacó la placa. En cuanto resultó obvio que, en efecto, era una placa, e incluso antes de abrirla, Chapin dijo: « ¡Joder!» , e intentó cerrar la puerta. Por un acto reflejo, interpose el pie, y cuando la puerta volvió a abrirse hacia él, el tipo dio media vuelta y corrió hacia la parte posterior de la casa.

—¡La puerta de atrás! —gritó Deborah, mientras ya corría hacia la esquina de la casa—. ¡Quédate ahí!

Desapareció por la esquina. A lo lejos oí que una puerta se cerraba con estrépito, y después Deborah gritó a Chapin que se detuviera, y luego nada. Empecé a pensar de nuevo en esa vez que mi hermana había sido apuñalada hacia poco, y la horrible impotencia que sentí al ver su vida consumirse sobre la acera. Debs no podía saber si Chapin había huido hacia alguna puerta trasera. Igual habría podido ir a buscar un lanzallamas. Escudriñé la oscuridad de la casa, pero no había nada que ver, ni nada que oír, salvo el zumbido del aire acondicionado central.

Sali fuera y esperé. Después esperé un poco más. Aunque no sucedió nada, oí algo nuevo. A lo lejos, una sirena. Un avión sobrevoló la zona. Cerca, alguien rasgó una guitarra y empezó a cantar « Abraham, Martin and John» .

Justo cuando había decidido que ya no podía aguantar más y que tenía que ir a echar un vistazo, oí una voz irascible que se alzaba en el patio de al lado, y Victor Chapin apareció ante mi vista, con las manos esposadas a la espalda y Deborah detrás, empujándole hacia el coche. Había manchas de hierba en las rodillas del pijama, y tenía un lado de la cara encarnado.

—No puede... ¡Joder! Abogado... ¡Mierda! —protestó Chapin.

Era posible que se tratara de algún tipo de taquigrafía verbal utilizada por los canibales, pero al parecer no impresionó a Debs. Se limitó a continuar empujándole y, cuando corrí a reunirme con ella, me dirigió una mirada casi

feliz, como hacía tiempo que yo no le veía.

—¡Qué coño! —profirió Chapin, dedicándome su elocuencia.

—Sí, ¿verdad? —dije en tono afable.

—¡La habéis cagado!

—Sube al coche, Víctor —le indicó Deborah.

—No puede... ¿Qué? ¿Adónde me lleva?

—Vamos a llevarte a un centro de detención.

—No puede detenerme, joder.

Mi hermana le sonrió. No he conocido a muchos vampiros, pero pensé que su sonrisa debía ser más aterradora que cualquier cosa imaginada por los chupasangres.

—Victor, te negaste a obedecer a la ley y huiste de mí. Eso significa que sí puedo detenerte. Y voy a detenerte, joder, y vas a contestar a mis preguntas, o vas a pasar a la sombra mucho tiempo.

El chico abrió la boca y respiró un momento. De pronto, sus bonitos colmillos relucientes ya no parecían tan amedrentadores.

—¿Qué tipo de preguntas?

—¿Has ido a alguna buena fiesta últimamente? —le pregunté.

Con frecuencia, he oído hablar o he leído acerca de que la sangre se retiraba de la cara de alguien, pero ésta era la primera vez que lo veía, salvo, por supuesto, en un sentido muy literal, en relación con mis actividades extracurriculares. Victor palideció más que su camiseta, y antes de que Deborah me fulminara con la mirada por hablar cuando no me tocaba, soltó:

—¡Juro por Cristo que yo no comí nada!

—¿Nada de qué, Víctor? —preguntó Deborah en tono afable.

El chico estaba temblando, y agitaba la cabeza de un lado a otro.

—Me matarán —dijo—. Hostia puta, me matarán.

Deborah me dirigió una veloz mirada de triunfo y alegría absolutos. Después apoyó la mano sobre el hombro del chico y le empujó con delicadeza hacia el coche.

—Sube al coche, Víctor —dijo.

Deborah no dijo gran cosa durante el trayecto hasta el centro de detención. Intentó llamar a Deke para que se reuniera con nosotros allí, pero por algún motivo no contestó, ni a su radio ni al móvil. Debs dejó el recado a la operadora de que se reuniera con nosotros, y aparte de eso circulamos en silencio, si ésa es la palabra adecuada cuando te ves obligado a escuchar un monólogo incoherente de diez minutos, consistente casi por completo en la palabra «joder». Chapin iba sujeto al asiento trasero (los coches de la unidad móvil contaban con anillas atornilladas al suelo a tal efecto), y se pasó todo el rato de cautividad mascullando, despotricando, amenazando y utilizando en exceso la misma palabrota. Por mi parte, me sentí emocionado cuando llegamos a nuestro destino, pero Debs parecía muy contenta de que la situación se prolongara indefinidamente. Cada vez que miraba a Chapin por el retrovisor, en su expresión asomaba la sombra de una sonrisa, y se mostró jubilosa cuando aparcamos el coche y le sacamos.

Una vez concluido el papeleo, Victor fue encerrado en una sala de interrogatorios, y Chambers, del FDLE, llegó para echar un vistazo a nuestra presa. Nos acompañó mientras mirábamos a Chapin, quien había apoyado los antebrazos sobre la mesa y estaba derrumbado sobre ellos, con la cabeza colgando a escasos centímetros sobre sus esposas.

—Muy bien —dijo Chambers—. Sé que no debo recordarle que debe atenerse estrictamente a las normas. —Deborah le dirigió una mirada de estupefacción, y el hombre continuó sin mirarla—. Ha hecho un buen trabajo, Morgan. Tiene aquí a un buen sospechoso, y si prestamos atención a las normas, con sólo un poco de suerte lograremos colgar a este tipo un par de delitos.

—Me importa una mierda lograr una condena —replicó Deborah—. Quiero rescatar a la chica.

—Todos lo queremos, pero sería estupendo, además, meter en la cárcel a este tipo.

—Escuche, no es una cuestión de política ni de relaciones públicas.

—Lo sé —concedió Chambers, pero Debs se abalanzó sobre él.

—Tengo a un tipo ahí que sabe algo —dijo—. Y le tengo con la sensación de estar solo, desnudo y muerto de miedo, y a punto de venirse abajo, y por Dios que lo voy a conseguir.

—Morgan, ha de hacer bien su trabajo y...

Deborah se revolvió contra Chambers como si él en persona retuviera a Samantha Aldovar.

—Mi trabajo es encontrar a esa chica —insistió, al tiempo que le daba golpecitos con el dedo índice en el pecho—. Y ese pequeño capullo me va a decir cómo.

Chambers asió con mucha calma el dedo de Deborah y lo apartó a un lado, lenta y deliberadamente. Apoyó una mano sobre su hombro y acercó su cara a la de ella.

—Confío en que nos diga lo que necesitamos saber —sentenció—. Pero lo haga o no, usted se ceñirá a las normas y no permitirá que sus sentimientos se impongan. ¿Entendido?

Deborah le miró furiosa, y él sostuvo su mirada. Ninguno de los dos parpadeó, respiró o dijo una palabra, y durante varios segundos fue la ira de ella contra la frialdad de pistolero de él: fuego contra hielo. Fue un cara a cara fascinante, y en otras circunstancias lo habría presenciado para ver quién ganaba, pero tal como estaban las cosas, pensé que ya se había prolongado bastante, de modo que carraspeé de una forma muy artificial.

—Ejem —mascullé, y ambos me miraron—. Lamento interrumpir. —Cabeceé en dirección a Chapin—. Pero el tiempo apremia, ¿verdad?

Ambos me miraron, y tuve la sensación de que un lado de mi cara se fundía y el otro se congelaba. Después Chambers miró a Debs con una ceja enarcada, ella le miró y asintió por fin, y el embrujo se rompió.

—¿Dónde está su compañero? —preguntó Chambers—. Debería estar aquí.

Deborah sacudió la cabeza.

—No contesta, y yo no puedo esperar.

—De acuerdo. Yo la acompañaré. —Se volvió a mirarme y el impacto de sus ojos azules casi me dolió—. Usted espere aquí —ordenó, y no experimenté el menor impulso de protestar.

Vi a través del cristal que los dos entraban en la habitación con Chapin. Oí por el altavoz todo lo que siguió, pero a juzgar por lo que se dijo, casi no valía la pena gastarse dinero en instalar micrófonos en la habitación.

—Estás metido en un montón de problemas, Chapin —dijo Deborah, y él ni siquiera levantó la vista. Ella se quedó a menos de un metro de él, con los brazos cruzados—. ¿A qué te referías cuando me dijiste que no comiste nada?

—Quiero un abogado —replicó el chico.

—Secuestro, asesinato y canibalismo —siguió Deborah.

—Es Vlad. Todo es culpa de Vlad.

—¿Vlad te obligó a hacerlo? ¿Te refieres a Bobby Acosta?

Chapin miró boquiabierto a Deborah, y después echó la cabeza hacia atrás.

—Quiero un abogado —repitió.

—Entréganos a Bobby, te tratarán bien. Si no... Serán unos quinientos años en la cárcel. Si te dejan vivir.

—Quiero un abogado —dijo Chapin. Levantó la vista de nuevo, y su mirada se clavó en Chambers, que estaba de pie al otro lado de la mesa—. Quiero un abogado —repitió, y después se levantó de un salto y gritó—: ¡Quiero un puto abogado!

La cosa se prolongó un par de minutos más, pero no fue nada instructivo. Chapin se puso a gritar en voz cada vez más alta que quería un abogado y, aparte de algunas palabrotas tediosamente repetidas, fue lo único que dijo. Chambers intentó calmarle y conseguir que volviera a sentarse, y Deborah se quedó inmóvil con los brazos cruzados y echando chispas por los ojos. Cuando Chambers logró que Chapin volviera a sentarse, tomó a Debs del brazo y la sacó de la habitación.

Me reuní con ellos en el pasillo justo a tiempo de oír decir a Chambers:

—... y usted sabe muy bien que tendremos que conseguirle uno ahora.

—¡Joder, Chambers! ¡Puedo saltarme el papeleo y retenerle veinticuatro horas!

—Ha pedido un abogado —contestó Chambers, como si le estuviera diciendo a un niño que no podía tomar una galleta antes de comer.

—Me está matando —dijo mi hermana—. Y está matando a esa chica.

Por primera vez vi que un destello de calor recorría el rostro de Chambers, y dio un breve paso para plantarse ante la cara de Deborah. Pensé que iba a ser testigo de otro atentado contra la vida de mi hermana y me puse en tensión, dispuesto a saltar para separarlos. Pero Chambers respiró hondo y apoyó ambas manos sobre los brazos de Deborah.

—Su sospechoso ha pedido ver a un abogado, y la ley nos exige facilitarle uno. Ahora. —La miró, ella sostuvo su mirada, y después Chambers la soltó y dio media vuelta—. Iré a solicitar un abogado de oficio —dijo, y desapareció por el pasillo.

Deborah le siguió con la mirada, mientras una serie de pensamientos desagradables desfilaban por su cabeza de manera casi visible. Volvió a mirar a través de la ventana de la sala de interrogatorios. Chapin había vuelto a sentarse, en su postura de antes, inclinado sobre la mesa.

—Joder —refunfuñó Debs—. El maldito Chambers. —Meneó la cabeza—. Esto no habría pasado si el capullo de Deke hubiera estado aquí.

—Habría estado aquí si tú no te hubieras deshecho de él.

—Vete a tomar por el culo, Dexter —me espetó, y dio media vuelta y siguió a Chambers.

Miami es una ciudad con un sistema judicial saturado, y la oficina del defensor de oficio puede que vaya todavía más agobiada que el resto. Éste es uno de los buenos motivos por los cuales Dexter ha tenido la precaución de ahorrar dinero a lo largo de los años. Por supuesto, los casos capitales tienen prioridad, pero éstos abundan tanto que alguien enfrentado a una mera acusación de asesinato debería poder permitirse su propio abogado, porque la oficina del defensor de oficio, en otro tiempo un hormiguero de esforzados idealistas liberales, se ha convertido en una pequeña y provisional plataforma de despegue para jóvenes abogados ansiosos por dar el salto. Hace falta un caso muy especial

para obtener algo más que atención aturullada a tiempo parcial.

Por lo tanto, fue una excelente señal del elevado perfil de nuestro caso cuando, menos de una hora después, una hermosa joven recién salida de la Stetson Law School apareció para representar a Victor Chapin. Vestía un bonito traje sastre, el último modelo a lo Hillary Clinton. Caminaba con paso decidido y arrogante, heraldo de que ella era el Avatar de la Justicia Norteamericana, y cargaba con un maletín que debía valer más que mi coche. Lo llevó, junto con su actitud, a la sala de interrogatorios, se sentó delante de Chapin y, tras dejar el maletín sobre la mesa, dijo con brusquedad al guardia:

—Quiero que desconecten todos los micrófonos y aparatos de grabación, y lo quiero ahora.

El guardia, un tipo de avanzada edad con pinta de pasar de todo desde la dimisión de Nixon, se encogió de hombros.

—Sí, claro, vale —dijo, salió al pasillo y movió el interruptor, y el altavoz enmudeció.

«¡Joder!», dijo alguien a mi espalda, y comprendí que mi hermana había vuelto. Miré hacia atrás y, por supuesto, Deborah estaba mirando enfurecida la sala ahora silenciosa. No estaba seguro de si me había hablado a mí, puesto que había desobedecido su orden directa de ir a tomar por el culo, de modo que me volví y contemplé el espectáculo. Había muy poco que ver: la nueva abogada de Chapin se inclinó hacia él y habló con rapidez durante unos minutos. El joven levantó la vista con creciente interés, y al final contestó. La abogada sacó una libreta y tomó algunas notas, y después le formuló algunas preguntas, que él contestó cada vez más animado.

Al cabo de tan sólo diez minutos, la abogada se levantó y caminó hacia la puerta, y Deborah fue a recibirla cuando salió al pasillo. Miró a mi hermana de arriba abajo, con algo que no llegaba a ser aprobación.

—¿Es usted la sargento Morgan? —preguntó, y se formaron carámbanos en el aire cuando habló.

—Sí —contestó Deborah con hostilidad.

—¿Es usted la agente que le detuvo? —preguntó la abogada, como si fuera otra forma de decir «violadora de niños».

—Sí. ¿Y usted es?

—DeWanda Hoople, de la oficina del defensor de oficio —repuso la mujer, como si todo el mundo debiera conocer su nombre—. Creo que vamos a tener que dejar en libertad al señor Chapin.

Deborah negó con la cabeza.

—Yo no lo creo.

La señorita Hoople reveló una dentadura delantera de primera clase, aunque habría sido una exageración llamarlo sonrisa.

—Da igual lo que opine usted, sargento Morgan. En palabras llanas y

sencillas, Usted No Tiene Caso.

—Ese pedazo de mierda es un canibal —rugió Deborah—, y sabe dónde está la chica desaparecida.

—Oh, Dios. Supongo que tendrá pruebas de todo eso.

—Huyó de mí —dijo mi hermana, algo enfurruñada—, y después dijo que no había comido nada.

Hoople enarcó una ceja.

—¿Aclaró de qué? —preguntó, con la razón desbordando de su lengua.

—El contexto era claro.

—Lo siento. No estoy familiarizada con los estatutos relativos al contexto.

Conociendo a mi hermana tan bien como yo, me di cuenta de que estaba a punto de explotar, y de haber sido la señorita Hoople habría retrocedido con las manos extendidas delante de mí. Deborah respiró muy hondo y dijo entre dientes:

—Señorita Hoople, su cliente sabe dónde está Samantha Aldovar. Salvar su vida es lo único que importa.

Pero la sonrisa de la señorita Hoople se ensanchó todavía más.

—No es más importante que la Declaración de Derechos —replicó—. Tendrá que soltarle.

Deborah la miró y vi que casi temblaba debido al esfuerzo de controlarse. Si alguna vez existió una situación que exigía un puñetazo en la nariz, era ésta, y no era normal que mi hermana hiciera caso omiso de la llamada. Pero se esforzó y ganó.

—Señorita Hoople —dijo por fin.

—¿Sí, sargento?

—Cuando tengamos que decirle a los padres de Samantha Aldovar que su hija ha muerto y que este tipo pudo salvar su vida, pero tuvimos que soltarle, quiero que venga conmigo.

—Ése no es mi trabajo.

—Tampoco debería ser el mío —repuso Deborah—, pero usted se ha encargado de que así sea.

La señorita Hoople no pudo objetar nada a eso, y mi hermana dio media vuelta y se marchó.

Volví a casa entre el tráfico de la hora punta al habitual paso de tortuga, y admito que iba cavilando. Estaban sucediendo muchas cosas extrañas e incomprensibles a la vez: Samantha Aldovar, canibalismo en Miami, el colapso emocional de Deborah y la preocupante reaparición de mi hermano Brian. Y tal vez lo más extraño de todo era el Nuevo Dexter que plantaba cara a todos estos desafíos. Se acabó el Astuto Maestro de los Placeres Oscuros, transformado de manera asombrosa ahora en Papimán, Campeón de los Hijos y la Vida Familiar.

Y no obstante, estaba pasando mi tiempo lejos de la familia, en una búsqueda absurda de gente mala y una chica a la que no conocía. O sea, una cosa es el trabajo, pero ¿podía aducir como excusa del abandono de mi hija recién nacida el hecho de que debía apoyar la búsqueda freudiana de Deborah de una familia desaparecida? ¿No era bastante contradictorio?

Y ahora, cosa incluso más estafalaria e inquietante, mientras meditaba sobre todo esto empecé a sentirme mal. Yo, el Oscuro y Muerto Dexter, no sólo sentía, sino que me sentía mal. Era algo alucinante. Me había estado dando palmaditas en la espalda por mi asombrosa transformación, y en realidad el Alegre Trinchador había dado paso a otro padre ausente, que no era más que un tipo diferente de maltrato. Aparte del hecho de que en los últimos tiempos no había matado a nadie, ¿de qué podía sentirme orgulloso?

Me abrumaron sentimientos de culpa y vergüenza. De modo que así eran los padres humanos reales. Yo tenía tres maravillosos críos, y ellos sólo me tenían a mí. Merecían mucho más. Necesitaban un padre que guiara sus pasos y les enseñara cosas de la vida, pero estaban sujetos a alguien que, por lo visto, estaba más preocupado por encontrar a la hija de otros que por jugar con los suyos. Era horrible, inhumano. No me había reformado nada. Sólo me había convertido en otro tipo diferente de monstruo.

Y los dos mayores, Cody y Astor... Todavía vivían en el deseo de la oscuridad. Querían que yo les enseñara a cazar entre las sombras. No sólo no había dejado de hacerlo, sino peor todavía, nunca había empezado a alejarles de ese deseo. Culpa tras culpa: sabía que debía dedicarles más tiempo, reconducirles hacia la luz, enseñarles que la vida deparaba placeres más profundos que cualquier cuchillo. Y a tal efecto, debía estar con ellos, hacer cosas con ellos, y había fracasado.

Pero quizá no era demasiado tarde. Tal vez podía dejarles todavía mi impronta. Al fin y al cabo, no podía cambiar tan por completo sólo con deseárlas, salir de mi capullo de maldad como un padre humano nuevo. Aprender a ser humano exigía tiempo, y ya no digamos ser padre, y yo era todavía muy novato. Debía concederme cierto mérito: tenía mucho que aprender, pero me estaba esforzando. Y los niños perdonan con facilidad. Si podía empezar ahora y hacer

algo singular y especial, como forma de demostrarles que la situación había cambiado y que su Padre Real había llegado, sin duda responderían con alegría y respeto.

Y con eso resuelto me sentí mejor al instante: Dex-Papi encarrilado de nuevo. Como para demostrar que las piezas estaban encajando tal como las deseaba un Universo sabio y compasivo, vi una gigantesca juguetería en un centro comercial a mi izquierda, y sin vacilar me desvié, aparqué y entré.

Paseé la vista a mi alrededor y lo que vi no me pareció muy alentador. Había filas y filas de juguetes violentos, casi como si hubiera entrado en una tienda pensada para los hijos del antiguo Dexter. Había espadas, cuchillos, sables de luz, ametralladoras, bombas, pistolas y rifles que disparaban balas de plástico, bolas de pintura y proyectiles de gomaespuma, cohetes que volatilizaban a tus amigos o a toda la ciudad de tus amigos... Pasillo tras pasillo de artefactos de entrenamiento para la matanza recreativa. No era de extrañar que nuestro mundo fuera un lugar tan malvado y violento, y no era de extrañar que hubiera gente como la que yo había sido. Si enseñamos a los niños que matar es divertido, ¿puede sorprendernos que, de vez en cuando, alguno sea lo bastante listo para aprender?

Deambulé por la fábrica de estragos hasta que al final descubrí un pequeño rincón del almacén que anunciaba EDUCATIVOS. Había varias estanterías de manualidades, paquetes de ciencia, algunos juegos de mesa. Lo examiné todo con detenimiento, en busca de algo que me pareciera apropiado. Tenía que ser educativo, sí, pero no aburrido o *friki*, ni tampoco algo con lo que jugar en solitario, como las cometas. Necesitaba algo inspirador, pero divertido para todos nosotros.

Por fin me decidí por un juego de preguntas llamado Primero de la Clase. Una persona hacía preguntas y todos los demás contestaban por turno. Perfecto. Nos uniría como familia, y todos aprenderíamos mucho, y nos lo pasaríamos estupendamente. Hasta Cody tendría que contestar con frases completas. Sí, era esto.

Mientras me dirigía a caja, pasé ante una estantería atestada de audiolibros, de esos con una hilera de botones que pulsas para lograr efectos sonoros. Había varios con cuentos de hadas, y pensé de inmediato en Lily Anne. Una forma estupenda de iniciarla en una vida de placer lector. Yo le leería los cuentos mientras ella apretaba los botones correspondientes, y siempre leyendo cuentos de hadas clásicos. Era demasiado bueno para dejarlo pasar, y compré los tres cuentos de hadas más prometedores.

Llevé el estuche y los libros a caja y pagué. El juego costaba casi veinte dólares con impuestos, pero creí que valía la pena, un dinero bien gastado, y no me arrepentí del gasto.

Era ya de noche cuando giré el coche por la calle en que vivía. Tres cuartos

de una luna solitaria brillaban en el horizonte a baja altura, y me llamó con voz anhelante, mientras lanzaba lastimeras y juguetonas sugerencias sobre lo que Dexter podía hacer con un cuchillo en una noche como ésta. *Sabemos dónde vive Chapin*, susurró. *Podríamos abrirle en canal hasta los caninos y obligarle a decirnos muchas cosas útiles, y todo el mundo sería feliz...*

Por un momento me dejé llevar por aquel seductor tirón, el embriagador remolino de la marea oscura cuando me rodeó y tironeó de mis pies. Pero entonces sentí el peso del juego y los libros que había comprado, el cual me rescató de la oleada de luz de luna y me devolvió al terreno baldío del Nuevo Dexter. Ya no. No cedería a las presiones de la voz lunar. Repelí con duras palabras al Pasajero, lo envié a las profundidades gélidas. *Lárgate*, le dije, y con un silbido reptiliano se enroscó en su guarida. Tenía que comprender que ya no era aquel hombre. Era Dex-Papi, el hombre que llega a casa henchido de anhelo por Lily Anne y todos los pulcros y vulgares consuelos de la vida doméstica. Yo era el sostén de la familia, el guía de los piecitos, el escudo contra todo mal. Yo era Dex-Papi, la roca sobre la cual se erigiría el futuro de Lily Anne, y llevaba el Primero de la Clase para demostrarlo.

Y cuando aminoré la velocidad para aparcar delante de mi casa y vi el coche de Brian ya aparcado, me di cuenta de que, por lo visto, también era Dex-Bobo, porque no tenía ni idea de qué estaba haciendo mi hermano otra vez aquí, pero no me gustaba, fuera lo que fuera. Representaba todo cuanto yo no quería volver a ser, y no lo quería cerca de Lily Anne.

Bajé del coche y rodeé poco a poco el pequeño coche rojo de Brian, y me sorprendí mirándolo como si entrañara un peligro real. Era una estupidez, por supuesto. El estilo de Brian no era conducir coches bomba, sino el veloz tajo con el cuchillo afilado, como mi antiguo yo. Y yo ya no era así, por más que notara el tirón cuando me acerqué a la puerta y oí alegres chillidos infantiles dentro de casa. De todos los crecientes despropósitos, éste era el peor: sentir resentimiento, suspicacia, incluso una rabia muy humana, porque los chicos se lo estaban pasando en grande sin mí.

De modo que un Dex-Papi muy confuso abrió la puerta y vio a su pequeña familia más el hermano congregados delante de la televisión. Rita estaba sentada en un extremo del sofá con Lily Anne en brazos, Brian en el otro extremo, con Astor entre ellos, todos con amplias sonrisas en la cara. Cody estaba de pie entre ellos y la tele, sosteniendo un chisme de plástico gris, que apuntaba a la tele mientras daba saltitos y los demás le jaleaban.

Cuando entré, todos los ojos, salvo los de Cody, se volvieron hacia mí, y después volvieron al televisor, sin haber apenas reconocido que era yo. Todos los ojos, salvo los de Brian, que continuaron clavados en mí, con su gran sonrisa falsa cada vez más amplia mientras me veía intentar, y fracasar, comprender qué estaba pasando en la sala de estar de mi hogar y lar.

Y entonces un gran estallido de vítores procedente de la multitud terminó en un prolongado «Auuuuuuuuuuuuu...», y de repente un ceñudo Cody se alejó de la pantalla.

—Buen intento, chaval —comentó Brian sin apartar los ojos de mí—. Muy, muy bueno.

—He conseguido una puntuación alta —dijo Cody, un discurso asombrosamente largo para mí.

—Sí, en efecto —confirmó Brian—. Vamos a ver si tu hermana puede superarlo.

—¡Pues claro que sí! —gritó Astor, mientras saltaba en el aire y agitaba otro chisme de plástico—. ¡Estás acabado, Cody!

—¿Alguien quiere hacer el favor de decirme qué demonios está pasando aquí? —pregunté, y hasta a mí me sonó como un plañido desesperado.

—Oh, Dexter —intervino Rita, y me miró como si yo fuera algo muy vulgar y me viera hollar su alfombra por primera vez—. Brian acaba... Tu hermano ha traído una Wii a los niños, y es muy..., pero no puede... —Miró la televisión—. O sea, es demasiado cara y... ¿Puedes preguntarle? Porque... ¡Oh! ¡Buen disparo, Astor!

Rita dio un saltito de emoción, de modo que la cabeza de Lily Anne osciló un poco, y tuve claro que, aunque me desnudara y me prendiera fuego a lo bonzo, nadie me prestaría atención, salvo Brian.

—Es muy bueno para ellos —me dijo Brian con su sonrisa de Gato de Cheshire—. Muy buen ejercicio, y así desarrollan sus aptitudes motoras. Y —añadió con un encogimiento de hombros— es divertidísimo. Deberías probarlo, hermano.

Miré su enorme y falsa sonrisa burlona, y oí que la luna me llamaba desde la calle, prometiendo una satisfacción pulcra y feliz, de modo que me volví y vi a los niños y a Rita inmersos en la alegría de esta maravillosa experiencia nueva, y de repente la caja que llevaba bajo el brazo (Primero de la Clase, casi veinte dólares con impuestos) se me antojó tan pesada e inútil como un viejo bidón de aceite lleno de cabezas de pescado. La dejé caer al suelo, y en mi mente se formó una breve imagen de dibujos animados: Dexter huyendo de la habitación entre lágrimas para luego dejarse caer boca abajo sobre la cama y llorar hasta romperse su destrozado corazón.

Y por suerte para la imagen mundial de la paternidad severa pero afectuosa, la escena era tan ridícula que lo único que hice fue respirar hondo, decir «¡ay!» y agacharme para recoger el paquete.

No había sitio para mí en el sofá, de modo que pasé ante el acogedor grupito sentado en él, y vi que se retorcían para alargar la cabeza y no perderse ni un solo y emocionante segundo de la épica batalla de Astor con la televisión. Dejé el juego en el suelo y me senté intranquilo en el sillón. Notaba los ojos de Brian

clavados en mí, pero no le miré. Me concentré en formar y mantener una fachada de educado entusiasmo, y al cabo de unos segundos mi hermano desvió la vista hacia el televisor, y desaparecí tan completamente como si nunca hubiera existido para el resto de la sala.

Vi que Cody y Astor se turnaban con su caro juguete nuevo. Pese a su animación, yo no sentía el menor entusiasmo. Cambiaron a un juego diferente que consistía en matar cosas con una espada en lugar de con una pistola, y ni siquiera el uso de una hoja despertó ningún fuego en mi pecho. Y por supuesto eran tan felices que sólo un verdadero cascarrabias podría protestar, lo cual sólo significaba que ahora podía añadir «cascarrabias» a mi CV. *Dexter Morgan, Licenciado en Ciencias, analista de salpicaduras de sangre, asesino reformado. Empleado en la actualidad como aguafiestas.* Casi deseé que Debs estuviera con nosotros. En primer lugar, porque Brian se largaría, pero lo más importante, para poder decir: «¿Ves lo que echas de menos? Críos, familia... ¡Ja!» . Y lanzaría una carcajada amarga para subrayar la definitiva inconstancia de toda familia.

Astor dijo «Ooooooh» con voz muy alta y aguda, y Cody se puso en pie de un salto para jugar. Tuve claro que, hiciera lo que hiciera, nunca agradecerían o apreciarían lo que yo les ofrecía. Eran mucho más que inconstantes: eran insensibles, como gatitos, pequeños depredadores, distraídos por el primer hilo o chuchería brillante que rodara por el suelo, y nada de lo que dijera o hiciera podría hacer mella en su obstinada ignorancia.

Y después, crecerían... ¿y en qué se convertirían? En mortíferos farsantes de ojos muertos como Brian y yo, dispuestos a apuñalarse mutuamente en la espalda, literal o figuradamente, a las primeras de cambio. ¿Cuál era el sentido? Porque atravesarían la infancia dejando una estela de caos aleatorio, y cuando fueran lo bastante mayores para comprender mis consejos, ya sería demasiado tarde para que cambiaran. Era suficiente para impulsarme a renunciar a mi nueva humanidad, salir a la luna líquida y buscar a alguien a quien descuartizar: ni delicadeza, ni selección cuidadosa, sólo salvajismo y liberación instantáneos y purificadores, tal como hacía Brian.

Miré a mi hermano, sentado en mi sofá, con mi mujer, alegrando a mis hijos más de lo que yo parecía ser capaz. ¿Era eso lo que deseaba? ¿Convertirse en mí, pero mejor? Algo se insinuó en mí ante aquel pensamiento, algo a medio camino entre la bilis y la ira, y tomé la decisión de plantarle cara aquella noche, exigir saber qué creía estar haciendo y lograr que lo dejara correr. Y si no me hacía caso... Bien, siempre estaba Deborah.

De modo que continué sentado de mal humor, con una cortés y falsa medio sonrisa cosida en la cara durante media hora más de dragones, puños mágicos y berridos de felicidad. Hasta Lily Anne parecía contenta, lo cual se me antojó la traición definitiva. Parpadeaba y agitaba los puños en el aire cuando Astor gritaba, y después se desplomaba de nuevo sobre el pecho de Rita, con más

entusiasmo del que le había visto hasta el momento, salvo cuando mamaba. Y por fin, cuando creía que no conseguiría mantener mi compostura artificial ni un segundo más, carraspeé y pregunté:

—Rita, ¿tienes algún plan para la cena?

—¿Qué? —replicó sin mirarme, absorta por completo en el juego—. ¿Tienes...? ¡Oh, Cody! Lo siento, Dexter, ¿qué has dicho?

—He dicho —contesté, destacando muy bien las sílabas— que si Tienes Algún Plan para la Cena.

—Sí, por supuesto —dijo, con la vista clavada en la televisión—. Sólo he de... Oh —exclamó con auténtica alarma, y esta vez no era por algo relacionado con el juego, sino porque alzó la vista y miró el reloj—. ¡Oh, Dios mío, son más de las ocho! Ni siquiera he... ¡Astor, pon la mesa! ¡Oh, Dios mío, y mañana es día de colegio!

Vi con leve satisfacción que Rita saltaba del sofá por fin y, al tiempo que me entregaba a Lily Anne, corría hacia la cocina sin dejar de hablar.

—Por el amor de... Oh, ya sé que se ha quemado, en qué estaría... ¡Cody, saca los cubiertos! Nunca había sido tan... ¡Astor, no te olvides de poner un cubierto para el tío Brian!

Y después un estrépito incesante durante varios minutos, mientras abría el horno, distribuía a su alrededor ollas y sartenes, y reconducía la vida hacia la normalidad.

Cody y Astor intercambiaron una mirada, nada convencidos de abandonar su nuevo universo televisivo para cenar, y después, todavía sin pronunciar palabra, miraron al unísono al tío Brian.

—Bien, vamos —dijo éste con su horrorosa alegría falsa—, tenéis que obedecer a vuestra madre.

—Yo quiero jugar más —protestó Cody, con más sílabas seguidas de las que le había oído encadenar en mucho tiempo.

—Pues claro —dijo Brian—, pero ahora no puedes.

Les dedicó su gran sonrisa, y me di cuenta de que se estaba esforzando mucho en aparentar solidaridad, pero no resultaba nada convincente, porque no era ni la mitad de bueno que yo. Pero, al parecer, Cody y Astor le aceptaron a pies juntillas. Se miraron, asintieron y se encaminaron a la cocina para ayudar a preparar la cena.

Brian les siguió con la mirada, y después desvió la vista hacia mí, con las cejas enarcadas, como expectante de una manera artificial. Por supuesto, era incapaz de adivinar lo que deseaba decirle, pero cuando tomé aliento para empezar, se me ocurrió que era incapaz. Pensaba que tenía que acusarle de algo, pero ¿de qué? ¿De comprar un juguete caro, cuando yo había comprado uno mucho más barato? ¿De llevar a los niños a un chino y, probablemente, a otra cosa algo más siniestra? ¿O de intentar suplantarme porque estaba demasiado

ocupado para interpretar mi papel? Imagino que el antiguo Dexter se habría limitado a decir: «No sé qué estás tramando, pero olvídalos». Pero el nuevo no podía despegar la lengua, debido a las numerosas cosas (sentimientos) complicadas que remolineaban en mi interior. Y para empeorar todavía más la situación, cuando me senté con el cerebro parado y la boca abierta, Lily Anne emitió una especie de borboteo y, de repente, mi camisa se cubrió de un budín de leche agria como resultado de un eructo infantil.

—Oh, vaya —comentó Brian, con una compasión tan real como todas sus demás emociones.

Me puse en pie y recorrí el pasillo, sosteniendo a Lily Anne en una especie de posición de «presenten armas». En el dormitorio había un cambiador con una pila de toallas guardadas en un estante de abajo. Cogí dos, una para limpiar el desastre, y la segunda para colocarla debajo de la niña con el fin de proteger lo que quedara de mi camisa.

Volví al sillón y me senté, extendí la segunda toalla sobre mi hombro y coloqué a Lily Anne boca abajo, mientras le daba palmaditas en la espalda. Brian volvió a mirarme, y yo abrí la boca para hablar.

—A cenar —anunció Rita, mientras entraba en tromba en la sala con una bandeja sostenida entre dos mitones grandes—. Temo que no es... O sea, no es que se haya quemado, pero no... Está demasiado reseco y, Astor, pon el arroz en el cuenco azul. Siéntate, Cody.

La cena fue muy alegre, al menos en lo tocante a los guerreros de vídeo. Rita no dejaba de disculparse por el pollo a la naranja, cosa que era de justicia. Era uno de sus platos estrella, y lo había dejado resecar por completo. Pero Cody y Astor consideraron muy divertido que se sintiera avergonzada, y empezaron a jugar con ella con una pizca de crueldad.

—Está seco —observó Cody después de la tercera disculpa de Rita—. No como de costumbre.

Y lanzó una mirada de complicidad a Brian.

—Sí, lo sé, pero... Lo siento muchísimo, Brian —dijo Rita.

—Oh, está delicioso. No te preocupes por eso, querida dama —contestó él.

—No te preocupes por nada, querida mamá —coreó Astor con altivez, y Brian y ella rieron. Y así continuó la cosa hasta que la cena terminó y los niños se levantaron para despejar la mesa, espoleados por la promesa de quince minutos más de Wii antes de ir a la cama. Rita fue a cambiar los pañales de Lily Anne, y por un momento Brian y yo nos quedamos solos a la mesa. Era el momento de hablar, de aclarar las cosas entre nosotros, y me incliné hacia delante para aprovechar la oportunidad.

—Brian —dije.

—¿Sí?

Enarcó una ceja expectante.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté, procurando que no sonara como si le estuviera acusando de algo.

Me dirigió una mirada estupefacta propia de dibujos animados.

—Pues para estar con mi familia, por supuesto. ¿Por qué, si no?

—Yo no lo sé —dije, aún más irritado—. Pero algo habrá.

Brian negó con la cabeza.

—¿Por qué piensas eso, hermano?

—Porque te conozco.

—No creo. —Sostuvo mi mirada—. Sólo conoces una pequeña parte de mí. Y yo creía... Oh, maldición —dijo, cuando las notas metálicas de la «Cabalgata de las Valkirias» surgieron de su bolsillo. Sacó el móvil y echó un vistazo a la pantalla—. Vaya. Temo que he de irme pitando. Pese al placer de nuestra conversación, será mejor que vaya a despedirme de tu señora.

Se puso al instante en pie y entró en la cocina, donde le oí repartir sus floridos cumplidos y disculpas.

Toda la familia le siguió hasta la puerta, pero yo conseguí aislarlos saliendo con Brian y cerrando con firmeza la puerta a nuestras espaldas.

—Brian, hemos de hablar más —dije.

Se volvió a mirarme.

—Sí, hermano, hablaremos. Una buena charla a la vieja usanza. Ponernos al día y todo eso. Dime, ¿cómo va la investigación de la chica desaparecida?

Sacudí la cabeza.

—No me refiero a eso —dije, decidido a llegar hasta el final y sacarlo todo a la luz. Pero su teléfono inició de nuevo su frenético coro wagneriano, lo miró y lo cerró.

—En otro momento, Dexter. He de irme.

Y antes de que yo pudiera protestar, me dio una torpe palmadita en el hombro y corrió hacia su coche.

Le vi alejarse, y mi único consuelo fue que el hombro que había palmeado estaba algo húmedo a causa del eructo de Lily Anne.

Contemplé los faros traseros del coche de Brian hasta que desaparecieron en la lejanía. Pero mi desdicha no se alejó con mi hermano. Se enroscó a mi alrededor y se elevó, mientras la luna se derramaba sobre mí y se mezclaba con la irritación, y una vez más la voz de serpiente empezó a adularme y persuadirme, y a lanzar traviesas sugerencias. *Ven con nosotros*, susurró en tonos almibarados de pura y perfecta lógica. *Sal a la noche. Ven a jugar, y te sentirás mucho mejor...*

Y yo la rechacé, me mantuve firme en las orillas de mi nuevo país, la paternidad humana..., pero la luz de la luna manó de nuevo y tiró con más fuerza y cerré los ojos un momento para repelerla. Pensé en Lily Anne. Pensé en Cody y Astor, y en el servil placer que expresaban al estar con Brian, y se alzó otra pequeña oleada de irritación. La rechacé, y pensé en Deborah y en su profunda infelicidad. Se había alegrado tanto de cazar a Victor Chapin, y se había sentido tan mal cuando tuvo que soltarle. Quería que fuera feliz. También quería que los chicos fueran felices..., y la voccecita malvada volvió a hablar y dijo: *Yo sé cómo lograr que sean felices, y tú también.*

Por un momento escuché, y todo encajó con perfecta agudeza y claridad, y me vi deslizándome en la noche con mi cinta adhesiva y un cuchillo...

Y me resistí una vez más, con determinación, y la imagen se quebró en mil pedazos. Respiré hondo y abrí los ojos. La luna seguía en el cielo, me miraba expectante, pero sacudí la cabeza con firmeza. Sería fuerte, no me dejaría convencer. Me alejé de la noche con frágil determinación y entré en casa a grandes zancadas.

Rita estaba en la cocina limpiando. Lily Anne hacía gorgoritos en el moisés, y Cody y Astor habían vuelto al sofá, delante de la televisión, y jugaban con la nueva Wii. Había llegado el momento de empezar, de dejar las cosas claras entre nosotros, de apagar las brasas de la influencia de Brian y sacar a los niños de la oscuridad. Era factible. Yo lo haría. Me dirigí hacia Cody y Astor y me interpose entre ellos y la pantalla del televisor. Me miraron y dio la impresión de que era la primera vez que me veían en toda la noche.

—Eh —protestó Astor—. Te has puesto en medio.

—Hemos de hablar —dije.

—Hemos de jugar a la Espada del Dragón —propuso Cody, y no me gustó el tono de su voz. Le miré, miré a Astor, y los dos me miraron con suficiencia y santa indignación, y fue demasiado. Me incliné sobre la caja de control de la Wii y la desenchufé de la pared.

—¡Oye! —rugió Astor—. ¡Has estropeado la partida! ¡Ahora tendremos que empezar otra vez desde el nivel uno!

—El juego irá a parar a la basura —comenté, y ambos se quedaron

boquiabiertos.

—No es justo —dijo Cody.

—No es una cuestión de que sea justo, sino de que sea correcto.

—Eso es absurdo —intervino Astor—. Si es correcto, también es justo, y tú has dicho... —Estaba a punto de continuar, pero vio mi cara y calló—. ¿Qué?

—Ni siquiera os gusta la comida china —dije con severidad. Dos rostros pequeños e inexpressivos me miraron, después se miraron entre sí, y oí el eco de lo que acababa de decir. Ni siquiera a mí me parecía lógico—. Me refiero a cuando salisteis con Brian —continué, y sus ojos se volvieron hacia mí—. Mi hermano. Tío Brian.

—Sabemos a quién te refieres —replicó Astor.

—Dijisteis a vuestra madre que fuisteis a un chino. Y es mentira.

Cody negó con la cabeza.

—Él se lo dijo —aclaró Astor—. Nosotros habríamos dicho pizza.

—Lo cual también habría sido una mentira —insistí.

—Pero, Dexter, tú nos lo dijiste —repuso Astor, y Cody asintió—. Mamá no debe saberlo. Todo eso otro. Así que hemos de mentirle.

—No. Lo que debéis hacer es no volver a hacerlo.

Vi que la estupefacción florecía en sus rostros. Cody meneó la cabeza perplejo.

—Pero eso no es... —soltó Astor—. Quiero decir... No puedes... ¿Qué quieres decir?

Por primera vez en su vida, pareció que era su madre quien hablaba.

Me senté en el sofá entre ambos.

—¿Qué hicisteis con tío Brian aquella noche? Cuando dijisteis que habíais ido a un chino.

Intercambiaron una mirada, y toda una conversación se entabló entre ellos, sin palabras audibles. Después Cody me miró.

—Perro callejero.

Asentí, y una oleada de ira me recorrió. Brian se los había llevado y les había encontrado un perro callejero para que aprendieran y experimentaran. Yo ya imaginaba que había sido algo por el estilo, por supuesto, pero oírlo confirmó mi sensación de escándalo moral, con mi hermano y con los niños. Y por extraño que pareciera, incluso mientras me alzaba a lo alto de una torre de santa indignación, una voz menuda y malvada susurró que habría debido ser yo quien lo hiciera. Tendría que haber sido mi mano la que guiara las cuchilladas, mi sabia y paciente voz la que encauzara, explicara y enseñara cómo cazar y destripar, y después cómo limpiar una vez terminado el pasatiempo.

Pero eso era absurdo. Yo estaba aquí para alejarles de la oscuridad, no para enseñarles a disfrutar de ella. Sacudí la cabeza y dejé entrar un chorro de cordura.

—Lo que hicisteis estuvo mal —sentencié, y una vez más me miraron sin comprender.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Astor.

—Quiero decir que tenéis que parar...

—Oh, Dexter —exclamó Rita, mientras entraba en tromba en la sala secándose las manos con un paño—. No dejes que continúen jugando. Mañana es día de clase. Fíjate en la hora, por el amor de Dios, y ni siquiera habéis... Venga, vosotros dos. Preparaos para ir a la cama.

Se los llevó de la sala antes de que pudiera hacer algo más que parpadear. Cody se volvió a mirarme justo antes de que su madre le empujara hacia el pasillo, y su rostro era una mezcla de confusión, indignación e irritación.

Y mientras los tres se apretujaban en el cuarto de baño y yo oía los sonidos del agua del grifo y los cepillos de dientes, me di cuenta de que estaba rechinando los dientes de frustración. Nada estaba saliendo bien. Había intentado unir a mi pequeña familia, y mi hermano se me había adelantado. Cuando traté de plantarle cara, había salido pitando mientras las palabras todavía se estaban formando en mi boca. Y yo había iniciado por fin la importante tarea de alejar a los niños de la maldad, pero me habían interrumpido en el momento crucial. Ahora los niños estaban enfadados conmigo, Rita no me hacía caso y mi hermana estaba celosa de mí..., y ni siquiera sabía qué estaba tramando Brian.

Me había esforzado a fondo por ser el nuevo, pulquérrimo y recto hombre de familia que debía ser, y a cada intento me habían abofeteado, desdeñado y aplastado por completo. La irritación creció en mi interior y se metamorfoseó en ira, y después eso también empezó a cambiar, cuando sentí un frío y ácido baño de desprecio burbujear en mi interior: desprecio por Brian, por Rita, Deborah, Cody y Astor, por todos los idiotas babosos de todo el mundo...

... y, sobre todo, desprecio por mí, Dexter el Memo, quien quería pasear al sol, oler las flores y ver los arcos iris surcar el cielo teñido de rosa. Pero había olvidado que las nubes ocultan casi siempre el sol, que las flores tienen espinas y que los arcos iris están fuera de nuestro alcance. Ya podías soñar todo lo que quisieras el sueño imposible que siempre se había esfumado cuando despertabas. Lo estaba aprendiendo por las malas, y cada nuevo recordatorio aplastaba más y más mi nariz contra el suelo, y lo que deseaba de veras ahora era pillar algo por la garganta y estrujar...

El monótono parloteo de Rita y los niños rezando se oía desde el otro lado del pasillo. Aún no me sabía las oraciones, y era un recordatorio más de que no era en realidad Dex-Papi, y probablemente nunca lo sería. Pensaba que podría ser el primer leopardo de la historia en mudar sus manchas, pero en realidad no era más que otro gato callejero obligado a buscar su pitanza en la basura.

Me levanté. Necesitaba dar una vuelta, intentar calmarme, serenar mis pensamientos, domeñar esas extrañas, salvajes y nuevas emociones, antes de

que me arrastraran en una pleamar de estupidez. Entré en la cocina, donde el lavaplatos ya estaba dando cuenta de los platos de la cena. La máquina de hacer hielo de la nevera chasqueaba. Entré en el pasillo de atrás, junto a la lavadora y la secadora. A mi alrededor, en toda la casa, todo era limpio y funcional, toda la maquinaria de la felicidad doméstica, en su sitio y preparada para hacer exactamente lo que debía..., todo excepto yo. No estaba hecho para encajar bajo la encimera, ni de ésta ni de ninguna casa. Estaba hecho para el centelleo bajo la luz de la luna de un cuchillo muy afilado, y el consolador sonido de la cinta adhesiva al desenrollarse, y el horror apagado de los malos en sus pulcras y cuidadosas ataduras cuando se encontraban con su aniquilador...

Pero había dado la espalda a eso, renunciado a todo cuanto era en realidad. Había intentado encajar en una imagen de algo que ni siquiera existía, como embutir por la fuerza un demonio en la portada del *Saturday Evening Post*, y no había conseguido otra cosa que quedar como un perfecto imbécil. No era de extrañar que Brian se hubiera agenciado con tanta facilidad a los niños. Nunca podría alejarlos del lado oscuro si era incapaz de ofrecerles una interpretación convincente de normalidad virtuosa.

Y con tanta maldad en el mundo, ¿cómo podía transformar mi brillante hoja en una apagada y funcional reja de arado? Había mucho por hacer todavía, tantos matones de tres al cuarto que necesitaban aprender las nuevas normas del juego, las normas de Dexter. Hasta había caníbales sueltos en mi propia ciudad. ¿De veras podía quedarme sentado en el sofá haciendo calceta, mientras imponían su horrible voluntad a las Samanthas Aldovar del mundo? Al fin y al cabo, era hija de alguien, y alguien sentía por ella lo mismo que yo sentía por Lily Anne.

Y cuando asimilé esa idea, una oleada de ira al rojo vivo estalló en mi interior y se llevó por delante todo mi cuidadoso control. *Podría haber sido Lily Anne*. Algún día, podría serlo, y yo no estaba haciendo nada por protegerla. Era un idiota que me engañaba a mí mismo. Me estaban atacando por todas partes, y me limitaba a dejar que sucediera. Estaba permitiendo a los depredadores acechar y matar, y si algún día iban a por Lily Anne (o a por Cody y Astor), sería culpa mía. Estaba en mis manos proteger a mi familia de un mundo muy desagradable, y en cambio estaba fingiendo qué pensamientos amables mantendrían a raya al dragón, mientras que en realidad estaba rugiendo ante mis puertas.

Me paré en la puerta de atrás y miré por la ventana la oscuridad del patio. Las nubes se habían acumulado, cubrían la luna y aportaban una oscuridad absoluta: una imagen perfecta de todo lo que era real; sólo oscuridad, que ocultaba algunas extensiones de hierba marrón y tierra. Nada funcionaba. Nada funcionaba ya, para nadie. Todo era oscuridad, podredumbre y tierra, y fingir que existía algo más sólo te causaba dolor, y yo no podía hacer nada al respecto.

Nada.

Y las nubes se abrieron y un minúsculo rayo de luna se abrió paso entre la oscuridad, y el susurro sibilante me hizo cosquillas y me tomó el pelo una vez más, y dijo: *Hay algo...*

Y ese sencillo pensamiento era el único lógico de este mundo.

—Vuelvo enseguida —dijimos a Rita, cuando se sentó en el sofá con la niña apretada contra el pecho—. Me he dejado una cosa en el trabajo.

—¿Enseguida? —farfulló confusa—. ¿Quieres decir que te vas a...? ¡Pero si es de noche!

—Sí —dijimos, y dejamos entrever un frío destello de dientes en nuestra cara, al pensar en la acogedora oscuridad aterciopelada que nos aguardaba al otro lado de la puerta.

—Bien, pero no... ¿No puede esperar a mañana?

—No —dijimos, y la alegre locura de la perspectiva resonó en nuestra voz—. No puede esperar. Es algo que he de hacer esta noche.

La verdad se reflejó en nuestro rostro. Rita frunció el ceño.

—Bien, espero que... —se limitó a decir—. ¡Oh! Pero he vaciado el cubo de los pañales y es un poco... ¿Podrías llevarte la bolsa y...? —Se levantó de un brinco y fue al pasillo, y el ácido frío me sacó de quicio debido a la interrupción, pero regresó en cuestión de segundos, aferrando una bolsa de basura. Me la dio—. Al salir, si... ¿De veras has de irte? O sea, ¿tardarás mucho? Porque, o sea, conduce con cuidado, pero...

—No tardaré mucho —dijimos, y después se impuso la impaciencia y salimos a la noche acogedora, con sus delgados dedos de luz de luna filtrándose entre las nubes, con la promesa de aquel acontecimiento maravilloso que se llevaría por delante toda la desdicha acumulada de intentar ser algo que no éramos ni nunca seríamos. Ya con prisas, tiramos la bolsa de basura al suelo del asiento trasero, junto con nuestros juguetes, y subimos al coche.

Nos dirigimos hacia el norte entre el escaso tráfico, hacia el trabajo, como habíamos dicho, pero no el trabajo diurno de oficina y desorden. Íbamos a una tarea mucho más satisfactoria, que aparcaba el aburrimiento para adentrarse en el placer, dejamos atrás el aeropuerto, tomamos la rampa de salida que conducía a North Miami Beach, ahora más despacio, siguiendo la senda grabada en nuestra memoria, hasta cierta casa color amarillo pastel situada en un barrio modesto.

El club ni siquiera abre hasta las once, había dicho Deborah. Pasamos de largo con cautela y vimos las luces encendidas, dentro y fuera, y un coche en el camino de entrada que no estaba antes. El coche de la madre, por supuesto, y era lógico: iba a trabajar en coche. Más cerca de la casa, medio en sombras, estaba

el Mustang. Él aún no se había ido. Todavía no eran las diez, y el trayecto hasta South Beach no era largo. Estaría dentro disfrutando de su injusta libertad y pensando que todo iba bien en su pequeño mundo, y así lo deseábamos. Teníamos mucho tiempo por delante, y experimentábamos la fría y agradable seguridad de que no nos llevaríamos una decepción.

Dimos la vuelta a la manzana, atentos a cualquier señal de que algo no funcionara como era debido, y no descubrimos nada. Todo estaba en silencio, y todas las casitas se veían limpias, iluminadas y amuralladas contra los colmillos afilados como cuchillos de la noche.

Seguimos conduciendo. A cuatro manzanas de distancia había una casa con un contenedor de basura en el patio invadido de malas hierbas, y eso era justo lo que deseábamos. Las casas cercanas también estaban a oscuras, aunque se veía una luz en una casa que se hallaba a dos puertas, pero por lo demás era una parte tranquila de nuestra noche, y la casa del contenedor era perfecta. Hipoteca ejecutada, vacía, a la espera de que alguien entrara con un nuevo sueño, y muy pronto alguien lo haría, pero no sería un sueño bonito. Descubrimos una farola rota a una manzana de distancia y aparcamos allí, al lado de un seto. Bajamos despacio, disfrutando de la anticipación, disfrutando como siempre con la alegre tarea de los preparativos, para que todo funcionara como era debido, y ahora funcionaría una vez más y, oh, muy pronto.

La puerta trasera de la casa está oculta a ojos curiosos y se abre en silencio, y deprisa. El interior de la casa está sumido en la más absoluta oscuridad, salvo por la cocina, donde una claraboya esparce rayos de luna sobre la encimera de madera maciza, y cuando la vemos, el susurro interior prorrumpe en un coro de satisfacción. Una señal de que ésta era la noche y de que había sido dispuesta para nosotros. Esta habitación era el lugar perfecto para lo que hemos de hacer, y como para subrayar el hecho de que todo se hallaba en concordancia con el mundo de la maldad, hay incluso media caja de bolsas de basura sobre la encimera.

Hay que darse prisa. El tiempo apremia, pero la pulcritud es fundamental. Cortar las costuras de las bolsas de basura y convertirlas en láminas de plástico lisas. Esparcirlas con cuidado sobre la encimera, el suelo que la rodea, las paredes cercanas, cualquier lugar donde una espantosa salpicadura roja pueda caer sin que nos apercibamos, entregados al dichoso abandono de nuestro pasatiempo, y no tarda en estar preparado.

Nos tomamos un respiro. Nosotros también estamos preparados.

Volvemos en un periquete a la casita amarilla. Las manos vacías, no necesitamos nada, excepto el pequeño lazo de nilón. Sedal con resistencia de cincuenta libras, perfecto para fabricar un líder, aún mejor para fabricar un seguidor a partir de algún travieso compañero de juegos, que oiría el silbido del leve y poderoso nudo rasgar el aire y posarse sobre su garganta, y ante su

sorpresa le oiría hablar y decir: *Ven con nosotros. Ven a descubrir tus límites.* Y seguiría, porque no tendría otro remedio, mientras el mundo se sumía en las tinieblas, y hasta sus últimos suspiros vendrían acompañados de dolor y sólo cuando nosotros lo deseáramos.

Y si se debatiera o revolviere más de lo debido, tiraríamos un poco más, hasta que se quedara sin aliento y sólo oyera el frenético golpeteo de los latidos de su corazón en los oídos, y el susurro del nilón diciendo: *¿Lo ves? Te hemos robado la voz y el aliento, y pronto te robaremos más cosas, muchas más, te lo robaremos todo, y después te transformaremos en polvo y oscuridad, y en unos cuantos paquetes pulcros de basura...*

Y la idea llega con el aliento algo entrecortado, y nos detuvimos para recobrar la calma, para permitir que los dedos de hielo calmaran los nervios a flor de piel y los condujeran hacia el primer y cauteloso goteo de placer.

Preparados ahora: otra bocanada de aire hasta que recuperemos la frialdad y la seguridad, hasta saber que todo es disposición rutilante y cauta, y permitimos que la limpia y acerada conciencia se concentre en el único hecho verdadero de la noche: *Esto va a suceder ahora. Esta noche.*

Ahora.

Nuestros ojos se abren de golpe a un paisaje de sombras, y toda nuestra fría concentración salió arrastrándose e invadió hasta la última insinuación de oscuridad, en busca de movimientos, en busca del menor rastro de alguien que estuviera vigilando. No había nada, nadie, ni humano, ni animal, ni Otro como yo. Nada se removía o acechaba. Esta noche éramos el único cazador en la senda, y todo era como debía ser. Estábamos preparados.

Un cauteloso pie delante de otro, una imitación perfecta de pasear como si tal cosa, dando la vuelta a la manzana de la modesta casa amarilla. Pasamos de largo de la casa, muy cautelosos, y nos adentramos en la sombra del seto de la casa vecina, y después esperamos. Ningún sonido nos planta cara. Nada se mueve o espera con nosotros. Estamos solos, somos invisibles y nos vamos acercando poco a poco, con cuidado y sigilo, hasta que llegamos a la esquina amarilla de la casa y respiramos hondo, en silencio, y nos convertimos en una parte pequeña y silenciosa de las sombras.

Más cerca, todavía cautelosos y sigilosos, y todo está exactamente como debería, y entonces llegamos a la puerta del Mustang.

No está cerrada con llave (la despreciable bestia nos lo ha puesto demasiado fácil, nos deslizamos en el asiento trasero sigilosos y silenciosos, y nos fundimos con la oscuridad invisible del suelo del coche), y esperamos.

Segundos, minutos... El tiempo pasa y nosotros esperamos. Esperar es fácil, algo natural, parte de la cacería. Nuestra respiración es calma y firme, y todo en nosotros es frío y replegado, a la espera de que llegue el momento.

Y llega.

Un chillido lejano. La puerta de la calle se abre y escuchamos la parte final de la última discusión.

—¡... abogada dijo que lo hiciera! —dice, con su malvada vocecita rabiosa —. He de irme a trabajar, ¿vale?

Y cierra la puerta de golpe y se encamina hacia el Mustang a grandes zancadas. Su menuda y desagradable voz continúa mascullando cuando abre la puerta y se sienta al volante, y cuando introduce la llave en el encendido y pone en marcha el motor, las sombras del suelo trasero escupen una forma, y allá que vamos con nuestra silenciosa y calma velocidad, y el silbido del lazo de nilón que rodea su garganta y apaga todo pensamiento y también el aire.

—Ni un sonido, ni un movimiento —decimos con nuestra terrible y fría Otra Voz, y el hombre adopta una rigidez absoluta—. Escucha con atención y haz exactamente lo que decimos, y vivirás un poco más. ¿Entendido?

Asiente tirante, los ojos saltones a causa del terror, con la cara cada vez más amoratada por la falta de aire, y dejamos que lo sienta, que sienta lo que es dejar de respirar, un anticipo de lo que se avecina, una muestra del para siempre que se acerca, de la oscuridad eterna cuando toda respiración concluye.

Y tiramos un poco más, lo suficiente para informarle de que podríamos tirar con mucha más fuerza, hasta que todo se interrumpiera, y su rostro se amorata cada vez más, mientras sus ojos empiezan a saltar de su cara y brillan con la sangre...

... y le dejamos tomar aliento, disminuimos la fuerza del brazo, que se transmite al lazo de nilón, sólo un poco, lo suficiente para una seca y entrecortada bocanada de aire, y después apretamos de nuevo antes de que pueda toser y hablar.

—Me perteneces —le decimos, y la fría verdad asoma en nuestra voz, y por un momento olvida que no puede respirar, mientras la verdadera forma de su futuro invade su mente y agita los brazos un solo segundo, antes de que volvamos a tirar, con un poco más de fuerza—. Basta —decimos, y el gélido silbido de nuestra voz autoritaria le paraliza de inmediato. Dejamos que su feo mundo se oscurezca otra vez, no mucho, sólo lo suficiente para que cuando volvamos a aflojar nuestra presa alumbre en él una pequeña esperanza, una frágil esperanza, una esperanza hecha de rayos de luna, una esperanza que vivirá lo bastante para mantenerle dócil y tranquilo, hasta que esa tranquilidad se prolongue eternamente—. Conduce —ordenamos, con un tironcito del lazo, y dejamos que tome aire.

Por un momento no se mueve, y tiramos del lazo.

—Ya —decimos, y con un espasmo nos comunica que está ansioso por complacer, pone el coche en marcha y salimos poco a poco del camino de entrada y nos alejamos de la casa amarillo pastel, lejos de su pequeña y sucia vida en la tierra, en dirección al oscuro y gozoso futuro de esta maravillosa noche

iluminada por la luna.

Le guiamos hasta la casa desierta con el nilón anudado alrededor de su garganta, con celeridad y cautela le empujamos a través de la oscuridad hasta la habitación que hemos dispuesto, la habitación envuelta en plástico, donde rayos dorados de luz de luna se filtran por la claraboya e iluminan la encimera de madera maciza, como si fuera el altar de una catedral de dolor. Y lo es: un verdadero templo del sufrimiento, y esta noche somos su sacerdote, el maestro de los ritos, y le guiaremos en nuestro ritual hasta la epifanía final, hasta la definitiva liberación en la gracia.

Le sujetamos junto a la encimera y le dejamos respirar, sólo un momento, lo suficiente para que vea lo que le espera, y su temor aumenta cuando comprende que todo esto es sólo en su honor, y se gira para mirarnos y ver si tal vez se trata de una broma pesada...

—Oye —dice, con una voz ya casi estrepajosa. Su rostro expresa que nos ha reconocido y sacude la cabeza un poco, tanto como el nudo se lo permite—. Eres ese policía —dice, y una nueva esperanza alumbra en sus ojos y se transforma en chulería cuando continúa con su nueva voz rasposa—. ¡Eres el putito policía que acompañaba a aquella puta poli demente! ¡Cabronazo, te has metido en un lío de mil pares de cojones! Meteré tu culo en la cárcel por esto, pedazo de mierda...

Y nosotros tiramos del nudo, con mucha fuerza, y el sonido de sus sucias palabras roncadas se interrumpe como si un cuchillo lo hubiera cortado, y una vez más su mundo se sume en las tinieblas, y tira con movimientos débiles del nilón que ciñe su garganta, hasta que olvida para qué sirven los dedos y sus manos se desploman y cae de rodillas y se mece un momento, hasta que tiro con más fuerza, y más, y pone los ojos en blanco y cae al suelo como un saco.

Trabajamos con celeridad, le depositamos sobre la encimera, cortamos la ropa, le inmovilizamos y preparamos con la cinta antes de que se despierte, cosa que hace enseguida, sus ojos se agitan y abren, los brazos se revuelven contra la cinta mientras explora su nueva y definitiva posición. Los ojos se abren de par en par y procura liberarse con todas sus fuerzas, pero no lo consigue. Le contemplamos un momento, dejamos que el miedo aumente, y con él el goce. Así somos. Para esto servimos, el director del ballet oscuro, y esta noche se celebra nuestro concierto.

Y la música aumenta de intensidad y nos lo llevamos al escenario del baile, la exquisita coreografía de El Fin, con sus mismos pasos afilados y movimientos familiares, y sus olores a miedo entre los suaves sonidos de la cinta y el terror, y el cuchillo está afilado y es veloz y seguro esta noche, mientras corre al ritmo familiar de la música de la luna que se alza y da paso al coro final de satisfacción, hasta que el goce goce goce invade el mundo.

Justo antes del final hacemos una pausa. Un lagarto muy pequeño y espantoso de duda se ha entrometido en nuestro placer y se halla acucillado

sobre la aureola de nuestra felicidad, y le miramos mientras se retuerce con los ojos dilatados a causa del horror de lo que le ha sucedido, a sabiendas de que todavía queda más.

Casi hemos terminado, dice el susurro. No paremos ahora...

Y no lo hacemos: no podríamos. Pero sí una pausa. Contemplamos la cosa que se retuerce bajo nuestro cuchillo. Casi ha llegado a su final y la respiración es más lenta, pero todavía se remueve contra sus ligaduras con una última burbuja de esperanza que se forma y pugna por alzarse tras el terror y el dolor. Y hay una cosita que debemos saber antes de reventar esa burbuja, un diminuto detalle que necesitamos oír para completar el ritual, para volar las compuertas y dejar que nuestro placer inunde la tierra.

—Bien, Víctor —decimos con nuestro siseo gélido y feliz—, ¿cómo sabía Tylor Spanos? —Y le arrancamos la cinta de los labios. Está demasiado sumido en el dolor verdadero para notar el tirón de la cinta adhesiva, pero respira hondo y lento y sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Cómo sabía? —preguntamos de nuevo, y asiente con la aceptación final de lo que ha de ser.

—Sabía de maravilla —dice con voz rasposa, consciente de que no queda tiempo para nada, salvo para la verdad definitiva—. Mejor que las otras. Fue... divertido... —Cierra los ojos un momento, y cuando los abre de nuevo la leve esperanza todavía flota en sus ojos—. ¿Vas a dejarme ir ahora? —pregunta con una vocecilla ronca de niño extraviado, aunque sabe cuál ha de ser la respuesta.

El aleteo de las alas nos envuelve, y ni siquiera oímos nuestra voz cuando contestamos: « Sí, puedes irte », y muy poco después, lo hace.

Dejamos el Mustang de Chapin detrás de una tienda de Lucky 7 a un kilómetro de la casa, con la llave todavía en el encendido. Era demasiado tentador para que sobreviviera a la noche de Miami. Por la mañana ya lo habrían vuelto a pintar y se dirigiría en barco a Sudamérica. Tuvimos que apresurar las cosas con Víctor un poco más de lo que deseábamos, teniendo en cuenta las circunstancias, pero ahora nos sentíamos muchísimo mejor, como siempre, y casi estaba tarareando una canción cuando bajé de mi querido coche y entré en casa.

Me lavé con esmero, y noté que el resplandor empezaba a apagarse. Debs sería un poco más feliz. Aunque no se lo iba a contar, por supuesto. Chapin se había ganado a pulso el papel de protagonista en el pequeño drama de aquella noche, y el mundo era un poquito mejor.

Y yo también me sentía más sereno, menos tenso, mucho más dispuesto a afrontar la precipitación y los tropiezos de los recientes acontecimientos. Era cierto que había intentado abandonar este tipo de cosas, y era cierto que había fracasado, pero se trataba de un resbalón pequeño y necesario, y ya me ocuparía de que fuera el último. Un pequeño paso atrás, una vez, no significaba

gran cosa. Al fin y al cabo, nadie deja de fumar de golpe, ¿verdad? Ahora me sentía mucho más sereno y tranquilo, y esto no volvería a suceder. Fin del incidente, de vuelta a mi disfraz de oveja, esta vez de manera permanente.

Incluso mientras este pensamiento intentaba germinar a la luz del sol de mi nueva personalidad, oí un leve agitar de garras del Pasajero, y el pensamiento casi verbalizado: *Por supuesto... hasta la próxima vez...*

La repentina brusquedad de mi reacción nos sorprendió a ambos: un veloz destello de ira y mi grito mudo de *¡No! No habrá próxima vez. ¡Lárgate!* Y esta vez lo decía en serio, con tal rotundidad que se produjo un estupefacto silencio, seguido de una sensación de inmensa y correosa dignidad, que se alejó por la escalera hasta desaparecer. Respiré hondo y expulsé el aire poco a poco. Chapin era la última vez. Un pequeño revés en mi nuevo y rutilante camino hacia el futuro de Lily Anne. No volvería a ocurrir. Y para remachar la idea añadí: *¡Y mantente alejado!*

No hubo respuesta, sólo el lejano estruendo de una puerta al cerrarse de golpe en una elevada torre del Castillo Dexter. Me miré en el espejo del lavabo mientras me restregaba las manos. La cara de un hombre nuevo me miró. Todo había terminado, de una vez por todas, y nunca más volvería a entrar en ese lugar oscuro.

Me sequé, tiré mi ropa en la cesta y me encaminé de puntillas hacia el dormitorio. El reloj de la mesita de noche anunciaba las 2:59 cuando me metí en silencio en la cama.

Los sueños llegaron enseguida, casi en el mismo instante en que me deslicé en las tinieblas. Estoy de pie cerniéndome sobre Chapin de nuevo, levanto el cuchillo para un corte perfecto..., pero ya no es Chapin quien está sobre la mesa. Es Brian, Brian atado con cinta a mi lado. Me dirige una sonrisa tan amplia y falsa que la puedo ver a través de la cinta adhesiva, y levanto más el cuchillo..., y entonces Cody y Astor aparecen a mi lado. Levantan sus controladores de plástico de la Wii y me apuntan con ellos, disparan furiosamente, y me siento controlado por ellos, bajo el cuchillo, me alejo de Brian y apunto el cuchillo hacia mí, hasta que la hoja se apoya en mi garganta y un terrible aullido surge de la mesa detrás de mí, y veo a Lily Anne sujeta con cinta y extendiendo hacia mí sus dedos diminutos y perfectos...

... y Rita me está dando codazos, diciendo: «Dexter, por favor, venga, despierta», y al fin lo hago. El reloj despertador anuncia las 3:28, y Lily Anne está llorando.

Rita rezongó a mi lado.

—Es tu turno —dijo, y se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la almohada. Me levanté, con la sensación de que mis extremidades estaban hechas de plomo,

y me tambaleé hasta la cuna. Mi hija estaba agitando los pies y las manos en el aire, y por un oscuro y terrible momento no logré diferenciar lo que contemplaba del sueño que acababa de tener, y me quedé allí de pie, sintiéndome vacilante y estúpido, mientras esperaba a que todo adquiriera sentido. Pero el rostro pequeño y encantador de Lily Anne empezó a cambiar y vi que estaba a punto de lanzarse a un concierto de aullidos a todo volumen, de modo que sacudí la cabeza para despejarme. Un sueño estúpido. Todos los sueños son estúpidos.

Levanté a mi hija y la deposité con cuidado sobre el cambiador, mientras murmuraba tonterías para calmarla, que sonaron extrañas y muy poco consoladoras al surgir de mi voz ronca a causa del sueño. Pero se fue tranquilizando cuando le cambié el pañal, y cuando me acomodé con ella en la mecedora que había al lado del cambiador, se removió unas cuantas veces y se durmió de nuevo. La sensación de miedo que perduraba de mi estúpido sueño empezó a desvanecerse, y estuve meciéndola y canturreando en voz baja unos minutos, disfrutando mucho más de lo que parecía adecuado, y cuando me quedé convencido de que Lily Anne estaba dormida como un tronco, me levanté y la deposité con cuidado en la cuna, y la rodeé con la manta hasta convertirla en un pequeño nido.

Me acababa de acurrucar en mi propio nido, cuando el teléfono sonó. Al instante, Lily Anne se puso a llorar.

—Oh, Dios mío —dijo Rita, algo muy sorprendente viniendo de ella.

Teniendo en cuenta la hora, no había duda de quién podía ser. Era Deborah, por supuesto, que me llamaba por culpa de una nueva y espantosa emergencia, y conseguiría que me sintiera culpable si no saltaba al instante de la cama y corría a su lado. Por un momento, acaricié la idea de no contestar. Al fin y al cabo, era una mujer adulta, y ya era hora de que aprendiera a valerse por sí misma. Pero el deber y la costumbre me reanimaron las neuronas, combinados con un codazo de Rita.

—Contesta, Dexter, por el amor de Dios —me conminó, y lo hice por fin.

—¿Sí? —dije, y dejé que el mal humor asomara a mi voz.

—Te necesito aquí, Dex —anunció Deborah. Había auténtica fatiga en su voz, y también algo más, un rastro del dolor que había demostrado en los últimos tiempos, pero se trataba de un estribillo antiguo, y yo ya me había cansado de la canción—. Paso a recogerte ahora.

—Lo siento, Deborah —contesté con verdadera firmeza—. El horario laboral ha terminado y necesito estar con mi familia.

—Han encontrado a Deke —dijo, y por la forma de decirlo supe que no deseaba oír el resto, pero ella prosiguió de todos modos—. Está muerto, Dexter. Muerto, y devorado en parte.

Es una verdad trillada que los policías se vuelven insensibles, un tópico tan sobado que hasta es habitual en la televisión. Todos afrontan cada día cosas horripilantes, brutales y extravagantes, que ningún ser humano normal sería capaz de soportar a diario sin perder la cordura. Y por eso aprenden a no sentir nada, a cultivar y mantener una cara de póquer ante todas las cosas sorprendentes que sus congéneres humanos se infligen mutuamente. Todos los policías practican los no sentimientos, y es posible que los de Miami sean mejores que los demás, puesto que cuentan con muchas oportunidades de aprender.

Por lo tanto, siempre es un poco inquietante llegar a una escena del crimen y ver las caras serias y perturbadas de los uniformados que rodean la zona acotada. Y peor todavía pasar por debajo de la cinta y ver a los *cracks* forenses Vince Masuoka y Angel Batista-Nada-Que-Ver pálidos y mudos a un lado. Son personas que consideran la visión de un hígado humano al descubierto una rara oportunidad de practicar su ingenio, pero al parecer lo que habían visto aquí debía ser tan horroroso que no había espoleado su sentido del humor.

Todos los policías desarrollan una capa de indiferencia ante la presencia de la muerte, pero por algún motivo, si la víctima es otro agente de la ley, la capa de insensibilidad se agrieta y las emociones fluyen como savia de un árbol. Aunque se trate de un policía que a nadie le importaba nada, como Deke Slater.

Habían tirado su cuerpo detrás de un pequeño cine de Lincoln Road, al lado de una pila de madera vieja, lonas y un barril que rebosaba de bolsas de basura de plástico. Estaba tendido de espaldas, de una forma bastante teatral, sin camisa, con las manos enlazadas sobre el pecho, aferrando el asta de lo que parecía una sencilla estaca de madera, hundida en el tórax cerca del corazón.

Su rostro era una máscara de dolor, seguramente a causa de que le habían hundido la estaca en la carne y el hueso mientras todavía estaba vivo. Pero no cabía duda de que era Deke, pese a los pedazos de carne arrancados de su cara y brazos. Las marcas de los mordiscos eran visibles desde tres metros de distancia. Y hasta yo experimenté una diminuta punzada de compasión por el hombre cuando miré los restos del irritante y ridículamente apuesto ex compañero de mi hermana.

—Encontramos esto —dijo Debs. Estaba a mi lado sosteniendo una bolsa de plástico de pruebas con una hoja de papel blanco dentro. Había una mancha marrón rojiza de sangre seca en una esquina, pero cogí la bolsa y miré: en el papel había escrito un breve mensaje, con una letra grande y vistosa que podía proceder de cualquier impresora del mundo. Decía: DISCUTIÓ CON ALGUIEN QUE SE LO COMIÓ.

—No sabía que los caníbales eran tan listos —comenté. Deborah me miró, y toda la leve desesperación que había estado reprimiendo en los últimos tiempos

dio la impresión de asentarse sobre su rostro y empezar a arder.

—Sí —replicó—. Es muy divertido. Sobre todo para alguien como tú, aficionado a este tipo de cosas.

—Debs —protesté, mientras paseaba la vista a mi alrededor por si alguien la había oído. No había nadie cerca, pero a juzgar por su expresión, dudo que le hubiera importado.

—Por eso te necesito aquí Dexter —continuó, y había pasión en su voz cuando la alzó—. Porque se me ha agotado la paciencia con esta mierda, y se me han agotado los compañeros, y a Samantha Aldovar se le ha agotado el tiempo y necesito comprender esta mierda... —Hizo una pausa y respiró hondo, antes de proseguir en un tono más sereno—. Así que quiero coger a estos capullos y encerrarlos. —Me dio un golpe en el pecho con el dedo y bajó la voz, sin perder su intensidad—. Y ahí es donde entras tú. Tú —golpecito, golpecito— caes en trance, o hablas con el espíritu que te guía, o sacas tu tablero de güija, me da igual —apoyaba cada sílaba con un golpecito—, y —tú-lo-haces-ahora.

—La verdad, Deborah, no es tan sencillo.

Mi hermana era la única persona viva con la que había intentado hablar de mi Oscuro Pasajero, y creo que malentendía a propósito mi torpe descripción de aquella especie de voz que susurraba y acechaba en el sótano de mi inconsciente. Por supuesto, me había ayudado en el pasado con algunas buenas intuiciones, pero por lo visto Debs lo imaginaba como una especie de Sherlock oscuro al que podía convocar a mi capricho.

—Pues consigue que sea sencillo —replicó, y se alejó hacia la zona delimitada por cinta amarilla.

No hacía tanto me había considerado afortunado por tener una familia. Ahora, en el curso de una sola noche, había sido ninguneado por mi mujer y mis hijos, sustituido por mi hermano y arrojado a una sesión golfa de expectativas imposibles por mi hermana. Mi encantadora familia. Los habría cambiado a todos por un donut de mermelada decente.

De todos modos, continuaba al pie del cañón, y tenía que intentarlo. Así que respiré hondo y traté de expulsar mis nuevas emociones. Dejé en el suelo mi equipo y me arrodillé al lado del cuerpo desfigurado de Deke Slater, examiné con detenimiento las heridas de la cara y los brazos, casi con toda certeza causadas por dientes humanos y que presentaban algo de sangre seca..., lo cual significaba que las heridas habían sido infligidas mientras su corazón latía todavía. Comido vivo.

Había rastros de sangre que empezaban donde la estaca atravesaba el pecho y cubrían todo el torso desnudo, lo cual indicaba que también estaba vivo poco después de que se la clavarán. Era probable que la sangre hubiera empapado la camisa, y por eso se la habían quitado. O quizá les gustaban sus abdominales. Eso explicaría por qué faltaban algunos bocados.

Alrededor de las marcas de dientes en las heridas del estómago había una tenue mancha marrón. No creía que fuera sangre, y al cabo de un momento recordé el brebaje que habíamos encontrado en los Everglades. La bebida de la fiesta, un combinado de éxtasis y salvia. Saqué algunos instrumentos de recoger muestras del maletín, pasé con cuidado un cepillo sobre la mancha marrón y lo guardé en la bolsa de pruebas.

Examiné la herida del pecho, y después las manos, que aferraban con fuerza la estaca de madera. No había gran cosa que ver. Un pedazo de madera vulgar que podía proceder de cualquier sitio. Algunas uñas estaban sucias con algo oscuro, que tal vez había ido a parar allí durante la lucha, y mientras miraba e intentaba analizarlo a simple vista, me di cuenta de que me estaba comportando exactamente como el Oscuro Sherlock, y era una pérdida de tiempo. El resto del equipo forense peinaría la escena del crimen y haría esto mejor que yo a ojo de buen cubero. Lo que necesitaba, y lo que Deborah esperaba de mí, era una de mis intuiciones especiales, cierto entendimiento de las mentes retorcidas y malvadas que habían imaginado esta forma especial de matar a Deke. Siempre había sido capaz de ver estas cosas con algo más de claridad que los demás técnicos forenses, porque yo también era retorcido y malvado.

Pero ¿ahora? ¿Ahora que me había reformado, convertido en Dex-Papi? Que había ignorado y hasta desairado al Pasajero, ¿podría conseguirlo aún?

No lo sabía, y en verdad no quería averiguarlo, pero daba la impresión de que mi hermana no me había dejado otra alternativa. Como en cualquier otra situación que implicara a mi familia, mis limitadas opciones basculaban entre lo imposible y lo desagradable.

Así que cerré los ojos y escuché, esperé la astuta pista susurrada.

Nada. Ni un aleteo correoso, ni una insinuación de indiferencia ofendida, ni siquiera un rechazo enfurruñado casi silábico. El Pasajero estaba tan mudo como si jamás hubiera existido.

Oh, venga, dije en silencio al lugar donde habitaba. *Sólo estás malhumorado.*

Por fin, percibí un alboroto de altivo despecho, como si no valiera la pena contestar.

¿Por favor...?, pensé.

Por un momento no hubo respuesta, y después casi oí una especie de *Hmmph* reptiliano, un reordenar de alas, y después un eco sarcástico de mi propia voz (*y mantente alejado*), y luego el silencio, como si me hubiera colgado el teléfono.

Abrí los ojos. Deke seguía muerto y yo no tenía la más mínima idea de por qué lo habían matado al igual que antes de la frustrada minisesión con el Oscuro Pasajero. Me resultaba claro que en este asunto estaba solo.

Paseé la vista a mi alrededor. Deborah estaba detrás mío, a unos diez metros de distancia, y me miraba con airada expectación. No tenía nada que decirle, y

si bien ignoraba qué haría cuando se lo dijera, tuve la intuición de que abandonaríamos el territorio de los porrazos en el brazo para adentrarnos en algo nuevo y mucho más doloroso en potencia.

Bien, pues: la ciencia forense era para los demás, no había tiempo para ser diligente y el Pasajero se hallaba en un paréntesis enfurruñado: sólo quedaba la chiripa. Miré alrededor del cadáver. No había huellas reveladoras de zapatos hechos a medida para zurdos, nadie había dejado caer una caja de cerillas única en su género o una tarjeta de visita, y por lo visto Deke no había garabateado con sangre el nombre de su asesino. Continué paseando la vista a mi alrededor, y por fin algo llamó mi atención. En el montón de bolsas de basura que rebosaban del cubo situado junto a la puerta, observé que todas las bolsas eran industriales, de un tono marrón amarillento y semitransparentes. Pero una de ellas, embutida en la pila hacia la mitad, era blanca.

Lo más probable era que no significara nada: el servicio de limpieza se habría quedado sin bolsas, o alguien se había traído la basura de casa. Aun así, si tenía que confiar en la suerte, lo mejor sería arrojar los dados. Me levanté, intentando recordar el nombre de la antigua diosa romana de la suerte (¿Fortuna?). Daba igual. Estaba convencido de que sólo hablaba latín, y yo no.

Me acerqué con cautela a la pila de basura, pues no quería contaminar ninguna posible prueba que hubiera en el suelo, y me acuclillé de nuevo, acercando la cara a escasos centímetros de la bolsa blanca. Era más pequeña que las demás, una bolsa de basura casera normal. Todavía más interesante, ni siquiera estaba llena hasta la mitad. ¿Por qué alguien tiraría una bolsa de basura casi vacía? Al final de un día laborable, quizá, pero ésta se hallaba encajada debajo de otras tres o cuatro. O la habían tirado en algún momento sin apenas aprovecharla..., o alguien la había encajado en la pila después. ¿Y por qué no tirarla encima del montón? Porque alguien con mucha prisa había querido esconder esta bolsa, y lo había hecho fatal.

Saqué un bolígrafo del bolsillo y apreté la bolsa con la punta. Lo que había dentro era blando y cedía. ¿Tela? Apreté con un poco más de fuerza y la parte interior de la bolsa topó con algo, de modo que pude ver manchas rojo oscuro en lo que había dentro, y me estremecí involuntariamente. Era sangre. Estaba convencido. Y si bien no era una de las corazonadas inspiradas por el Pasajero, estaba bastante seguro de que la sangre no era de alguien que se hubiera cortado el dedo con la máquina de palomitas del cine.

Me levanté y miré a mi hermana. Seguía en el mismo sitio, todavía fulminándome con la mirada.

—Deborah, ven a mirar esto.

Salvó a toda prisa el espacio que nos separaba, y cuando volví a acuclillarme, me imitó.

—Mira —dije—. Esta bolsa es diferente de las demás.

—Cojonudo. ¿Esto es lo mejor que has conseguido?

—No. Esto. —Apreté la bolsa con el bolígrafo, y una vez más aparecieron a la vista bajo el plástico blanco las espantosas manchas rojas—. Puede que sea una coincidencia.

—Mierda —exclamó Debs con cierta violencia. Se levantó y miró hacia la barricada—. ¡Masuoka! ¡Ven aquí! —Vince la miró como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche—. ¡Muévete!

El hombre se acercó a toda prisa.

El procedimiento habitual está a un paso de distancia de ser un ritual, por eso siempre lo he considerado reconfortante. Me gusta hacer cosas que cuenten con reglas concretas y un orden establecido, porque eso significa que no he de preocuparme por fingir algo apropiado para la situación. Puedo relajarme y seguir los pasos correctos. Pero esta vez la rutina se me antojó pesada, absurda y frustrante. Quería abrir aquella bolsa, y me di cuenta de que estaba dando saltitos de impaciencia, mientras Vince la espolvoreaba lenta y metódicamente en busca de huellas dactilares: todo el cubo de basura, la pared de detrás, y después cada bolsa de basura que había sobre la blanca. Tuvimos que levantar cada una con las manos enguantadas, espolvorearlas, examinarlas con luz normal y después con ultravioleta, y después abrirlas con cuidado, sacar y examinar cada elemento. Trastos, basura, desperdicios, mierda. Cuando atacamos por fin la bolsa blanca, tenía ganas de chillar y cubrir de basura la cabeza de Vince.

Pero llegamos a ella por fin, y la diferencia quedó clara de inmediato, hasta para Vince, en cuanto la espolvoreó.

—Limpia —anunció, y me miró sorprendido. Las demás bolsas eran mosaicos de huellas dactilares grasientas y emborronadas. Ésta estaba tan imaculada como si la hubieran acabado de sacar de la caja.

—Guantes de goma —dije, y mi impaciencia estalló—. Vamos, ábrela. —Me miró como si le hubiera insinuado alguna indecencia—. ¡Ábrela!

Vince se encogió de hombros y empezó a desatar con cuidado el nudo de plástico.

—Qué impaciente —comentó—. Has de aprender a esperar, Pequeño Saltamontes. La paciencia es la madre de...

—Limitate a abrir la maldita bolsa —dije, lo cual me sorprendió a mí más que a Vince. Volvió a encogerse de hombros y quitó el lazo, al tiempo que lo guardaba con cuidado en una bolsa de pruebas. Me di cuenta de que me había acercado demasiado y me incorporé..., para toparme con Deborah, que estaba inclinada sobre mí. Ni siquiera parpadeó, sólo adoptó la postura que yo había dejado.

—Vamos, maldita sea —rezongó.

—Debéis ser parientes, o algo por el estilo —comentó Vince. Pero antes de que pudiera propinarle una patada, abrió la parte superior de la bolsa y empezó a

despegarla poco a poco. Introdujo la mano con cautela y, con una falta de celeridad verdaderamente irritante, empezó a sacar...

—La camisa de Deke —dijo Debs—. La llevaba esta tarde.

Me miró y yo asentí: recordaba la camisa, una guayabera beis salpicada de palmeras verde claro. Pero ahora exhibía un nuevo motivo, un espantoso remolino empapado de sangre, que se había mantenido húmedo dentro de la bolsa cerrada.

Vince extrajo lenta y cuidadosamente la camisa ensangrentada, y cuando estuvo del todo fuera, algo cayó al suelo con un ruido metálico y rodó hasta la puerta posterior del edificio.

—¡Mierda! —exclamó Deborah, y se puso en pie de un salto para seguir al objeto, hasta que se detuvo a escasa distancia. La seguí y, como llevaba guantes, me agaché y lo recogí.

—Déjame ver —dijo mi hermana, y yo lo extendí sobre la palma de mi mano.

No había mucho que ver. El objeto parecía una ficha de póquer, perfectamente redonda, con los bordes estriados como un engranaje. Pero era negra como el azabache, y en una cara había un símbolo dorado estampado en relieve. Recordaba a un siete, excepto por una raya que partía la pata vertical.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Debs con la vista clavada en el símbolo.

—¿Tal vez un siete europeo? Los hacen así a veces, con un palito horizontal.

—Vale, ¿y qué coño significa un siete europeo?

—No es un siete —dijo Vince. Se había colocado detrás de nosotros y estaba fisingando por encima del hombro de Deborah. Ambos le miramos—. Es una efe cursiva —explicó, como si fuera una verdad evidente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Deborah.

—Lo he visto antes. Ya sabes, en un club.

—¿Qué quieres decir? —insistió Debs, y Vince se encogió de hombros.

—Pues eso, la vida nocturna de South Beach. He visto estas cosas. —Contempló la ficha negra y dio unos golpecitos sobre ella con un dedo enguantado—. Efe.

—Vince —dije, y reprimí el ansia de rodear su garganta con las manos y estrujarla hasta que se le salieran los ojos de las órbitas—. Si sabes qué es esto, haz el favor de decírnoslo antes de que Deborah te pegue un tiro.

El hombre frunció el ceño y levantó ambas manos.

—Tómatelo con calma. Joder. —Le dio otro golpecito—. ¿Conoces Fang?^[4] ¿El club? —Algo me hizo cosquillas en el fondo de mi mente cuando lo dijo, pero antes de que pudiera rascarme, Vince dio otro golpecito a la ficha y continuó hablando—. No puedes entrar sin una de estas cosas, y es difícil conseguirlas. Yo lo intenté. Porque es un club privado. Está abierto toda la noche, después de que todos los demás cierran, y he oído que se montan unas fiestas de órdago.

Deborah contemplaba la ficha como si estuviera esperando a que hablara.

—¿Qué hacía Deke con esto? —preguntó.

—Tal vez le gustaba ir de parranda —sugirió Vince.

Mi hermana lo miró, y después miró el cadáver de Deke.

—Sí. Parece que estuvo en una fiesta *rave* de cojones. —Se volvió hacia Vince—. ¿Hasta qué hora está abierto ese local?

Él se encogió de hombros.

—Toda la noche. Hace honor a su nombre, pues ya sabes que los vampiros viven de noche. Y es privado, sólo para miembros. Así que pueden hacerlo.

Deborah asintió y me agarró el brazo.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde?

—¿A ti qué te parece? —rugió.

—No, espera un momento. —Esto era absurdo—. ¿Cómo llegó la ficha a la camisa de Deke?

—¿Qué quieres decir?

—La camisa no tiene bolsillo. Y no es el tipo de objeto que sujetas en la mano mientras te deshaces de un cadáver. Así que alguien metió la ficha en la bolsa. A propósito.

Deborah permaneció inmóvil un momento, sin ni siquiera respirar.

—Podría haber caído sin querer y...

Calló, cuando se dio cuenta de la estupidez que había dicho.

—Imposible —dijo—. Eso no te lo crees ni tú. Alguien quiere que vayamos a ese club.

—Muy bien. Pues iremos.

Negué con la cabeza.

—Eso es una locura, Debs. Tiene que ser una trampa.

Ella tensó la mandíbula y compuso una expresión testaruda.

—Samantha Aldovar está en ese club —dijo—. Voy a rescatarla.

—No sabes dónde está.

—Está allí —replicó entre dientes Debs—. Lo sé.

—Deborah...

—Joder, Dexter. Es la única pista que tenemos.

Una vez más, daba la impresión de que era el único capaz de ver la locomotora lanzada a toda velocidad hacia nosotros.

—Por el amor de Dios, Debs, es demasiado peligroso. Alguien puso esa ficha ahí para que fuéramos al club. O es una trampa, o es una pista falsa para despistarnos.

Pero Deborah se limitó a sacudir la cabeza y tiró de mi brazo.

—Me da lo mismo que sea una pista falsa. Es la única con la que contamos.

El club se hallaba en Ocean Drive, en South Beach, al borde de la zona que los programas de televisión siempre enseñan cuando quieren plasmar el rutilante mundo superguay de la vida nocturna de Miami. Todas las noches, entre semana, las aceras estaban abarrotadas de gente ataviada de la manera más sucinta, y la exhibición de cuerpos lograba dar la impresión de que había sido una buena idea. Paseaban y revoloteaban delante de hoteles *art déco* iluminados desde dentro con luces de neón, música a tope y multitudes de más gente parecida a la de fuera, que entraba y salía de los edificios en una especie de movimiento *browniano ultrachic*. Unos años antes, esos mismos edificios eran hoteles baratos para jubilados, llenos de ancianos que apenas podían andar y habían ido al sur para morir al sol. Ahora, una habitación que antes costaba cincuenta dólares la noche multiplicaba su precio por diez, y la única diferencia consistía en que los inquilinos eran más guapos y los edificios habían salido en la televisión.

Incluso a esta hora de la noche había gente en las aceras, pero eran los últimos supervivientes, los que habían prolongado demasiado la fiesta y no conseguían recordar cómo volver a casa, o aquellos que no querían dar por concluida la velada y echar a perder la sensación de bienestar, incluso después de que todos los clubes hubieran cerrado.

Todos salvo uno: Fang se encontraba al final de la manzana, en un edificio que no estaba tan oscuro y silencioso como los demás, aunque la fachada era discreta para South Beach. Pero en el callejón que se veía al final había un destello de luz negra y un cartel relativamente pequeño, que anunciaba FANG con una especie de letra neogótica y, por supuesto, la efe era igual que la exhibida en la ficha negra encontrada en la camisa de Deke. El cartel colgaba sobre una puerta tenebrosa que daba la impresión de estar pintada de negro y tachonada de clavitos plateados metálicos, como la puerta de una mazmorra imaginada por un adolescente.

Deborah no se molestó en buscar un sitio para aparcar. Subió el coche a la acera, bajó y se mezcló con la muchedumbre, cada vez más escasa. Yo bajé a toda prisa, pero ya estaba a mitad del callejón cuando la alcancé. Al acercarnos más a la puerta empecé a notar una vibración rítmica en los pliegues de mi cerebro. Era un sonido irritante e insistente que parecía proceder de mi interior y exigir que hiciera algo, ya, sin lanzar sugerencias concretas al respecto. Retumbaba sin cesar, al doble de la velocidad de un corazón sano, y se convirtió en un sonido real sólo cuando nos plantamos por fin ante la lustrosa puerta negra.

Había un pequeño letrero con letras doradas en relieve, con el mismo tipo de letra de la ficha y el letrero de encima de la puerta. Anunciaba: CLUB PRIVADO, SÓLO PARA SOCIOS, lo cual no pareció impresionar a Deborah. Agarró el pomo y lo giró. La puerta continuó cerrada. Le dio un empujón con el

codo, pero no se abrió.

Pasé la mano por delante de ella.

—Perdón —dije, y oprimí el botoncito encajado en el marco de la puerta debajo del letrero. Ella frunció los labios irritada, pero no dijo nada.

Al cabo de escasos segundos la puerta se abrió, y padecí un brevísimo momento de desorientación. El hombre que nos abrió y que nos estaba mirando era casi un gemelo clavado de Lurch, el viejo mayordomo de la serie televisiva *La familia Addams*. Mediría casi dos metros diez e iba vestido de mayordomo, con chaqué y todo. Por suerte para mi sensación de irrealidad, cuando nos habló lo hizo con una voz aguda de fuerte acento cubano.

—¿Qué quieren? —preguntó.

Deborah alzó su placa. Tuvo que sostenerla en el aire estirando el brazo al máximo, para acercarla a la cara de Lurch.

—Policía —replicó—. Déjenos entrar.

Lurch apoyó un largo dedo nudoso sobre el cartel que decía CLUB PRIVADO.

—Es un clu privao —dijo.

Deborah le miró, y pese al hecho de que era casi sesenta centímetros más alto que ella e iba vestido de una manera mucho más elegante, retrocedió medio paso.

—Déjeme entrar, o volveré con una orden judicial y la *migra*, y se arrepentirá de haber nacido.

Y ya fuera por la amenaza de la *migra* o por la magia de la mirada de Deborah, el hombre se apartó a un lado y nos abrió la puerta. Mi hermana guardó la placa y entró como una exhalación, y yo la seguí.

Dentro del club, el sonido que había resultado irritante fuera se convirtió en una pura agonía de ruido abrumador. Sobre el ritmo torturante cabalgaba un sonido electrónico aflautado, dos notas tocadas juntas que no llegaban a armonizar del todo, pero que formaban una pauta de diez segundos repetida una y otra vez. Cada dos o tres veces que se repetía la pauta, una voz profunda distorsionada electrónicamente susurraba algo por encima de la música, grave, perverso y sugerente, y se parecía muchísimo a la voz que casi llegaba a oír del Pasajero.

Recorrimos un corto pasillo en dirección al lugar del que procedía el espantoso fragor, y cuando estuvimos más cerca vi las oscilaciones reflejadas de lo que parecía una luz estroboscópica, salvo que la luz era negra. Alguien gritó: « ¡Uh! », y las luces viraron a un tono rojo vino, parpadearon con celeridad, y después, cuando una nueva y más horrible « canción » empezó, la luz cambió a un blanco deslumbrante, y luego a la ultravioleta de nuevo. El ritmo no se detenía ni se alteraba nunca, pero las dos notas aflautadas adoptaron una nueva pauta, acompañada de un chirrido pasmoso que podía ser una guitarra eléctrica

distorsionada y mal afinada. Y después, otra vez la voz, en esta ocasión audible: « Bébelo », decía, y varias voces gritaron en respuesta: « ¡Uh! », además de otras sílabas de aliento modernas, y cuando llegamos a la entrada, la profunda voz maligna lanzó una risita de película de terror antigua: « Moo-jajajajá », y entonces apareció ante nosotros la sala principal del club.

A Dexter nunca le han gustado mucho las fiestas: las concentraciones numerosas de gente consiguen que me sienta muy agradecido de no estar regido por impulsos humanos. Pero jamás había visto un ejemplo más convincente del error que supone intentar divertirse con los demás, y hasta Deborah se paró en seco un momento, en un vano intento de asimilar lo que estaba viendo.

A través de una espesa bruma de incienso vimos que la sala estaba atestada de personas, casi todas menores de treinta años, en apariencia, y todas vestidas de negro. Se retorcián en la pista al ritmo del horrible estruendo, los rostros contorsionados en expresiones de vidrioso delirio, y mientras la luz negra destellaba, iluminaba los colmillos afilados de muchos de los participantes, de manera que sus dientes centelleaban de una forma siniestra.

A mi derecha había una plataforma elevada, y de pie en medio de ella, que giraba poco a poco sobre dos placas giratorias enfrentadas la una a la otra, había dos mujeres. Ambas llevaban el pelo oscuro largo y tenían la piel muy pálida, que se teñía casi de verde por obra de las luces parpadeantes que las bañaban. Llevaban lustrosos vestidos negros que parecían pintados sobre su cuerpo, de cuello alto que cubría por completo su garganta, y delante exhibían un escote en forma de diamante que dejaba al descubierto la zona que separaba sus pechos. Estaban muy juntas, y cuando daban la vuelta sus caras se rozaban y se acariciaban las yemas de los dedos.

A un lado de la sala colgaban tres gruesas cortinas de terciopelo, y cuando miré, una de ellas se abrió y reveló un hueco que albergaba a un hombre adulto vestido de negro. Sujetaba a una joven del brazo y se secaba la boca con la otra mano. Por un momento, un destello de las luces se reflejó sobre algo que llevaba la mujer en el hombro desnudo, y una vocecilla me susurró que era sangre, pero la mujer sonrió al hombre y apoyó la cabeza sobre su brazo, y él la condujo hacia la pista de baile. Desaparecieron entre la muchedumbre.

Al fondo de la sala había una fuente gigantesca. Un líquido oscuro manaba de ella, iluminado desde abajo por una luz de colores que pulsaba y viraba de un color a otro al ritmo incesante de la música. Y de pie detrás de la fuente, e iluminado desde abajo por una terrible luz azul teatral, se hallaba nada más y nada menos que Bobby Acosta. Sostenía en alto con ambas manos una enorme copa dorada, cuya parte delantera estaba adornada con una enorme joya roja, y derramaba parte de su contenido en todas las copas que le acercaban los bailarines cercanos. Su sonrisa era un poco forzada, evidentemente para poder exhibir sus caras coronas puntiagudas obra del doctor Lonoff, y cuando levantó el

cáliz sobre la cabeza y paseó la vista muy satisfecho alrededor de la sala, sus ojos se posaron en Deborah y se quedó petrificado, lo cual provocó por desgracia que el cáliz se derramara sobre su cabeza y se le metiera el contenido en los ojos. Varios participantes elevaron sus copas con un gesto imperioso y dieron saltitos en su sitio, pero Bobby continuó mirando a mi hermana, para después dejar caer el cáliz y salir corriendo por un pasillo.

—¡Cabrón! —gritó Deborah, y se lanzó hacia la pista de baile, y yo no tuve otro remedio que zambullirme en el rebaño enloquecido.

Los bailarines se movían en una misma dirección, formando una masa apretujada, y Deborah intentaba abrirse paso en línea recta para llegar al pasillo por el que había desaparecido Bobby Acosta. Nos agarraron varias manos, y una con uñas pintadas de negro acercó una copa a mi cara y derramó algo sobre la pechera de mi camisa. Miré a quién pertenecía y vi que se trataba de una esbelta joven vestida con una camiseta que decía TEAM EDWARD. Se humedeció los labios pintados de negro, y después me golpearon con fuerza por detrás, y me volví hacia mi hermana. Un tipo grandote y de mirada alelada, con capa y sin camisa, agarró a Debs e intentó abrirle la blusa. Ella se detuvo el tiempo necesario para plantar los pies y asestar un directo en la mandíbula del individuo, que se derrumbó. Varias personas cercanas emitieron chillidos de felicidad y empezaron a empujar con más fuerza, y el resto de la horda les oyó y dio la vuelta, y en un periquete estaban todos empujando en nuestra dirección y cantando rítmicamente: « ¡Hai! ¡Hai! ¡Hai! », o palabras a tal efecto, y poco a poco nos vimos obligados a retroceder, de vuelta a la puerta custodiada por Lurch, la que habíamos utilizado para entrar.

Deborah se revolvó, y vi que sus labios se movían de la forma adecuada para formar algunas de sus palabras malsonantes favoritas, pero no sirvió de nada. Nos estaban expulsando lenta pero incesantemente de la pista de baile, y a medida que nos acercábamos al lugar por donde habíamos entrado, unas manos muy fuertes aferraron nuestros hombros por detrás y nos sacaron de la sala como si fuéramos niños, hasta depositarnos en el pasillo.

Me volví hacia nuestros rescatadores y vi a dos tipos de un tamaño excepcional, uno blanco y otro negro, ambos con enormes músculos esculpidos que sobresalían de sus camisas de esmoquin sin mangas. El negro llevaba una coleta negra y reluciente sujeta con lo que parecía una ristra de dientes humanos. El blanco tenía la cabeza afeitada y de una oreja le colgaba una calavera muy grande; daba la impresión de que ambos estaban dispuestos a separarnos la cabeza del cuerpo si alguien les daba la orden.

Y entre ellos, mientras nos miraban con una especie de aburrida atención, se interpuso alguien que parecía capaz de sugerir aquello. Si el portero era Lurch, aquí estaba Gómez Addams en persona: cuarentón, pelo negro, el traje de raya diplomática, la rosa rojo sangre ceñida en la solapa y el bigotito. Pero se trataba

de un Gómez muy enfadado, y señaló con el dedo a Deborah mientras gritaba para hacerse oír por encima de la música.

—¡No tienen derecho a entrar aquí! ¡Esto se llama acoso y le meteré una demanda de cojones!

Me miró y desvió la vista, y después volvió a mirarme y nuestros ojos se quedaron trabados un instante, y de repente una corriente de aire gélido se insinuó en el aire viciado del club, y un tenue jadeo correoso vibró en mi interior cuando el Pasajero se incorporó y susurró una advertencia, y algo negro y reptiliano se formó en el aire entre nosotros y una pequeña pieza de un rompecabezas abandonado aleteó en mi cerebro. Recordé dónde había oído hablar de Fang antes: en mi archivo recién triturado de posibles compañeros de juegos. Y ahora ya sabía quién era este otro depredador.

—George Kukarov, supongo.

Vi que Deborah me miraba sorprendida, pero daba igual. Lo único que importaba era que los dos Oscuros Pasajeros se habían encontrado y estaban intercambiando advertencias sibilantes.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Kukarov.

—Voy con ella —dije, y aunque lo dije en tono dócil, la frase contenía un mensaje que sólo podía captar otro depredador, y el mensaje era: *Déjala en paz o te las verás conmigo*.

Kukarov me miró, y capté un rugido lejano, inaudible, de monstruos ocultos.

—¡Dile a este gilipollas que me quite las manos de encima! —dijo Deborah—. ¡Soy agente de policía!

Y el hechizo se rompió cuando Kukarov arrancó sus ojos de mí y desvió la vista hacia Debs.

—No tiene derecho a estar aquí —siseó, y luego se puso a gritar, para obrar un mejor efecto—. ¡Esto es un club privado y usted no está invitada!

Deborah utilizó el mismo volumen y escupió su veneno.

—Tengo motivos para creer que se ha producido un delito en este establecimiento... —empezó, pero Kukarov la interrumpió.

—¿Tiene un motivo justificado? —rugió—. No lo tiene. —Deborah se mordió el labio—. ¡Mis abogados se la comerán viva! —El gorila blanco pensó que el comentario era muy divertido, pero Kukarov le fulminó con la mirada, borró su sonrisa de suficiencia, y el hombre volvió a clavar la vista en el frente—. ¡Salga de mi club ahora mismo!

Indicó la puerta. Los dos gorilas avanzaron, nos agarraron por los codos a Deborah y a mí y nos llevaron más o menos a rastras por el corto pasillo. Lurch abrió la puerta y nos arrojaron a la acera. Ambos conseguimos evitar caer de cabeza, pero por poco.

—¡Manténgase alejada de mi club! —gritó Kukarov, y me volví a mirar justo a tiempo de ver que Lurch exhibía una amplia sonrisa y cerraba la puerta de

golpe.

—Uf —dijo mi hermana—, parece que te equivocaste.

Lo dijo con tal calma que la miré muy preocupado, pensando que se habría dado un golpe en la cabeza durante la escaramuza..., porque las dos cosas que más le importaban en el mundo eran la autoridad de su placa y no permitir que nadie la chuleara, y ambas cosas habían sido pisoteadas. No obstante, estaba de pie en la acera y se sacudía el polvo como si no hubiera pasado nada, y yo estaba tan estupefacto que sus palabras tardaron un momento en registrarse en mi cerebro. Cuando lo hicieron, no me parecieron las pertinentes.

—¿Qué me equivoqué? —pregunté, con la sensación de haberme enzarzado en un diálogo para besugos—. ¿Qué quieres decir?

—¿A quién echan a patadas de una trampa? —preguntó. Tardé un segundo en comprender a qué se refería, y para entonces ella ya había continuado—. ¿Qué clase de pista falsa viene aderezada con un par de gorilas que nos ponen de patitas en la calle al cabo de dos minutos?

—Bien...

—¡Maldita sea, Dexter! ¡Algo está pasando ahí dentro!

—Muchas cosas, en realidad —admití, y me atizó un puñetazo en el brazo. Era estupendo ver que había recuperado los ánimos, pero por otra parte me dolía mucho.

—¡Hablo en serio! O alguien la pifió y esa ficha cayó por accidente, lo cual es una estupidez, o bien...

Hizo una pausa y comprendí a qué se refería. No cabía duda de que teníamos entre manos un «o bien», pero ¿cuál? Esperé cortésmente a que me lo proporcionara, y como no lo hizo, intervine por fin.

—O bien... alguien relacionado con esto quiere que investiguemos lo que está pasando sin que nadie más se entere.

—Exacto —dijo Deborah, y se volvió para mirar con furia la lustrosa puerta negra. La puerta ni siquiera se inmutó—. Lo cual significa que tú vas a volver a entrar —dijo con aire pensativo.

Abrí la boca, pero sólo salió aire, y al cabo de un momento me vi obligado a creer que no la había entendido bien.

—¿Perdón? —dije, y admito que la voz me salió un pelín aflautada.

Deborah asió mis brazos y me sacudió.

—Vas a volver a entrar en el club para descubrir lo que ocultan.

Liberé mis brazos de su presa.

—Debs, esos dos gorilas me matarán. Para ser sincero, con uno solo de ellos bastaría y sobraría.

—Por eso entrarás más tarde —dijo, casi como si estuviera sugiriendo algo razonable—. Cuando el club esté cerrado.

—Ah, bueno. Así no entraré ilegalmente ni me darán una paliza. Sólo será

allanamiento de morada y me matarán a tiros. Estupenda idea, Deborah.

—Dexter —insistió, y me miró con una intensidad que no había empleado conmigo desde hacía mucho tiempo—. Samantha Aldovar está ahí. Lo sé.

—No puedes saberlo.

—Pero lo sé. Lo presiento. Maldita sea, ¿crees que eres el único que tiene una voz dentro? Samantha Aldovar está ahí dentro, y se le está acabando el tiempo. Si nos rendimos, la matarán y la devorarán. Y si perdemos el tiempo y seguimos las vías reglamentarias, y luego pedimos un Equipo de Respuesta Especial y todo lo demás, la chica desaparecerá y acabará muerta. Lo sé. Ella está ahí, Dex. Es un presentimiento muy fuerte. Nunca he estado más segura de algo.

Todo era fascinante, pero aparte de uno o dos problemas sin importancia de su razonamiento (cómo lo sabía, por ejemplo), existía un error garrafal.

—Debs, si estás tan segura, ¿por qué no hacerlo bien, obtener una orden judicial? ¿Por qué he de ser yo?

—Es imposible conseguir una orden judicial a tiempo. No hay causa probable —dijo, y me alegró saberlo, pues podía significar que no estaba loca del todo—. Pero puedo confiar en ti.

Me dio unas palmaditas en el pecho, y noté cierta humedad. Bajé la vista y observé que había una mancha marrón grande en la pechera, y recordé la chica que había derramado la bebida encima de mí en la pista de baile.

—Escucha —dije, y señalé la mancha—. Ésta es la misma materia que encontramos en los Everglades: salvia y éxtasis. Sé que es la misma materia —dije, para demostrarle que dos podían jugar al mismo juego—. Y es ilegal. Con esta muestra, tienes causa probable, Debs.

Pero ya estaba negando con la cabeza.

—Obtenida de manera ilegal. Y cuando acabemos de discutir la jugada delante de un juez, será demasiado tarde para Samantha. Es la única forma, Dex.

—Pues hazlo tú.

—No puedo. Si me pillaran, perdería mi empleo, tal vez incluso iría a parar a la cárcel. A ti sólo te caerá una multa..., y yo la pagaré.

—No, Debs. No pienso hacerlo.

—Es necesario, Dex.

—No. De ninguna manera.

Y así es como me encontré sentado en el coche de Deborah unas horas después, mientras vigilaba la puerta del club Fang. Al principio, no hubo gran cosa que ver. La gente iba saliendo a cuentagotas, y se alejaba por la calle o subía a un coche y se marchaba. Por lo que vi, nadie se convirtió en murciélago ni salió volando en una escoba. Nadie se fijó en nosotros, pero Deborah había aparcado el coche en un lugar oscuro al otro lado de la calle, a la sombra de una furgoneta de reparto subida a la acera. No dijo gran cosa, y yo continuaba demasiado molesto para intercambiar trivialidades.

Era el caso de Deborah, y era la corazonada de Deborah, pero no obstante era yo quien se estaba preparando para cometer una estupidez. Ni siquiera estaba de acuerdo con ella en que era menester hacerlo, pero sólo porque era su hermano, y adoptivo, encima, tenía que hacerlo. No pido justicia, no soy tan ingenuo. Pero ¿las cosas no deberían ser lógicas, al menos? Vivo y trabajo a destajo para pasar desapercibido, obedecer las normas y ser comprensivo, y sin embargo, cuando llega el momento de que el puro estalle, siempre soy yo el que le está dando caladas.

Pero era absurdo seguir discutiendo. Si me negaba a entrar en el club, lo haría Deborah, y tenía razón: como agente de la ley, iría a la cárcel si la pillaban, mientras que yo sería condenado probablemente a prestar servicios a la comunidad, recoger basura en un parque o enseñar a hacer calceta a chicos descarriados. Y la estancia de Deborah en la UCI debido a la cuchillada era demasiado reciente para permitir que corriera algún peligro, lo cual, estoy seguro, ella ya había sopesado. De modo que era Dexter lanzado por la borda, y punto.

Justo antes de amanecer, el letrero situado encima de la puerta del club se apagó y mucha gente salió al mismo tiempo, y después no pasó nada de nada durante media hora. Hacia el horizonte el cielo empezó a iluminarse y un pájaro se puso a cantar, lo cual demostraba lo poco que sabía. El primer corredor pasó por Ocean Drive, y una furgoneta de reparto se alejó con un bramido. Y por fin la puerta negra se abrió y salió Lurch, seguido de los dos gorilas, Bobby Acosta y un par de esbirros que no había visto antes. Unos minutos después, Kukarov en persona salió, cerró con llave la puerta y subió a un Jaguar aparcado a media manzana de distancia. El coche se encendió a la primera, lo cual contradecía todo lo que yo había oído sobre los Jaguars, y Kukarov se alejó en el amanecer en busca de Morticia y un plácido día de descanso en su cripta.

Miré a Deborah, pero se limitó a negar con la cabeza, de modo que esperé un poco más. Un brillante dedo de luz anaranjada asomó sobre el mar, y de repente nació un nuevo día. Tres jóvenes con bañadores diminutos pasaron hablando en alemán y se encaminaron hacia la playa. Cavilé sobre el sol naciente y, en un

arranque de optimismo inspirado por la aurora, decidí que contaba con una probabilidad entre tres de que no fuera mi último día sobre la tierra.

—De acuerdo —dijo Deborah por fin, y la miré—. Ha llegado la hora.

Miré el club. A mí no me parecía que fuera la hora; tal vez hora de acostarse, en todo caso, pero no de entrar a hurtadillas en la guarida del dragón, y menos a plena luz del día. Dexter necesita sombras, oscuridad, chorros de luz de luna. No una luminosa mañana en la Titilante Capital del Mundo Occidental. Pero, como de costumbre, no se me brindaba otra alternativa.

—Podría haber alguien dentro. Un guardia —dijo—. De modo que ten cuidado.

No me sentía con ganas de honrar un comentario de esa guisa con una respuesta, de modo que me limité a respirar hondo y a tratar de convocar la oscuridad para prepararme.

—Tienes el teléfono, ¿verdad? —continuó Debs—. Si hay problemas, o si la ves y está, digamos, vigilada, llama al nueve-uno-uno y sal de ahí. Debería ser sencillo.

—No tan sencillo como estar sentado en el coche —repliqué, y admito que estaba irritado. Para colmo, Debs había desarrollado de repente verbosidad. ¿Cómo puede alguien llamar a su Pasajero si todo el mundo quiere charlar?

—Vale. Lo único que digo es que seas precavido, ¿de acuerdo?

Estaba muy claro que el parloteo no iba a parar, de modo que apoyé la mano en la puerta.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. ¿Qué podría pasar por irrumpir en un nido de vampiros y canibales que ya han secuestrado y asesinado a varias personas?

—Joder, Dexter —dijo Deborah, pero no sentí piedad.

—Al fin y al cabo, llevo un móvil. Si me pillan, amenazaré con enviar mensajes de texto.

—Vale, mierda.

Me dispuse a salir del coche.

—Abre el maletero —le dije.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Abre el maletero del coche —repetí.

Intentó balbucear algo, pero yo ya había bajado del coche y me dirigía hacia el maletero. Lo abrí, cogí la palanca para desmontar neumáticos y la guardé en un bolsillo trasero del pantalón, al tiempo que ocultaba el mango con la falda de la camisa. Cerré el maletero y me acerqué a la ventanilla de Deborah. La bajó.

—Adiós, hermanita. Dile a mamá que morí como un hombre.

—Por los clavos de Cristo, Dexter —dijo, y yo crucé la calle, mientras ella continuaba mascullando blasfemias que expresaban su preocupación.

La verdad, confiaba en que fuera tan sencillo como Deborah creía. Entrar sería bastante fácil para alguien con mis modestas habilidades: había entrado por la fuerza en muchos sitios, con el ánimo de practicar mis inocentes pasatiempos, que parecían mucho más difíciles que éste, y la mayoría estaban habitados por monstruos de verdad, no como estos *frikis* de Halloween, con sus capas operísticas y falsos dientes. A la luz del sol de la mañana que se derramaba sobre South Beach, se me antojaba muy difícil tomarme en serio sus jueguecitos adolescentes.

También era sorprendentemente difícil conectarse *online* con el Oscuro Pasajero. Necesitaba de veras la suave voz que me guiara, la capa invisible de oscuridad interior, que sólo el Pasajero era capaz de proporcionar, pero a pesar del breve aleteo de alarma en el club, por lo visto el enfado no se había pasado. Me detuve al final de la calle y cerré los ojos, apoyé la mano sobre el poste del teléfono y pensé: *Hola. ¿Hay alguien en casa?* Alguien estaba en casa, pero no le apetecían visitas: percibí un lento y sedoso aleteo, como si se hubiera limitado a volver a cruzar las piernas y esperara a que pasara algo bueno. *Venga*, pensé. Pero nada.

Abrí los ojos. Un camión pasó por Ocean Drive, con la radio emitiendo salsa a un volumen excesivo. Pero fue la única música que oí. Por lo visto, me las tendría que apañar solo.

Vale, pues: cuando las cosas se complican, ya se sabe... Hundí las manos en los bolsillos y empecé a dar la vuelta al edificio como si no tuviera ningún sitio adonde ir y sólo estuviera paseando. Ostras, mira las palmeras. No hay nada parecido en Iowa. ¡Caray!

Di la vuelta al edificio una vez, y lo examiné sin dar otra impresión que la de pasear y admirar el lugar. Por lo que vi, nadie se tomó la molestia de quedarse impresionado por mi Inocente Actuación, pero nunca está de más ser cauteloso, de modo que seguí interpretando el papel de turista durante unos cuantos minutos más. El edificio ocupaba toda la manzana, y recorrí los cuatro lados. El punto vulnerable era evidente: en un callejón corto y estrecho situado al otro lado de la puerta del club había un contenedor de basura. Estaba al lado de una entrada que conducía sin duda a la cocina del club. La puerta estaba oculta a la vista, a menos que alguien se situara en la boca del callejón.

Saqué la mano derecha del bolsillo y dejé caer «por accidente» unas cuantas monedas sobre la acera y, cuando me agaché para recogerlas, paseé la vista a mi alrededor. A menos que hubiera alguien provisto de prismáticos en un tejado, nadie me estaba mirando. Dejé treinta y siete centavos en la acera y entré a toda prisa en el callejón.

La oscuridad era mayor en el estrecho callejón, pero eso no alentó al Pasajero a entablar conversación, y corrí hacia el contenedor más solo que la una. Llegué a la puerta de atrás en un periquete y la examiné. Tenía dos

cerraduras con pestillo de resorte, lo cual era desalentador. Podría haberlas abierto fácilmente con un poco de tiempo y mi colección de herramientas muy especiales, pero no contaba con nada de eso, y la palanca no serviría: la puerta estaba descartada. Tendría que colarme dentro por otra entrada menos elegante.

Alcé la vista hacia al edificio. Sobre la puerta había una hilera de ventanas, espaciadas cada metro y medio o dos, que seguía el lado del edificio que daba a la calle. Era fácil alcanzar la segunda de mi izquierda desde lo alto del contenedor, y una persona ágil podría izarse y colarse a través de la ventana sin demasiadas dificultades. Ningún problema. Dexter es hábil, y suponiendo que pudiera abrir la ventana sería sencillo.

El contenedor tenía dos tapas, una al lado de la otra, y una estaba abierta. Apoyé ambas manos sobre el lado cerrado, y algo salió volando de la abertura con un horrible chillido y rozó mi oreja, y me quedé paralizado de terror hasta darme cuenta de que era un gato. Estaba hecho un asco, tiñoso y esquelético, pero aterrizó no muy lejos, arqueó el lomo y me maulló con pose perfecta de Halloween. Le miré, y por un segundo pensé que habían puesto de nuevo la música en el club, hasta caer en la cuenta de que el estruendo eran los latidos de mi corazón. El felino dio media vuelta y salió del callejón, yo me apoyé en el contenedor y respiré hondo, y el Pasajero se removió lo suficiente para dedicarme una risita como diciendo: *Que eso te sirva de lección*.

Tardé un momento en recuperarme, y entonces, sólo por si acaso, miré dentro del contenedor. Al parecer, no había nada más dentro, salvo basura, lo cual consideré un acontecimiento muy positivo. Me icé sobre el lado cerrado, miré una vez más hacia la boca del callejón para asegurarme de que nadie estaba observando, alcé la mano y toqué la ventana. La empujé y se movió un poco. Buena noticia: eso significaba que no estaba claveteada, o bien atrancada debido a demasiados años de manos de pintura descuidadas.

No veía la parte superior del marco de la ventana, pero tampoco distinguí ningún sensor de alarma, lo cual significaba otra buena noticia, aunque no demasiado sorprendente. Casi todos los sitios ahorran un poco de dinero en la suposición de que cualquier allanamiento tendrá lugar a través de la planta baja. Es agradable saber que hasta los vampiros pueden ser tacaños.

Cogí la palanca y estuve a punto de dejarla caer. Habría golpeado la tapa del contenedor con un estruendo suficiente para despertar a todo el barrio, y me di cuenta de que tenía las manos resbaladizas a causa del sudor. Esta experiencia era nueva para mí. Siempre había mantenido la frialdad y la calma, pero entre el malhumor del Pasajero y la levitación del gato asilvestrado tenía la impresión de estar sumergido en una especie de estofado. El sudor era comprensible, desde luego, estábamos en Miami. Pero ¿sudar a causa del miedo? ¿Dexter el Oscuro y Gallardo, el Rey de la Sangre Fría? No era una buena señal, y me detuve una vez más para respirar hondo, hasta que deslicé la palanca entre la ventana y la parte

inferior del marco.

Tiré del mango de la palanca, al principio con suavidad, y después con fuerza cada vez mayor, cuando la ventana se negó a moverse. No quería tirar con demasiada violencia, pues cabía la posibilidad de que todo el marco cediera, lo cual destrozaría el cristal y haría tanto ruido como si arrojara una docena de palancas sobre la tapa del contenedor. Tiré durante unos diez segundos, aumentando poco a poco la presión, y justo cuando pensaba que debería probar otra cosa, se oyó un *¡pop!* Y la ventana se elevó. Me quedé muy quieto un momento, escuchando por si detectaba movimientos, gritos o alarmas que se disparaban. Nada. Me icé, pasé a través de la ventana y la cerré a mi espalda.

Me levanté y paseé la vista a mi alrededor. Estaba en un vestíbulo que moría en la calle de mi izquierda y conducía a una esquina a la derecha. Había una puerta en el pasillo, y me acerqué a ella con sigilo. Tenía una cerradura con pestillo de resorte, pero sin pomo. Empujé con suavidad y la puerta se abrió. La habitación estaba completamente a oscuras, pero perduraba un tenue olor a Lysol y orina, y sospeché que se trataba de un lavabo. Entré, cerré la puerta y encontré un interruptor tanteando la pared. Lo encendí. De hecho, era un pequeño lavabo, con una pila, el retrete y un armario empotrado en la pared. Sólo por ser concienzudo abrí el armario y no descubrí nada más siniestro que papel higiénico. No había nada más en la habitación, ningún lugar en el que poder esconder un cuerpo, vivo o muerto, así que apagué la luz y volví al vestíbulo.

Me dirigí de puntillas a la esquina, donde me detuve y paseé la vista a mi alrededor con cautela. El vestíbulo se hallaba desierto, iluminado por una sola lámpara de seguridad empotrada sobre una puerta en mitad del mismo. Había otras dos puertas en el pasillo, y lo que parecía la parte superior de una escalera al final.

Doblé la esquina y me encaminé hacia la primera puerta de mi izquierda. Giré el pomo con lentitud y cautela, y se abrió. Entré y, una vez más, cerré la puerta a mi espalda y tanteé la pared en busca del interruptor de la luz. Lo localicé y accioné. La luz era más tenue que la de la lámpara de seguridad del vestíbulo, pero suficiente para iluminar una habitación particular. Había una pantalla plana de televisión en la pared izquierda y un sofá largo y bajo apoyado contra la derecha, con una mesita auxiliar delante. Detrás del sofá había una barra de bar de mármol verdoso, con una pequeña nevera debajo. Una cortina de terciopelo rojo colgaba sobre la pared del fondo.

Me acerqué a la barra. Había unas cuantas botellas, pero en lugar de vasos vi un estante con algo parecido a vasos de precipitados. Levanté uno. Era un vaso de precipitados de arcopal. En un lado había grabado: BANCO DE SANGRE FIRST NATIONAL en letras doradas.

Descorrí la cortina de terciopelo. Había una puerta detrás y la abrí, apartando la cortina para poder mirar en el interior. Era un pequeño armario, que sólo

contenía útiles de limpieza: escoba, fregona y cubo, y una bolsa con trapos. Cerré la puerta y corrí la cortina.

La siguiente puerta del pasillo estaba a la derecha, sobre el dintel había una luz de seguridad. Estaba cerrada con llave, y la dejé para más tarde. Continué por el pasillo hasta la última puerta de la izquierda. La abrí. Entré y descubrí otra sala privada, un duplicado virtual de la primera.

Debía ocuparme de la puerta cerrada con llave. La razón me decía que cualquier cosa digna de verse estaría a buen recaudo, pero también me decía que la cerradura sería buena, y no conseguiría abrirla sin dejar diversos rastros de que había pasado por allí, y hasta era posible que alguna alarma se disparara. ¿Quería continuar siendo invisible, o si encontraba a Samantha Aldovar daría igual que alguien se enterara de mi intervención? No había hablado del asunto con Deborah, y acababa de convertirse en una pregunta importante. Medité al respecto, y al cabo de tan sólo un momento de devanarme los sesos, decidí que había ido para encontrar a Samantha y tenía que mirar en todas partes, sobre todo en sitios vedados a la curiosidad ajena, como detrás de esta puerta cerrada con llave.

De modo que me armé de valor y me dispuse a forzar la puerta con la palanca. Intenté ser silencioso y dejar las menos marcas posibles, pero triunfé antes en lo primero que en lo segundo, y cuando conseguí abrir la puerta daba la impresión de que había sido atacada por una manada de castores rabiosos. De todos modos, había conseguido mi objetivo, y entré.

En cuanto a secretos ocultos, la habitación habría resultado una cruel decepción para cualquiera que no fuera contable. No cabía duda de que era la oficina del club, con un escritorio de madera grande, un ordenador y un archivador de cuatro cajones. Habían dejado encendido el ordenador, así que me senté ante el escritorio y examiné a toda prisa el disco duro. Había algunos archivos Quicken, los cuales demostraban que el club obtenía pingües beneficios, algunos documentos de Word, cartas estándares a miembros del club y posibles miembros. Había un archivo bastante grande llamado «Aquelarre.wpd» encriptado con contraseña, con un programa de seguridad tan antiguo que habría podido romperlo en dos minutos. Pero no contaba con dos minutos, así que me limité a admirar su ingenuidad y continué mi tarea.

No había nada más interesante, ningún archivo llamado «Samantha.jpg» o algo parecido, capaz de revelarme dónde estaba la chica. Registré a toda prisa los cajones del escritorio y el archivador, y tampoco descubrí nada.

Muy bien: había destrozado el marco de la puerta sin ningún motivo. No me sentía culpable por ello, lo cual era un alivio, pero había desperdiciado mucho tiempo, y tenía que empezar a pensar en terminar mi misión y salir de allí. Podía llegar en cualquier momento una brigada de limpieza, o tal vez Kukarov regresara para admirar el marco de la puerta de su despacho.

Sali de la oficina y cerré la puerta, y después me encaminé hacia la escalera. Estaba bastante seguro de que no tenía que registrar las zonas públicas del club. Era imposible que todos los clientes tuvieran propensión al canibalismo. Era imposible que cientos de personas pudieran guardar un secreto semejante. De modo que si Samantha estaba en el edificio, estaría en una zona que poca gente viera.

Por eso bajé la escalera y crucé la pista de baile sin mirar a mi alrededor. Al fondo, tras la zona elevada sobre la que se había erguido Bobby con su cáliz, había un pequeño vestíbulo. Conducía a la zona de la cocina y a la puerta trasera que había admirado desde fuera. No se trataba de una cocina compleja, tan sólo de un horno pequeño, microondas, una pila y un estante metálico colgante con ollas y varios cuchillos muy bonitos. Al fondo de la cocina había una puerta metálica grande que daba la impresión de permitir el acceso a un frigorífico empotrado. Nada más, ni siquiera una despensa cerrada con llave.

Más por la compulsión de ser meticuloso que por otra cosa, me acerqué al frigorífico. Había una ventanilla a la altura del ojo hecha de lámina de vidrio gruesa y, ante mi sorpresa, reveló que había una luz encendida dentro. Siempre había creído que la luz se apaga cuando cierras la puerta, de modo que pegué la nariz al cristal y eché un vistazo.

El frigorífico mediría un metro ochenta de ancho y tenía una profundidad de dos metros y medio. Había filas de estantes a cada lado, la mayoría cargados de una serie de grandes tarros con capacidad para un galón, y embutido contra la pared del fondo había algo que no se suele ver en un frigorífico: un viejo catre plegable.

Y por extraño que parezca, el catre estaba ocupado. Sentado en silencio acurrucado dentro de una manta, había un bulto que parecía una mujer joven. Tenía la cabeza gacha y no se movía, pero mientras miraba alzó la cabeza poco a poco, como si estuviera exhausta o drogada, y sus ojos se encontraron con los míos.

Era Samantha Aldovar.

Sin pensarlo ni un momento así la manija de la puerta y tiré. No estaba cerrada, aunque observé que no podía abrirse desde dentro.

—Samantha —llamé—. ¿Te encuentras bien?

Me dirigió una sonrisa cansada.

—Estupendamente —dijo—. ¿Ya es la hora?

No tenía ni idea de a qué se refería, de modo que no hice caso.

—He venido a rescatarte —dije—. A llevarte a casa con tus padres.

—¿Por qué? —preguntó, y decidí que estaba drogada hasta las cejas. Era lógico. Las drogas la mantendrían calmada y reducirían la cantidad de trabajo necesario para vigilarla. Pero también significaba que tendría que sacarla en volandas.

—De acuerdo —dije—. Espera un momento.

Busqué a mi alrededor algo que impidiera que la puerta se cerrara, y me decanté por una olla con capacidad para veinte litros que colgaba del estante situado sobre el horno. La cogí, la encajé entre la puerta del frigorífico y el marco, y entré. Sólo había dado dos pasos cuando caí en la cuenta de lo que contenían todos los tarros que llenaban los estantes.

Sangre.

Tarro tras tarro, litro tras litro, estaban llenos de sangre, y durante un momento muy largo contemplé la sangre y fui incapaz de moverme. Pero respiré hondo, exhalé el aire y la realidad se impuso. Era sólo un líquido, encerrado donde no podía hacer daño a nadie, y lo más importante era sacar a Samantha de allí. De modo que me acerqué al catre y la miré.

—Vamos —dije—. Te vas a casa.

—No quiero.

—Lo sé —repliqué en tono tranquilizador, pensando que era un clarísimo ejemplo del síndrome de Estocolmo—. Vámonos.

La rodeé con un brazo, la levanté del catre y no opuso resistencia. Le pasé el brazo alrededor del hombro y la acompañé hacia la puerta y la libertad.

—Espera un momento —dijo, arrastrando un poco las palabras—. Necesito mi bolso. Encima de la cama.

Movió la cabeza en dirección al catre, se soltó de mi brazo y se apoyó contra la estantería.

—De acuerdo —dije, y me acerqué al catre y miré. No vi ningún bolso, pero sí oí un ruido metálico, y cuando me volví vi que Samantha había apartado la olla de veinte litros de una patada, y que estaba cerrando la puerta del frigorífico—. ¡Alto! —grité, lo cual se me antojó todavía más estúpido de lo que parece, y supongo que Samantha debió pensar lo mismo, porque no me hizo caso, y antes de que pudiera alcanzarla había cerrado la puerta y me estaba mirando con una expresión medio vidriosa de triunfo en la cara.

—Ya te lo dije —explicó—. No quiero volver a casa.

Hacía frío dentro del frigorífico. Parece obvio, pero la obviedad no aporta el menor calor, y había estado temblando desde que se me pasó la sorpresa de la traición de Samantha. Hacía frío, y el pequeño espacio estaba lleno de tarros de sangre, y no había forma de escapar, ni siquiera con la ayuda de mi palanca. Había intentado romper el cristal de la ventanilla de la puerta, lo cual demuestra lo bajo que había caído debido a la insensatez inducida por el pánico. El cristal tenía tres centímetros de grosor y estaba reforzado con alambre, y aunque hubiera logrado romperlo, el hueco apenas dejaba espacio para una de mis piernas.

Por supuesto, había intentado llamar a Deborah por el móvil, y por supuesto, naturalmente, no había cobertura dentro de la jaula aislada con gruesas paredes metálicas. Sabía que eran gruesas, porque después de que desistiera de romper la ventana, y doblara a continuación la palanca al intentar abrir la puerta, las había golpeado durante varios minutos, una verdadera pérdida de tiempo. La palanca se dobló un poco más, las filas y filas de tarros de sangre daban la impresión de cerrarse sobre mí, y empecé a respirar con dificultad..., mientras Samantha continuaba sentada y sonriente.

Y Samantha, ¿por qué estaba sentada con su sonrisa de Mona Lisa de satisfacción perfecta? Tenía que saber que, en algún momento de un futuro no muy lejano, se convertiría en el plato fuerte de una comida. Y no obstante, cuando yo había llegado a lomos de mi caballo blanco con una armadura resistente, ella había cerrado la puerta de una patada y nos había dejado atrapados a ambos. ¿Era por culpa de las drogas que, sin la menor duda, le suministraban? ¿O era tan ingenua como para creer que ella no seguiría los pasos de su mejor amiga, Tyler Spanos?

Poco a poco, cuando el impulso de atacar las paredes se calmó y los temblores se apoderaron de mí, empecé a interrogarme acerca de ella cada vez más. No había prestado la menor atención a mis débiles y cómicos esfuerzos por salir de una gigantesca caja de acero con un ridículo pedazo de hierro (en este caso tendrían que haberlo llamado «palanqueta»), y se limitó a sonreír, con los ojos entrecerrados, incluso cuando me rendí, me senté a su lado y dejé que el frío se apoderara de mí.

Aquella sonrisa estaba empezando a irritarme. Era el tipo de expresión que ves en alguien que ha tomado demasiados tranquilizantes después de forrarse como agente inmobiliario. Embargada de una relajada sensación de absoluta satisfacción consigo misma, por todo lo que había hecho, y por la forma en que había moldeado el mundo, y empecé a desear que se la hubieran comido antes.

De modo que me senté a su lado, temblé y alterné la angustia con terribles pensamientos sobre Samantha. Como si no se hubiera portado ya bastante mal, ni

siquiera se ofreció a compartir su manta conmigo. Intenté olvidarme de ella, algo difícil de conseguir en una habitación pequeña y muy fría, sentado al lado de lo que deseas olvidar, pero lo intenté.

Miré los tarros de sangre. Todavía me revolvían el estómago, pero al menos apartaron de mi mente la traición de Samantha. Tanta materia pegajosa y horrible... Desvié la vista, y descubrí por fin un fragmento de pared metálico en el que clavar la vista, desprovisto de sangre o de Samantha.

Me pregunté qué iba a hacer Deborah. Fue egoísta por mi parte, lo sé, pero confié en que hubiera empezado a preocuparse por mí. A estas alturas, ya me había ausentado demasiado tiempo, y estaría sentada en el coche y rechinando los dientes, tamborileando con los dedos sobre el volante, consultando su reloj, preguntándose si era demasiado pronto para hacer algo y, si no, qué podía hacer. Me elevó los ánimos un poco, no sólo la idea de que iba a hacer algo, sino de que estaba preocupada por ello. Eso le serviría de lección. Confié en que rechinara tanto los dientes que necesitara asistencia odontológica. Tal vez podría visitarse con el doctor Lonoff.

Sólo porque estaba angustiado y aburrido, saqué el móvil e intenté llamarla otra vez. No funcionó.

—Aquí no funcionan —confirmó Samantha en voz baja y risueña.

—Sí, lo sé —contesté.

—Pues deberías dejar de intentarlo.

Sabía que ahora tenía sentimientos humanos, pero estaba convencido de que el que me inspiraba la joven era irritación, a punto de transformarse en odio.

—¿Es eso lo que has hecho? —pregunté—. ¿Rendirte?

Negó con la cabeza poco a poco, con una especie de risita grave de dos sílabas.

—Ni hablar —dijo—. Yo no.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué haces esto? ¿Por qué me has encerrado aquí, y te limitas a sonreír con aire de suficiencia?

Volvió la cabeza hacia mí y tuve la sensación de que me prestaba atención por primera vez.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

No se me ocurrieron motivos para no decírselo. Claro que tampoco se me ocurrían motivos para no abofetearla, pero eso podía esperar.

—Dexter. Dexter Morgan.

—Caramba —dijo, con otra sílaba de aquella risa insufrible—. Un nombre raro.

—Sí, de lo más estrambótico.

—Da igual. Dexter. ¿Deseas algo en la vida con todas tus fuerzas?

—Me gustaría salir de aquí.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero eso es algo totalmente, totalmente, mmm... ¿prohibido? ¿Equivocado? Pero lo deseas, es como... O sea, ni siquiera puedes hablar de ello con nadie, pero ¿es lo único en lo que puedes pensar a veces?

Pensé en el Oscuro Pasajero, y se removió levemente cuando lo hice, como para recordarme que nada de esto habría ocurrido si le hubiera hecho caso.

—No, de ninguna manera —dije.

Me miró un largo momento, sus labios se abrieron, pero continuó sonriendo.

—Vale —dijo, como si supiera que yo estaba mintiendo y le diera igual—. Pero yo sí. O sea, existe algo. Para mí.

—Es maravilloso tener un sueño, aunque ¿no sería más fácil que se convirtiera en realidad si saliéramos de aquí?

Negó con la cabeza.

—Mmm..., no. Es así. Tengo que estar aquí. O, ya sabes. No he de...

Se mordisqueó el labio de una forma rara y volvió a sacudir la cabeza.

—¿Qué? —pregunté, y su numerito de timidez me dio todavía más ganas de batirle las muelas a bofetadas—. ¿Qué no has de hacer?

—Es difícil decirlo, incluso ahora. Es como... —Frunció el ceño, lo cual significó un cambio agradable—. ¿No guardas algún secreto..., algo que no puedes evitar, pero que te hace sentir vergüenza?

—Claro. Vi toda una temporada de *American Idol*.

—Pero eso lo ha hecho todo el mundo —dijo, al tiempo que desechaba la idea con un ademán y hacía una mueca—. Todo el mundo. Quería decir algo que... Ya sabes, la gente quiere integrarse, ser como los demás. Y si hay algo dentro de ti que te impulsa a... Sabes que está mal, que es raro. Nunca serás como los demás, pero aun así lo deseas. Y eso duele, y te obliga a ser más cauto. Cuando intentas integrarte. Lo cual quizá sea más importante a mi edad.

La miré un poco sorprendido. Había olvidado que tenía dieciocho años, y se rumoreaba que era inteligente. Tal vez las drogas que le habían administrado estaban perdiendo su efecto, y tal vez estaba contenta de poder hablar con alguien desde hacía tiempo. Fuera cual fuera el caso, estaba demostrando por fin un poco de profundidad, lo cual eliminaba, al menos, una pequeña capa de tortura del cautiverio.

—No. Es importante toda la vida —dije.

—Pero el dolor se siente mucho más. Cuando eres joven, es como si se estuviera celebrando una fiesta y no hubieras sido invitado.

Desvió la vista, no hacia la sangre, sino hacia la pared de acero desnuda.

—De acuerdo —dije—. Sé a qué te refieres. —Me miró como dándome ánimos—. Cuando tenía tu edad, y o también era diferente. Tuve que esforzarme mucho para fingir que era como los demás.

—Lo dices por decir algo.

—No, es verdad. Tuve que aprender a comportarme como los chicos guay, y

a fingir que era duro, incluso a reír.

—¡Cómo! —exclamó, con otra de sus risitas de dos sílabas—. ¿No sabes reír?

—Ahora sí.

—Vamos a verlo.

Compuse una de mis caras de felicidad perfectas, y le dediqué una carcajada muy realista.

—Muy bien, oye —dijo.

—Años de práctica —comenté con modestia—. Al principio, sonaba fatal.

—Ajá, bien. Yo todavía continuo practicando. Y para mí es muchísimo más difícil que aprender a reír.

—Eso es típico de la adolescencia. Crees que todo es más difícil para ti, sólo porque eres tú. Pero la verdad es que resulta muy difícil vivir como un ser humano, y siempre lo ha sido. Sobre todo si crees que no lo eres.

—Yo creo que sí lo soy —observó en voz baja—. Pero de una especie muy diferente.

—Vale —dije, y admito que estaba empezando a sentirme un poco intrigado. Estaba descubriendo que era una persona muy especial—. Pero eso no es malo. Y si le concedes un poco de tiempo, puede que al final se convierta en algo bueno.

—Sí, vale.

—Y no lo conseguirás si no sales de aquí. Quedarse aquí es una solución permanente a un problema provisional.

—Qué cuco.

Volví a mostrarse displicente, lo cual me ponía de mis nuevos nervios humanos. Había empezado a parecer interesante, y yo me había abierto, había empezado a gustarme, incluso a sentir auténtica empatía con ella, y ahora se había vuelto a poner su disfraz distante y adolescente, tipo «y tú qué sabes», lo cual me irritó y me entraron ganas de sacudirle.

—Por el amor de Dios —dije—. ¿No comprendes por qué estás aquí? ¡Esta gente va a guisarte y comerte!

Desvió la vista de nuevo.

—Sí, lo sé —dijo—. Eso es lo que quiero. —Me miró de nuevo, con ojos grandes y húmedos—. Ése es mi gran secreto.

Es curioso la cantidad de sonidos que puedes percibir cuando crees que estás sumido en un silencio absoluto. Por ejemplo, notaba los latidos del corazón resonando en los oídos, y Samantha absorbió a mi lado una larga y lenta bocanada de aire, y además se oía el zumbido metálico del pequeño ventilador que arrojaba más aire frío en el interior del frigorífico empotrado, y hasta llegué a oír que algo se escabullía por encima de una hoja de papel debajo del catre sobre el que estaba sentado, tal vez una cucaracha.

Incluso con este ruido estruendoso, el más sobrecogedor fue el ruido blanco envolvente de las últimas palabras de Samantha, cuando estallaron y despertaron ecos en la pequeña habitación, y al cabo de un rato dejaron de tener sentido para mí, incluidas las sílabas individuales, y volví la cabeza para mirarla.

Samantha estaba inmóvil, con la sonrisa irritante puesta otra vez en su sitio. Tenía los hombros hundidos y la vista clavada al frente, no tanto para evitar el contacto visual como esperando a ver qué sucedía a continuación, y al final ya no pude aguantar más.

—Lo siento —dije—. Cuando dije que iban a comerte, y tú dijiste que eso es lo que deseas..., ¿qué coño querías decir?

Guardó silencio varios segundos, pero su sonrisa se difuminó por fin y compuso una expresión pensativa y soñadora.

—Cuando era muy pequeña —dijo por fin—, mi padre siempre estaba ausente, en un congreso o lo que fuera. Y cuando volvía a casa me contaba cuentos para congraciarse. Ya sabes, cuentos de hadas. Y llegaba a esa parte en la que el ogro o la bruja se come a alguien, y él hacía ruidos como de comer y fingía devorarme el brazo o la pierna. Y, o sea, yo sólo era una cría, y me encantaba, y decía: « Hazlo otra vez, hazlo otra vez» . Y él lo hacía, y o reía como una loca y...

Samantha hizo una pausa y se retiró un mechón de pelos de la frente.

—Al cabo de un tiempo —continuó en voz más baja—, empecé a hacerme mayor. Y... —Sacudió la cabeza, de modo que el pelo volvió a caerle sobre la frente, y lo apartó de nuevo—. Me di cuenta de que no eran los cuentos lo que me gustaba tanto. Era... mi papá zampándose mi brazo. Y cuanto más pensaba en ello, más le daba vueltas a la idea de que alguien me comiera. De que una bruja, o quien fuera, me comiera lentamente, asara mi cuerpo lentamente, cortara pedacitos y me comiera..., y le gustara. Le gustara yo, mi sabor y...

Respiró hondo y se estremeció, pero no de miedo.

—Y llegó a la pubertad y todo eso. Y todas las chicas comentaban « Oh, el chico ese, me gustaría hacer de todo con él, y le dejaría hacerme lo que quisiera» , y no podía implicarme en ese rollo, las risitas, comparar a los chicos y... Porque sólo podía pensar en que quiero que me coman. —Empezó a

cabecear rítmicamente y a hablar en voz baja y ronca—. Quiero que me asen poco a poco, pero viva todavía, para poder ver a esa gente masticándome y murmurando, « ñam ñam », y volver a por más hasta que...

Se estremeció de nuevo y se ciñó más la manta alrededor de los hombros, y yo intenté pensar en algo que decir, algo mejor que preguntar si había pensado en ver a un psicólogo. Pero no se me ocurrió nada, salvo uno de los comentarios favoritos de Deborah.

—Hostia puta.

Samantha, asintió.

—Sí, lo sé —replicó.

Daba la impresión de que no quedaba gran cosa que añadir, pero al cabo de un momento recordé que la ciudad de Miami me pagaba para investigar cosas.

—¿Tyler Spanos? —pregunté.

—¿Qué?

—Erais amigas, pero da la impresión de que no tenéis nada en común.

Asintió, y la sonrisa semisoñadora volvió a su cara.

—Sí. Nada excepto esto.

—¿Fue idea de ella?

—Oh, no. Esta gente lleva años aquí. —Indicó con un cabeceo los tarros de sangre y sonrió—. Pero Tyler es un poco alocada. —Se encogió de hombros y su sonrisa se ensanchó—. Era un poco alocada. Conoció a ese tipo en una fiesta gótica.

—¿Bobby Acosta?

—Bobby, Vlad, da igual. Intenta impresionarla para ligar, ¿sabes? Y le suelta: « Estoy en este grupo. Lo que hacemos es increíble. Comemos gente » . Y ella contesta: « Puedes comerme » , y él cree que no lo ha pillado y dice: « No, me refiero a comer gente de verdad » . Y Tyler responde: « Sí, vale, lo digo en serio, a mí y a mi amiga » .

Samantha volvió a estremecerse y se abrazó con fuerza, mientras se mecía atrás y adelante.

—Habíamos hablado de buscar a alguien así. O sea, entramos en los grupos de chateo de Yahoo y todo eso, pero casi todo son chorradas y porno, y de todos modos, ¿cómo puedes confiar en alguien que conoces *online*? Y aparece ese tipo como de la nada y dice: « Comemos gente » . —Se estremeció más, y esta vez pareció que iba en serio—. Tyler viene a verme y me dice: « No te vas a creer lo que pasó anoche » . Cosa que repite mucho, y yo en plan: « Vale, ¿otra vez? » . Y ella dice: « No, de veras » , y me habla de Vlad y su grupo...

Samantha cerró los ojos y se humedeció los labios antes de continuar.

—Es como un sueño hecho realidad. O sea, es demasiado bueno. Al principio no la creo. Porque Tyler es, era, un poco ligera de cascos, y los tíos se daban cuenta y le decían cosas para, ya sabes, practicar el sexo con ella. Y estoy

convencida de que se había atizado algo, así que ¿cómo puedo estar segura de que este tío es legal? Pero me presenta a Vlad, y él nos enseña fotos y cosas, y yo pienso: «Lo he encontrado».

Samantha me miró fijamente y se apartó el pelo de la frente. Tenía el pelo bonito, de un color castaño claro, pero limpio y reluciente, y parecía una adolescente normal que le estaba contando a un adulto receptivo algo interesante ocurrido en la clase de francés..., hasta que se puso a hablar de nuevo.

—Siempre supe que algún día lo haría. Encontraría a alguien que me comiera. Es lo que más deseaba. Pero pensaba que sería más adelante, ¿sabes?, después de la facultad o... —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Pero allí estaba él, y Tyler y yo pensamos: *¿Para qué esperar?* *¿Para qué iba a gastar el dinero de mis padres en la universidad, cuando puedo conseguir lo que deseo sin él, ahora mismo?* De modo que dijimos a Vlad: «Vale, en cuerpo y alma, estamos por la labor», y nos lleva a conocer al cabecilla del grupo, y... —Sonrió—. Aquí estoy.

—Pero Tyler no.

Samantha asintió.

—Siempre tuvo suerte. Tenía que ser la primera. —La sonrisa se ensanchó—. Pero yo soy la siguiente. Pronto.

Y su aparente ansiedad por seguir a Tyler a la olla se cargó todo mi celo profesional, y no tuve nada más que decir. Samantha se limitó a mirarme para ver qué iba a hacer, y por primera vez en mi vida, no tenía ni idea. ¿Cuál es la expresión facial correcta que debemos adoptar cuando alguien nos cuenta que su fantasía de toda la vida es ser devorado? ¿Debo escandalizarme? ¿No dar crédito a sus palabras? ¿Tal vez mostrar indignación moral? Estaba convencido de que el tema nunca se había suscitado en ninguna película o programa de televisión que había estudiado, y pese a que en ciertos círculos me consideran una persona inteligente y creativa, fui incapaz de imaginar nada apropiado.

De modo que miré, y Samantha me miró, y allí estábamos: un hombre casado y con tres hijos perfectamente normal, con una carrera prometedora por delante, a quien le gustaba matar gente, contemplando a una chica de dieciocho años perfectamente normal que iba a un buen colegio y le gustaba *Crepúsculo*, y deseaba ser devorada, sentados uno al lado del otro en un frigorífico empotrado de un club de vampiros de South Beach. En los últimos tiempos me había esforzado por llevar una vida normal, pero si normal era esto, pensé que prefería otra cosa. Exceptuando a Salvador Dalí, no puedo creer que la mente humana sea capaz de lidiar con algo tan radical.

Y por fin, hasta la mutua contemplación empezó a parecer demasiado extraña, incluso para dos no humanos tan esforzados como nosotros, y ambos parpadeamos y desviamos la vista.

—De todos modos, da igual —dijo.

—¿Qué da igual? ¿Desear que te coman?

Se encogió de hombros, un gesto adolescente extrañamente auténtico.

—Lo que sea. Quiero decir, pronto llegarán.

Experimenté la sensación de que alguien me estaba acariciando la columna vertebral con un carámbano.

—¿Quién? —pregunté.

—Alguien del aquelarre —contestó, y volvió a mirarme—. Así lo llaman. El, y a sabes, el grupo que... come gente.

Pensé en el archivo que había visto en el ordenador. Aquelarre. Ojalá lo hubiera copiado y enviado a casa.

—¿Cómo sabes que van a venir?

Volvió a encogerse de hombros.

—Han de alimentarme. Tres veces al día, y a sabes.

—¿Para qué? Si van a matarte, ¿por qué han de cuidar de ti?

Me miró como diciendo, qué tonto eres, y sacudió la cabeza.

—Van a comerme, no a matarme. No quieren que me ponga enferma y flaca. Debo estar, y a sabes. Rellenita. Entradita en carnes. Para estar más rica.

Entre mi trabajo y mi pasatiempo, debo decir sin fanfarronadas que tengo un estómago bastante resistente, pero esto me estaba poniendo a prueba. La idea de que se zampaba alegremente tres comidas al día para que su carne supiera mejor era demasiado antes del desayuno, y desvié la vista de nuevo. Pero por suerte para mi apetito, una idea práctica se abrió paso en mi mente.

—¿Cuántos vendrán? —pregunté.

Me miró, y después apartó la vista.

—No lo sé. Por lo general, son dos. Por si, y a sabes, me da por cambiar de opinión y huir. Pero... —Me miró. Y luego se contempló los pies—. Creo que esta vez Vlad les acompañará —dijo por fin, y no me pareció un pensamiento alegre.

—¿Por qué lo crees?

Meneó la cabeza, pero sin alzar la vista.

—Cuando le iba a tocar a Tyler, empezó a venir con ellos. Y le hacía, y a sabes..., cosas. —Se humedeció los labios, pero tampoco alzó la vista—. No sólo, y a sabes... Sexo no. O sea, sexo normal no. Él... Como si eso le pusiera, y... —Se estremeció, y levantó la vista por fin—. Creo que por eso ponen cosas en mi comida, alguna especie de tranquilizante. Para así mantenerme, y a sabes, tranquila y apaciguada. Porque de lo contrario... —Desvió la vista de nuevo—. A lo mejor no vienen.

—Pero vendrán dos tipos como mínimo, ¿no?

Asintió.

—Sí.

—¿Van armados? —pregunté, y me miró sin comprender—. Ya sabes,

cuchillos, pistolas, bazucas. ¿Llevan algún tipo de armas?

—No lo sé. O sea, yo sí las llevaría.

Pensé que yo también, y aunque quizá fuera poco caritativo, también pensé en que me habría fijado en qué clase de armas llevaban mis captores. Por supuesto, no me consideraba un banquete, porque eso afectaría sin duda a mis poderes de observación.

De modo que serían dos, probablemente armados, lo cual significaría probablemente pistolas, puesto que estábamos en Miami. Y también podía significar Bobby Acosta, quien portaría algún tipo de arma, puesto que era un fugitivo rico. Y yo estaba en una habitación pequeña sin ningún sitio donde esconderme, con el lastre añadido de Samantha, quien probablemente les chillará « ¡Cuidado! » si yo intentaba sorprenderles. Por el lado positivo, mi corazón era puro y contaba con una palanca doblada.

No era gran cosa, pero he aprendido que si examinas la situación con detenimiento, casi siempre puedes encontrar una forma de mejorar tus posibilidades. Me levanté y paseé la vista alrededor de la habitación, pensando que tal vez alguien habría olvidado un rifle de asalto en una estantería. Hasta me obligué a tocar los tarros y mirar detrás de ellos, pero no hubo suerte.

—Oye —dijo Samantha—, si estás pensando en, ya sabes... O sea, no quiero que me rescaten ni nada por el estilo.

—Me parece maravilloso, pero yo sí. —La miré acurrucada en su manta—. No quiero que me coman. Tengo una vida y una familia. Tengo una hija recién nacida, y quiero volver a verla. Quiero verla crecer, y leerle cuentos de hadas.

Ella se encogió un poco, vacilante.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Lily Anne.

Samantha volvió a desviar la vista, y me di cuenta de que intentaba abrirse paso entre su mar de dudas, de modo que insistí un poco.

—Samantha, con independencia de lo que tú desees, no tienes derecho a imponérmelo por la fuerza.

Me sentí de lo más hipócrita con aquella prédica, pero al fin y al cabo había mucho en juego, y en cualquier caso había estado practicando la hipocresía durante toda mi vida adulta.

—Pero... yo deseo esto —dijo—. O sea, toda mi vida...

—¿Lo deseas hasta el punto de condenarme a muerte? Porque eso es lo que estás haciendo.

Me miró, pero desvió la vista enseguida.

—No, pero...

—Sí, pero. Pero si no huyo de los tipos que vienen a darte de comer, moriré, y tú lo sabes.

—No puedo echarme atrás.

—No es necesario —dije, y me miró con atención—. Sólo has de dejarme escapar, y tú puedes quedarte aquí.

Se mordisqueó el labio inferior unos segundos.

—No sé. O sea, cómo voy a confiar en que no, ya sabes, ¿llames a la policía y entren a saco para rescatarme?

—Cuando yo regresara con la policía, ellos ya te habrían trasladado a otro lugar.

—Sí —dijo, y cabeceó poco a poco—, pero ¿cómo sé que no querrás sacarme de aquí por la fuerza? ¿Para salvarme de mí misma?

Hiné una rodilla delante de ella. Fue melodramático, lo sé, pero era una adolescente, y pensé que probablemente se lo tragaría.

—Samantha, lo único que has de hacer es dejar que lo intente. No hagas nada, y no intentaré sacarte de aquí contra tu voluntad. Tienes mi solemne palabra de honor.

No retumbó ningún trueno, ni siquiera se oyó el sonido de una carcajada lejana, y pese a mi reciente epidemia de emociones desagradables, tampoco me sentí avergonzado. Y creo que lo hice de una manera muy convincente. De hecho, creo que fue la mejor actuación de mi vida. No decía en serio ni una sola palabra, por supuesto, pero debido a las circunstancias le habría prometido de buena gana dar un paseo en mi platillo volante con tal de salir de allí.

Y Samantha empezó a parecer más que convencida a medias.

—Bien... No sé. O sea, ¿qué? ¿Me quedo sentada aquí y no digo nada? ¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Tomé su mano y la miré a los ojos—. Por favor, Samantha. Por Lily Anne.

Sin la menor vergüenza, lo sé, pero ante mi sorpresa descubrí que hablaba en serio, y todavía peor, sentí que cierta humedad se acumulaba en los rabillos de mis ojos. Tal vez era tan sólo un momento de actor del Método, pero interfirió en mi visión y fue de lo más desconcertante.

Y, por lo visto, de lo más efectivo.

—De acuerdo —dijo, y hasta me estrechó la mano—. No diré nada.

Se la estreché a mi vez.

—Gracias. Lily Anne te da las gracias.

Una vez más, un poco pasado de revoluciones, pero había muy pocas directrices para una situación como ésta. Me levanté y cogí la palanca. No era gran cosa, pero era mejor que nada. Me acerqué a la puerta e intenté apretarme contra el lado del marco, donde sería invisible si miraban antes por la ventanilla. Elegí el lado más próximo al tirador. La puerta se abría hacia fuera, y sería mucho más fácil para ellos ver la otra esquina. Debía confiar en que no se fijarían en nada, y en que después de mirar y ver a Samantha en su camastro, entrarían sin sospechar nada. Después, con algo de suerte, sería pim-pam, y

Dexter cabalgaría de nuevo.

Llevaba acurrucado en mi sitio unos cinco minutos, cuando oí voces que se filtraban a través de la gruesa puerta. Respiré hondo, expulsé el aire poco a poco, y traté de encogerme todavía más en mi rincón. Miré a Samantha, y ella se humedeció los labios, pero asintió. Yo asentí a mi vez, y entonces oí que alguien tiraba de la manija de la puerta y ésta se abría.

—Hola, cerdita —dijo alguien, con una carcajada muy maligna—. Oink oink.

Un hombre entró cargado con una bolsa aislante de nilón rojo. Descargué con fuerza la palanca sobre su cabeza, y se derrumbó sin emitir el menor sonido. Como un rayo, rodeé su cuerpo y atravesé la puerta, la palanca en alto, preparado para todo... excepto para el enorme brazo que ya estaba volando contra mi cara y arrojándome contra la pared, y apenas pude distinguir al gigantesco gorila de la cabeza afeitada cuando me inmovilizó con el antebrazo sobre mi garganta, mientras Bobby Acosta, detrás de él, gritaba: « ¡Mata a ese cabronazo! » .

Y entonces el gorila lanzó un puño grande como un piano de cola contra mi barbilla y me sumí en las tinieblas.

Me hallaba muy lejos, en un lugar donde diminutas chispas de luz revoloteaban en un gran mar de oscuridad, y Dexter nadaba con piernas hechas de plomo y brazos que no se movían en absoluto, con una desagradable falta de sustentación fruto de las náuseas que me asaltaban, y no existía ningún pensamiento ni sensación, aparte de la de existir durante mucho tiempo, hasta que al fin, desde muy lejos, llegó un sonido perentorio cargado con una idea muy potente, que tomó forma en una sílaba clara como el cristal: ¡Ay! Y caí en la cuenta de que « ay » no era una palabra mística que se utilizara para meditar, ni un país perdido de la Biblia, sino, de hecho, la única forma de resumir sucintamente el Estado de Dexter, desde los hombros hacia arriba. Ay...

—Vamos, Dexter, despierta —dijo una suave voz femenina, y noté una mano fría sobre mi frente. No tenía ni idea de quién era la mano, ni de quién era la voz, y la verdad era que no me parecía tan importante como el hecho de que mi cabeza fuera un inmenso océano de dolor y no pudiera mover el cuello.

—Dexter, por favor —insistió la voz, y la mano fría palmeó mi mejilla con mucha más fuerza de la necesaria para resultar tan sólo amable, en el sentido estricto de la palabra, y cada pequeño *pat-pat* enviaba una oleada de *ay* a través de mi cabeza, hasta que encontré por fin los controles de mis brazos y moví uno para alejar la mano torturante.

—Ay —dije en voz alta, y sonó como el grito lejano de un ave grande y cansada.

—Estás vivo —dijo la voz, y entonces aquella maldita mano volvió a darme palmaditas en la mejilla—. Estaba muy preocupada.

Creí haber oído la voz antes, pero ignoraba dónde, y tampoco era una prioridad en aquel momento, teniendo en cuenta que mi cabeza estaba llena de harina de avena en llamas.

—Ayyyyyy —repetí, con un poco más de fuerza. Era lo único que podía decir, pero daba igual, porque resumía la situación a las mil maravillas.

—Venga ya —dijo la voz—. Abre los ojos, Dexter. Vamos.

Pensé en esa palabra: « ojos ». Estaba convencido de que la conocía. Algo relacionado con... ¿ver? ¿Localizado en o cerca de la cara? Eso sonaba bien, y experimenté una sorda y apagada oleada de placer: había acertado una. Buen chico.

—Dexter, por favor —repetió la voz femenina—. Abre los ojos, venga.

Noté que su mano se movía de nuevo, como para palpar mi mejilla, y la irritación de esa idea despertó un recuerdo: podía abrir los ojos así. Lo intenté. El derecho obedeció, mientras el izquierdo parpadeaba varias veces, antes de abrirse a un mundo borroso. Parpadeé con los dos varias veces, y la imagen se enfocó, pero carecía de lógica.

Estaba mirando una cara situada a menos de treinta centímetros de la mía. No era una cara desagradable, y estaba convencido de que la había visto antes. Era joven, femenina, y surcada de arrugas de preocupación en aquel momento, pero mientras parpadeaba y trataba de recordar dónde la había visto, formó una sonrisa.

—Hola, bienvenido —dijo—. Me tenías muy preocupada.

Parpadeé otra vez. Me costó muchísimo, y era lo único que podía hacer. Intentar pensar al mismo tiempo era difícilísimo, así que dejé de parpadear.

—Samantha —grazné, y me quedé muy satisfecho conmigo mismo. Era el nombre que acompañaba a la cara. Y su cara estaba tan cerca de la mía porque mi cabeza estaba apoyada en su regazo.

—La que viste y calza. Encantada de que hayas vuelto.

Las cosas se iban filtrando poco a poco a través de mi cerebro dolorido: Samantha, canibales, frigorífico, puño gigantesco... Me costó cierto esfuerzo, pero empecé a conectar los pensamientos separados y la imagen se transformó lentamente en un recuerdo de lo sucedido, el cual me dolió mucho más que mi cabeza, de modo que volví a cerrar los ojos.

—Ayyy —dije.

—Sí, y a lo habías dicho —repuso Samantha—. No tengo aspirinas ni nada, pero esto podría ayudarte. Toma. —Noté que se daba la vuelta y abrí los ojos. Sostenía una botella de agua grande de plástico, y desenroscó el tapón—. Toma un sorbo. Despacio. No demasiada, podrías vomitar.

Bebí. El agua estaba fría, con un sabor muy tenue que fui incapaz de identificar, y cuando tragué me di cuenta de que tenía la garganta seca y dolorida.

—Más —dije.

—Poquito a poco —aconsejó Samantha, y me dejó tomar otro sorbo.

—Estupenda —dije—. Estaba sediento.

—Caramba. Tres palabras seguidas. Te estás recuperando.

Ella tomó también otro sorbo, y después dejó la botella en el suelo.

—¿Podría tomar un poco más? Son cinco palabras.

—Ya lo creo —dijo, y parecía contenta por mi nuevo talento maravilloso de utilizar múltiples palabras. Acercó la botella a mis labios y tomé otro sorbo. Tuve la impresión de que relajaba los músculos de mi garganta y aliviaba una pizca mi dolor de cabeza, pero también me despertaba a la realidad de que algo no iba nada bien.

Volví la cabeza para mirar a mi alrededor, y como recompensa recibí una punzada de dolor electrizante que recorrió la distancia entre mi cuello y la tapa de los sesos. Pero también me permitió ver algo más del mundo que no fuera la cara y la camisa de Samantha, y lo que vi no fue alentador. Había una luz fluorescente en el techo, que iluminaba una pared verde. En el lugar donde la

razón dictaba que debería haber una ventana, había una sencilla tabla sin pintar de contrachapado. Y no podía ver más sin continuar moviendo la cabeza, cosa que no deseaba hacer, teniendo en cuenta el terrible dolor que acababa de experimentar tras moverla hasta aquel punto.

Devolví poco a poco la cabeza a su sitio y traté de pensar. No reconocí mi entorno, pero ya no estaba en el frigorífico, al menos. Oía cerca un ruido mecánico, y lo reconocí, como cualquier ciudadano de Florida, como el sonido de un aparato de aire acondicionado empotrado en una ventana. Pero ni eso ni el contrachapado me informaron de algo importante.

—¿Dónde estamos? —pregunté a Samantha.

La chica sorbió un poco de agua.

—En un remolque. En algún lugar de los Everglades, no sé. Uno de los tipos del aquelarre tiene veinte hectáreas de terreno, en el que guarda este trasto, un remolque, para cazar. Y nos han traído aquí, totalmente aislados. Nadie nos encontrará jamás.

Parecía muy contenta, pero al menos recordó componer cierta expresión culpable, e intentó disimular tomando otro sorbo de agua.

—¿Cómo? —pregunté, otro graznido, y cogí la botella de agua. Tomé otro trago, esta vez más grande—. ¿Cómo nos sacaron del club? Sin que nadie nos viera.

Ella movió una mano, y el movimiento afectó a mi cabeza como una pequeña sacudida, pero el dolor fue mucho más grande.

—Nos envolvieron en alfombras. Vinieron dos tíos con mono, sacaron las alfombras, con nosotros dentro, nos tiraron dentro de la camioneta y se fueron. LIMPIEZA DE ALFOMBRAS GONZÁLEZ, ponía. Fácil.

Esbozó una sonrisa, hizo como que se encogía de hombros, y tomó un sorbo de agua.

Medité al respecto. Si Deborah había continuado vigilando, ver que sacaban dos bultos grandes habría despertado sus sospechas, y por ser Debs, si se habían despertado sus sospechas habría salido con el arma desenfundada y detenido a los malos ipso facto. De modo que no estaba vigilando, pero ¿por qué no? ¿Iba a abandonar a su querido hermano? ¿Abandonarme a un destino peor que la muerte, aunque casi sin la menor duda la incluyera? No creí que lo hubiera hecho, al menos por voluntad propia. Tomé otro sorbo de agua y seguí pensando.

No me abandonaría de buen grado. Por otra parte, no podía pedir apoyo. Su compañero había muerto, y desde un punto de vista técnico estaba haciendo algo un poco al margen de las normas del departamento y, a propósito, del Código Penal de Florida. ¿Qué habría hecho?

Tomé otro sorbo de agua. Quedaba menos de la mitad de la botella, pero daba la impresión de que estaba calmando un poco mi dolor de cabeza (no eliminaba el dolor, pero bueno), de modo que la situación no era tan horrible. O sea, el dolor

significaba que estaba vivo, ¿y quién dijo aquello de que «mientras hay vida hay esperanza»? Tal vez Samantha lo sabía, pero cuando abrí la boca para preguntárselo cogió la botella de agua y tomó un gran sorbo, y recordé que estaba intentando pensar en qué habría hecho mi hermana, y en por qué eso conducía a mi presencia en aquel lugar.

Recuperé la botella y bebí agua. Deborah no me abandonaría así. Claro que no. Deborah me quería. Y entonces me di cuenta: yo también la quería. Tomé otro trago de agua. Es curioso el amor. O sea, darme cuenta de eso a mi edad era raro, pero estaba rodeado de mucho amor. Durante toda mi vida, el de mis padres adoptivos, Harry y Doris. No estaban obligados a quererme, porque no era su hijo, pero lo hicieron. Me quisieron, como muchos otros, hasta hoy, con Debs, además de Rita, Cody, Astor y Lily Anne. La hermosa, maravillosa y milagrosa Lily Anne, la última en darme su amor. Pero también estaban todos aquellos que me querían a su manera...

Samantha cogió la botella de agua y bebió, y en aquel momento llevé a cabo un tremendo descubrimiento: hasta Samantha me había demostrado un gran amor. ¡Lo había demostrado arriesgando todo cuanto significaba algo para ella, todo cuanto siempre había deseado, sólo para concederme la oportunidad de escapar! ¿Acaso no era un acto de amor puro?

Tomé otro sorbo de agua y me sentí rodeado por completo de todas aquellas personas maravillosas, personas que me querían pese a que había hecho cosas muy malas, pero, bueno, había parado de hacerlas, ¿no? ¿Acaso no estaba intentando ahora vivir una vida de amor y responsabilidad, en un mundo transformado de repente en un lugar de prodigios y dicha?

Samantha agarró la botella y dio un gran trago. Me la devolvió y la apuré con ansia. Deliciosa, la mejor agua que había probado en mi vida. O tal vez sólo estaba apreciando más las cosas. Sí. Al fin y al cabo, el mundo era un lugar asombroso, y yo encajaba en él a la perfección. Y también Samantha. Era una persona maravillosa. Había cuidado de mí cuando no debía hacerlo. ¡Y me estaba cuidando ahora! Me alimentaba y acariciaba mi cara con algo que sólo podía ser amor... ¡Era una chica maravillosa! Y si quería que la comieran... Caramba: tuve una revelación. La comida es amor, ¡de modo que desear ser comido era otra forma de compartir amor! Y así la había elegido Samantha, porque estaba tan henchida de amor que no confiaba en saber expresarlo, salvo de una forma tan extrema como ésa. ¡Asombroso!

Miré su cara como si la viera por primera vez. Era una persona maravillosa, entregada. Y aunque me dolía el cuello, tenía que demostrarle que comprendía lo que estaba haciendo y me daba cuenta de la persona maravillosa y bella que era, así que levanté el brazo y apoyé la mano en su cara. Noté su piel suave y tibia, vibrante de vida, y acaricié su mejilla un momento. Me miró sonriente y apoyó su mano sobre mi cara.

—Eres guapa —dije—. O sea, pronunciar simplemente la palabra « guapa» no lo resume todo, salvo de una forma superficial que sólo habla de lo externo y no refleja la verdad, las profundidades absolutas de lo que quiero decir con « guapa», sobre todo en tu caso, porque creo que acabo de comprender lo que estás haciendo con todo este asunto del « cómeme». Quiero decir, también eres hermosa por fuera. No es mi intención negarlo, porque sé que es importante para una chica. Una mujer. Tienes dieciocho años. Eres una mujer, lo sé, porque has tomado una decisión muy adulta en lo tocante al futuro de tu vida, y no hay vuelta atrás, lo cual significa que esa decisión es muy adulta, y estoy seguro de que comprendes las consecuencias de tu decisión, y no puede existir mejor definición de ser un adulto que ésa, tomar una decisión de consecuencias definitivas, y tú sabes que no hay vuelta atrás, y te admiro por eso. Y también porque, como ya he dicho, eres muy, muy hermosa.

Su mano acarició mi cara, descendió por mi cuello, se deslizó bajo el cuello de la camisa y acarició mi pecho. La sensación me gustó.

—Sé exactamente lo que estás diciendo, y eres la primera persona que, en mi opinión, comprende lo que significa para mí pasar por todo esto... —Apartó la mano de mi pecho para agitarla en el aire, indicando todo cuanto nos rodeaba, y me apoderé de ella para volver a posarla sobre mi pecho, porque era una sensación estupenda y quería seguir experimentándola. Sonrió y volvió a acariciar mi pecho con suavidad—. Porque no es algo fácil de comprender, lo sé, y ése es el motivo de que creyera que nunca podría hablar de esto con nadie, y de que haya estado tan sola durante casi toda mi vida, porque ¿quién podría comprender algo semejante? O sea, si le digo a alguien «quiero que me coman», la respuesta será: «Oh, Dios mío, tendremos que llevarte a un loquero», y nadie volverá a mirarme como si fuera normal, y yo creo que esto es de lo más normal, una expresión normalísima de...

—Amor.

—¡Lo comprendes! —dijo, y bajó la mano hasta mi estómago, y luego volvió a subirla hasta el pecho—. Oh, Dios, sabía que lo entenderías, porque incluso cuando estábamos en el frigorífico capté que eras diferente de cualquier persona que había conocido en mi vida, y pensé que quizá sólo una vez antes de que suceda podría hablar con alguien que lo comprendiera de verdad, y que no me miraría como si fuera un monstruo enfermo, perverso y retorcido.

—No, no, tú sólo eres hermosa. Nadie podría pensar eso de ti, tu rostro es asombroso...

—No, pero no es eso...

—No, lo sé, no me refiero a eso. Pero es parte de lo que te convierte en lo que eres, y ver esa parte conduce a comprender el resto. O sea, si no eres un idiota total, es imposible mirar tu cara sin pensar, caramba, es una persona increíble, y cuando te das cuenta de que lo de dentro es todavía más hermoso,

resulta asombroso. —Y como las simples palabras no podían expresarlo en su totalidad, y yo deseaba que comprendiera lo que quería decir, acerqué su cara a la mía y la besé—. Eres bonita por dentro y por fuera.

Sonrió con una calidez y gratitud increíbles, lo cual me produjo la sensación de que, en lo sucesivo, todo sería maravilloso.

—Tú también —dijo, y bajó la cara y volvió a besarme, y esta vez el beso fue más largo y dio paso a otro tipo de sentimiento que era nuevo para mí, y presentí que para ella también, pero ninguno de nosotros quiso ponerle trabas, hasta que se tendió a mi lado en el suelo y nos besamos, y al cabo de mucho rato ella se detuvo un segundo—. Creo que pusieron algo en el agua —dijo.

—No me parece importante. Porque lo que hemos empezado a comprender no surge de nada que puedas poner en el agua, porque surge de nuestro interior, el interior real, y es auténtico, y sé que tú también te has dado cuenta.

La besé y ella me besó durante un minuto, hasta que paró y apoyó ambas manos sobre mis mejillas.

—En cualquier caso —dijo—, aunque haya algo en el agua da igual, porque siempre he pensado que esto es importante. Me refiero al amor, no sólo el que sientes, sino el que haces, y se me ha ocurrido, tengo dieciocho años. Debería hacerlo al menos una vez antes de marcharme, ¿no crees?

—Al menos una vez —confirmé, y ella sonrió y cerró los ojos, y acercó su cara a la mía y lo hicimos.

Más de una vez.

—Tengo sed —dijo Samantha.

Capté una nota quejumbrosa en su voz. La consideré irritante, pero no dije nada. Yo también tenía sed. ¿De qué servía repetirlo? Ambos teníamos sed. Hacía rato que teníamos sed. El agua se había terminado. Ya no quedaba más. Ése era el más insignificante de mis problemas: la cabeza me dolía y estaba encerrado dentro de un remolque en los Everglades, y acababa de hacer algo que no acertaba a comprender. Ah, y alguien iba a venir a matarme, encima.

—Me siento taaaan estúpida —dijo Samantha.

Y una vez más, había poco que decir a modo de respuesta. Ambos nos sentíamos estúpidos, el efecto de lo que contuviera el agua había desaparecido, pero por lo visto le costaba admitir que habíamos actuado bajo la influencia de las drogas. Cuando habíamos recuperado el sentido común, Samantha empezó a sentirse cada vez más incómoda, después nerviosa, y al fin alarmada, y empezó a buscar por el remolque prendas de vestir que habían sido descartadas con entusiasmo. Pese a que me puso algo violento, decidí que era la idea adecuada. Yo también busqué y me puse mi ropa.

Y una pizca de inteligencia regresó junto con mis pantalones. Me levanté y examiné el remolque de un extremo a otro. No tardé mucho. Mediría unos nueve metros de largo. Todas las ventanas estaban clausuradas con contrachapado marino de unos dos centímetros de grosor. Golpeé las tablas. Lancé todo mi peso sobre ellas. Ni se movieron. Estaban reforzadas por fuera.

Sólo había una puerta. La misma historia: incluso cuando la atacé con el hombro, no conseguí otra cosa que aumentar mi dolor de cabeza. Ahora sufría el mismo dolor en el hombro. Me senté durante unos minutos para ver si disminuía. Fue entonces cuando Samantha empezó a lloriquear. Por lo visto, vestirse le había infundido la idea de que podía quejarse de casi todo, porque no bastó con el agua. Y gracias a un taimado efecto de acústica, o por pura mala suerte, el tono agudo de su voz se hallaba en perfecta resonancia con mi dolor de cabeza. Cada vez que se quejaba enviaba un latido extra de dolor opaco a las profundidades de la baqueteada materia gris de mi cráneo.

—Aquí huele... chungo.

Sí que olía chungo, una combinación de sudor muy antiguo, perro mojado y moho. Pero era absurdo mencionarlo, puesto que no podíamos hacer nada al respecto.

—Voy a buscar mi bolsita de hierbas —dije—. Está en el coche.

Ella desvió la vista.

—Podrías ahorrarte el sarcasmo —protestó.

—Sí, pero he de salir de aquí.

Ella no me miró, y además carecía de respuesta, lo cual se me antojó una

pequeña bendición. Cerré los ojos e intenté aplacar mi descomunal angustia. No funcionó, y al cabo de un momento Samantha me interrumpió de nuevo.

—Ojalá no hubiéramos hecho eso —dijo. Abrí los ojos. Ella siguió con la vista clavada en un rincón del remolque. No contenía nada, pero por lo visto constituía una visión mejor que yo.

—Lo siento —repliqué.

Ella se encogió de hombros, sin mirarme.

—No es culpa tuya —dijo, lo cual consideré muy generoso, aunque acertado —. Sabía que el agua debía contener algo. Siempre ponen alguna sustancia. — Volvió a encogerse de hombros—. Nunca había tomado éxtasis.

Tardé un momento en comprender que se refería a la droga.

—Yo tampoco. ¿Era eso?

—Estoy convencida. Vamos, por lo que me han contado. Tyler me lo explicó. Toma un montón... Tomaba un montón. —Sacudió la cabeza y se ruborizó—. Da igual. Decía que te da ganas de..., o sea, de tocar a todo el mundo y... Ya sabes. De ser tocada.

Si había sido éxtasis, tendría que mostrarme de acuerdo. También debería decir que, o bien habíamos tomado demasiado, o era una droga muy potente. Casi enrojecí cuando recordé lo que había dicho y hecho. Intentar ser un poco más humano era una cosa, pero esto había sido como revolcarse en el barro de la estulticia y la estupidez humanas. Tal vez la droga debería llamarse exceso-taxis. Ahora que lo pienso, me alegro de poder echar la culpa a una droga. No me gustaba pensar que me había comportado como un personaje de dibujos animados.

—En cualquier caso, tenía que hacerlo —prosiguió Samantha, todavía ruborizada—. No lo echaré mucho de menos. —Otro encogimiento de hombros —. No fue tan estúpido.

No tengo mucha idea de lo que se llama popularmente « conversaciones íntimas en la cama », pero creía que este tipo de sinceridad no se consideraba adecuada. Por lo poco que sabía, estaba convencido de que debías hacer comentarios halagadores, aunque pensaras que era una equivocación. Decías cosas como « Ha sido maravilloso. No manticemos el recuerdo intentando igualar esa magia ». O « Siempre nos quedará París ». En este caso, « Siempre nos quedará este horroroso remolque maloliente en los Everglades » no sonaba igual, pero al menos podría haberlo intentado. Tal vez Samantha se estaba vengando por el monstruoso malestar que experimentaba, o quizás era cierto que ella, debido a su inmadurez, ignoraba que no debía decir cosas semejantes.

En cualquier caso, combinado con mi dolor de cabeza, activó una vena maligna que no conocía.

—No, no fue tan estúpido —dije.

Me miró con una expresión que se acercaba a la ira, pero guardó silencio, y

al cabo de un momento desvió la vista de nuevo, así que me estiré, masajé los músculos de mi cuello y me levanté.

—Tiene que haber una forma de salir de aquí —comenté, más para mí mismo que para ella, pero Samantha contestó de todos modos.

—No. Es como una fortaleza. Siempre tienen a alguien encerrado aquí, y nadie escapa nunca.

—Si siempre están drogados, ¿quién lo va a intentar?

Entrecerró los ojos y sacudió poco a poco la cabeza para indicar que yo era estúpido, y desvió la vista. Y puede que yo fuera estúpido, pero no lo bastante para sentarme a esperar que vinieran y me comieran, al menos sin intentar escapar.

Examiné una vez más el remolque. No había nada nuevo que ver, pero lo miré todo con más detenimiento. No había muebles, pero al final había un banco incorporado que, sin duda, había servido de cama. Una sábana gris raída cubría una estrecha capa de gomaespuma. Deposité el colchón sobre el suelo. Debajo había un cuadrado de contrachapado encajado en un hueco. Tiré hacia arriba del contrachapado. Debajo había algo que debía ser un compartimento cerrado. Dentro había una almohada muy fina, cubierta con una funda a juego con la sábana. Daba la impresión de que el compartimento abarcaba todo el ancho del remolque, aunque no pude ver el otro lado debido a la oscuridad.

Saqué la almohada. No había nada más dentro, excepto un fragmento de madero, que tal vez mediría medio metro de largo. Un extremo tenía una punta muy roma y lisa, y la parte afilada estaba cubierta de polvo. En el otro extremo había muescas grabadas en cada lado, y una hendidura practicada en la madera, posiblemente por obra de una cuerda. Habrían utilizado el madero como estaca por motivos ignotos, y lo habrían clavado en el suelo para sujetar lo que fuera con la cuerda. Tenía incluso un clavo viejo y doblado en la parte superior para fijar la cuerda. Saqué la estaca y la dejé al lado de la almohada. Introduje la cabeza en el compartimento todo lo que pude, pero no había nada que ver. Palpé el fondo y noté que cedía un poco, así que empujé con más fuerza y fui recompensado al notar que algo metálico endeble cedía.

Bingo. Empujé con más fuerza y el metal se dobló visiblemente. Saqué la cabeza y me levanté, y entré en el compartimento con ambos pies. Apenas cabía en el hueco, pero era suficiente, y empecé a saltar con todas mis fuerzas. Se produjo un sonido ensordecedor, y al séptimo estruendo Samantha se acercó a ver el origen del ruido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, lo cual se me antojó tan estúpido como irritante.

—Escapar —contesté, y di un salto más. ¡Bum!

Me miró mientras continuaba saltando, y después sacudió la cabeza y alzó la voz cuanto pudo, de modo que percibí su negatividad por encima del ruido.

—No creo que puedas salir así —comentó.

—El metal es delgado aquí. No es como el del suelo.

—Es resistencia a la tracción —observó en voz alta—. Como la superficie de cohesión en un vaso de agua. Lo estudiamos en física.

Tardé un segundo en maravillarme del tipo de clase de física que enseñaba a sus estudiantes la resistencia a la tracción del suelo de un remolque cuando estás escapando de un aquelarre de caníbales, y después me detuve a mitad de un salto. Tal vez tenía razón. Al fin y al cabo, Ransom Everglades era un colegio muy bueno y debían enseñar cosas que jamás se reflejaban en el programa de estudios de la enseñanza pública. Salí del compartimento y contemplé mis logros. Poca cosa. Había una abolladura visible, pero nada capaz de inspirar una verdadera esperanza.

—Llegarán mucho antes de que hayas podido salir —dijo, y alguien que careciera de caridad tal vez hubiera insinuado que se estaba refocilando.

—Es posible —contesté, y mi vista se posó en el madero. No llegué a decir « ¡ajá! », pero sí tuve uno de esos momentos en que la bombilla se enciende. Recogí el pedazo de madera y extraje el clavo. Encajé la cabeza en una grieta de la punta de la estaca, y apoyé la punta en el centro de la abolladura que había practicado. Después, con una mirada significativa a Samantha, golpeé sobre el extremo de la estaca con todas mis fuerzas.

Dolió. Conté tres astillas en mi mano.

—Ja —dijo Samantha.

Dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer, y por extensión podemos decir que detrás de cada Dexter en fuga hay una irritante Samantha, porque su dicha al verme fracasar me elevó a nuevas cimas de inspiración. Me quité el zapato, lo coloqué sobre la estaca y aporreé a modo de experimento. No dolió tanto, y me quedé convencido de que podría golpearlo con fuerza suficiente para practicar un agujero en el suelo del armario.

—Ja tú —dije a Samantha.

—Como quieras —contestó, y volvió a la parte del centro del remolque, donde había estado sentada.

Yo volví al trabajo, o sea, a golpear la suela de mi zapato con todas mis fuerzas. Me detuve al cabo de un par de minutos y miré. La abolladura era mucho más profunda, y había señales de tensión en los bordes. La punta del clavo se había hundido en el metal, y al cabo de pocos minutos distinguí un pequeño agujero. Redoblé mis esfuerzos. Pasados otros dos minutos, el tono del golpeteo dio la impresión de cambiar, de modo que saqué la estaca y eché otro vistazo.

Había un pequeño hueco que atravesaba el suelo, lo bastante grande para ver la luz del día debajo del remolque. Con un poco más de tiempo y esfuerzo, estaba seguro de que podría ensanchar el agujero y salir.

Hundi la punta de la estaca en el hueco lo máximo posible y golpeé con más fuerza todavía. Vi que se iba hundiendo poco a poco, y de repente la estaca descendió varios centímetros de golpe. Paré de golpear y empecé a mover el madero de un lado a otro, con la idea de agrandar el agujero lo máximo posible. Lo atacé con saña y clavé la estaca de lado, y hasta volví a colocar el zapato encima y le di patadas, y durante veinte minutos el metal del remolque resistió, pero al final abrí una vía de escape.

Hice una pausa y contemplé el agujero. Estaba agotado y dolorido y empapado de sudor, pero me encontraba a un paso de la libertad.

—Voy a salir —grité a Samantha—. Ésta es tu última oportunidad de huir.

—Adiós —me contestó—. Buen viaje.

Se me antojó un poco cruel después de lo que habíamos compartido, pero eso sería probablemente lo máximo que iba a sacar de ella.

—Vale —dije, y entré en el compartimento, pasando las piernas por el agujero que había abierto. Mis pies tocaron suelo y salí del todo. Era muy estrecho, y noté que primero mis pantalones, y después la camisa, se enganchaban con los bordes metálicos y se desgarraban. Sostuve las manos por encima de la cabeza y seguí retorciéndome, y al cabo de un momento estaba sentado en la tierra tibia y húmeda de los Everglades. Percibí que empapaba mis pantalones, pero me pareció una sensación maravillosa, mucho mejor que el suelo del remolque.

Respiré hondo. Estaba libre. A mi alrededor se encontraba el bloque de hormigón que constituía la base del remolque y lo mantenía alzado del suelo. Presentaba dos boquetes, uno cercano y situado enfrente de la puerta del remolque. Rodé sobre el estómago y me arrastré hacia él. Y justo cuando mi cabeza asomaba a la luz del día y empezaba a pensar que iba a escapar, una mano enorme me agarró del pelo.

—Hasta aquí has llegado, capullo —gruñó una voz, y sentí que me izaban casi en vertical, con sólo una breve pausa para que mi cabeza golpeará contra el remolque. A través de las luces brillantes que se encendían en mi ya dolorida cabeza vi a mi viejo amigo, el gorila de la cabeza rapada. Me arrojó contra el lado del remolque y, como había hecho cuando me dejó sin sentido en el frigorífico, me inmovilizó con el antebrazo sobre la garganta.

Detrás de él vi que el remolque estaba situado en un pequeño claro, rodeado de la exuberante vegetación de los Everglades. Un canal corría a un lado, y los mosquitos zumbaban y se lanzaban en picado sobre nosotros alegremente. Un pájaro cantó cerca. Y por un sendero que empezaba al final del claro venía Kukarov, el gerente del club, seguido de otros dos hombres de aspecto desagradable, uno de los cuales cargaba con una fiambra hermética y el otro con una bolsa de herramientas de cuero.

—Bien, cerdito —dijo Kukarov con una sonrisa pavorosa—. ¿Adónde te crees

que vas?

—Tengo cita con el dentista —dijo—. No puedo fallar.

—Sí que puedes —dijo Kukarov, y el gorila me abofeteó con fuerza. Encima de la creciente colección de dolores de cabeza que iba acumulando, me dolió mucho más de lo debido.

La gente que me conoce bien os dirá que Dexter nunca pierde la calma, pero ya era suficiente. Levanté el pie y propiné una patada al gorila en la entrepierna con fuerza suficiente para que me soltara y se doblara en dos, y fue presa de un ataque de náuseas. Y como había sido muy fácil y gratificante me volví hacia Kukarov con las manos levantadas en posición de combate.

Pero sostenía una pistola, y me apuntaba entre los ojos. Era una pistola muy grande y cara, una Magnum 357, a juzgar por su aspecto. Tenía el percutor amantillado, y lo único más oscuro que el agujero del cañón era la expresión de sus ojos.

—Adelante —dijo—. Inténtalo.

Era una sugerencia interesante, pero decidí desecharla y levanté las manos. Me observó un momento, y después retrocedió unos pasos sin dejar de mirarme y llamó a los demás.

—Atadle —ordenó—. Dadle unas cuantas hostias, pero no estropeéis la carne. Utilizaremos un cerdito masculino.

Uno de ellos me agarró y me retorció los brazos a la espalda, con fuerza suficiente para que doliera, y el otro empezó a sacar cinta adhesiva de un rollo. Acababa de pasar varios lazos alrededor de mis muñecas, cuando oí el que tal vez sea el sonido más hermoso de mi vida: el chirrido de un megáfono, seguido de la voz amplificada de Deborah.

—Policía —dijo—. Están rodeados. Tiren las armas y échense de cara al suelo.

Los dos esbirros se alejaron de mí y miraron boquiabiertos a Kukarov. El gorila seguía de rodillas, presa de las náuseas.

—¡Mataré a ese capullo! —bramó Kukarov, y vi que su dedo se cerraba sobre el gatillo, al tiempo que levantaba la pistola.

Un sólo disparo hendió el aire y la mitad de la cabeza de Kukarov desapareció. Cayó de costado como si tiraran de él con una cuerda y se derrumbó en el suelo hecho un guñapo.

Los otros dos caníbales se lanzaron al suelo al unísono, y hasta el gorila se puso boca abajo, y mientras yo miraba, Deborah salió como una exhalación de la vegetación y corrió hacia mí, seguida por una docena, como mínimo, de agentes de policía, incluido un grupo del SRT, el Equipo Especial de Respuesta, armados hasta los dientes y con chalecos antibalas, y el detective Weems, el gigante de ébano de la Policía Tribal de Miccosukee.

—Dexter —gritó Deborah. Me agarró por los brazos y me miró a la cara un

momento—. Dex —repitió, y fue gratificante distinguir un poco de angustia en su cara. Me palmeó los brazos y casi sonrió, una exhibición muy rara en su caso. Por supuesto, como era Debs, tuvo que estropear el efecto de inmediato—. ¿Dónde está Samantha?

Miré a mi hermana. La cabeza me dolía, mis pantalones estaban desgarrados, la garganta y la cara me dolían debido a los malos tratos del gorila, estaba avergonzado por lo que había hecho un rato antes, seguía con las manos atadas con cinta adhesiva a la espalda... y tenía sed. Me habían aporreado, secuestrado, drogado, aporreado de nuevo y amenazado con un revólver muy grande, todo ello sin una queja..., pero Debs sólo podía pensar en Samantha, que estaba bien alimentada y sentada dentro con la comodidad del aire acondicionado, sentada de buena gana, incluso con entusiasmo, quejándose de molestias sin importancia, mientras yo había intentado sin conseguirlo esquivar todas las hondas y flechas y, me di cuenta, un creciente número de mosquitos que no podía aplastar con las manos atadas a la espalda.

Pero, por supuesto, Deborah era mi familia, y de todos modos no podía utilizar las manos, de manera que abofetearla estaba descartado.

—Estoy bien, hermanita —contesté—. Gracias por preguntar.

Como siempre, Deborah no captó la ironía. Me agarró de los brazos y me sacudió.

—¿Dónde está la chica? —insistió—. ¿Dónde está Samantha?

Suspiré y tiré la toalla.

—Dentro del remolque. Se encuentra bien.

Deborah me miró un segundo, y después dio la vuelta al remolque en dirección a la puerta. Weems la siguió y oí un ruido apabullante cuando, por lo visto, arrancó la puerta de sus goznes. Un momento después pasó de largo, con la puerta colgando por el pomo de su mano enorme. Debs le seguía con un brazo alrededor de Samantha, en dirección al coche.

—Ya te tengo, ahora todo saldrá bien —murmuraba en su oído a una Samantha muy cabreada, que caminaba encorvada y mascullaba: «Déjame en paz».

Paseé la vista alrededor del pequeño claro. Un puñado de policías con uniforme del SRT estaban esposando a los chicos de Kukarov, con muy poca gentileza. La situación se estaba relajando, salvo por un nuevo y frenético estallido de actividad de los nueve millones de mosquitos que habían descubierto mi cabeza desprotegida. Intenté ahuyentarlos. Empresa imposible, por supuesto, con las manos atadas a la espalda. Sacudí la cabeza para asustarlos, pero tampoco funcionó, y me dolió tanto que ni siquiera valió la pena intentarlo de nuevo. Traté de sacudirles con los codos, algo también imposible, y creí oír a los mosquitos reírse de mí y frotarse las patitas de placer, mientras llamaban a sus amigos para que acudieran al festín.

—¿Alguien podría desatarme las manos, por favor? —pedí.

Por fin, me quitaron la cinta adhesiva que inmovilizaba mis manos. Al fin y al cabo, estaba rodeado de policías, y habría sido un terrible error que tantos agentes de la ley me mantuvieran maniatado como si yo fuera una especie de... Bien, para ser sincero, era una especie de, pero me estaba esforzando por no volver a serlo. Y como no sabían lo que había sido, era lógico que tarde o temprano alguno se apiadara de mí y me soltara. Y uno de ellos lo hizo por fin: fue Weems, el gigantesco hombre de la policía tribal. Se acercó y me miró, con una sonrisa muy grande formándose en su cara muy grande, y sacudió la cabeza.

—¿Por qué sigue con las manos atadas? —preguntó—. ¿Nadie le quiere ya?

—Supongo que mi prioridad es muy baja. Salvo para los mosquitos.

Rió, un sonido agudo y gozoso que se prolongó durante varios segundos, demasiado, en mi opinión. Todavía maniatada, y justo cuando estaba pensando en decir algo mordaz, sacó una enorme navaja y abrió la hoja.

—Vamos a conseguir que vuelva a aplastar mosquitos —dijo, y me indicó con un movimiento de la hoja que diera la vuelta.

Accedí de buen grado, y al instante apoyó el borde del cuchillo en la cinta que sujetaba mis muñecas. Por lo visto, el cuchillo estaba muy afilado. Casi no sentí la menor presión, y la cinta se abrió. Coloqué las manos delante de mí y arranqué la cinta. Se llevó casi todo el vello de mis muñecas, pero como mi primer palmetazo en la nuca aplastó como mínimo a seis mosquitos, me pareció una buena compensación.

—Muchísimas gracias —dije.

—Ningún problema —contestó con voz queda y aguda—. Nadie debería estar vendado así.

Rió de su asombroso ingenio, y al pensar que lo mínimo que podía hacer era devolverle su amabilidad, le dediqué un pequeño ejemplo de mi mejor sonrisa falsa.

—Vendado —dije—. Ésa es buena.

Podría haberme esforzado un poco más, pues me sentía agradecido, pero la cabeza me dolía demasiado para pensar en algo ingenioso.

En cualquier caso, tampoco habría importado, porque Weems ya no me estaba prestando atención. Se había quedado muy quieto, con la nariz alzada, y tenía los ojos entornados como si alguien le estuviera llamando desde lejos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No dijo nada durante un momento. Después sacudió la cabeza.

—Humo —dijo—. Alguien ha encendido un fuego ilegal por ahí. —Proyectó la barbilla en dirección al corazón de los Everglades—. En esta época del año, eso está mal.

Yo no olía nada, salvo el habitual aroma margoso de los Everglades, además de a sudor y un leve rastro de pólvora que aún perduraba en el aire, pero no pensaba ponerme a discutir con mi rescatador. Además, tendría que haber discutido con su espalda, puesto que ya había dado media vuelta y se dirigía hacia el borde del claro. Le vi marchar, mientras me masajeaba las muñecas y me desquitaba terriblemente de los mosquitos.

Ya no había gran cosa que ver alrededor del remolque. Los policías normales se estaban llevando a los canibales hacia su condena a presidio, y cuanto más larga mejor, en mi opinión. Los tipos del SRT rodeaban a uno de los suyos, probablemente el que había disparado y volatilizado la cara de Kukarov. Su expresión era una combinación de bajada de adrenalina y conmoción, y sus compañeros le contemplaban con aire protector.

En conjunto, la emoción se estaba diluyendo y no cabía duda de que había llegado el momento de la Partida de Dexter. El único problema, por supuesto, era que carecía de medio de transporte, y depender de la amabilidad de desconocidos suele ser incierto. Depender de la amabilidad de la familia suele ser mucho peor, por supuesto, pero aun así me pareció lo más adecuado, de modo que fui en busca de Deborah.

Mi hermana estaba sentada en el asiento delantero de su coche, intentando ser sensible, cariñosa y compasiva con Samantha Aldovar. Era algo que no le salía con naturalidad, y ya le habría resultado bastante difícil aunque Samantha le siguiera la corriente. No lo estaba haciendo, por supuesto, y las dos se estaban acercando a toda prisa a un punto muerto emocional cuando me acomodé en el asiento de atrás.

—No voy a ponerme bien —estaba diciendo Samantha—. ¿Por qué sigue repitiendo eso, como si fuera una especie de retrasada mental?

—Has sufrido un *shock* muy fuerte, Samantha —insistió Debs, y pese al hecho de que estaba intentando tranquilizar a la chica, casi oí las comillas alrededor de sus palabras, como si estuviera leyendo el *Manual de rehenes rescatados*—. Pero ahora todo ha terminado.

—No quiero que termine, maldita sea. —Samantha me miró cuando cerré la puerta del coche—. Hijo de puta —me dijo.

—Yo no he hecho nada.

—Tú les has traído aquí. Todo fue una trampa.

Negué con la cabeza.

—No. No tengo ni idea de cómo nos encontraron.

—Ya ya —se burló la joven.

—De veras. —Me volví hacia Debs—. ¿Cómo nos encontraste?

Deborah se encogió de hombros.

—Chutsky vino a hacerme compañía mientras esperaba. Cuando llegó la camioneta de las alfombras, le colocó un rastreador. —Era lógico: su novio,

Chutsky, un agente de inteligencia semirretirado, contaría con los juguetes adecuados para esas cosas—. Os secuestraron. Nosotros os seguimos a distancia. Cuando todos llegamos aquí, al pantano, llamé al SRT. Esperaba capturar a Bobby Acosta, pero no pudimos esperar. —Miró a la chica—. Salvarte era nuestra máxima prioridad, Samantha.

—No quería que me salvaran, joder —replicó la chica—. ¿Cuándo va a comprenderlo? —Deborah abrió la boca, pero ella no la dejó hablar—. Y si vuelve a decir que me pondré bien, juro por Dios que chillaré.

Para ser sincero, habría sido un alivio que hubiera gritado. Estaba tan harto de las quejas de Samantha que a mí también me habían entrado ganas de gritar, y me di cuenta de que mi hermana no me iba a la zaga. Pero, por lo visto, Debs alimentaba la fantasía de que había rescatado a una víctima reacia a vivir una experiencia terrible, y aunque vi que sus nudillos se ponían blancos debido al esfuerzo de reprimir sus deseos de estrangular a la joven, mantuvo la frialdad.

—Samantha —dijo en tono muy pausado—, es perfectamente natural que estés un poco confusa en este momento sobre tus sentimientos.

—No estoy nada confusa. Me siento muy cabreada, y ojalá que no me hubiera encontrado. ¿Eso también es perfectamente natural?

—Sí —contestó Deborah, aunque vi que ciertas dudas se insinuaban en su cara—. En una crisis con rehenes, es frecuente que la víctima empiece a sentir un vínculo emocional con sus captores.

—Parece que lo esté leyendo —le soltó Samantha, y tuve que admirar su perspicacia, aunque su tono me puso de los nervios.

—Voy a recomendar a tus padres que te lleven a un especialista... —sugirió Deborah.

—Oh, fantástico, un loquero. Eso es todo lo que necesito.

—Te será útil poder hablar con alguien de todo lo que te ha pasado.

—Claro, ardo en deseos de hablar de todo lo que me ha pasado —replicó Samantha, y se volvió a mirarme—. Quiero hablar de todo, porque algunas cosas sucedieron totalmente en contra de mi voluntad, y todo el mundo se va a enterar de eso.

Experimenté una profunda y muy desagradable sorpresa, no tanto por lo que había dicho, sino por el hecho de que me lo estaba diciendo a mí. No había forma de malinterpretar a qué se refería. Pero ¿contaría a todo el mundo nuestro pequeño interludio inspirado por el éxtasis y afirmaría que había sucedido contra su voluntad? No se me había ocurrido que sería capaz de eso. Al fin y al cabo, se trataba de algo privado, y también yo lo había hecho contra mi voluntad. Yo no había puesto las drogas en la botella de agua, y no era algo de lo que fuera a jactarme nunca.

Pero una espantosa sensación de zozobra empezó a florecer en mi estómago cuando la amenaza alcanzó su objetivo. Si afirmaba que había sido contra su

voluntad... Técnicamente hablando, la palabra era « violación », y aunque estaba muy alejado de mi zona de intereses normal, estaba convencido de que la ley lo vería con malos ojos, casi tanto como otras cosas que yo había hecho. Si se corría la voz, sabía que ninguna de mis inteligentes y maravillosas excusas servirían de nada. Y no podía culpar a nadie por no creerlas: hombre mayor a punto de morir, encerrado con una chica joven, nadie se va a enterar... Era una imagen acompañada de su propio pie de foto. Perfectamente creíble, y totalmente imperdonable, aunque yo hubiera pensado que estaba a punto de morir. Nunca había oído una defensa de violación basada en circunstancias extenuantes, y estaba convencido de que no funcionaría.

Y dijera lo que dijera, aunque la elocuencia de Dexter desbordara los límites del discurso humano y consiguiera conmover a la estatua de mármol de la justicia hasta reducirla a las lágrimas, el mejor resultado sería él dijo/ella dijo, y yo seguiría siendo el tipo que se había aprovechado de una indefensa chica cautiva, y sabía muy bien lo que todo el mundo pensaría de mí. Al fin y al cabo, yo había lanzado gritos de júbilo cada vez que me enteraba de que hombres casados mayores perdían el trabajo y la familia por practicar el sexo con mujeres más jóvenes..., y eso era exactamente lo que yo había hecho. Aunque convenciera a todo el mundo de que las drogas me habían inducido a ello, y de que no era culpa mía, estaría acabado. Una juerga sexual inducida por las drogas con una adolescente sonaba más como el titular de la prensa sensacionalista que como una explicación.

Y ni siquiera el mejor abogado de todos los tiempos lograría que Rita me perdonara. Todavía había muchas cosas que no entendía de los seres humanos, pero ya había presenciado suficientes dramas cotidianos para saber el desenlace. Tal vez Rita no creyera que había cometido violación, pero eso daría igual. Le daría igual que hubiera estado atado de pies y manos, drogado y obligado a practicar el sexo a punta de pistola. Se divorciaría de mí cuando lo averiguara, y criaría a Lily Anne sin mí. Yo me quedaría más solo que la una, sin Cody y Astor, sin una Lily Anne que alegrara mis días. Dex-Papi Abandonado.

Sin familia, sin trabajo... Nada. Tal vez Rita llegaría al extremo de solicitar la custodia de mis cuchillos de trinchar. Era terrible, espantoso, impensable. Todo cuanto quería, arrebatado, toda mi vida lanzada al contenedor de basura..., ¿y todo porque me habían drogado? Era de lo más injusto. Y algo de esto debió reflejarse en mi cara, porque Samantha no paraba de mirarme, y empezó a cabecear.

—Exacto —dijo—. Piénsalo bien.

La miré y lo pensé bien. Y me pregunté si, sólo por esta vez, podría deshacerme de alguien por algo que no había hecho todavía: jugueteo proactivo.

Pero por suerte para Samantha, antes de que pudiera coger la cinta adhesiva, Deborah decidió imponerse en su papel de rescatadora compasiva.

—De acuerdo —terció—. Esto puede esperar. Ahora vamos a llevarte a casa con tus padres.

Apoyó la mano sobre el hombro de la chica.

Por supuesto, Samantha apartó la mano como si fuera un insecto odioso.

—Fantástico —le espetó—. Ardo en putos deseos.

—Ponte el cinturón —le ordenó Deborah, y después se volvió hacia mí, como si se le hubiera ocurrido en aquel instante—. Supongo que puedes venir.

Estuve a punto de decirle: *No, no te molestes, me quedaré aquí y daré de comer a los mosquitos*, pero en el último segundo recordé que Deborah era negada para el sarcasmo, de modo que me limité a asentir y a abrocharme el cinturón.

Mi hermana llamó a la agente radioperadora.

—Tengo a la chica Aldovar. La llevo a casa.

—Mierda —masculló Samantha.

Deborah la miró con algo que parecía un rictus, pero que en realidad quería ser una sonrisa tranquilizadora, y después puso el coche en marcha, y durante poco más de media hora gocé de poder ir sentado en el asiento de atrás imaginando mi vida estallando en un millón de astillas decorativas. Era una imagen terriblemente deprimente. Dexter Privado del Derecho a Voto, arrojado a la basura, desprovisto de su disfraz tan cuidadosamente trabajado y todas sus cómodas ventajas, lanzado desnudo y sin amor al mundo frío y solitario, y no veía forma de evitarlo. Tenía que hincarme de rodillas y rezar para que Samantha no hiciera nada mientras yo intentaba escapar..., y se había mostrado neutral hasta aquel momento. Ahora que estaba picada conmigo, no podía hacer nada para impedir que lo contara todo, salvo tal vez la vivisección. Ni siquiera podía devolverla a los canibales. Con Kukarov muerto y el resto del grupo capturado o en fuga, no quedaba nadie para comérsela. La imagen era sórdida y muy clara: la fantasía de Samantha había terminado, ella me echaba la culpa y se vengaría de una forma terrible..., y yo no podía hacer nada al respecto.

Jamás me había sentido inclinado hacia la ironía, pero no dejaba de percibirla: después de todo lo que yo había hecho, de buena gana y con alegría, ¿me iban a detener por culpa de una jovencita enfurruñada y una botella de agua? Todo era de un ridículo tan sutil que sólo los franceses podrían apreciarlo.

Sólo para subrayar mi apuro y su determinación, Samantha se volvía y me fulminaba con la mirada cada pocos kilómetros, mientras recorriamos el largo y depresivo camino hacia su casa, primero por la Ruta 41, después por LeJeune, hasta llegar al Grove y a casa de los Aldovar. Y sólo para recordarme que hasta el peor chiste tiene su remate, cuando doblamos por la calle de Samantha y nos acercamos a su casa, Deborah murmuró: «Mierda», y yo me incliné hacia delante y vi a través del parabrisas lo que parecía un carnaval delante de la casa.

—Ese maldito hijo de puta —dijo Deborah, y golpeó el volante con la palma

de la mano.

—¿Quién? —pregunté, y admito que estaba ansioso por que pusieran a caldo a otro.

—El capitán Matthews —rugió—. Cuando llamé, convocó a toda la prensa aquí para poder abrazar a Samantha y proyectar su puta barbilla hacia las cámaras.

Y por supuesto, cuando Deborah detuvo el coche delante de la casa de los Aldovar, el capitán Matthews se materializó ante la puerta del pasajero como por arte de magia y ayudó a bajar del coche a una Samantha todavía malhumorada, mientras los flashes destellaban y la horda de reporteros en estado salvaje prorrumpía en un « Ooooooooooh ». El capitán pasó una mano protectora sobre sus hombros, y después indicó con un ademán autoritario a la multitud que se apartara y les dejara pasar, un momento grandioso en la historia de la ironía, puesto que Matthews había convocado a todos aquí para presenciar aquel momento exacto, y ahora fingía desear que les dejaran en paz mientras consolaba a Samantha. Admiré la interpretación hasta el punto de que, durante un minuto entero, sólo me sentí preocupado por mi futuro dos o tres veces.

Deborah no parecía tan impresionada como yo. Seguía a Matthews con el ceño fruncido, y propinaba empujones a cualquier reportero lo bastante estúpido para interponerse en su camino, y por lo general se comportaba como si hubiera sido acusada de haber practicado el submarino a un detenido. Yo seguí al pequeño y risueño grupo entre la multitud hasta que Matthews llegó a la puerta de la casa, donde el señor y la señora Aldovar estaban esperando para cubrir de abrazos, besos y lágrimas a su discolia hija. Fue una escena de lo más conmovedora, y el capitán Matthews la interpretó a la perfección, como si la hubiera estado ensayando durante meses. Se plantó al lado del grupo de familia y le dedicó una sonrisa radiante, mientras los padres gimoteaban Samantha fruncía el ceño y, por fin, cuando intuyó que los reporteros estaban agotando su margen de atención, se colocó delante de ellos y levantó una mano.

Justo antes de que hablara a las masas, se inclinó hacia Deborah.

—No se preocupe, Morgan. No la obligaré a decir nada esta vez.

—Sí, señor —contestó ella entre dientes.

—Procure aparentar orgullo y humildad —dijo el capitán, palmeó su hombro y le sonrió mientras las cámaras rodaban. Deborah les enseñó los dientes, y el capitán se volvió hacia la multitud.

—Les dije que la encontraríamos —informó Matthews a la muchedumbre con un rugido varonil—, ¡y la hemos encontrado!

Dio media vuelta y miró al trío Aldovar, mientras los reporteros tomaban una foto de él regodeándose y dedicándoles una mirada protectora. Después se volvió y pronunció un breve panegírico de sí mismo. Por supuesto, no hubo ni una palabra acerca del terrible sacrificio de Dexter, ni siquiera sobre la diligencia de

Deborah, pero tal vez habría sido esperar demasiado. Sin salirse del guión, se prolongó un poco más, aunque al final los Aldovar entraron en casa, los reporteros se hartaron de la barbilla del capitán y Deborah asió mi brazo, tiró de mí entre la multitud en dirección a su coche y me llevó a casa.

Deborah condujo hasta la Dixie Highway y giró al sur en dirección a mi casa sin hablar, pero al cabo de unos minutos la mirada encolerizada desapareció de su rostro y los nudillos de sus manos dejaron de estar blancos.

—En cualquier caso —dijo por fin—, lo importante es que rescatamos a Samantha.

Admiraba la capacidad de mi hermana de identificar lo « importante », pero pensé que debía señalar que estaba equivocada, porque no me incluía a mí.

—Samantha no quería que la rescataran —señalé—. Quiere que se la coman. Deborah negó con la cabeza.

—Nadie desea eso. Lo dijo porque está un poco jodida, y había empezado a identificarse con los gilipollas que la secuestraron. Pero ¿quién lo desea? Quiero decir, ser devorado. —Compuso una nueva expresión avinagrada y sacudió la cabeza—. Vamos, Dex.

Podría haberle dicho que yo estaba muy convencido, y que ella también lo estaría si hubiera hablado con Samantha cinco minutos. Pero cuando Deborah toma una decisión, es necesaria una orden por escrito del jefe de policía para cambiarla, y creo que no había ninguna a mano.

—Además —continuó—, ahora ha vuelto con su familia, y podrán llevarla a un psiquiatra o lo que sea. Lo más importante para nosotros es acabar con esto, detener a Bobby Acosta y al resto del grupo.

—El aquelarre —dije, quizá con cierta pedantería—. Samantha dice que lo llaman aquelarre.

Deborah frunció el ceño.

—Pensaba que eso era cosa de brujas.

—Por lo visto, también incluye a los caníbales.

—No creo que se pueda llamar aquelarre a un grupo de tíos —replicó con tozudez—. Creo que ha de ser de brujas. Ya sabes, mujeres.

Me parecía una banalidad, sobre todo después de todo lo que había sufrido, y estaba demasiado cansado para discusiones. Por suerte, el tiempo pasado con Samantha me había preparado para dar la respuesta exacta.

—Como quieras —dije.

Deborah pareció contentarse con eso, y después de unos cuantos comentarios irrelevantes llegamos a mi calle. Me dejó delante de mi casa y se alejó, y yo no pensé en otra cosa que en el placer de estar en casa.

El hogar me estaba esperando, y por algún motivo consideré esa circunstancia sorprendente y conmovedora. Deborah había llamado a Rita para avisarla de que llegaría tarde, no había de qué preocuparse, todo iba bien, lo cual parecía un exceso de confianza por su parte. Rita había visto las noticias, que habían convertido la captura en el reportaje principal de la noche. ¿Quién podría

resistirse? Caníbales, una adolescente desaparecida, tiroteo en los Everglades... Una historia perfecta. Una importante cadena por cable ya había llamado para hacerse con los derechos de la historia.

Pese a las palabras de aliento de Deborah, Rita se había enterado de que yo había sido uno de los protagonistas del incidente y de que había corrido un grave peligro, y reaccionó como una verdadera campeona. Me estaba esperando en la puerta en un estado de nervios que yo jamás había visto.

—Oh, Dexter —resolló, mientras se esforzaba por estrangularme entre abrazos y besos—. Estábamos tan... Salió en las noticias, y te vi allí, pero incluso después de que Deborah llamó... —Volvió a besarme—. Los niños estaban mirando la tele y Cody dijo: «Es Dexter», y yo miré... Fue un avance informativo —aclaró, como para asegurarme que no había aparecido como estrella invitada en *Bob Esponja*—. Oh, Dios mío —continuó, aunque hizo una pausa para estremecerse y volver a abrazarme, sepultando la cabeza hasta los hombros en mi cuello—. No tendrías que haber hecho esas cosas —observó, con un gran sentido de la justicia—. Sólo debes dedicarte a lo tuyo y... Ni siquiera llevas arma, y no es... ¿Cómo pueden...? Pero tu hermana dijo, y lo dijeron en la tele, que eran caníbales y que te habían capturado, y al menos encontraste a esa chica, que ya sé que es importante, pero, oh, Dios mío, caníbales, ni siquiera soy capaz de imaginar cómo... Y te tenían encerrado, y habrían podido...

Calló por fin, tal vez debido a la falta de oxígeno, y se concentró en sorber por la nariz sobre mi camisa durante un minuto.

Aproveché la interrupción para pasear la vista a mi alrededor con satisfacción y examinar mi modesto reino. Cody y Astor estaban sentados en el sofá y nos miraban con expresión de asco debido a la exhibición emocional, y a su lado estaba sentado mi hermano, Brian, quien nos dedicó una enorme y espantosa sonrisa a todos y cada uno de nosotros. Lily Anne estaba en su moisés al lado del sofá, y agitó los dedos de los pies a modo de cálida y cariñosa bienvenida. Era una perfecta foto de familia, adecuada para ser enmarcada. El Héroe Vuelve A Casa. Y si bien no me complacía del todo ver a Brian allí, no se me ocurrió ningún motivo para desear que se marchara. Además, tanto buen rollo era contagioso, incluso los fingimientos de mi hermano, y el aire estaba impregnado de un maravilloso aroma que reconocí, mientras se me hacía la boca agua, como uno de los grandes milagros del mundo moderno: el lechón al horno de Rita.

Dorothy tenía razón: no hay nada mejor que estar en casa.

Habría sido terriblemente grosero advertir a Rita de que ya había sorbido por la nariz bastante, pero yo había vivido una experiencia espantosa, incluida la inanición, y el olor que invadía la casa estaba disparando un frenesí en mis tripas que, comparado con él, la sobredosis de éxtasis no tenía color. El lechón de Rita era una gran obra de arte que podía obligar a una estatua a saltar de su pedestal y

gritar: « ¡Ñam ñam! ». De manera que cuando conseguí soltarme y secarme el hombro, le di las gracias profusamente y me dirigí sin vacilar hacia la mesa, con tan sólo una breve pausa para ver a Lily Anne y contar los dedos de sus manos y pies, sólo para comprobar que todo seguía en su sitio.

De modo que nos sentamos alrededor de la mesa, como si fuéramos un retrato de familia perfecto, y pensé en lo engañosos que pueden llegar a ser los retratos. A la cabecera de la mesa, por supuesto, se sentaba Dex-Papi, un verdadero monstruo que intentaba ser un poco más humano. A su izquierda estaba Hermano Brian, un monstruo mucho peor que jamás se había arrepentido de nada. Y frente a él se sentaban dos niños de rostro angelical y apariencia inocente, quienes no deseaban otra cosa que ser igualitos a su malvado tío. Y todos ellos exhibían máscaras completamente falsas de profunda y prosaica humanidad. Habría sido un tema estupendo para Norman Rockwell, sobre todo si se hubiera sentido especialmente sardónico.

La cena fue un acontecimiento ciertamente sabroso, el silencio interrumpido tan sólo por los sonidos que emitían los comensales al relamerse, gemidos de placer y los chillidos de Lily Anne pidiendo comida, tal vez enloquecida por el olor del lechón. De vez en cuando, Rita rompía el silencio con pequeños comentarios de preocupación incongruentes, que se prolongaban hasta que alguien le alargaba el plato para pedir más, cosa que hicimos todos varias veces, excepto Lily Anne. Y cuando la cena se aproximaba a su fin, y volvimos a demostrar que « restos de lechón » era un oxímoron en nuestra casa, me sentí muy satisfecho de haber vuelto de una pieza a mi pequeño nido.

La sensación de abotargada satisfacción continuaba, incluso después de la cena, cuando Cody y Astor corrieron en busca de la Wii y un juego que consistía en matar monstruos de aspecto horroroso, y yo me senté en el sofá, intentando que Lily Anne eructara, mientras Rita despejaba la mesa. Brian se sentó a mi lado y contemplamos a los niños con aire ausente un rato, hasta que él habló por fin.

—Bien, así que sobreviviste a tu enfrentamiento con el aquelarre.

—Por lo visto.

Asintió y, mientras Cody pulverizaba a un ser de aspecto muy desagradable, Brian gritó:

—¡Muy buena, Cody! —Al cabo de un momento, se volvió hacia mí—. ¿Ya han cazado al jefe de los brujos?

—George Kukarov. Recibió un disparo y murió en el lugar de los hechos.

—¿El hombre que dirigía ese club, Fang? —preguntó, algo sorprendido.

—Exacto. Debo decir que fue un buen disparo, y justo a tiempo.

Brian guardó silencio un momento.

—Siempre he pensado que al frente de un aquelarre había una mujer.

Era la segunda vez aquella noche que alguien me llevaba la contraria en esto,

y ya estaba un poco harto de oírlo.

—No es mi problema —dije—. Deborah y su destacamento especial detendrán a los demás.

—No, si cree que ese tal Kukarov era el líder.

Lily Anne lanzó un pequeño pero explosivo eructo, y sentí que se filtraba poco a poco a través de la toalla y empapaba mi camisa, mientras ella dejaba caer la cabeza y se dormía.

—Brian, he pasado un día fatal con esta gente, y estoy hecho polvo. Me da igual que el líder verdadero de un aquelarre sea un hombre, una mujer o un lagarto de dos cabezas del planeta Nardone. Es problema de Deborah, y yo ya he terminado. ¿Y por qué te interesa, de todos modos?

—Oh, me da igual, pero eres mi hermano menor. Es natural que esté interesado.

Podría haber dicho algo más, algo realmente cortante, pero Astor impidió cualquier respuesta posible con un «¡Nooooooooo!» angustiado, y ambos nos dimos la vuelta sobresaltados para mirar la pantalla del televisor, justo a tiempo de ver que un monstruo devoraba la figura de pelo dorado que la representaba en la pantalla.

—Ja —dijo Cody, en voz baja pero triunfal, y levantó su controlador. El juego prosiguió, y ya no volví a pensar en brujos, aquelarres o en el interés de mi hermano por ello.

La velada continuó sin tregua hasta su conclusión. Me descubrí bostezando, con toda la boca abierta y ruidosamente, y aunque me dio un poco de vergüenza no pude reprimirme. Por supuesto, la espantosa odisea que había sufrido estaba afectando a mi pobre y baqueteado sistema, y estoy convencido de que el lechón va cargado de triptófano o algo por el estilo. Tal vez era debido a la combinación, pero fuera cual fuera el caso pronto quedó claro para todos que Dex-Papi estaba contra las cuerdas y a punto de reunirse con Lily Anne en el País de los Sueños.

Y justo cuando estaba a punto de excusarme de tan deliciosa compañía (algunos de cuyos componentes no se habrían dado cuenta, a juzgar por su concentración en el juego de video), las notas de la «Cabalgata de las Valkírias» empezaron a brotar del móvil de Brian. Sacó el aparato de la funda y le echó un vistazo, frunció el ceño y se levantó casi al instante.

—Oh, maldición —dijo—. Temo que debo irme ahora mismo, por deliciosa que sea la compañía.

—Quizá —masculló Astor, mientras veía que Cody acumulaba puntos en la pantalla—, pero todavía no es el momento.

Brian exhibió su amplia y falsa sonrisa.

—Para mí sí, Astor —dijo—. Es la familia, pero —su sonrisa se ensanchó todavía más— el deber me llama, y he de ir a trabajar.

—Es de noche —dijo Cody sin levantar la vista.

—Sí —repuso Brian—, pero a veces he de trabajar de noche.

Me miró risueño, y estuvo a punto de guiñarme un ojo, y mi curiosidad se sobreimpuso a la somnolencia.

—¿A qué clase de trabajo te dedicas ahora? —pregunté.

—Actividades del sector servicios. Debo irme, de veras. —Me dio unas palmaditas en el hombro, el que Lily Anne no estaba utilizando—. Estoy seguro de que necesitas dormir después de todo lo que has padecido.

Bostecé de nuevo, lo cual imposibilitaba negar que necesitaba dormir.

—Creo que tienes razón —dije, y me levanté—. Te acompaño a la puerta.

—No es necesario. —Brian se encaminó hacia la cocina—. ¿Rita? Gracias de nuevo por otra cena maravillosa y una velada deliciosa.

—Oh —dijo ella, y salió de la cocina, mientras se secaba las manos con un paño—. Pero es temprano todavía y... ¿Quieres café? O tal vez...

—Por desgracia, he de irme ipso facto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Astor—. ¿«Ipsa facto»?

Brian le guiñó el ojo.

—Significa veloz como el rayo —respondió. Se volvió hacia Rita y le dio un abrazo desmañado—. Muchas gracias, querida dama, y buenas noches.

—Sólo siento que... O sea, se ha hecho un poco tarde para ir a trabajar, y tú... ¿Un trabajo nuevo, quizá? Porque esto no es en realidad...

—Lo sé —interrumpió Brian—, pero este trabajo se amolda como un guante a mis habilidades. —Me miró, y sentí náuseas en la boca del estómago. Que yo supiera, sólo poseía una habilidad, y yo diría que nadie pagaría por ella—. Además, tiene sus compensaciones, y en este momento necesito hacerlo. Por lo tanto, una cálida despedida a todos y cada uno.

Levantó la mano, supongo que a modo de cálida despedida, y se encaminó hacia la puerta.

—Brian —dije a su espalda, y tuve que callar cuando un bostezo que casi me desencaja la mandíbula se apoderó de todo mi cuerpo.

Él se volvió y enarcó una ceja.

—¿Dexter?

Intenté recordar lo que había estado a punto de decir, pero otro bostezo me sacudió la cabeza.

—Nada —repliqué—. Buenas noches.

Una vez más, su espantosa sonrisa falsa se desplegó en su rostro.

—Buenas noches, hermano —dijo—. Duerme un poco.

Abrió la puerta de la calle y desapareció en la noche.

—Bien —comentó Rita—. La verdad es que Brian se está convirtiendo en uno más de la familia.

Asentí, y noté que oscilaba un poco, como si asentir me hubiera hecho perder el equilibrio y estuviera a punto de precipitarme de cabeza al suelo.

—Sí —dije, y por supuesto, lo puntué con un bostezo.

—Oh, Dexter, pobrecito. Has de irte a la cama ahora mismo. Debes estar... Pásame la niña. —Tiró el paño a la cocina y corrió a coger a Lily Anne. En mi triste estado de agotamiento, me pareció casi asombroso que fuera capaz de moverse con tanta celeridad, pero tuvo a Lily Anne arropada en su cuna en un periquete, y ya me estaba empujando por el pasillo hacia el dormitorio—. Ahora te das una buena ducha caliente y te metes en la cama. Creo que te despertarás bien entrada la mañana. No esperarán que... O sea, ¿después de todo lo que has pasado?

Estaba demasiado cansado para responder. Conseguí darme una ducha antes de desplomarme en la cama, pero aunque sentía todo el limo y la mugre de un día horroroso sobre mí, me costó mantenerme despierto bajo el chorro de agua caliente el tiempo suficiente para purificarme a fondo, y fue con una sensación de dicha casi sobrenatural que me derrumbé por fin sobre la almohada, cerré los ojos y subí la sábana hasta la barbilla...

Y, por supuesto, en cuanto estuve en la cama, no pude dormir. Me quedé tendido con los ojos cerrados, y sentí que un profundo sueño se acumulaba al otro lado de la almohada, pero mantuvo las distancias. Oí a Cody y Astor al final del pasillo, jugando todavía con la Wii, ahora sin alzar tanto la voz debido a la insistencia de Rita, puesto que yo, tal como ella les dijo, estaba intentando dormir..., y lo estaba intentando, vaya que sí, pero sin éxito.

Los pensamientos atravesaban mi cerebro como un desfile a cámara lenta. Pensé en los cuatro reunidos al final del pasillo: mi pequeña familia. Aún se me antojaba algo esperpéntico. Dex-Papi, protector y sostén, hombre de familia. Lo más esperpéntico era que me gustaba.

Pensé en mi hermano. Aún no sabía qué estaba tramando, por qué no paraba de venir a vernos. ¿Era posible que sólo deseara establecer una especie de relación familiar? Costaba mucho creerlo, pero también habría costado creerlo de mí antes de Lily Anne, y aquí estaba yo, abjurando de todos los Placeres Oscuros y regodeándome en el seno de una familia de verdad. Tal vez Brian deseaba esa sencilla relación humana. Tal vez también él deseaba cambiar.

Y también podía yo dar tres palmadas y devolver la vida a Campanilla. Era igual de probable. Brian había pasado toda su vida en el Sendero Oscuro y no podía cambiar bajo ningún concepto, ni por asomo. Debía tener otro motivo para buscar refugio en mi nido, y tarde o temprano saldría a la luz. No creía que quisiera hacer daño a mi familia, pero le vigilaría hasta descubrir sin el menor asomo de duda lo que estaba haciendo.

Y por supuesto pensé en Samantha y en su amenaza de contarle todo. ¿Era tan sólo una amenaza, una escenificación de su gran frustración por estar vivita, coleando y de una pieza? ¿O pensaba contar a todo el mundo una versión vengativa de lo que había sucedido? En el momento en que se pronunciara la

horrible palabra «violación», todo cambiaría para siempre, y no para mejor. Sería Dexter Expedientado, convertido en fosfatina bajo las ruedas del sistema de la injusticia. Era más que horrible, y de lo más injusto. Nadie que me conociera podía considerarme un ogro lascivo enloquecido por el sexo. Siempre había sido un tipo de ogro muy diferente. Pero la gente cree en los tópicos, incluso cuando son falsos, y un adulto con una adolescente recaía en esa categoría. No había sido culpa mía, pero ¿quién oiría eso sin un guiño y una sonrisita de suficiencia? Yo no había ingerido drogas por voluntad propia. ¿Iba a castigarme Samantha por una situación en la que yo había sido la verdadera víctima? Era difícil saberlo con seguridad, pero pensé que sí. Y eso destruiría todas las piezas de mi vida, construida con tanto esmero.

Pero ¿qué podía hacer yo? No podía soslayar la idea de que matarla lo resolvería todo (y hasta podría conseguir su colaboración si le prometía mordisquear algunos pedacitos antes de acabar con ella de una vez por todas. Cosa que no haría, por supuesto, *puaf*), pero si una mentira piadosa logra la felicidad de alguien, ¿qué tiene de malo eso?

Nunca llegaría a tal extremo, en cualquier caso. Se me antojó otra gran ironía, pero no podía matar a Samantha por más que ambos lo deseáramos. Tampoco se trataba de que hubiera desarrollado ya una conciencia, sino de que era algo contrario por completo al Código de Harry, y demasiado peligroso, puesto que ahora la chica estaba en el candelero, demasiado vigilada para que yo consiguiera acercarme a ella. No, era demasiado peligroso. Tendría que pensar en otra forma de salvar la vida.

Pero ¿qué? No encontraba la solución, ni tampoco el sueño, y los pensamientos continuaban dando volteretas sobre el suelo empapado de mi cerebro ansioso de sueño. Aquelarres... ¿Qué más daba que su líder fuera un hombre o una mujer? Kukarov había muerto, y el aquelarre había terminado.

Salvo por Bobby Acosta. Tal vez podría localizarle para que se comiera a Samantha. Y después le entregaría a Deborah. Ambas se llevarían una gran alegría.

Debs necesitaba una alegría. Últimamente, se comportaba de una manera muy rara. ¿Significaría eso algo? ¿O se trataba tan sólo de la resaca emocional de la puñalada?

Puñales... ¿Podría renunciar a mis Placeres Oscuros definitivamente? ¿Por Lily Anne?

Lily Anne: pensé en ella durante lo que se me antojó mucho tiempo, y de repente había amanecido.

Seguí el consejo de Rita y dormí hasta bien avanzada la mañana. Me desperté y oí los sonidos de una casa vacía: un goteo lejano en la ducha, el zumbido del aire acondicionado y el tictac del lavavajillas que cambiaba de velocidad en la cocina. Me quedé inmóvil unos minutos, disfrutando de la relativa tranquilidad y la entumecida sensación de fatiga que recorría mi cuerpo desde las puntas de los dedos de los pies hasta la lengua. Ayer había sido un día de no te menees y, en conjunto, pensaba que era estupendo haber sobrevivido. Tenía todavía el cuello un poco rígido, pero el dolor de cabeza había desaparecido y me sentía mucho mejor de lo que debería..., hasta que me acordé de Samantha.

Continué tumbado un rato más, mientras me preguntaba si podría hacer algo para convencerla de que no hablara. Existía una ínfima probabilidad de que pudiera razonar con ella, supongo. Lo había conseguido una vez, en el frigorífico del Club Fang, y alcanzado cumbres de retórica emotiva que jamás había hollado antes. ¿Podría repetir la jugada, y funcionaría por segunda vez? No estaba seguro, y mientras calculaba mis posibilidades, aquel verso apolillado sobre « las lenguas de hombres y de ángeles » se materializó en mi cabeza. No recordaba cómo terminaba, pero creo que no era un final feliz. Ojalá no hubiera leído nunca a Shakespeare.

Oí que se abría la puerta de la calle y Rita entraba con sigilo en casa, después de dejar a los niños en el colegio. Atravesó la sala de estar y entró en la cocina, haciendo todos los ruidos de alguien que intenta ser silencioso. Oí que hablaba en voz baja con Lily Anne mientras le cambiaba el pañal, y luego volvió a entrar en la cocina, y un momento después oí que la cafetera carraspeaba y empezaba a hervir. Al poco, el olor a café recién hecho se coló en el dormitorio y empecé a sentirme un poco mejor. Estaba en casa, con Lily Anne, y todo iba bien, al menos de momento. No era un sentimiento racional, pero, tal como estaba aprendiendo, los sentimientos nunca lo son, y lo mejor es disfrutar de los buenos mientras te sea posible. No abundan, y no duran mucho.

Me senté en el borde de la cama por fin y giré poco a poco el cuello para eliminar parte del dolor. No funcionó, pero tampoco era excesivo. Me levanté, lo cual me costó algo más de lo debido. Tenía las piernas rígidas y un poco doloridas, de modo que me metí en la ducha y dejé correr el agua durante diez largos y lujosos minutos, y fue un Dexter renovado y casi normal quien se vistió por fin y se encaminó hacia la cocina, donde una combinación de olores y sonidos celestiales me advirtió de que Rita se estaba esforzando de lo lindo.

—Oh, Dexter —dijo. Dejó la espátula y me dio un beso en la mejilla—. Te oí en la ducha, así que pensé... ¿Te apetecen unas crepes de arándanos? Tuve que utilizar las bayas congeladas, que no son tan... Pero ¿cómo te encuentras? Porque no es... Podría prepararte huevos y congelar las crepes para... Oh, cariño,

siéntate. Pareces agotado.

Me senté en una silla con la ayuda de Rita.

—Las crepes me sentarán de maravilla —repliqué, y así fue. Comí demasiadas, y me dije que lo tenía bien merecido, y procuré no hacer caso del malvado susurro en mi oído interno, el cual decía que, al fin y al cabo, aquella bien podía ser la última vez, a menos que hiciera algo definitivo con Samantha.

Después de desayunar me quedé sentado en la silla y bebí varias tazas de café, con la vana esperanza de que haría honor al anuncio y me colmaría de energía. Era un café muy bueno, pero no disipó del todo la fatiga, de modo que me entretuve un poco más. Me senté y sostuve a Lily Anne un rato. Me vomitó encima una vez, y consideré extraño que no me molestara. Después se durmió en mis brazos y me quedé sentado un rato más, y eso también me gustó.

Pero al final, la tenue e inoportuna voz del deber empezó a darme la lata, así que acosté a Lily Anne en la cuna, di un beso a Rita y salí a la calle.

El tráfico era escaso, y dejé que mi mente vagara un poco mientras circulaba por la Dixie Highway, pero cuando entré en la Palmetto Expressway empecé a experimentar una sensación muy inquietante de que algo no marchaba como era debido, de modo que conecté *online* el poderoso cerebro de Dexter y busqué el origen de dicha sensación. Fue una búsqueda muy rápida, no debido al poder de mi lógica, sino debido al poder del olor, que venía de detrás de mí, del asiento trasero del coche. Era un olor terrible, un olor de cosas viejas e innombrables que se descomponían, fermentaban, morían más a cada segundo que pasaba, y no sabía qué podía ser, aunque era espantoso y estaba empeorando.

No podía mirar detrás de mí mientras conducía, pese a que incliné el retrovisor, y le di vueltas al asunto mientras conducía hacia el norte, en dirección al trabajo, hasta que un autobús escolar que hacía eses delante de mí logró que volviera a concentrarme en la conducción. Aunque el tráfico era escaso, no debes apartar tu atención nunca de la carretera, sobre todo en Miami, así que bajé la ventanilla y me concentré en llegar vivo al trabajo.

Y cuando entré en el aparcamiento del trabajo y aminoré la velocidad para ocupar mi espacio reservado, el olor aumentó de nuevo y pensé en ello. La última vez que había conducido mi coche había sido justo antes de todo el follón de Samantha que había empezado en Fang, y antes de eso...

Chapin.

Había ido en coche a mi cita con Víctor Chapin, y me había llevado los restos en bolsas de basura cuando terminé. ¿Era posible que algún pedacito se hubiera caído y siguiera en el asiento posterior, pudriéndose lentamente al calor del coche cerrado todo el día, y emitiera ahora aquel olor nauseabundo? Impensable, y yo siempre era muy cuidadoso, pero ¿qué otra cosa podía ser? El olor era mucho más que horroroso, y ahora daba la impresión de que estaba aumentando, los

gases aventados por mi pánico. Pisé el freno y di la vuelta al coche para mirar...

Una bolsa de basura. Se me había olvidado una, pero eso era imposible, no podía ser tan estúpido, tan descuidado...

Salvo que aquella noche había ido con prisas, para acabar cuanto antes y volver a la cama. Pereza, estúpida y egoísta pereza, y ahora estaba en la jefatura de policía con una bolsa de partes corporales en mi coche. Apagué el motor y bajé, y el sudor del pánico ya estaba empapando mi espalda y resbalando por mi cara cuando abrí la puerta de atrás y me arrodillé para mirar.

Sí, una bolsa de basura. Pero ¿cómo? ¿Cómo había llegado allí, al suelo del asiento trasero, cuando todas las demás bolsas habían ido a parar con todo cuidado al maletero, y después...?

Y entonces, un coche aparcó en el espacio contiguo y, después de una punzada de pánico absoluto, respiré hondo para calmarme. No se trataba de un problema, al menos para mí. Fuera quien fuera, le dedicaría un alegre hola, se iría y entraría en el edificio, y yo me llevaría la bolsa de Chapin. Poca cosa, yo era el bueno de Dexter, el chico de las salpicaduras de sangre, y no había nadie en todo el cuerpo que tuviera motivos para pensar lo contrario.

Nadie, excepto el hombre que bajó del coche y me fulminó con la mirada. O para ser exactos, dos tercios de un hombre. Sus manos y pies se habían esfumado, por supuesto, así como la lengua, y cargaba con un pequeño ordenador portátil que le ayudaba a hablar, y mientras yo me esforzaba por respirar, lo abrió y, sin apartar los ojos de mí, tecleó botones que formaron una frase electrónica.

—¿Qué-hay-en-bolsa?—preguntó el sargento Doakes mediante su ordenador.

—¿Bolsa?—dije, y admito que no fue mi mejor momento.

Doakes me miró echando chispas, aunque ignoro si fue por el hecho de que me odiaba y sospechaba que yo era lo que era en realidad, o por mi aspecto culpable, acucillado allí y manoseando una bolsa de restos. Fuera cual fuera el caso, vi un destello de algo horrible en sus ojos y, antes de que pudiera hacer otra cosa que mirar boquiabierto, Doakes se apoderó de la bolsa con su garra metálica.

Y mientras yo miraba horrorizado y temeroso, con una creciente sensación de mi inminente mortalidad, dejó su caja de voz artificial sobre el techo del coche, abrió la bolsa, introdujo la mano en el interior con una triunfal exhibición dental en mi honor... y sacó un repugnante, podrido y horrible pañal.

Y mientras veía que la cara de Doakes recorría todo el espectro entre el triunfo y el asco más profundo, me acordé. Cuando había salido para mi sesión improvisada con Chapin, Rita me había tirado la bolsa de los pañales sucios. Con las prisas, la había dejado para más tarde. Después, todo el asunto de la muerte de Deke, mi secuestro, el pavoroso episodio con Samantha, todo había expulsado de mi mente aquella diminuta bolsa de pañales carente de toda importancia. Pero

cuando los recuerdos regresaron, sentí que venían acompañados de una oleada de felicidad, mucho más agradable todavía al darme cuenta de que Lily Anne, aquella niña mágica y maravillosa (Lily Anne, la reina de los pañales, la emperatriz de la caca), mi dulce Lily Anne me había salvado con sus pañales sucios. Y todavía mejor, de paso había humillado a Doakes.

La vida era estupenda. Una vez más, la paternidad significaba una maravillosa aventura.

Me levanté y miré risueño a Doakes.

—Sé que es tóxico —dije—. Y probablemente quebrantará también algunas ordenanzas municipales. —Extendí la mano para recuperar la bolsa—. Pero le suplico, sargento, que no me detenga. Prometo que me desharé de ella como es debido.

Doakes desvió la vista del pañal y me miró, con una expresión de odio y rabia tan intensa que por un momento se impuso al poder de la bolsa de pañales abierta.

—Nguggermukker —dijo después con mucha determinación, y abrió la garra que sostenía la bolsa. Cayó al suelo, y un momento después el pañal que sujetaba la otra garra le hizo compañía.

—¿Nguggermukker? —repetí risueño—. ¿Es holandés?

Pero Doakes ya había cogido su caja de voz plateada del techo del coche y dado media vuelta, y se alejaba de mí y de los pañales sucios sobre sus dos pies artificiales.

Sentí un inmenso alivio cuando le vi marchar, y después de que desapareciera al final del aparcamiento respiré hondo para relajarme, lo cual fue un inmenso error, teniendo en cuenta lo que había a mis pies. Tosí un poco, parpadeé para reprimir las lágrimas, me agaché y metí el pañal en la bolsa, la cerré y la llevé al contenedor de basura.

Era la una y media de la tarde cuando llegué por fin a mi escritorio. Toqueté algunos informes de laboratorio, efectué un análisis rutinario en el espectómetro y padecí una taza de un café deleznable mientras las manecillas del reloj avanzaban hacia las cuatro y media. Y justo cuando pensaba que había finalizado sano y salvo mi primer día después de la esclavitud, Deborah entró con una horrible expresión en la cara. No fui capaz de descifrarla, pero sabía que había pasado algo espantoso, y daba la impresión de que se lo estaba tomando como algo personal. Y como he conocido a Deborah toda la vida y sabía cómo funcionaba su mente, supuse que eso significaba problemas para Dexter.

—Buenas tardes —saludé alegre, con la esperanza de que, si me mostraba lo bastante risueño, el problema desaparecería, fuera cual fuera. No fue así, por supuesto.

—Samantha Aldovar —dijo mi hermana, mirándome a los ojos, y toda la angustia de la noche anterior se derramó sobre mí, y supe que la chica ya había

hablado y Deborah venía a detenerme. Mi irritación con la muchacha aumentó en varios puntos. Ni siquiera había podido esperar un intervalo decente a que me inventara una excusa a prueba de bomba. Era como si tuviera un resorte en la lengua y tuviera que estallar en una furiosa actividad en cuanto respiró libre por primera vez. Probablemente, habría parloteado sobre mí antes de que la puerta de su casa se cerrara a su espalda, y ahora todo recaía sobre mí. Estaba acabado por completo y, sin ganas de hacer juegos de palabras, jodido. Me sentí abrumado enseguida de aprehensión, alarma y amargura. ¿Qué había sido de la discreción a la antigua usanza?

En cualquier caso, todo había terminado, y Dexter no podía hacer otra cosa que dar la cara y afrontar las consecuencias. Así que respiré hondo y planté cara.

—No fue culpa mía —le dije a Deborah, y empecé a devanarme los sesos para proceder a la Fase Uno de la Defensa de Dexter.

Pero mi hermana parpadeó, y arrugas de confusión surcaron la inexpresividad de su cara.

—¿Qué coño quieres decir con que no fue culpa tuya? ¿Quién ha dicho algo acerca de...? ¿Cómo es posible que sea culpa tuya?

Una vez más, tuve la sensación de que todo el mundo trabajaba con un guión ensayado, y yo era el único que debía improvisar.

—Quería decir... Nada —repuse, sin saber cuál podía ser mi línea de guión.

—¿Por qué crees que gira todo siempre alrededor de ti?

Supongo que podría haber dicho: *Porque siempre estoy en el centro de todo, por lo general sin querer, y por lo general porque tú me has metido en ello*, pero la serenidad se impuso.

—Lo siento —dije—. ¿Qué pasa, Debs?

Me miró unos instantes más, y después sacudió la cabeza y se dejó caer sobre la silla que había al lado de mi escritorio.

—Samantha Aldovar —repitió—. Ha desaparecido otra vez.

A veces, creo que es estupendo haber practicado durante muchos años el arte de expresar en mi rostro sólo lo que quiero expresar, y ésta era una de aquellas veces, porque mi primer impulso fue gritar: ¡Yupi! ¡Buena chica!, y entonar una alegre canción. Por lo tanto, tal vez fue una de las grandes demostraciones del arte de Talía que nuestra era ha contemplado cuando conseguí aparentar estupefacción y preocupación.

—Estás bromeando —dije, aunque pensaba: *Espero que no estés bromeando*.

—Hoy no fue al colegio, sino que se quedó en casa descansando —explicó Deborah—. Quiero decir, lo pasó fatal. —Por lo visto, a mi hermana no se le ocurrió que yo lo había pasado mucho peor, pero nadie es perfecto—. De modo que a eso de las dos, su madre fue al súper. Volvió hace un rato, y Samantha se había ido. —Deborah sacudió la cabeza—. Dejó una nota: «No me busquéis. No

voy a volver» . Huyó, Dex. Se largó y huyó.

Me sentía tan recuperado que hasta conseguí reprimir el impulso de decir: *Ya te lo dije*. Al fin y al cabo, Debs se había negado a creermelo cuando le dije que Samantha había aceptado de buen grado la cautividad canibal, incluso con entusiasmo, la primera vez. Y como yo tenía razón al respecto, era lógico que se largara a las primeras de cambio. No era un pensamiento terriblemente noble, pero confíe en que hubiera encontrado un buen escondite.

Deborah exhaló un profundo suspiro y volvió a sacudir la cabeza.

—Nunca había oído hablar de un síndrome de Estocolmo tan fuerte que la víctima quisiera volver con los malos —dijo.

—Debs —repliqué, porque esta vez no pude evitarlo—, ya te lo dije. No es Estocolmo. Samantha quiere que se la coman. Es su fantasía.

—Chorradas —replicó irritada—. Nadie desea eso.

—Entonces, ¿por qué ha vuelto a escaparse? —pregunté, y ella sacudió la cabeza y se miró las manos.

—No lo sé. —Se contempló las manos, enlazadas sobre el regazo, como si la respuesta estuviera escrita en los nudillos, y después se enderezó—. Da igual. Lo que importa es adónde ha ido. —Me miró—. ¿Adónde habrá ido, Dex?

Para ser sincero, me importaba un pito adónde había ido Samantha, siempre que se quedara allí. De todos modos, tenía que decir algo.

—¿Qué hay de Bobby Acosta? —pregunté, por pura lógica—. ¿Le has localizado ya?

—No —contestó muy malhumorada, y se encogió de hombros—. No puede estar desaparecido eternamente. Le hemos dado mucha publicidad. Además —alzó las dos palmas—, su familia tiene dinero e influencias políticas, y deben imaginar que le sacarán las castañas del fuego.

—¿Pueden hacerlo?

Deborah se miró los nudillos.

—Quizá. Joder. Sí, lo más probable. Tenemos testigos que pueden relacionarlo con el coche de Tyler Spanos, pero un buen abogado podría hacer trizas a esos dos haitianos en dos segundos si llegaran a testificar. Y huyó de mí, pero eso no es gran cosa. El resto, hasta el momento, son conjeturas y habladurías, y... Mierda, sí, supongo que podría librarse. —Asintió para sí y se miró las manos de nuevo—. Sí, seguro que Bobby Acosta saldrá bien librado —dijo en voz baja—. Otra vez. Y además nadie se la juega por este...

Estudió de nuevo sus nudillos con una expresión que yo no había visto nunca.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Deborah se mordisqueó el labio.

—Quizá —dijo. Desvió la vista—. No sé. —Me miró y respiró hondo—. Quizás haya algo. Algo que tú podrías hacer.

Parpadeé varias veces, y apenas conseguí reprimir el impulso de bajar la

vista para comprobar si continuaba habiendo suelo bajo nuestros pies. Era imposible malinterpretar lo que estaba sugiriendo. En opinión de Debs, yo sólo hacía dos cosas, y mi hermana no estaba hablando de utilizar mis conocimientos forenses con Bobby Acosta.

Deborah era la única persona del mundo que sabía lo de mi pasatiempo. Yo pensaba que, al final, había llegado a aceptarlo, aunque fuera a regañadientes, pero el hecho de que sugiriera que lo utilizara con alguien estaba tan fuera por completo de los límites de la aprobación de mi hermana que la idea jamás se me había ocurrido, de forma que me quedé estupefacto.

—Deborah —dije, y el asombro debió notarse en mi voz. Pero se inclinó en su silla lo máximo posible sin caerse y bajó la voz.

—Bobby Acosta es un asesino —observó con salvaje intensidad—. Y va a salirse con la suya, otra vez, sólo porque tiene dinero e influencias. No es justo, y tú lo sabes. Tiene que ser una de esas cosas de las que papá quería que te ocuparas.

—Escucha —dije, pero aún no había terminado.

—Maldita sea, Dexter. He intentado con todas mis fuerzas comprenderte, y lo que papá deseaba de ti, y por fin lo he conseguido. Lo he pillado, ¿vale? Sé exactamente en qué estaba pensando papá. Porque soy policía como él, y todos los policías se topan con algún Bobby Acosta algún día, alguien que asesina y sale libre, aunque lo hagas todo bien. Y no puedes dormir, y rechinas los dientes, y quieres chillar y estrangular a alguien, pero tu trabajo es comerte la mierda y no puedes hacer nada al respecto. —Se levantó, apoyó el puño sobre el escritorio y acercó la cara a quince centímetros de la mía—. Hasta ahora. Hasta que papá solucionó este asunto, todo el puto embrollo. —Me golpeó con los dedos en el pecho—. Contigo. Y ahora necesito que seas lo que papá deseaba que fueras, Dexter. Necesito que te ocupes de Bobby Acosta.

Debs me miró echando chispas durante varios segundos, mientras yo intentaba pensar en algo que decir. Y pese a mi bien ganada reputación de mucha labia e ingenio agudo, no encontré palabras. Lo digo en serio. Había intentado con todas mis fuerzas reformarme, vivir una vida normal, y por culpa de ello unos canibales me habían drogado, obligado a participar en una orgía, insultado y aporreado, y ahora mi hermana, una agente de la ley que siempre se había opuesto a lo que yo más apreciaba, me estaba pidiendo que matara a alguien. Empecé a pensar si tal vez estaba tirado en alguna parte, atado y drogado, y todo era una alucinación. La idea era muy consoladora, pero mi estómago estaba gruñendo, y el pecho me dolía a causa de los golpecitos de Deborah, y me di cuenta de que algo tan desagradable debía ser cierto, y eso significaba que debía ocuparme de ello.

—Deborah —dije con cautela—, creo que estás un poco disgustada...

—Pues claro que estoy disgustada. Me la juego para rescatar a Samantha

Aldovar, y ahora la chica ha vuelto a desaparecer, y apuesto a que Bobby Acosta la ha secuestrado, y va a salirse con la suya.

Por supuesto, Deborah habría debido decir en puridad que yo me la había jugado para rescatar a Samantha, pero no era el mejor momento para corregirla, y en cualquier caso yo sospechaba que estaba en lo cierto sobre Bobby Acosta. Samantha se había metido en aquel lío por su culpa, y era una de las últimas personas que quedaban capaz de convertir su sueño en realidad. Pero al menos ofrecía una oportunidad de salir de aquel incómodo momento. Si podía desviar la conversación hacia el paradero de Bobby Acosta, en lugar de qué hacer con él.

—Creo que tienes razón —dije—. Acosta fue quien la inició en todo esto. Habrá ido en su busca.

Deborah continuaba sin inclinarse en la silla, y todavía me miraba con manchas rojas en las mejillas y fuego en los ojos.

—De acuerdo —dijo—. Voy a encontrar a ese hijo de puta. Y después...

A veces, un breve paréntesis y un cambio de tema es lo mejor que puedes esperar, y no cabía duda de que yo estaba en ello. Sólo podía esperar que, durante el tiempo que Deborah tardara en encontrar a Acosta, se calmara un poco y decidiera que entregar el rufián a Dexter no era lo más prudente. Tal vez ella misma le mataría a tiros. En cualquier caso, me había librado, al menos de momento.

—Vale —dije—. ¿Cómo vas a encontrarle?

Deborah se enderezó y se pasó una mano por el pelo.

—Hablaré con su padre. Ha de saber que lo mejor que Bobby puede hacer es acudir a la policía con un abogado.

Eso debía ser bastante cierto, pero como Joe Acosta era un hombre rico y poderoso, y mi hermana una mujer dura y tozuda, el encuentro de ambas personas se desarrollaría con mucha más suavidad si al menos uno de los presentes manifestaba un poco de tacto. Deborah carecía por completo de él. Ni siquiera sabía deletrear la palabra. Y a juzgar por su reputación, Joe Acosta era el tipo de hombre que compraría tacto si lo necesitaba. De modo que sólo quedaba yo.

Me levanté.

—Te acompañaré. —Ella me estudió un momento, y pensé que tal vez iba a decirme «no» por pura obstinación. Pero asintió.

—Vale —dijo, y salió por la puerta.

Como casi toda la gente que vivía en Miami, yo sabía un montón de cosas sobre Joe Acosta, gracias a lo que había leído en los periódicos. Por lo visto, había sido comisionado del condado desde siempre, incluso antes de que pequeños fragmentos de la historia de su vida hubieran aparecido en los medios de vez en cuando. Era el tipo de historia que proporcionaba una lectura maravillosa y reconfortante, un auténtico relato del chico que se hace a sí mismo.

Joe Acosta había llegado a Miami desde La Habana en uno de los primeros Vuelos de la Libertad de Pedro Pan. En aquel tiempo, era lo bastante joven para que su transición a Estados Unidos fuera fácil, pero fue un *gusano*^[5] los años suficientes para situarse en un lugar destacado de la comunidad cubana, y le había ido muy bien. Se había dedicado al negocio de los bienes raíces durante el auge de los años ochenta, e invertido todos sus beneficios en una de las primeras urbanizaciones importantes de South Miami. Se había vendido en seis meses. Y ahora el negocio de construcción y urbanizaciones de Acosta era uno de los más grandes del sur de Florida, y cuando te desplazabas por la ciudad veías su nombre en casi todas las obras. Tenía tanto éxito que ni siquiera la crisis económica actual parecía haberle afectado en exceso. Por supuesto, no dependía tan sólo del negocio de la construcción. Siempre podía recurrir a su sueldo de sesenta mil dólares al año como comisionado del condado.

Joe llevaba diez años casado por segunda vez, y daba la impresión de que ni siquiera el divorcio le había borrado del mapa, porque todavía vivía bien y era famoso. Aparecía con frecuencia en la sección de habladurías sobre las celebridades de los periódicos, retratado con su nueva esposa. Era una belleza inglesa responsable de algunos éxitos de *tecnopop* espantosos durante la década de 1990, y después, cuando el público se dio cuenta de lo horrible que era su música, fue a Miami, conoció a Joe y se decantó por una vida cómoda como mujer florero.

Acosta tenía una oficina comercial en Brickell Avenue, y allí fue donde le localizamos. Era propietario del último piso de uno de los rascacielos más recientes que estaban transformando la línea del horizonte de Miami en algo semejante a un gigantesco espejo caído del espacio exterior y desmenuzado en fragmentos altos y mellados, clavados en el suelo a intervalos aleatorios. Dejamos atrás al guardia del vestíbulo y subimos en un suntuoso ascensor. Hasta la sala de espera de Acosta, ultrachic y construida en acero y cuero, gozaba de una vista maravillosa de Biscayne Bay, lo cual jugó en nuestro favor. Tuvimos mucho tiempo para disfrutar de ella, porque Acosta nos hizo esperar tres cuartos de hora. Al fin y al cabo, es absurdo tener influencias si no las utilizas para conseguir que la policía se sienta incómoda.

Y funcionó a las mil maravillas, al menos con Deborah. Yo me senté y hojeé

un par de revistas de pesca, pero mi hermana estaba nerviosa, abría y cerraba los puños, tensaba y destensaba la mandíbula, cruzaba y descruzaba las piernas, y tamborileaba con los dedos sobre el brazo de la butaca. Parecía una adicta a la espera de que abrieran el ambulatorio de metadona.

Al cabo de un rato, ni siquiera era capaz de concentrarme en las lustrosas fotos de hombres ridículamente ricos con un brazo alrededor de una modelo en bikini y el otro alrededor de un pez enorme, de modo que bajé la revista.

—Debs, por el amor de Dios, estate quieta. Gstarás la butaca.

—Ese hijo de puta me hace esperar porque está tramando algo —susurró.

—Ese hijo de puta es un hombre ocupado. Además de rico y poderoso. Encima, sabe que vas a por su hijo. Y eso significa que puede hacernos esperar tanto tiempo como le dé la gana. Así que relájate y disfruta de la vista. —Levanté la revista y se la ofrecí—. ¿Has visto este número de *Cigar Aficionado*?

Debs apartó la revista de un manotazo, que produjo un ruido anormal en la elegancia silenciosa y clínica de la sala de espera.

—Le concedo cinco minutos más —rugió.

—Y luego ¿qué? —pregunté.

No tenía respuesta para eso, al menos con palabras, pero la mirada que me dirigió habría podido cuajar la leche.

Nunca llegué a averiguar qué habría hecho Debs al cabo de cinco minutos, porque transcurridos tan sólo tres y medio de contemplar a mi hermana rechinar los dientes y agitar las piernas como una adolescente, la puerta del ascensor se abrió y salió una mujer elegante. Era alta, incluso sin tacones de aguja, y su pelo rubio platino era corto, tal vez para que no ocultara el gigantesco diamante que colgaba alrededor de su cuello de una gruesa cadena de oro. La joya estaba engastada en el ojo de lo que parecía un *anj*, un amuleto egipcio, pero de punta afilada, como de cuchillo. La mujer nos dedicó una mirada presuntuosa y se encaminó hacia la recepcionista.

—Muriel —dijo, con un gélido acento inglés—, pídenos café, por favor.

Y sin detenerse en ningún momento pasó junto a la recepcionista, abrió la puerta del despacho de Acosta y entró, cerrando la puerta a su espalda.

—Ésa es Alana Acosta —susurré a Debs—. La esposa de Joe.

—Sé quién es, maldita sea —replicó ella, y volvió a rechinar los dientes.

Estaba claro que Deborah era incapaz de aceptar mis miserables esfuerzos de proporcionarle consuelo y alegría, de modo que cogí otra revista. Ésta se hallaba dedicada a exhibir el tipo de ropa que has de llevar en barcos lo bastante caros para comprar un país pequeño. Pero aún no la había hojeado lo suficiente para descubrir por qué unos pantalones cortos de mil doscientos dólares eran mejores que los que cuestan quince en un Walmart, cuando la recepcionista nos llamó.

—¿Sargento Morgan? —preguntó, y Deborah se levantó de la silla como impulsada por un resorte—. El señor Acosta la recibirá ahora —dijo la

repcionista, y nos indicó la puerta del despacho.

—Ya era hora, joder —masculló Deborah, pero creo que Muriel la oyó, porque le dedicó una sonrisa de superioridad cuando mi hermana pasó a su lado como una tromba, seguida de mí.

El despacho de Joe Acosta era lo bastante grande para albergar una convención. Toda una pared estaba ocupada por la televisión de pantalla plana más grande que había visto en mi vida. Un cuadro que debería estar en un museo custodiado por un guardia armado cubría toda la pared opuesta. Había un bar, con cocina y todo, una zona de conversación con un par de sofás, y un puñado de butacas que parecían salidas de un club masculino del antiguo imperio británico, y que costaban más que mi casa. Alana Acosta estaba sentada en una de las butacas, bebiendo de una taza de café de porcelana china. No nos ofreció.

Joe Acosta estaba sentado ante un enorme escritorio de acero y vidrio, delante de una pared de cristal tintado que enmarcaba Biscayne Bay como si fuera la casa particular de Joe en el bosque. Pese al tintado, la luz del atardecer se reflejaba en las aguas y llenaba la habitación de un resplandor sobrenatural.

Acosta se levantó cuando entramos, y la luz que entraba por la ventana le rodeó de un aura brillante, lo cual dificultaba mirarle sin entornar los ojos, pero le miré de todos modos, y hasta sin el halo era impresionante.

No desde un punto de vista físico. Acosta era un hombre delgado y de aspecto aristocrático, de pelo y ojos oscuros, y llevaba lo que parecía un traje caro. No era alto, y estoy seguro de que su mujer le superaba en estatura con tacones de aguja, pero quizá pensaba que el poder de su personalidad era tan potente como para superar algo tan ínfimo como ser treinta centímetros más bajo que ella. O quizás era el poder de su dinero. Fuera lo que fuera, lo poseía. Nos miró desde detrás del escritorio, y experimenté el repentino impulso de arrodillarme, o al menos de darme golpes en la frente.

—Siento haberla hecho esperar, sargento —dijo—. Mi esposa deseaba estar presente. —Indicó con el brazo la zona de conversación—. Vamos a sentarnos para hablar.

Rodeó el escritorio y se sentó en el butacón situado frente a Alana.

Deborah vaciló un momento, y vi que parecía un poco insegura, como si por primera vez hubiera caído en la cuenta de que se iba a encarar con alguien que se encontraba a tan sólo unos pasos de Dios en la cadena de mando. Pero respiró hondo, se puso derecha y caminó hacia el sofá. Se sentó, y yo me senté a su lado.

Al parecer, el sofá estaba fabricado siguiendo los mismos principios de una Venus atrapamoscas, porque cuando me senté fui succionado al instante por un profundo y lujoso almohadón, y mientras me esforzaba por continuar erguido se me ocurrió que todo esto era a propósito, otro truquito que Acosta utilizaba para dominar al personal, como colocar el escritorio delante de la luminosa ventana.

Por lo visto, Deborah llegó a la misma conclusión, porque vi que tensaba la mandíbula y se echaba hacia delante, hasta quedar apoyada de manera desmañada en el borde del sofá.

—Señor Acosta, he de hablar con su hijo —dijo.

—¿De qué? —preguntó el hombre. Se arrellanó en el butacón, con las piernas cruzadas y una expresión de educado interés en la cara.

—Samantha Aldovar. Y Tyler Spanos.

Acosta sonrió.

—Roberto tiene montones de novias. Yo ni siquiera intento mantenerme al día.

Deborah compuso una expresión airada, pero por suerte para todos consiguió controlarse.

—Como estoy segura de que sabrá, Tyler Spanos fue asesinada, y Samantha Aldovar ha desaparecido. Y creo que su hijo sabe algo de ambas.

—¿Por qué cree eso? —preguntó Alana desde la butaca opuesta a Joe. Otro truco: teníamos que mover la cabeza de un lado a otro para seguir la conversación, como si estuviéramos viendo un partido de *ping-pong*.

No obstante, Deborah la miró.

—Conoce a Samantha —contestó—. Y tengo de testigos a quienes les vendió el coche de Tyler. Eso es sustracción de vehículo y encubrimiento de asesinato, y no es más que el principio.

—No estoy enterado de que se hayan presentado cargos —intervino Acosta, y ambos volvimos la cabeza para mirarle.

—Todavía no. Pero se presentarán.

—En ese caso, tal vez deberíamos llamar a un abogado —sugirió Alana.

Deborah la miró un momento, y después devolvió su atención a Acosta y se dirigió a él.

—Antes quería hablar con usted. Antes de que intervengan los abogados.

Acosta asintió, como si esperara que un agente de policía mostrara esa clase de consideración por todo el dinero que tenía.

—¿Por qué? —preguntó.

—Bobby está metido en líos. Creo que él lo sabe. Y lo mejor que puede hacer en este momento es ir a mi despacho con un abogado y entregarse.

—Eso le ahorraría algo de trabajo, ¿verdad? —terció Alana con una sonrisa de superioridad.

Deborah la miró fijamente.

—No me importa trabajar —le espetó—. Y de todos modos, le encontraré. Y cuando lo haga, será muy difícil para él. Si se resiste a la detención, puede que resulte herido. —Miró a Acosta—. Sería muchísimo mejor para él que se entregara por voluntad propia.

—¿Por qué cree que sé dónde está? —preguntó Acosta.

Deborah le miró, y luego desvió la vista un momento hacia la luminosa ventana que daba a la bahía.

—Si fuera mi hijo —replicó—, yo estaría enterada de su paradero. O sabría cómo encontrarle.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad? —preguntó Alana.

—No. —Debs miró a Alana durante un largo y embarazoso momento, y después se volvió hacia Acosta—. Es su hijo, señor Acosta. Si sabe dónde está y no lo dice cuando presente cargos contra él, eso será ocultar a un fugitivo.

—¿Cree que debería denunciar a mi propio hijo? ¿Le parece que eso está bien?

—Sí.

—«El comisionado defiende la ley, incluso cuando duele» —dijo, con mi mejor voz de locutor. El hombre me miró con una ira casi física, y yo me encogí de hombros—. Puede inventarse algo mejor, si quiere.

Ni siquiera lo intentó. Se limitó a mirarme durante otro largo momento. No había nada que ocultar, de manera que sostuve su mirada, y por fin se volvió hacia Deborah.

—No delataré a mi propio hijo, sargento —declaró con una voz que era casi un susurro—. Da igual lo que usted crea que ha hecho.

—Lo que creo es que está implicado en tráfico de drogas, asesinato y algo peor. Y no es la primera vez.

—Eso se terminó. Es cosa del pasado. Alana lo enderezó.

Debs miró a Alana, quien le dirigió otra sonrisa de superioridad.

—No se ha terminado —dijo Deborah—. Ha empeorado.

—Es mi hijo —insistió Acosta—. Es un crío.

—Es un bicho —replicó Deborah—, no un crío. Mata a personas y se las come. —Alana resopló, pero Acosta palideció y trató de decir algo. Debs no se lo permitió—. Necesita ayuda, señor Acosta. Psiquiatras, tratamiento, todo ese rollo. Le necesita a usted.

—Maldita sea —replicó Acosta.

—Si permite que eso se prolongue, saldrá malparado. Si viene por su propia...

—No entregaré a mi hijo —repitió Acosta. Estaba claro que se esforzaba por mantener el control, y daba la impresión de que lo estaba consiguiendo.

—¿Por qué no? —preguntó Deborah—. Sabe muy bien que puede sacarle del apuro. Ya lo ha hecho antes. —Habló con mucha determinación, lo cual pareció sorprender a Acosta. La miró y movió la mandíbula, pero no emitió ningún sonido, y Debs continuó con voz práctica y decidida—. Con sus contactos y su dinero, puede conseguir los mejores abogados del estado. Bobby saldrá de ésta con una palmadita en la muñeca. No es justo, pero es una realidad, y ambos lo sabemos. Su hijo saldrá libre, como las demás veces. Pero no a menos que se entregue voluntariamente.

—Eso dice usted, pero la vida es incierta. Y pase lo que pase, yo habré vendido a mi hijo. —Me fulminó con la mirada de nuevo. Miró a Deborah—. No lo haré.

—Señor Acosta... —dijo Deborah, pero el hombre levantó una mano para interrumpirla.

—En cualquier caso, no sé dónde está.

Se miraron un momento, y para mí quedó claro que ninguno de los dos sabía cómo rendirse, y ellos también se dieron cuenta enseguida. Deborah se limitó a mirarle, y después sacudió la cabeza poco a poco y se levantó del sofá con un esfuerzo. Se quedó un momento mirando a Acosta, y después cabeceó.

—Muy bien —dijo—. Si así es como quiere proceder. Gracias por su tiempo.

Se volvió y caminó hacia la puerta, y antes de que yo pudiera librarme de la presa del sofá carnívoro ya tenía la mano en el pomo. Cuando me puse en pie, Alana Acosta desplegó sus largas piernas y se levantó de la butaca. El movimiento fue tan repentino y dramático, que me detuve a mitad de camino y vi que se alzaba en toda su estatura y se acercaba a Acosta.

—Ha sido bastante aburrido —dijo.

—¿Vas a casa? —preguntó él.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla. El enorme diamante en forma de *anj* se balanceó hacia delante y también tocó su mejilla. No le produjo un corte, y a él no pareció importarle.

—Sí —dijo ella—. Hasta la noche.

Se encaminó hacia la puerta y, al cabo de un momento, al darme cuenta de que continuaba mirando, me puse en movimiento y la seguí.

Deborah estaba ya junto al ascensor, con los brazos cruzados y dando pataditas en el suelo, impaciente. Y sin darse cuenta de que la situación era embarazosa, Alana se plantó a su lado. Mi hermana la miró. Tuvo que torcer el cuello hacia arriba para mirarla a la cara, y después desvió la vista cuando una campanilla sonó y las puertas del ascensor se abrieron. Alana entró, y Deborah, rechinando los dientes, la siguió, sin dejarme otra opción que saltar entre ellas y confiar en poder impedir la lucha a cuchillo.

Pero no hubo lucha. Las puertas se cerraron, el ascensor descendió, y antes de que Deborah pudiera volver a cruzarse de brazos, Alana dijo:

—Sé dónde está Bobby.

Al principio, nadie dijo nada. Fue uno de esos momentos en que las palabras quedan flotando en el aire, y todo el mundo sabía lo que significaban las palabras, pero no conseguimos combinarlas juntas para que significaran lo que creíamos. El ascensor descendía. Miré a Alana. Mis ojos estaban a la altura de su barbilla, y gozaba de una visión estupenda de su collar. El colgante era un *anj*, tal como yo había supuesto. Era algo alargado y terminado en una punta lo bastante afilada para perforar la piel. Me pregunté si le habría dejado alguna cicatriz. Y aunque no sabía gran cosa sobre diamantes, de tan cerca parecía auténtico, y era muy grande.

Por supuesto, Deborah no compartía mi punto de vista sobre las joyas, así que fue la primera en recuperarse.

—¿Qué coño significa eso? —preguntó.

Alana bajó la vista hacia Deborah. Tuvo que hacerlo debido a su elevada estatura, pero era algo más que eso. Concedió a Debs esa mirada de condescendencia risueña que sólo los ingleses son capaces de dominar.

—¿Qué le gustaría que significara, sargento? —preguntó.

Consiguió que «sargento» sonara como una especie de insecto raro, cosa que mi hermana no pasó por alto. Enrojeció.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de broma? ¿Por qué dice que sabe dónde está su hijo cuando ambas sabemos que no me lo va a decir?

Dio la impresión de que Alana se lo estaba pasando en grande.

—¿Quién dice que no se lo voy a decir? —replicó.

Deborah se apartó a un lado y oprimió el gran botón rojo del panel de control del ascensor. El ascensor se detuvo con una sacudida y un timbre empezó a sonar al otro lado de la caja.

—Escuche —dijo Deborah, plantándose ante Alana, o ante su cuello, daba igual—, no tengo tiempo para chorradas. Hay una chica cuya vida está en peligro, y creo que se halla en poder de Bobby Acosta, o al menos que él sabe dónde está, y he de encontrarla antes de que la maten. Si sabe dónde está su hijo, dígamelo. Ahora. O me acompañará al centro de detención acusada de ocultar pruebas de un asesinato.

No pareció impresionar a Alana. Ésta sonrió, sacudió la cabeza y apretó el botón. El ascensor se puso en marcha de nuevo.

—La verdad, sargento, no es necesario que me amenace con látigos y cadenas. Se lo diré con mucho gusto.

—Entonces, déjese de rodeos y dígamelo.

—Joe tiene una propiedad que a Bobby le gusta mucho. Es bastante grande, más de cuarenta hectáreas, y está completamente desierta.

—¿Dónde? —preguntó Deborah entre dientes.

—¿Ha oído hablar de Buccaneer Land?

Mi hermana asintió.

—Lo conozco —dijo.

Y yo también. Buccaneer Land era el parque de atracciones más grande de South Florida, y ambos habíamos ido muchas veces de pequeños, y nos encantaba. Por supuesto, entonces éramos unos paletos que no conocíamos otras cosas, y cuando un competidor superagresivo abrió otro parque al norte de donde vivíamos, nos dimos cuenta de lo horterá que era Buccaneer Land. Como todo el mundo que vivía en South Florida, y Buccaneer Land cerró poco después. Pero todavía conservaba algunos recuerdos del lugar.

—Cerró hace años —comenté, y Alana me miró.

—Sí —dijo—. Y estuvo abandonado durante décadas, pero al final Joe lo compró por cuatro chavos. Es una buena propiedad comercial, pero no ha hecho nada con ella. A Bobby le gusta ir allí. A veces, conecta las atracciones para sus amigos.

—¿Por qué cree que está allí? —preguntó Debs.

Alana se encogió de hombros, un gesto elegante que era otro desaire.

—Es lógico —dijo, como si confiara en que Deborah conociera la palabra—. Está desierto, completamente aislado. Le gusta ir allí. Además, en la propiedad se alza la casa del antiguo cuidador, que ha mantenido arreglada. —Sonrió—. Creo que va con chicas ahí de vez en cuando.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron y una docena de personas se precipitó dentro.

—Acompañenme a mi coche —dijo Alana por encima de la multitud, y avanzó entre los peatones con la absoluta seguridad de que se dispersarían en cuanto ella se acercara. Lo hicieron.

Deborah y yo la seguimos con ciertas dificultades, y yo recibí un codazo en las costillas propinado por una mujer gorda de edad madura, y después tuve que detener con la mano la puerta que se cerraba antes de lograr salir al vestíbulo del edificio. Debs y Alana ya habían llegado al otro lado del vestíbulo, y se encaminaban a buen paso hacia el aparcamiento, de modo que tuve que correr para alcanzarlas.

Las alcancé justo cuando estaban atravesando la puerta del aparcamiento, y oí el final de lo que parecía una pregunta bastante quejumbrosa por parte de Deborah.

—¿... debo creerla? —estaba diciendo.

Alana cruzó la puerta y entró en el aparcamiento.

—Pues sí, porque Bobby está poniendo en peligro todo aquello por lo que he trabajado.

—¿Trabajado? —preguntó Deborah ceñuda—. ¿No es una palabra un poco fuerte para lo que usted hace?

—Oh, le aseguro que se trata de trabajo. Empezando por el principio, con mi Carrera Discográfica. —Pronunció las palabras como si fuera el título de un libro estúpido y soporífero—. Pero créame, una carrera musical es un trabajo muy duro, sobre todo si careces de talento, como yo. —Sonrió con afecto a Debs—. Gran parte consiste en follar con gente de lo más desagradable, por supuesto. Estoy segura de que convendrá conmigo en que eso no es fácil.

—Mucho más difícil que entregar a su propio hijo, supongo.

—Hijastro, en realidad —dijo Alana sin inmutarse. Se encogió de hombros y se detuvo ante un Ferrari descapotable naranja vivo, aparcado junto a una señal de «prohibido aparcar»—. Bobby y yo nunca nos hemos llevado bien, piense lo que piense Joe. Y en cualquier caso, como usted ha indicado con tanta precisión, con el dinero y la influencia de Joe intactos, Bobby saldrá de ésta. Pero si dejamos que la situación se nos escape de las manos, podríamos perder todo eso. Y entonces, a Bobby le caerá una condena larguísima, Joe se desinteresará de los negocios y nos arruinaremos intentando sacarle de la cárcel, y yo tendré que buscar una nueva forma de ganarme la vida, cosa que ahora sería mucho más difícil, pues temo que ya no soy una jovencita.

Deborah me miró con el ceño fruncido, y yo le devolví la misma expresión. Lo que Alana decía era lógico, por supuesto, sobre todo para alguien a quien no le preocupaban los sentimientos humanos, como me pasaba a mí antes. Era un razonamiento clínicamente frío, retorcido pero claro, y concordaba con lo que estábamos averiguando sobre Alana. Y, no obstante, algo no acababa de encajar, ya fuera por su forma de expresarse o por otra cosa. Para mí, no acababa de tener sentido.

—¿Qué hará si Joe descubre lo que nos ha dicho? —pregunté a Alana.

Me miró, y entonces supe lo que no encajaba, porque vi algo muy oscuro y con alas correosas en el fondo de sus ojos, sólo un momento, antes de que la tapa de humor gélido volviera a cubrir su cara.

—Conseguiré que me perdone —dijo, y sus labios se alzaron en una maravillosa sonrisa falsa—. Además, no lo descubrirá, ¿verdad? —Se volvió hacia Deborah—. Será nuestro pequeño secreto, ¿de acuerdo?

—No puedo mantener esto en secreto —dijo mi hermana—. Si llevo al destacamento especial a Buccaneer Land, la gente se enterará.

—Ha de ir usted sola. Para investigar un chivatazo anónimo... ¿No lo dicen así? Vaya sola, sin decírselo a nadie. Y cuando aparezca con Bobby, ¿a quién le importará cómo averiguó dónde estaba?

Deborah miró a Alana, y yo estaba seguro de que iba a decirle que la idea era ridícula, que era preciso descartarla, una desviación inaceptable del procedimiento policial, y demasiado peligrosa. Pero la mujer curvó los labios y enarcó una ceja, y no cupo duda de que estaba lanzando un desafío. Y sólo para asegurarse de que una zopenca como Debs no lo pasara por alto, añadió:

—No tendrá miedo de un jovencito, ¿verdad? Al fin y al cabo, lleva una encantadora pistola, y él está solo y desarmado.

—Ésa no es la cuestión —replicó mi hermana.

El humor desapareció del rostro de Alana.

—No —dijo—. La cuestión es que ha de ir sola, o se montará un cirio monumental y Joe descubrirá que yo se lo he dicho, y la verdad es que no deseo correr ese riesgo. Y si insiste en ir con un destacamento y desencadenar un baño de sangre, advertiré a Bobby de que va a ir, y estará en Costa Rica antes de que usted pueda hacer algo al respecto. —Las alas oscuras aletearon en sus ojos una vez más, y después forzó una sonrisa, pero bastante desagradable—. ¿Cuál es la expresión? « Como digo yo y punto » . ¿De acuerdo?

Se me ocurrían montones de opciones aparte de saltar al carro de Alana, y no me gustaba la idea de ir a un entorno desierto y hostil para intentar cazar a Bobby Acosta sin un apoyo considerable, sólo porque Alana decía que estaba solo y desarmado. Pero, por lo visto, Deborah estaba hecha de una materia más dura, porque al cabo de un momento asintió.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré a su manera. Y si Bobby está allí, no tengo por qué explicar a Joe cómo lo descubrimos.

—Brillante —replicó Alana.

Abrió la puerta del Ferrari, se acomodó en el asiento y encendió el motor. Aceleró dos veces para impresionar, y las gruesas paredes de hormigón del aparcamiento se estremecieron. Nos dirigió una última mirada fría y terrible, y una vez más, por un segundo, vi una sombra aletear detrás de sus ojos. Después cerró la puerta, puso en marcha el coche y se alejó con un chirrido de neumáticos.

Deborah la siguió con la mirada, lo cual me concedió un poco de tiempo para recuperarme de mi encuentro con la Alana interior. Me sorprendió que me impresionara descubrir un depredador en un envase tan frío y hermoso. Al fin y al cabo, era de lo más lógico. Por lo que yo sabía de esa mujer, su biografía contaba una historia despiadada, y como yo sabía muy bien, hace falta ser una persona especial para hundir el cuchillo tantas veces, y en apariencia tan bien.

Y, al final, el que traicionara a Bobby Acosta era lógico. Era precisamente el tipo de maniobra mediante la cual un dragón intentaría proteger su nido de oro ganado con mucho esfuerzo. Gracias a una hábil jugada, salvaguardaba el tesoro y eliminaba a un rival. Muy astuta e inteligente, y mi parte oscura admiró su forma de pensar.

Debs dio la espalda al ruido que hacía el Ferrari al desaparecer y entró de nuevo en el vestíbulo.

—Pongámonos manos a la obra —dijo sin volverse.

Atravesamos el edificio a toda prisa y salimos por la puerta que daba a Brickell Avenue sin hablar. Deborah había aparcado su coche en un sitio ilegal

junto al bordillo, en un perfecto trabajo de Aparcamiento de Policía, y subimos. Pero pese a sus prisas por llegar al coche, no puso el motor en marcha enseguida. Apoyó los brazos sobre el volante y se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté por fin.

Sacudió la cabeza.

—Algo no encaja —dijo.

—¿Crees que Bobby no está allí?

Hizo una mueca, sin mirarme.

—Es que no confío en esa zorra.

Lo consideré muy sensato. Sabía muy bien, tras haber vislumbrado a la Alana real, que sólo cabía esperar que hiciera lo más beneficioso para Alana, fueran cuales fueran las consecuencias para los demás. Pero ayudarnos en secreto a encarcelar a Bobby parecía encajar a las mil maravillas con sus intenciones.

—No hace falta que confíes en ella —aduje—. Actúa guiada por sus propios intereses.

—Cierra el pico, ¿vale? —dijo Debs, y obedecí. Vi que tamborileaba con los dedos sobre el volante, se humedecía los labios y se masajeaba la frente. Ojalá fuera capaz de encontrar algún tic similar para pasar el rato, pero no se me ocurrió nada. No me gustaba ni un pelo la idea de que los dos intentáramos acorralar a Bobby Acosta. No parecía particularmente peligroso, pero, por supuesto, casi todo el mundo pensaba lo mismo de mí, y mirad cuál ha sido el resultado.

Tal vez Bobby no fuera mortífero, pero desconocíamos muchos detalles de la situación y no podíamos confiar en el azar. Además, para ser sincero, lo cual es necesario a veces, pensaba que cualquier pequeña probabilidad de que Samantha guardara silencio desaparecería para siempre si yo volvía a aparecer con otra partida de rescate.

Por otra parte, sabía que no podía permitir que Deborah fuera sola. Eso rompería todas las normas que había aprendido en el curso de una vida estudiadamente perversa. Y ante mi sorpresa, descubrí que el Nuevo Dexter, el papá de Lily Anne, que tanto se estaba esforzando por ser humano, albergaba un sentimiento sobre el problema. Me sentía protector de mi hermana, no deseaba que le pasara nada malo, y si iba a afrontar algún peligro, yo quería estar a su lado para evitarle cualquier mal.

Era una sensación muy extraña, sentirme dividido entre las emociones contradictorias de preocupación por Deborah y, al mismo tiempo, un deseo muy real de desembarazarme de Samantha: polos opuestos, pero que me atraían considerablemente. Me pregunté si eso significaba que me encontraba a mitad de camino de mi viaje entre Dexter el Oscuro y Dex-Papi. ¿Papi-Oscuro? Tenía posibilidades.

Deborah me rescató de mi patética fuga dando un golpe sobre el volante.

—Maldita sea —dijo—. No confío en ella, joder.

Me sentí mejor: el sentido común se estaba imponiendo.

—¿No vas a ir? —pregunté.

Deborah sacudió la cabeza y puso en marcha el motor.

—Sí. Pues claro que voy a ir. —Embragó la marcha y se zambulló en el tráfico—. Pero no tengo por qué ir sola.

Supongo que tendría que haberlo dicho yo, puesto que estaba a su lado y no estaba técnicamente sola. Pero ya estaba acelerando a una velocidad que me hizo temer por mi vida, de modo que me puse el cinturón de seguridad y lo ceñí bien fuerte.

Siempre he considerado un grave defecto mental de algunas personas creer que es seguro conducir a gran velocidad mientras hablas por el móvil. Pero Deborah era una de esas personas, y la familia es la familia, de modo que no le dije nada cuando sacó el teléfono. Mientras corríamos por la I-95 sujetaba el volante con una mano mientras marcaba un número con la otra. Fue sólo un número, por lo cual supuse que era un botón de marcado rápido, y tenía bastante claro a quién llamaba, cosa que se confirmó en cuanto habló.

—Soy yo —dijo—. ¿Sabes ir a Buccaneer Land? Sí, al norte. Vale, nos encontraremos delante de la puerta principal, lo antes posible. Trae algo de armamento. Te quiero —dijo, y colgó.

Sólo había cinco personas vivas a las que Debs quería, y eran todavía menos las que admitía querer, de modo que estaba seguro de a quién había llamado.

—¿Chutsky se reunirá con nosotros allí? —pregunté.

Asintió y guardó el teléfono en la funda.

—Apoyo —contestó, y después, por suerte para mi tranquilidad mental, sujetó el volante con ambas manos y se concentró en sortear el tráfico. Eran unos veinte minutos de trayecto por la autopista hasta el lugar donde Buccaneer Land se estaba desmoronando, y Deborah lo recorrió en veinte minutos, tomó volando la rampa de salida y entró en la carretera secundaria que conduce hasta la puerta principal, a una velocidad que me pareció mucho más que imprudente. Y como Chutsky todavía no había llegado, habríamos podido ir a una velocidad razonable y aún nos habría quedado un montón de tiempo para esperarle. Pero Debs continuó dándole al pie hasta que avistamos la puerta, y sólo entonces disminuyó la velocidad y salió de la carretera al lado de lo que había sido la puerta principal de Buccanner Land.

Mi primera reacción fue de alivio. No sólo porque Deborah no nos había matado, sino porque Roger, el pirata de ocho metros que recordaba tan bien de la infancia, seguía custodiando el lugar. Casi toda la capa de pintura chillona había desaparecido. El tiempo y el clima se habían llevado el loro posado sobre su hombro, y faltaba la mitad de su espada alzada, pero aún conservaba el parche en el ojo, como también el brillo malvado y alegre de su único ojo. Bajé del coche y miré a mi viejo amigo. De niño, siempre había sentido una complicidad especial con Roger. Al fin y al cabo, era un pirata, y eso significaba que tenía permiso para navegar en un gran velero y trincar a quien le diera la gana, lo cual se me antojaba en aquel entonces una vida ideal.

De todos modos, era muy extraño estar allí a su sombra de nuevo, y recordar lo que este lugar había sido en otro tiempo, y lo que había significado para mí Roger el Pirata. Le debía algún tipo de homenaje, incluso en su ruinoso estado. Así que le miré un momento y dije: «Aaaarrrjjj». No contestó, pero Debs me

miró de una forma extraña.

Me alejé de Roger y miré a través de la valla de tela metálica que rodeaba el parque. El sol se estaba poniendo, y con las últimas luces del día no se podía ver gran cosa desde donde estábamos. El mismo amasijo de letreros chillones y atracciones que recordaba, ahora estropeadas y muy descoloridas después de tantos años de abandono bajo el cruel sol de Florida. Sobre todo ello se alzaba la torre nada piratesca que habían llamado el Palo Mayor. De ella colgaban media docena de brazos metálicos, con una góndola oscilando en el extremo. Nunca había entendido qué relación guardaba con los bucaneros, pese a los numerosos letreros y banderas que la cubrían, pero Harry me había palmeado la cabeza cuando se lo había preguntado y dijo que les reportaba una buena pasta, y que había sido divertido subir hasta lo alto. Desde allí se gozaba de una vista estupenda, y si cerrabas un ojo y murmurabas: « Yo, ho, ho » , casi podías olvidar el aspecto miserable del trasto.

Ahora, toda la torre parecía algo inclinada a un lado, y todas las góndolas estaban rotas o habían desaparecido. De todos modos, hoy no pensaba subir a ninguna atracción, así que no me pareció importante.

Desde la verja no podía ver gran cosa del parque, pero como no había otra cosa que hacer que esperar a Chutsky, me entregué a la nostalgia. Me pregunté si el río artificial que serpenteaba a través del parque tendría agua todavía. En aquel río había una atracción que era un barco pirata: el orgullo y la alegría de Roger el Pirata, el malvado bajel *Vengeance*. Tenía cañones que disparaban desde ambos lados. Y en una orilla del río, había una de esas atracciones en que te sientas dentro de un tronco falso y caes por una cascada. Al otro lado, al final del parque, estaba la Carrera de Obstáculos. Al igual que la torre, la relación entre la Carrera de Obstáculos y los piratas siempre se me había escapado, pero era la atracción favorita de Debs. Me pregunté si estaría pensando en ella.

Miré a mi hermana. Estaba paseando de un lado a otro delante de la puerta, mirando la carretera y después el parque, luego se quedaba quieta y se cruzaba de brazos, luego volvía a caminar de un lado a otro. No cabía duda de que estaba a punto de estallar debido a los nervios, y pensé que tal vez sería un buen momento para calmarla un poco y compartir un recuerdo familiar, de modo que cuando pasó delante de mí hablé a su espalda.

—Deborah —dije, y se volvió en redondo a mirarme.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de la Carrera de Obstáculos? Te encantaba esa atracción.

Me miró como si le hubiera pedido que se lanzara desde lo alto de la torre.

—Por Dios —dijo—. No hemos venido para recorrer el camino de los putos recuerdos.

Y dio media vuelta y continuó caminando hasta el otro lado de la puerta.

Era evidente que mi hermana no estaba tan emocionada por los tiernos

recuerdos como yo. Me pregunté si se estaría volviendo menos humana, mientras a mí me pasaba lo contrario. Pero, por supuesto, en los últimos tiempos manifestaba un mal humor extraño y muy humano, de modo que no parecía probable.

En cualquier caso, Debs debía pensar que pasear de un lado a otro y rechinar los dientes era más divertido que compartir felices recuerdos de nuestra infancia en Buccaneer Land, de modo que la dejé a su aire un rato mientras miraba a través de la verja cinco largos minutos más, hasta que Chutsky llegara.

Y llegó por fin, paró su coche detrás del de Deborah y bajó sosteniendo un maletín metálico, que dejó sobre el capó de su coche. Mi hermana se acercó como una exhalación y le dedicó su típico saludo cariñoso y tierno.

—¿Dónde coño estabas?

—Hola —dijo Chutsky. Intentó darle un beso, pero ella pasó de largo y cogió el maletín. Él se encogió de hombros y me saludó con un cabeceo—. Hola, colega.

—¿Qué traes? —preguntó Deborah. Chutsky recuperó el maletín y lo abrió.

—Dijiste armamento. No sabía qué esperabas, de modo que he traído una selección. —Levantó un pequeño rifle de asalto con culata plegable—. Lo mejor de Heckler & Koch —dijo, al tiempo que lo alzaba, depositaba sobre el capó, introducía la mano en el maletín y sacaba un par de armas mucho más pequeñas—. Una estupenda Uzi. —Dio una palmadita afectuosa a una de ellas con el garfio de acero que sustituía a su mano izquierda, y después la dejó y sacó dos pistolas automáticas—. Un par de modelos reglamentarios normales, nueve milímetros, diecinueve balas en el cargador. —Miró a Deborah con afecto—. Cualquiera de ellas es mucho mejor que el pedazo de mierda que llevas.

—Era de papá —dijo mi hermana al tiempo que levantaba una pistola.

Chutsky se encogió de hombros.

—Es un revólver de cuarenta años de antigüedad —dijo—. Casi tan viejo como yo, y eso no es bueno.

Deborah dejó caer el cargador de la pistola, comprobó el funcionamiento y echó un vistazo a la recámara.

—Esto no es el asedio de Khe Sanh^[6], joder —dijo, y embutió el cargador en la pistola—. Me quedo con éste.

Chutsky asintió.

—Ajá, estupendo. —Introdujo la mano en el maletín—. Cargador extra —dijo, pero ella negó con la cabeza.

—Si he de necesitar más de uno, estaré muerta y jodida.

—Quizá. De todos modos, ¿qué esperas encontrar ahí?

Debs encajó la pistola en el cinto de sus pantalones.

—No lo sé —contestó—. Nos han dicho que está solo. —Él enarcó una ceja—. Varón blanco, veintidós años —explicó—. Metro setenta y cinco, unos setenta

kilos, pelo oscuro, pero te lo juro por Dios, Chutsky, que no tenemos ni idea de si está ahí, de si está solo, y desde luego no confío en la zorra que nos dio el soplo.

—Vale, estupendo, me alegro de que me llamaras —dijo él, y cabeceó satisfecho—. En los viejos tiempos, habrías entrado ahí con la pistolita de juguete de tu papá. —Me miró—. ¿Dex? Ya sé que no te gustan las armas ni la violencia. —Sonrió y se encogió de hombros—. Pero no vas a entrar ahí desnudo, colega. —Inclinó la cabeza en dirección a su pequeño arsenal, expuesto sobre el capó del coche—. ¿Qué tal si le dices hola a mis amiguitos?

Era la peor imitación de Scarface que había oído en mi vida, pero de todos modos avancé para mirar. La verdad es que no me gustan las armas. Son ruidosas y complicadas, y roban todo la habilidad y el placer de las cosas. De todos modos, no había ido allí a divertirme.

—Si te parece bien —dije—, cogeré la otra pistola. Y el cargador extra.

Al fin y al cabo, si los necesitaba, los necesitaría de verdad, y diecinueve balas extras no pesan tanto.

—Sí, fantástico —replicó encantado—. ¿Estás seguro de saber utilizarla?

Era una pequeña broma entre nosotros, pequeña porque sólo Chutsky pensaba que era divertida. Sabía muy bien que yo era capaz de manejar una pistola, pero le seguí la corriente y la cogí por el cañón.

—Creo que se coge por este extremo y se apunta así —dije.

—Perfecto —repuso él—. No te dispares en las pelotas, ¿vale? —Levantó el rifle de asalto. Tenía una correa y se lo colgó al hombro—. Yo cogeré esta preciosidad. Y si al final se convierte en Khe Sanh, estoy preparado para tratar con Charlie ^[7].

Miró el arma un momento con la misma ternura que yo había contemplado a Roger el Pirata. No cabía duda de que le traía felices recuerdos.

—Chutsky —dijo Deborah.

Alzó la cabeza con brusquedad, como si le hubieran pillado viendo una película porno.

—Vale —dijo—. ¿Cómo quieres hacerlo?

—Entraremos por la puerta. Nos desplegaremos en dirección al otro extremo del parque, ¿de acuerdo? Allí estaba la zona de empleados antes.

Me miró, y yo asentí.

—Me acuerdo.

—Allí está la casa del vigilante. Y allí debería estar Bobby Acosta. —Señaló a Chutsky—. Tú entras por la derecha y me cubres. Dexter, tú irás por la izquierda.

—¡Cómo! —exclamó Chutsky—. No vas dar una patada en la puerta y entrar. Eso es una locura.

—Voy a decirle que salga. Quiero que crea que estoy sola. A ver qué pasa. Es una especie de trampa, y vosotros me cubris las espaldas.

—Claro —protestó Chutsky, poco convencido—. Pero sigues corriendo

peligro.

Ella sacudió la cabeza, irritada.

—No me pasará nada. Creo que la chica también está ahí, Samantha Aldovar. Así que id con cuidado. Nada de mierdas estilo Rambo.

—Ajá —replicó Chutsky—. Pero quieres vivo a ese chico, Bobby, ¿verdad?

Deborah le miró un momento demasiado largo.

—Por supuesto —respondió al fin. No resultó muy convincente—. Vamos.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Chutsky la miró un segundo, después extrajo dos cargadores más del maletín y los guardó en el bolsillo. Cerró el maletín y lo tiró dentro del coche.

—Vale, colega —dijo. Se volvió y me miró, una mirada sorprendentemente húmeda—. No permitas que le ocurra nada —prosiguió, y por primera vez desde que le conocía, vi lo que parecía una auténtica emoción en su rostro.

—Descuida —repliqué, sintiéndome algo violentado.

Me dio un apretón en el hombro.

—Bien. —Me miró un momento más, y después dio media vuelta y salió tras Deborah.

Mi hermana había llegado a la puerta de la valla y buscaba un candado entre la malla.

—¿No debería decir alguien que estás a punto de entrar ilegalmente en una propiedad? —pregunté. Y si bien era cierto, estaba más preocupado por volver a encontrar a Samantha y soltarla en un mundo demasiado ansioso por escuchar sus escabrosas historias.

Pero Debs tiró del candado y se le quedó en la mano. Me miró.

—Este candado está abierto —anunció con una voz que podría utilizar en el estrado de los testigos—. Alguien ha entrado en el parque, posiblemente de manera ilegal, y posiblemente para cometer un delito. Está clarísimo que mi deber es investigar.

—Eh, espera un segundo —dijo Chutsky—. Si ese chico está escondido ahí, ¿por qué el candado está abierto?

Estuve a punto de abrazarle, pero me contuve.

—Tiene razón, Debs. Es una trampa.

Ella sacudió la cabeza, impaciente.

—Sabíamos que podía serlo —dijo—. Por eso os he traído a los dos.

Chutsky frunció el ceño, pero no se movió.

—Esto no me gusta —comentó.

—No tiene por qué gustarte —replicó Debs—. Ni siquiera tienes que hacerlo.

—No voy a permitir que entres sola. Ni tampoco Dexter.

En circunstancias normales, me habrían entrado ganas de patear a Chutsky por ofrecer la tierna piel de Dexter en el altar de un peligro innecesario. Pero tal como estaban las cosas, me mostré de acuerdo con él, sólo por esta vez. Yo tenía

muy claro que alguien con una pizca de sentido común debía acompañarles, y después de pasear la vista a mi alrededor, comprobé que sólo quedaba yo.

—Exacto —dije—. Además, siempre podemos pedir refuerzos si la cosa se pone fea.

Por lo visto, no debía decir eso. Deborah me miró echando chispas, se acercó a mí y se detuvo a un milímetro de mi cara.

—Dame tu teléfono.

—¿Qué?

—¡Ya! —bramó, y extendió la mano.

—Es un BlackBerry nuevo de trinca —protesté, pero estaba claro que, o se lo daba, o perdería el uso de ambos brazos bajo una lluvia de golpes, de modo que se lo di.

—Tú también, Chutsky —dijo, y se acercó a él. El hombre se encogió de hombros y le dio el teléfono.

—Mala idea, nena —replicó.

—No quiero que os dé uno de vuestros ataques de pánico y la caguemos, payasos —sentenció. Volvió corriendo a su coche y tiró los teléfonos en el asiento delantero (el de ella también), y se reunió de nuevo con nosotros.

—Escucha, Debbie, acerca de los teléfonos... —empezó Chutsky, pero ella le interrumpió al instante.

—Maldita sea, Chutsky. Debo hacer esto, y he de hacerlo ahora, a mi manera, sin preocuparme por leerles los derechos y toda esa mierda, y si no te gusta, cierras el pico y vuelves a casa. —Tiró de la cadena y se abrió—. Pero voy a entrar y voy a encontrar a Samantha, y voy a detener a Bobby Acosta. —Arrancó el cerrojo de la cadena y dio una patada a la puerta. Se abrió con un chirrido torturado, y mi hermana lanzó sendas miradas asesinas a Chutsky y a mí —. Hasta luego —dijo, y se coló por la puerta.

—Debs. Oye, Debbie, venga ya —dijo Chutsky. Ella no le hizo caso y entró en el parque. Chutsky suspiró y me miró—. Vale, colega. Yo me ocupo del flanco derecho y tú del izquierdo. Movamos el culo.

Siguió a Deborah.

¿Os habéis dado cuenta de que, por más que hablemos de libertad, da la impresión de que nunca se encuentra a nuestra disposición? Había pocas cosas en el mundo que deseara menos que seguir a mi hermana al parque, donde nos habían tendido una trampa más que obvia, y si todo iba bien, sólo podía confiar en que Samantha Aldovar arruinaría mi vida. Si de verdad gozara de libertad, habría cogido el coche de Deborah y conducido hasta la calle Ocho para atizarme un filete de palomilla y una Ironbeer.

Pero como todo lo demás en el mundo que suena bien, la libertad es una fantasía. Y en este caso, no me quedaba otra alternativa que la de un hombre atado a la silla, a quien le dicen que goza de libertad para seguir viviendo hasta

que le den al interruptor.

Miré a Roger el Pirata. De repente, su sonrisa se me antojó algo maligna.

—Deja de reír —le reprendí. No contestó.

Seguí a mi hermana y a Chutsky al interior del parque.

Estoy seguro de que todos hemos vistos suficientes películas antiguas para saber que la gente sensata evita parques de atracciones abandonados, sobre todo cuando el sol se está poniendo, tal como estaba sucediendo ahora. Cosas terribles acechan en esos lugares, y cualquiera que se adentre en ellos sólo se está precipitando hacia un espantoso final. Y tal vez yo me sentía un poco hipersensible, pero *Buccaneer Land* parecía más espeluznante que cualquier cosa que yo hubiera visto nunca, sin contar las películas malas. Había un eco casi audible de carcajadas lejanas colgando sobre los oscuros y semiderruidos edificios y atracciones, con un deje burlón, como si los largos años de abandono hubieran dotado de maldad a todo el lugar y estuviera ansioso por ver que algo pavoroso me sucedía.

Pero, por lo visto, Deborah no había hecho los deberes en el apartado de películas antiguas. Pareció no inmutarse cuando desenfundó el arma y se internó en el parque a grandes zancadas, como si hubiera entrado en la tienda de la esquina a comprar cortezas de cerdo. Chutsky y yo la alcanzamos cuando ya había avanzado unos treinta metros, y apenas nos miró.

—Desplegaos —ordenó.

—Tómalo con calma, Debs —dijo Chutsky—. Danos tiempo para trabajar los flancos. —Me miró y cabeceó en dirección a la izquierda—. Da un rodeo a las atracciones, colega, sin prisas. Mira detrás de las taquillas, cobertizos, cualquier sitio donde alguien pueda esconderse. Escóndete y mira, colega. Mantén los ojos y los oídos abiertos, no pierdas de vista a Debbie, y ve con cuidado. —Se volvió hacia Deborah—. Escucha, Debs...

Pero ella movió la pistola en su dirección y le interrumpió.

—Hazo, Chutsky, por el amor de Dios.

Él la miró un momento.

—Ve con cuidado —dijo, y después dio media vuelta y avanzó hacia la derecha. Era un hombre muy grande, y tenía un pie artificial, pero cuando se fundió con la oscuridad, los años y las heridas parecieron desvanecerse, y se transformó en una especie de sombra bien aceiteada, con el arma moviéndose de un lado a otro de manera automática, y me alegré mucho de que estuviera aquí con el rifle de asalto y sus largos años de práctica.

Pero antes de que pudiera empezar a cantar *Halls of Montezuma*^[8], Deborah me dio un codazo y me miró echando chispas.

—¿A qué cojones estás esperando? —preguntó. Y aunque yo habría preferido pegarme un tiro en el pie y volver a casa, me desplazé hacia la izquierda entre la creciente oscuridad.

Atravesamos con toda cautela el parque en el mejor estilo paramilitar, la última patrulla en misión al reino del cine de serie B. Debo reconocer que

Deborah procedía con mucha cautela. Se movía con sigilo de un lugar a otro donde pudiera ponerse a cubierto, y con frecuencia miraba a Chutsky, a la derecha, y a mí, a la izquierda. Cada vez me costaba más verla, puesto que el sol se había puesto del todo, pero al menos eso significaba que para ellos también era más difícil vernos, fueran quienes fueran ellos.

Recorrimos de esta guisa la primera parte del parque, dejamos atrás el puesto de recuerdos, y entonces llegué a la primera atracción, un antiguo tióvivo. Se había desprendido del eje y estaba inclinado a un lado. Estaba estropeado y desteñido, y alguien había cortado las cabezas de los caballos y pintado con aerosol el conjunto de un verde y naranja fosforito, y era una de las cosas más tristes que había visto en mi vida. Lo rodeé con cuidado, la pistola preparada, mientras iba mirando detrás de cualquier objeto lo bastante grande para ocultar a un canibal.

Al otro lado del tióvivo miré a mi derecha. Debido a la creciente oscuridad, apenas pude distinguir a Debs. Se había refugiado a la sombra de uno de los postes grandes que sostenían el tendido del teleférico que corría de un lado a otro del parque. No vi a Chutsky. Donde debería estar había una fila de casas de juguete derrumbadas que flanqueaban una pista de karts. Confié en que estuviera allí, vigilante y peligroso. Si algo saltaba y nos gritaba «¡Bú!», quería que estuviera preparado con su rifle de asalto.

Pero no vi señal de él, y mientras miraba, Deborah empezó a avanzar de nuevo, adentrándose en el parque en tinieblas. Una ráfaga de viento tibio y suave me acarició, y olí la noche de Miami: un lejano olor salobre impregnaba la vegetación podrida y los gases de escape. Pero incluso mientras inhalaba el olor familiar, sentí que el vello de mi nuca se erizaba y un leve susurro se alzaba hacia mí desde la mazmorra más profunda del Castillo Dexter, y un crujido de alas correosas se oyó en la muralla. Era un aviso muy claro de que algo no iba bien, y que era un momento estupendo para estar en otro sitio. Me quedé petrificado junto a los caballos decapitados, mientras buscaba lo que había disparado la alarma del Pasajero.

No vi ni oí nada. Deborah había desaparecido en la oscuridad y nada se movía en ninguna parte, salvo una bolsa de plástico que la brisa agitaba. El estómago me dio un vuelco, y por una vez no era de hambre.

De pronto, mi pistola se me antojó muy pequeña e inadecuada, y deseé huir del parque más que respirar. Tal vez el Pasajero estuviera enfadado conmigo, pero no me dejaría en la estacada, y nunca se equivocaba, sobre todo cuando hablaba con tanta claridad. Tenía que apoderarme de Deborah y salir de allí antes de que nos liquidaran.

Pero ¿cómo podría convencerla? Estaba tan decidida a encontrar a Samantha y pescar a Bobby que no me haría caso, aunque descubriera una forma de explicarle cómo sabía que la situación era extremadamente peligrosa. Y

mientras aferraba la pistola y titubeaba, me arrebataron la decisión de las manos. Se oyó una especie de estruendo gigantesco, las luces del parque empezaron a encenderse, el suelo tembló, se oyó un terrible chirrido de metal oxidado, oí un gruñido ronco...

Y los vagones del teleférico se pusieron en movimiento.

Dediqué un largo y precioso segundo a mirar boquiabierto hacia arriba e imaginar todas las cosas espantosas que podían llover sobre mi cabeza. Después llegó otro momento horroroso, durante el cual el más vil altruismo se impuso, y miré a mi derecha para ver si Deborah estaba bien. No había ni rastro de ella. Y luego, desde uno de los vagones que pasaban sobre mi cabeza, oí un disparo, además de un salvaje y alegre chillido, el grito de un cazador que ha visto a su presa, y recobré mipreciado interés en mí mismo y busqué refugio en la oscuridad bajo la marquesina del tiovivo. En mis prisas por ocultarme debajo de uno de los caballos, me golpeé la nariz contra un bulto grande y duro, que resultó ser una de las cabezas de fibra de vidrio seccionadas de los caballos. Cuando conseguí dejarla atrás y alzarme hasta el borde exterior del tiovivo, el chillido había enmudecido.

Esperé. No pasó nada. No se oyeron más disparos. Nadie abrió fuego con un obús. No llovieron bombas de napalm desde el teleférico. No se oía otro sonido que el estruendo disfuncional del antiguo y oxidado cable que corría a través de sus montantes. Esperé un poco más. Algo cosquilleó mi nariz y lo toqué. Vi mi mano cubierta de sangre, y la contemplé durante un largo y petrificado momento, incapaz de pensar, moverme o ver otra cosa que no fuera la espantosa mancha roja delpreciado líquido de Dexter. Pero, por suerte para mí, mi cerebro volvió a conectarse *online*, me sequé la mano en la pernera del pantalón y expulsé el miedo de mi mente. No cabía duda de que había sucedido cuando me zambullí en busca de protección y me golpeé la nariz. Poca cosa. Todos tenemos sangre. El truco consiste en conservarla dentro.

Me removí con cautela hasta adoptar una posición en la que estuviera a salvo, pero en la que pudiera ver, y empujé pendiente arriba la cabeza del caballo para que me protegiera, y luego apoyé la pistola encima. A mi derecha, sobre el último lugar donde había visto a Deborah, un vagón roto avanzaba suspendido del cable. Sólo quedaba la pieza sujeta al cable y un pequeño pedazo de tubo metálico que había formado parte del asiento, y oscilaba y se agitaba locamente. Divisé el segundo vagón, y aunque estaba más entero, los paneles laterales también habían desaparecido y estaba vacío.

Vi que desfilaban más vagones rotos. Sólo uno de ellos parecía en buen estado, suficiente para albergar a un pasajero, pero pasó de largo sin señales de ningún humano, y empecé a sentirme un poco bobo, acurrucado debajo de un caballito de tiovivo dorado hecho trizas, con la pistola apuntada a una serie de vagones de teleférico destrozados y muy vacíos. Pasó otro vagón desierto y

destartalado: nada. De todos modos, estaba seguro de haber oído que alguien pasaba por encima, y la advertencia del Pasajero había sido muy clara. El peligro aguardaba en el parque, al acecho entre los alegres recuerdos de Buccaneer Land. Y sabía que yo estaba allí.

Respiré hondo. Bobby también estaba allí, seguro, y daba la impresión de no estar solo. Pero no podían caber más de dos o tres personas en aquellos destartalados vagones antiguos. De modo que, si continuábamos con el plan original y atravesábamos el parque, los tres deberíamos ser capaces de echar el lazo a algunos chicos chiflados. Nada de qué preocuparse: seguir respirando, ceñirse al plan, en casa a tiempo para Letterman. Me arrastré hacia el borde del tiovivo, y ya había apoyado una pierna en la tierra cuando escuché de nuevo una especie de alarido primitivo, digno de una fraternidad, detrás de mí, en la dirección de la puerta principal, y descendí por el eje inclinado para protegerme tras mi caballo decapitado.

Unos segundos después, oí voces risueñas, el arrastrar de muchos pies, y me asomé cuando una multitud de ocho o diez personas empezaron a correr a mi lado. Eran casi todos de la edad de Bobby Acosta, el tipo de jóvenes monstruos de cara alegre que habíamos visto en Fang, tal vez los mismos, e iban vestidos con elegantes disfraces de bucanero, cosa que sin duda habría complacido a Roger el Pirata. Pasaron de largo muy entusiasmados y felices, camino de alguna fiesta, y al mando, con una espada de aspecto bastante mortífero en alto, iba el gorila de la coleta del Fang.

Miré desde detrás de mi caballo decapitado hasta que desaparecieron y el sonido de sus pasos se desvaneció, y pensé en ello, y no fueron unos pensamientos muy alegres. Las tornas habían cambiado, y la situación era muy diferente. No soy una persona muy sociable por naturaleza, pero parecía un momento excelente para buscar a mis compañeros y tratar de sobrevivir juntos.

Así que esperé otro minuto para asegurarme de que no hubiera rezagados, dejé atrás la cabeza de mi caballo y avancé poco a poco hacia el borde del tiovivo. Por lo que pude ver, se habían marchado y era como si el parque estuviera desierto por completo. Había un edificio delante, un poco a la izquierda, que reconocí de mi infancia. Había pasado varias aburridas y perplejas horas vagando por él, incapaz de comprender por qué decían que era divertido. Pero si me proporcionaba refugio, le perdonaría su nombre engañoso. Y así, con una última mirada al vagón todavía vacío, salí del tiovivo y corrí hacia la casa de los horrores.

La fachada del edificio se encontraba en un estado deplorable, y sólo perduraban algunas sombras vagas del mural que lo había adornado. Apenas conseguí distinguir la escena pintada de los alegres piratas saqueando y destruyendo una pequeña ciudad. Su pérdida fue un duro golpe para el arte mundial, pero ésa no era mi principal preocupación en aquel momento. Había

una tenue luz que brillaba delante del edificio, de modo que di la vuelta hacia la parte de atrás algo acucillado, intentando guarecerme en las sombras. Me condujo en dirección opuesta al último lugar donde había visto a Deborah, pero necesitaba encontrar un nuevo refugio. Quien estuviera en el funicular me habría visto refugiándome en el tiovivo, y necesitaba alejarme de él.

Di la vuelta con cautela a la casa de los horrores. La puerta de atrás colgaba de un gozne, con la mitad de un letrero todavía visible. Las letras rojas desteñidas aún indicaban con absoluta claridad SAL GENCIA. Me detuve junto a la puerta, con la pistola preparada. No creía que nadie estuviera escondido dentro, entre los antiguos espejos. Era un tópico excesivo, y hasta los canibales deben albergar cierto orgullo. En cualquier caso, los espejos no habían engañado a nadie cuando se encontraban en buen estado. Después de tantos años de abandono, debían ser tan reflectantes como la suela de mi zapato. Pero no me arriesgué: pasé ante la puerta acucillado, con la pistola preparada y apuntada al interior. No había nada al acecho, no se movió nada. Continué hasta el siguiente charco de sombras.

Me detuve de nuevo en la otra esquina del edificio y me asomé con cautela: nada. ¿Era posible que nadie me estuviera buscando con ahínco? Recordé algo que Doris, mi madre adoptiva, repetía con frecuencia: *Huye el malvado sin que nadie le persiga*. Era muy cierto en mi caso. Había pasado demasiado tiempo huyendo, y hasta el momento nadie me había perseguido. Pero sabía con absoluta certeza que estaban en el parque, y la única maniobra sensata era huir como si me fuera en ello la vida, pero sabía con la misma certeza que mi hermana jamás se iría del parque sin Samantha Aldovar y Bobby Acosta, y no podía permitir que lo hiciera sola.

Oí que el Pasajero mascullaba desabrido, y noté el frío viento de sus alas soplando a través de mí, y todas las vocecillas de la razón y el sentido común se alzaron sobre sus talones y me gritaron que corriera hacia las salidas..., pero no podía. Sin Deborah no.

Así que respiré hondo, mientras me preguntaba cuántas veces más podría hacerlo, y corrí hacia el siguiente refugio, pequeño y derruido. Había sido una atracción para niños muy pequeños, de ésos con grandes góndolas cerradas que dan vueltas poco a poco en círculo, mientras tú giras un gran volante en el centro. Sólo quedaban dos góndolas, y ambas en muy mal estado. Me acurruqué a la sombra de la azul y esperé un momento. Todo el grupo de piratas se había evaporado, y no se veía ni oía nada que prestara atención a mis movimientos de tortuga. Teniendo en cuenta la atención que me estaban prestando, igual habría podido atravesar todo el parque al frente de una orquesta de metales y un ejército de armadillos vivos.

Pero tarde o temprano nos encontraríamos, y tal como estaba la situación, quería verles antes. Así que me puse a cuatro patas y me asomé por la esquina de la góndola.

Había llegado al final de la zona de las atracciones para niños pequeños, y veía ahora el río artificial que había albergado en su momento la atracción del barco pirata. Aún tenía mucha agua, aunque no era del tono más atractivo que había visto en mi vida. Incluso desde donde estaba podía ver que el agua era de un verde apagado y repugnante debido a los años de abandono. Entre el río y yo había tres de los postes que sostenían el funicular. Cada uno contaba con lámparas colgantes, pero sólo una funcionaba. Estaba a mi derecha, en la dirección donde había visto por última vez a Deborah. Justo enfrente había un claro en tinieblas, de unos treinta metros de largo, que terminaba en el siguiente refugio, un bosquecillo de palmeras que crecían sobre un risco que dominaba el agua. El bosquecillo no era muy grande, apenas lo bastante para ocultar a unos cuantos pelotones de talibanes que esperaban para tenderme una emboscada. Pero no había otra protección a la vista, así que salí de detrás de la góndola y corrí agachado hacia el claro.

Sentirse desprotegido era una sensación espantosa, y tuve la impresión de que tardaba varias horas en cruzar el terreno despejado y carente de sombras hasta llegar al bosquecillo de palmeras. Me detuve al lado de la primera palmera. Ahora que contaba con la pequeña seguridad del tronco, volví a preocuparme por lo que pudiera estar escondido al otro lado. Abracé el árbol y escudriñé entre los árboles. Había crecido entre ellos una gran cantidad de maleza y arbustos, y como muchos tenían ramas afiladas y puntiagudas, no parecía un lugar muy atractivo donde esconderse. Veía lo bastante para estar razonablemente seguro de que nada acechaba entre los espinosos arbustos, y no quería correr el riesgo de dejarme la piel por su culpa. Empecé a alejarme del tronco para buscar una protección mejor.

Y entonces, desde el río que corría a mi izquierda, oí el inconfundible sonido de un disparo de cañón ficticio. Miré hacia el sonido y, con un estruendo de tela desgarrada y vergas medio rotas, el barco pirata dobló el recodo.

Era tan sólo un cascarón podrido de lo que había sido. Pedazos de madera colgaban del casco. Los restos raídos de sus velas aleteaban con tristeza, y menos de la mitad de la descolorida Jolly Roger^[9] ondeaba todavía en lo alto del mástil, pero aun así el bajel avanzaba con orgullo, tal como yo lo recordaba. Otra débil andanada surgió de los tres cañones encarados hacia mí, pillé el mensaje y me zambullí en la maraña de arbustos, entre las palmeras.

Lo que unos momentos antes se me había antojado algo que debía evitar ahora me parecía muy seguro, y repté entre los arbustos más espesos. Casi al instante, me quedé enredado en la vegetación y los espinos se cebaron en mi piel. Intenté zafarme de la planta que me había atacado, y retrocedí penosamente hasta una pequeña serenoa. Cuando conseguí liberarme, estaba sangrando debido a diversos cortes en los brazos, y tenía la camisa desgarrada. Pero quejarse nunca sirve de nada, y estaba seguro de no haber traído suficientes tiritas, de

manera que me seguí arrastrando.

Fui avanzando poco a poco entre la maleza, dejando más pequeños y valiosos fragmentos de carne en los arbustos carnívoros, hasta que llegué al borde del bosquecillo, donde me refugié tras un abanico de hojas de serenoa y miré el río. El agua se agitaba como si una mano subterránea gigantesca la hubiera puesto a girar, y después se calmó hasta formar una corriente lenta y constante, como si fuera un río de verdad en lugar de un estanque circular.

Y mientras miraba, el orgullo de *Buccaneer Land*, el terror de los siete mares, el malvado barco *Vengeance* apareció ante mi vista y se detuvo en el viejo y podrido muelle que penetraba en el río desde la orilla, justo debajo de mí y a la derecha. El agua volvió a revolverse, se transformó en un lento caudal y el *Vengeance* osciló un poco, pero sin moverse del muelle. Y si bien no había ni rastro de la canallesca tripulación del bajel, había al menos una pasajera a bordo.

Atada al palo mayor estaba Samantha Aldovar.

Samantha no parecía el tipo de pasajero que había visto a bordo del *Vengeance* cuando era pequeño. Aparte de no llevar algodón de azúcar ni sombrero de pirata, estaba derrumbada, tal vez inconsciente, quizás incluso muerta, su cuerpo colgando contra las cuerdas. Desde mi escondite en el pequeño acantilado podía ver bastante bien casi todo lo que había en la cubierta. Cerca de Samantha se alzaba una parrilla de barbacoa grande negra, y una delgada columna de humo se elevaba de debajo. Al lado, una olla de unos veinte litros descansaba sobre una base, y había una pequeña mesa donde varios objetos poco definidos pero de aspecto familiar brillaban cuando les daba la luz.

Por un momento, nada se movió, salvo la raída mitad de la Jolly Roger en lo alto del mástil. El barco estaba desierto, salvo por Samantha. Pero tenía que haber alguien más a bordo. Pese al gran timón falso de la popa, sabía que controlaban el barco desde el interior de la cabina. También había un salón, donde servían refrescos. Habría alguien al mando de los controles. Pero ¿cuántos? ¿Sólo Bobby Acosta? ¿O suficientes caníbales para poner las cosas difíciles a los buenos, que esta noche me incluían a mí, aunque resultara raro?

La bandera dejó de ondear. Un avión a reacción surcó el cielo con las ruedas bajadas, a punto de aterrizar en el aeropuerto de Fort Lauderdale. El barco se mecía con suavidad. Y entonces Samantha volvió la cabeza a un lado, otra andanada anémica brotó de los cañones, y la puerta de la cabina se abrió de golpe. Bobby Acosta salió a cubierta con un pañuelo anudado alrededor de la cabeza y una pistola Glock muy impropia de un pirata alzada en la mano.

—¡Yujú! —gritó, y disparó dos veces al aire, mientras una pequeña partida de jueguistas de ambos sexos muy animados, más o menos de su edad, le seguían a cubierta. Todos iban disfrazados de piratas, y todos se dirigieron sin vacilar a la gran olla que había al lado de Samantha, y empezaron a servirse tazas y a engullir el contenido.

Y mientras se entregaban a su alegre y despreocupado pasatiempo, sentí que una leve chispa de esperanza alumbraba en mi corazón. Eran cinco y nosotros sólo tres, pero eran pesos ligeros, y estaban atizándose algo que, sin duda, debía ser el ponche embriagador que tanto les gustaba. Dentro de unos momentos estarían cocidos, atontados y no plantearían ninguna amenaza. Con independencia de adónde hubiera ido el resto de la partida, este grupito sería fácil. Los tres podríamos salir de nuestros escondrijos y rodearlos. Deborah obtendría lo que había ido a buscar, nos largaríamos y llamaríamos para pedir ayuda, y Dexter podría volver a reinventar su vida normal.

Y entonces la puerta de la cabina volvió a abrirse y Alana Acosta salió a cubierta.

La seguía el gorila de la coleta del Fang, y tres hombres de aspecto

desagradable armados con escopetas, y el mundo se volvió oscuro y peligroso una vez más.

Sabía que Alana era una depredadora gracias a lo que el Oscuro Pasajero había susurrado cuando estábamos al lado de su Ferrari. Y ahora, al verla aquí al mando de la situación, supe que mi hermano Brian había estado en lo cierto: el líder del aquelarre era una mujer, y era Alana Acosta. Y no sólo se trataba de una trampa: era una invitación a cenar. Y si no se me ocurría algo realmente inteligente, yo iba a formar parte del menú.

Alana se encaminó a la barandilla y miró hacia el parque, más o menos entre donde estaba yo y donde suponía que estaría Deborah.

—¡Un, dos, tres, al escondite inglés! —gritó. Se volvió y cabeceó en dirección a su pandilla, cuyos miembros apuntaron sus escopetas a la cabeza de Samantha—. ¡O iremos a por vosotros! —chilló Alana muy contenta.

No cabía duda de que el curioso sonsonete debía ser una especie de ritual infantil inglés, una llamada a que todos se reunieran: final del juego, volved a la base de operaciones. Pero debía pensar que éramos niños, y niños muy lerdos, si suponía que íbamos a salir obedientes de nuestro refugio tan duramente currado y caer en sus garras. Sólo el bobo más bobo cometería ese tipo de estupidez.

Y mientras yo me preparaba para lo que suponía un largo juego del gato y el ratón, oí un grito a mi derecha, y un momento después vi horrorizado a Deborah. Por lo visto, estaba tan obsesionada con salvar a Samantha (¡otra vez!) que ni siquiera había dedicado dos segundos a pensar en las consecuencias de lo que estaba haciendo. Saltó como impulsada por un resorte de su escondite, corrió hacia el barco y se paró al lado del muelle para rendirse. Se quedó inmóvil debajo de mí con aire desafiante, y después, con movimientos muy decididos, desenfundó la pistola y la tiró al suelo.

Alana disfrutó con la actuación. Se acercó más para recrearse contemplando a Debs, y después se volvió y dijo algo al gorila. Un momento después, el hombre tiró la decrepita rampa de embarque por un costado y la apoyó sobre el muelle.

—Ánimo, querida —dijo Alana a Deborah—. Utiliza la rampa.

Deborah miró a Alana sin moverse.

—No hagas daño a esa chica —replicó mi hermana.

La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—Pero ella quiere que le hagamos daño. ¿No lo ves?

Debs negó con la cabeza.

—No le hagas daño —repitió.

—Vamos a hablar del tema, ¿de acuerdo? Sube a bordo.

Deborah la miró y no vio otra cosa que un reptil muy complacido. Cabizbaja

subió la rampa, y un momento después dos de los lacayos armados con escopetas la sujetaron, le pusieron los brazos a la espalda y los inmovilizaron con cinta adhesiva. Una voz malvada sugirió desde el fondo de mi cabeza que era justo, puesto que hacía muy poco ella se había limitado a mirar mientras hacían lo mismo conmigo. Pero emergieron pensamientos más piadosos que expulsaron al anterior, y empecé a pensar en cómo podría liberar a mi hermana.

Alana, por supuesto, no albergaba la menor intención de permitirlo. Esperó un momento, con la vista clavada en el otro lado del parque, y después hizo bocina con las manos.

—¡Estoy convencida de que tu encantador acompañante anda por ahí! —gritó. Miró a Deborah, quien seguía inmóvil con la cabeza gacha, sin decir nada—. Le vimos en el tióvivo, querida. ¿Dónde está ese cabrón? —Mi hermana no se movió. Alana esperó un momento, con una sonrisa de agradable impaciencia en la cara, y después volvió a gritar—. ¡No seas tímido! ¡No podemos empezar sin ti!

Me quedé donde estaba, petrificado entre los espinos.

—Bien, pues —dijo risueña. Se volvió y extendió una mano, y uno de los lacayos depositó una escopeta sobre ella. Por un momento, me sentí desgarrado por la angustia, y fue peor que los espinos. Si amenazaba con disparar a Debs... Pero de todos modos iba a matarla... ¿Por qué iba a permitir que me matara a mí también? Pero no podía dejar que hiciera daño a Debs...

Levanté mi pistola de manera inconsciente. Era una pistola muy buena, extremadamente precisa, y desde esta distancia tenía un veinte por ciento de probabilidades de alcanzar a Alana. Las probabilidades de darle a Debs eran más o menos las mismas, o de agujerear a Samantha, y mientras pensaba, la pistola se alzó sola, como si poseyera voluntad propia.

Por supuesto, esas cosas no ocurren nunca en un mundo justo, pero éste no lo es, y este pequeño movimiento quizá provocó que una de las luces que todavía funcionaban en el parque se reflejara en el arma, un brillo suficiente para atraer la atención de Alana. Cargó la escopeta, con habilidad suficiente para disipar las dudas acerca de si sabía usarla, la alzó hasta el hombro, me apuntó casi directamente y disparó.

Sólo tenía un segundo para reaccionar, y apenas conseguí zambullirme detrás de la palmera más cercana. Aun así, noté el viento de las balas cuando se hundieron en el follaje que me había acogido momentos antes.

—¡Eso está mejor! —exclamó Alana, y lanzó otra descarga con la escopeta. Un pedazo del tronco de mi árbol protector desapareció—. ¡Cucú!

Un momento antes había sido incapaz de elegir entre abandonar a mi hermana a su suerte y meter la cabeza en el lazo. De pronto, mi decisión resultó mucho más fácil. Si Alana estaba dispuesta a cargarse los árboles de uno en uno, mi futuro era sombrío hiciera lo que hiciera, y como el peligro más inmediato

procedía de la escopeta, me pareció una idea muchísimo mejor rendirme y confiar en mi intelecto superior para encontrar una forma de abandonar la cautividad. Además, Chutsky seguía suelto con su rifle de asalto, más que sobrado para competir con un par de aficionados armados con escopetas.

Pensándolo bien, no había mucho donde elegir, pero así estaban las cosas. Me levanté, refugiado tras un árbol, y grité:

—¡No dispare!

—¿Y estropear la carne? —contestó Alana—. Pues claro que no. Pero vamos a ver tu cara sonriente, con las manos en el aire.

Y movió la escopeta, por si acaso yo era un poco lento en pillar sus intenciones.

Como ya he dicho, la libertad no es más que una fantasía. Siempre que creemos contar con diversas alternativas, sólo significa que no hemos visto la escopeta apuntada a nuestro ombligo.

Dejé en el suelo mi pistola, alcé las manos tanto como me lo permitía la dignidad y salí de detrás del árbol.

—¡Encantador! —gritó Alana—. Acércate al río entre los árboles, cerdito.

Me dolió más de lo que debería. O sea, si tenías en cuenta todo lo demás, que me llamaran «cerdito» no era grave. Era una indignidad menor arrojada encima de otras calamidades de mayor calibre, pero tal vez mis sensibilidades semihumanas recién desarrolladas me alentaron a tomármelo más a la tremenda. ¿Cerdito? ¿Yo, Dexter? ¿Bien proporcionado, en plena forma física, y templado de manera excelente en el horno de los numerosos fuegos de la vida? Me ofendía, y envié un mensaje mental a Chutsky para que disparara contra Alana con precisión, con el fin de que agonizara y sufriera un poco.

Pero, por supuesto, también bajé poco a poco hasta la orilla del río con las manos en el aire.

Me paré un momento en la orilla, y miré a Alana y su escopeta. Me hizo señas alentadoras.

—Ven —dijo—. Pasea por la tabla, cabronazo.

No había forma de discutir con el arma, sobre todo desde esta distancia. Pisé la rampa. Ideas imposibles desfilaron por mi cabeza: ¿zambullirme bajo el barco, lejos del cañón de la escopeta de Alana? y después... ¿qué? ¿Contener la respiración durante varias horas? ¿Nadar a favor de la corriente y pedir ayuda? ¿Enviar más mensajes mentales y esperar que una banda de telépatas paramilitares me rescataran? No había otra cosa que hacer que subir por la rampa hasta la cubierta del *Vengeance*. Y así lo hice. Era de aluminio viejo y oscilaba, de modo que tuve que sujetarme a la raída cuerda que corría por el lado izquierdo. Resbalé una vez, y me así con fuerza a la cuerda cuando la rampa se inclinó de lado. Pero al cabo de muy poco tiempo me encontré en la cubierta, mirando las tres escopetas que me apuntaban, pero todavía más oscuros y

mortíferos que los cañones de las armas eran los ojos azules y vacíos de Alana Acosta. Se acercó demasiado, mientras los demás ataban mis manos a la espalda con cinta adhesiva, y me miró con un afecto que me pareció muy inquietante.

—Brillante —dijo—. Esto va a ser divertido. Ardo en deseos de que empiece. —Se volvió y miró hacia la puerta del parque—. ¿Dónde está ese hombre?

—Ya vendrá —contestó Bobby—. Tengo su dinero.

—Será mejor que lo haga —rezongó Alana, y me miró—. No me gusta que me hagan esperar.

—A mí no me importa —dije.

—Tengo muchas ganas de empezar —repitió Alana—. Esta noche vamos un poco justos de tiempo.

—No hagas daño a esa chica —insistió Deborah, esta vez entre dientes.

Alana volvió los ojos hacia Debs, lo cual me alivió, pero tuve la sensación de que mi hermana iba a pasar un rato muy desagradable.

—Somos como una gallina clueca con esa cochinita, ¿verdad? —dijo Alana, al tiempo que se acercaba a Deborah—. ¿Por qué, sargento?

—Sólo es una cría. Una niña.

La mujer sonrió, una amplia sonrisa llena de cientos de dientes blancos perfectos.

—Da la impresión de que sabe lo que quiere —comentó—. Y como es lo mismo que queremos nosotros... Nadie sale perjudicado.

—Es imposible que desee eso —susurró Deborah.

—Pero es así, querida. A algunos les gusta. Quieren que los coman, tanto como nosotros deseamos comerlos. —La sonrisa de Alana era muy grande, y esta vez casi real—. Casi consigues que creas en un Dios bondadoso, ¿verdad?

—No es más que una niña malcriada —manifestó Deborah—. Lo superará. Tiene una familia que la quiere, y toda una vida por delante.

—Y así, conmovida por los remordimientos y la belleza de todo eso, debería dejarla marchar —ronroneó Alana—. Familia, iglesia, cachorrillos y flores... Su mundo ha de ser maravilloso, sargento. Pero para los demás, es bastante más oscuro. —Miró a Samantha—. Por supuesto, tiene sus momentos.

—Por favor —dijo Deborah, con una expresión desesperada y vulnerable al mismo tiempo que yo nunca le había visto antes—. Déjala marchar.

—No creo —replicó Alana—. De hecho, con tantas emociones, me está entrando un poco de hambre.

Levantó un cuchillo muy afilado de la mesa.

—¡No! —exclamó Deborah con violencia—. ¡Maldita sea, no!

—Sí, me temo —dijo Alana, y la miró con frialdad y regocijo.

Dos guardias sujetaron a Debs y Alana contempló la refriega con satisfacción. Y sin dejar de mirar a mi hermana, se acercó a Samantha y alzó el cuchillo, como indecisa.

—Lo del despiece nunca me sale bien —comentó Alana. Bobby y su pandilla se congregaron a su alrededor, y lanzaron risitas con entusiasmo apenas reprimido, como niños que vieran a escondidas una película—. Ésta es la única razón de que soporte la tardanza de ese asqueroso hijo de puta. Es un especialista en estas cosas. Despierta, cerdita.

Abofeteó a Samantha en la cara. Ésta levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Ya es la hora? —preguntó adormilada.

—Sólo un aperitivo —le contestó Alana, pero Samantha sonrió. Debido a su felicidad somnolienta estaba muy claro que habían vuelto a drogarla, pero al menos esta vez no era éxtasis.

—Vale, fantástico —dijo. Alana la miró, y después a nosotros.

—Vamos, adelante —intervino Bobby.

Alana le sonrió, y después extendió la mano y asió el brazo de Samantha con tal rapidez que apenas vi otra cosa que un destello borroso de la hoja, y antes de que pudiera parpadear ya había sajado casi todo el tríceps de la muchacha.

Samantha emitió un sonido a medio camino entre un gemido y un gruñido, ni de placer ni de dolor, sino de algo intermedio, un grito de culminación agonizante. Me puso los dientes largos, todo el vello de mi nuca se erizó, y entonces Deborah sufrió un estallido de furia demencial que envió a uno de sus guardias al suelo. El otro dejó caer la escopeta y aguantó hasta que el gigantesco gorila de la coleta intervino y derribó a Debs con una mano gigantesca. Se vino abajo como una muñeca de trapo y permaneció inmóvil.

—Llevad a la bondadosa sargento abajo —ordenó Alana—. Inmovilizadla bien.

Los dos lacayos cogieron a Deborah y la arrastraron hacia la cabina. No me gustó nada la forma en que colgaba entre ellos, como carente de vida, y sin pensarlo di un paso hacia ella, pero antes de que pudiera hacer otra cosa que apuntar los pies en su dirección, el enorme gorila levantó la escopeta caída y la hundió en mi pecho, y me vi obligado a no hacer otra cosa que contemplar impotente cómo se llevaban a mi hermana hacia la cabina.

Y cuando el gorila me obligó a dar media vuelta para dejarme ante Alana, ésta levantó la tapa de la barbacoa y colocó el pedazo de Samantha sobre la parrilla, y un hilillo de humo se elevó de él.

—Oh —dijo Samantha, con voz apagada y lejana—. Oh. Oh.

Se removió lentamente contra sus ligaduras.

—Dale la vuelta dentro de dos minutos —ordenó Alana a Bobby, y después se acercó a mí—. Bien, cerdito —dijo, y me pellizcó la mejilla. No como haría una abuela cariñosa, sino como una clienta astuta que comprobaba el estado de las chuletas. Intenté soltarme, pero no era tan fácil como parecía, con un hombretón clavándome una escopeta en la espalda.

—¿Por qué me llamas eso? —pregunté. Sonó más irascible de lo que debería,

pues en aquel momento mi posición no era muy fuerte, a menos que tuviéramos en cuenta la moral elevada.

—Mi pregunta pareció divertir a Alana. Esta vez, extendió ambas manos, agarró mis mejillas y me sacudió la cabeza cariñosamente de un lado a otro.

—¡Porque eres mi cerdito! ¡Y voy a devorarte, querido!

Y un pequeño y muy auténtico destello pasó por sus ojos, y el Pasajero agitó las alas alarmado.

Me gustaría decir que había estado en situaciones mucho más comprometidas, y siempre había encontrado una manera de zafarme. Pero la verdad era que no podía recordar una ocasión en que me hubiera sentido tan incómodamente vulnerable. Estaba de nuevo inmovilizado con cinta adhesiva e indefenso, con un arma en la espalda y una depredadora todavía más letal delante. En cuanto a mis acompañantes, Deborah estaba inconsciente o peor, y Samantha estaba a punto de convertirse en carne a la parrilla. De todos modos, todavía me quedaba un pequeño as en la manga: sabía que Chutsky andaba por allí, armado y peligroso, y mientras estuviera vivo no permitiría que le hicieran ningún daño a Debs y, por extensión, a mí. Si podía conseguir que Alana continuara hablando un rato más, Chutsky vendría a salvarnos.

—Tenéis a Samantha —dije en mi mejor tono razonable—. Hay suficiente para ir tirando.

—Sí, pero ella quiere que la coman. La carne siempre sabe mejor si es reticente.

Miró a Samantha, quien volvió a repetir: « Oh » . Tenía los ojos abiertos de par en par, desorbitados por algo que yo no supe definir, y concentrados en la parrilla.

Alana sonrió y me dio unas palmaditas en la mejilla.

—Nos lo debes, querido. Por escapar y causarnos tantos problemas. Y en cualquier caso, necesitamos un cochinillo. —Me miró con el ceño fruncido—. Pareces un poco fibroso. Deberíamos marinarte unos cuantos días. Lástima que no queda tiempo, y me encantan las chuletas de hombre.

Admitiré que era un momento y lugar extraños para la curiosidad, pero al fin y al cabo estaba intentando entretenerla.

—¿Qué quiere decir que no queda tiempo? —pregunté.

Me miró inexpresiva, y la completa ausencia de emoción fue todavía más inquietante que su falsa sonrisa.

—Una última fiesta —contestó—. Después, me temo que deberé huir otra vez. Al igual que huí de Inglaterra cuando las autoridades decidieron que demasiados inmigrantes sin papeles habían desaparecido, como ahora aquí. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Me había llegado a gustar el sabor de los trabajadores inmigrantes.

Samantha gruñó, y la miré. Bobby se había plantado delante de ella y estaba

hurgando con la punta del cuchillo en su pecho expuesto parcialmente, como si intentara grabar sus iniciales en un árbol. Tenía la cara muy cerca de la de ella, con una sonrisa capaz de marchitar rosas.

Alana suspiró y sacudió la cabeza con cariño.

—No juegues con tu comida, Bobby —dijo—. Tendrías que estar guisando. Dale la vuelta, querido. —El chico miró a Alana. Después bajó el cuchillo de mala gana, cogió un tenedor de mango largo y dio vuelta a la carne. Samantha volvió a gemir—. Y pon algo debajo de ese corte —dijo Alana, al tiempo que indicaba con un cabeceo el creciente charco de sangre roja que manaba del brazo de Samantha y se extendía sobre la cubierta—. Está convirtiendo la cubierta en un matadero.

—No soy la puta Cenicienta —replicó Bobby—. Para ya con esa mierda de madrastra malvada.

—Sí, pero intentemos ser un poco pulcros, ¿no?

Él se encogió de hombros, y estaba muy claro que se apreciaban tanto como sólo dos monstruos podían ser capaces. Bobby cogió una olla que había debajo de la parrilla y la puso debajo del brazo de Samantha.

—La verdad es que sí enderecé a Bobby —dijo Alana, con una pizca de algo que habría podido pasar por orgullo—. No sabía hacer nada de nada, y le estaba costando a su padre una pequeña fortuna encubrirle. Joe no podía entenderle, pobre corderito. Creía que le había dado todo a Bobby, pero no le había dado lo que en verdad deseaba. —Me miró con una gran exhibición de dientes centelleantes—. Esto —explicó, y señaló a Samantha, los cuchillos, la sangre sobre la cubierta—. Una vez que probó el cerdo largo^[10], y el poder que procura, aprendió a ser cauteloso. De hecho, ese horrible club, Fang, fue idea de Bobby. Una manera encantadora de reclutar miembros para el aquelarre, separando caníbales de vampiros. Y el pinche de cocina nos proporcionó una maravillosa fuente de comida.

Frunció el ceño.

—Tendríamos que habernos limitado a comer inmigrantes —dijo—. Pero le he tomado mucho cariño a Bobby, y suplicaba de una forma encantadora. Y las dos chicas también. —Sacudió la cabeza—. Estúpida de mí. Tendría que haberlo sabido. —Se volvió hacia mí, con la sonrisa radiante en su sitio—. Pero, por el lado positivo, esta vez tengo mucha más pasta para empezar de nuevo, además de algunas nociones de español, cosa que pienso aprovechar. ¿Costa Rica? ¿Uruguay? Algún lugar donde todas las preguntas puedan ser contestadas con dólares.

El móvil de Alana sonó, y le sobresaltó un momento.

—Y yo dale que dale a la sin hueso —dijo al tiempo que miraba la pantalla del teléfono—. Ah. Ya era hora, joder. —Se dio la vuelta y dijo unas cuantas palabras, escuchó un momento, volvió a hablar y guardó el teléfono—. Cesar,

Antoine —llamó a los dos acólitos de las escopetas. Corrieron hacia ella—. Ya ha llegado. Pero... —Agachó la cabeza y añadió algo que no pude oír. Fuera lo que fuera, Cesar sonrió y asintió, y Alana miró a los juerguistas que estaban junto a la parrilla—. Bobby —dijo—, ve con Cesar y échale una mano.

El chico sonrió y levantó la mano de Samantha. Cogió un cuchillo de la mesa y lo levantó, mientras miraba expectante a Alana. La joven gimió.

—No hagas el bufón, cariño —dijo Alana—. Ve a ayudar a Cesar.

Bobby dejó caer el brazo de Samantha, y la joven gimió. Dijo «Oh» varias veces, mientras Cesar y Antoine bajaban por la destartada rampa con Bobby y sus amigos, para luego desaparecer en el parque.

Alana los siguió con la mirada.

—Empezaremos con vosotros dentro de nada —dijo, dio media vuelta y se acercó a Samantha—. ¿Cómo te va, cerdita?

—Por favor —respondió Samantha con voz débil—, oh, por favor...

—¿Por favor? Por favor ¿qué? ¿Quieres que te deje ir...?

—No. Oh, no.

—No te dejes ir, de acuerdo. Entonces, ¿qué, cariño? No se me ocurre qué. —Levantó uno de los afiladísimos cuchillos—. Quizá pueda ayudarte a hablar más fuerte, cerdita —dijo, y hundió la punta en el estómago de Samantha, no mucho, pero repetida y deliberadamente, lo cual se me antojó más terrible, y la chica gritó y trató de zafarse, cosa imposible, por supuesto, ya que estaba atada al palo—. ¿No tienes nada que decirme, querida? ¿De veras? —Samantha se derrumbó por fin, y una horrible sangre roja manó de demasiados sitios—. Muy bien, te concederemos un poco de tiempo para pensar. —Alana dejó el cuchillo sobre la mesa y levantó la tapa de la barbacoa—. Qué fastidio, temo que se ha quemado.

Desvió la vista un momento hacia Samantha para asegurarse de que estaba mirando, cogió el tenedor de mango largo y tiró el pedazo de carne al agua.

Samantha emitió un leve aullido de desesperación y se derrumbó. Alana la miró muy complacida, y después me miró a mí con su sonrisa de serpiente.

—Ahora te toca a ti, queridísimo —dijo, y se acercó a la barandilla.

La verdad, me alegró verla alejarse, pues me estaba costando mucho aguantar su actuación. Aparte del hecho de que no me gustaba ver a los demás infligir dolor y sufrimiento a los inocentes, sabía muy bien lo que me esperaba. No quería ser el siguiente, ni quería convertirme en comida, cosa en la que me iba a convertir si Chutsky no hacía acto de aparición pronto. Estaba convencido de que acechaba en la oscuridad, dando vueltas alrededor de nosotros para atacar desde un ángulo inesperado, intentando encontrar una forma de mejorar las probabilidades, dispuesto a perpetrar una maniobra extraña y mortífera que sólo conocían los soldados veteranos, antes de caer sobre nosotros escupiendo fuego. En cualquier caso, esperaba que se diera prisa.

Alana continuaba mirando hacia la puerta. Daba la impresión de estar un

poco distraída, lo cual ya me convenía. Me proporcionaba la oportunidad de reflexionar sobre mi vida disipada. Me parecía terriblemente triste acabar ahora, tan pronto, mucho antes de haber conseguido algo importante, como llevar a Lily Anne a clases de ballet. ¿Cómo se las arreglaría en la vida sin mi guía? ¿Quién le enseñaría a montar en bicicleta, quién le leería cuentos de hadas?

Samantha volvió a emitir un gemido débil, y la miré. Estaba debatiéndose contra sus ligaduras con una especie de ritmo lento y espástico, como si sus baterías se fueran agotando poco a poco. Su padre también le había leído. Le leía cuentos de hadas, había dicho. Tal vez yo no debería leer cuentos de hadas a Lily Anne. Con Samantha, no había funcionado muy bien. Tal como estaban las cosas ahora, no iba a leer nada a nadie, por supuesto. Esperaba que Deborah se encontrara bien. Pese a su extraño comportamiento de los últimos tiempos, era dura, pero había recibido un buen golpe en la cabeza, y estaba como sin vida cuando la arrastraron abajo.

—Ajá —oí que decía Alana, y me volví a mirar.

Un grupo de figuras estaba avanzando hacia uno de los charcos de luz arrojados por una lámpara. Esta nueva pandilla de jóvenes disfrazados de pirata había entrado en el parque para reunirse con Bobby, y tuve tiempo de preguntarme, ¿cuántos canibales habría en Miami? El grupo daba vueltas en círculo como una bandada de gaviotas, al tiempo que agitaba pistolas, machetes y cuchillos. En el centro del círculo, aparecieron cinco figuras más. Una de ellas era Cesar, el hombre al que Alana había enviado al parque. Con él iba Antoine, el otro guardia, así como Bobby. Entre ellos arrastraban a otro hombre. Por lo visto, estaba inconsciente. Detrás de ellos había un tipo vestido de negro, con una túnica con capucha que ocultaba su cara.

Y mientras los juerguistas daban vueltas y graznaban, el hombre inconsciente echó la cabeza hacia atrás y la luz iluminó su cara, de forma que pude distinguir sus facciones.

Era Chutsky.

Einstein nos dice que nuestra noción del tiempo no es más que una ficción conveniente. Jamás he pretendido ser el tipo de genio que comprende esa clase de cosas, pero por primera vez en mi vida empecé a intuir lo que significaba. Porque cuando vi la cara de Chutsky, todo se detuvo. El tiempo ya no existía. Era como si estuviera atrapado en un solo momento eterno, o en una naturaleza muerta. Alana se recortaba contra las tenues luces de la barandilla del barco pirata de pacotilla, el rostro petrificado en una expresión de regocijo carnívoro. En el parque estaban las cinco figuras inmóviles en el charco de luz, Chutsky con la cabeza echada hacia atrás, la extraña figura de la capa negra detrás de ellos, sosteniendo la escopeta de Cesar. El grupo de piratas exhibía cómicas poses amenazadoras, como posturas animadas de vida sin movimiento. Ya no oía nada. El mundo se había reducido a una foto fija del fin de la esperanza.

Y entonces, a lo lejos, en dirección a la Carrera de Obstáculos, empezó a sonar el ritmo de la horrible música del Club Fang, capaz de inducir migrañas. Alguien gritó, y el tiempo normal empezó a regresar. Alana se dio la vuelta, poco a poco al principio, y después a velocidad normal, y una vez más oí que Samantha gemía, que la Jolly Roger aleteaba en el mástil y el violento latido de mi corazón.

—¿Esperabas a alguien? —me preguntó Alana afable, mientras todo volvía a la horrible normalidad—. Temo que no va a ser de mucha ayuda.

Ya se me había ocurrido esa idea, entre otras muchas, pero ninguna me ofrecía otra cosa que un comentario al borde de la histeria sobre la creciente sensación de impotencia que estaba inundando los cimientos del Castillo Dexter. Aún percibía el olor de la carne asada en la parrilla, y no hacía falta una gran imaginación para intuir que el precioso e irreemplazable Dexter estaría chisporroteando allí dentro de poco, pedazo a pedazo. En un guión muy bueno, con una perfecta estructura hollywoodense, éste sería el momento en que una idea fantástica acudiría a mi cerebro, y de alguna manera conseguiría cortar mis ligaduras, apoderarme de una escopeta y abrirme paso a balazos hacia la libertad.

Pero, por lo visto, yo no vivía en esa clase de guión, porque nada acudió a mi cerebro, salvo la triste y firme idea de que estaba a punto de ser asesinado y devorado. No veía escapatoria alguna, y era incapaz de acallar el estéril gimoteo en mi cerebro el tiempo suficiente para pensar en algo que no fuera la cuestión central: hasta aquí habíamos llegado. Final del juego, se acabó, fundido en negro. Dexter en la oscuridad. Se acabó mi maravilloso ser, adiós para siempre. Sólo quedaría un montoncito de huesos mordisqueados y tripas abandonadas, y una o dos personas atesorarían algunos recuerdos vagos de la persona que había fingido ser, ni siquiera el yo real, lo cual se me antojó profundamente trágico, y por

poco tiempo. La vida continuaría sin mi fabulosa e inimitable persona, y aunque no era justo, era inevitable. El fin, se acabó, *finito*.

Supongo que habría podido morir en aquel mismo momento de pura desdicha y autocompasión, pero si esas cosas fueran fatales, nadie viviría más allá de los trece años. Yo vivía, y vi que arrastraban a Chutsky rampa arriba y lo tiraban sobre la cubierta con las manos atadas a la espalda con cinta adhesiva. La figura vestida de negro armada con la escopeta de Cesar se acercó a la parrilla para vigilarme a mí y a Chutsky, al cual Bobby y Cesar arrastraron hasta los pies de Alana y luego lo dejaron caer boca abajo como un guiñapo flácido y tembloroso. Dos dardos sobresalían de su espalda, lo cual explicaba los temblores. Se habían deslizado a sus espaldas y le habían disparado con un arma de electrochoque, para después dejarle inconsciente mientras temblaba indefenso. Para que luego hablen de los servicios de rescate profesional de categoría.

—Es un bruto bastante grande —dijo Alana, al tiempo que le empujaba con el pie. Me miró—. ¿Es amigo tuyo?

—Define « amigo » —contesté. Al fin y al cabo, había contado con él, y tenía que ser bueno en este tipo de cosas.

—Sí —dijo, y miró a Chutsky—. Bien, no nos sirve de nada. Nada, salvo cartilago y tejido cicatricial.

—De hecho, me han dicho que es muy tierno en el fondo —dije esperanzado—. O sea, mucho más que yo.

—Oooh —se quejó Chutsky—. Oooh, mierda...

—Eh, fíjate, tiene una buena mandíbula —dijo Cesar, y asintió para mostrar su aprobación—. Le di una buena. Debería seguir inconsciente todavía.

—¿Dónde está ella? —preguntó Chutsky, tembloroso—. ¿Se encuentra bien?

—Le di una buena —repitió Cesar a nadie en particular—. Antes boxeaba.

—Está aquí —le dije—. Inconsciente.

Chutsky llevó a cabo un enorme esfuerzo, y en apariencia muy doloroso, para girar el cuerpo y poder mirarme. Tenía los ojos enrojecidos y hinchidos de angustia.

—La cagamos, colega —refunfuñó—. A base de bien.

Parecía demasiado evidente como para hacer comentarios, de modo que guardé silencio, y Chutsky recuperó su anterior postura temblorosa.

—Joder —rezongó con voz débil.

—Llévadle con la sargento Morgan —ordenó Alana, y Cesar y Bobby agarraron a Chutsky de nuevo, le pusieron en pie y fueron a la cabina—. Los demás, id a la Carrera de Obstáculos y comprobad que la hoguera arde. Pasadlo bien —dijo a la bandada de piratas congregados en la pasarela, y cabeceó en dirección a Antoine—. Llévate la ponchera.

Alguien lanzó un alarido, y los dos levantaron la ponchera de veinte litros por

las asas. La figura de negro los rodeó con cautela, con la escopeta apuntada hacia mí, mientras los piratas bajaban por la pasarela y se alejaban hacia el parque. Se perdieron de vista y Alana me devolvió de nuevo su gélida atención.

—Bien, pues —dijo, y aunque sabía que era incapaz de sentir la menor emoción, un oscuro y espantoso regocijo emanaba de la cosa que vivía en su interior cuando me miró—. Y ahora, volvamos con mi cochinito humano.

Cabeceó en dirección al gorila, que se desplazó hacia la barandilla sin dejar de apuntarme, y Alana avanzó.

Era una noche de primavera en Miami y la temperatura rondaría los veinticinco grados, pero cuando se acercó sentí que un viento helado soplaba sobre mí y a través de mí, y batía en los rincones más oscuros de mis partes más profundas, y el Pasajero se alzó sobre sus múltiples patas y lanzó un grito de furia impotente, y sentí que mis huesos se desmenuzaban y mis venas se convertían en polvo y el mundo se reducía a la firme y risueña locura que asomaba en los ojos de Alana.

—¿Sabes algo de gatos, cielo? —me preguntó, y casi estaba ronroneando. Parecía una pregunta retórica. En cualquier caso, sentí de repente la garganta muy seca y no tuve ganas de contestar—. Les encanta jugar con su comida, ¿verdad? —Palmeó mi mejilla con afecto, y luego me propinó una bofetada muy fuerte, sin cambiar de expresión—. Los contemplo durante horas. Torturan a sus ratoncitos, ¿no es cierto? ¿Sabes por qué, cariño? —Recorrió mi pecho y un brazo con una uña roja y muy larga, hasta encontrar un corte producido por los espinos de las serenoas. Frunció el ceño—. No es sólo crueldad, lo cual me parece una pena. Aunque estoy segura de que también hay algo de eso. —Hundió la uña en el corte—. Pero la tortura libera la adrenalina del ratoncito.

Alana hundió más la uña en la tierna carne abierta de mi brazo herido, y yo pegué un bote cuando sentí el dolor y la sangre empezó a manar. Cabeceó con aire pensativo.

—O en este caso, la adrenalina del cochinito. La adrenalina fluye por todo el cuerpo de la pobre bestezuela timorata. ¿Y sabes una cosa, cielo? ¡La adrenalina es un maravilloso ablandador natural de carne!

Hundía la uña en el corte al ritmo de sus palabras, cada vez más, y retorció la uña para abrir la herida más, y aunque dolía, ver el resultado era peor, y no podía apartar mis ojos del terrible rojo de la preciosa sangre de Dexter que manaba a gotas cada vez más numerosas, mientras ella hurgaba y hurgaba sin cesar.

—¡De modo que primero jugamos con nuestra comida, y después sabe mejor! Una diversión tremenda y relajante, que en la mesa ofrece su recompensa. ¿No es maravillosa la naturaleza?

Mantuvo un poco más su larga y afilada uña clavada en mi brazo y me miró durante un largo momento con su espantosa sonrisa congelada. Oí que algunos

juerguistas reían como locos a lo lejos, y Samantha gimió de nuevo, ahora con voz mucho más débil, y volví la cabeza hacia ella. Había perdido mucha sangre, y la olla que Bobby había colocado bajo su brazo había rebosado, de forma que la sangre caía sobre la cubierta, y entonces me mareé un poco e imaginé que la sangre de mi herida se sumaba a la de ella, hasta que cubrían la cubierta de una roja mezcla pegajosa y repugnante, como aquella lejana vez con mamá y mi hermano Brian en el contenedor, y la cabeza empezó a darme vueltas, y sentí que huía del dolor y me precipitaba a la oscuridad roja...

Y una nueva y peor punzada de dolor me devolvió a la realidad de la cubierta del falso barco pirata, mientras la muy real y elegante mujer canibal intentaba atravesarme todo el brazo con la uña. Estaba convencido de que pronto atravesaría alguna arteria, y entonces mi sangre lo cubriría todo. Confié en que, al menos, estropearía los zapatos de Alana. No era una gran maldición, pero no daba más de mí.

Sentí que la presa de Alana sobre mi brazo aumentaba, que hundía mas la uña en mi carne, y por un momento el dolor fue tan espantoso que me dieron ganas de gritar, y entonces la puerta de la cabina se abrió de golpe, y Bobby y Cesar aparecieron en la cubierta.

—Tortolitos —se burló Bobby—. Él va del palo «Debbie, oh, Debbie», y ella continúa fuera de juego, y él dale que dale, «Oh, Dios, oh, Dios, Debbie, Debbie».

—Todo muy divertido —dijo Alana—, pero ¿lo tenéis bien amarrado, querido?

Cesar asintió.

—No irá a ninguna parte —observó.

—Brillante —dijo ella—. ¿Por qué no os vais a la fiesta? —Me miró con ojos entornados—. Voy a quedarme aquí para relajarme unos minutos.

Estoy seguro de que Bobby contestó algo que él consideró muy agudo, y también de que Cesar y él bajaron por la destartalada pasarela para unirse con los demás juerguistas en el parque, pero nada de eso quedó registrado en mi cerebro. Mi mundo se había reducido a las horribles imágenes formadas en el aire entre Alana y yo. Continuaba mirándome, sin parpadear, y sus intenciones estaban tan claras que empecé a pensar que la fuerza de su mirada iba a abrir una herida en mi cara.

Por desgracia, decidió no confiar en el poder de sus ojos para ablandarme. Se alejó de mí poco a poco, como burlándose, y caminó hacia la mesa donde la esperaba la hilera de cuchillos centelleantes. El hombre de negro estaba cerca de ellos, y el cañón de su escopeta nunca se desviaba de mí. Alana examinó los cuchillos y apoyó un dedo sobre su barbilla, mientras los contemplaba con aire pensativo.

—Tanto bueno donde elegir —dijo—. Ojalá tuviera más tiempo para hacer

las cosas bien. Para llegar a conocerte a fondo. —Sacudió la cabeza con tristeza —. Tampoco tuve tiempo con aquel guapísimo policía que me enviasteis. Apenas pude saborearlo antes de abandonarle. Deprisa, deprisa, deprisa. Eso acaba con todo el placer, ¿verdad?

De modo que ella había matado a Deke. Y no pude evitar escuchar un leve eco de mis propias meditaciones, cuando practicaba mi pasatiempo, en sus palabras, lo cual no me pareció justo en un momento como aquél.

—Pero creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, en cualquier caso. Éste.

Levantó un cuchillo grande y muy afilado, que parecía adecuado para cortar pan, y que sin duda le proporcionaría diversión de calidad. Se volvió hacia mí, alzó el cuchillo un poco, avanzó un paso y luego se detuvo.

Alana me miró de arriba abajo mientras ensayaba las cosas que iba a hacerme, y tal vez se deba a que tengo una imaginación exagerada, o puede que reconociera sus intenciones gracias a mi modesta experiencia, pero intuí cada movimiento que pensaba efectuar, cada corte y cada rebanada, y el sudor empezó a empapar mi camisa y a cubrir mi frente, y sentí que el corazón martilleaba contra las costillas, como si intentara abrirse paso entre los huesos y escapar, y allí estábamos, separados por tres metros de distancia, compartiendo un *pas de deux* mental del ballet clásico de la sangre. Alana dejó que su momento de goce se prolongara durante mucho tiempo, hasta que pensé que mis glándulas sudoríparas se habían secado y mi lengua se había hinchado hasta ocupar toda la boca. Y entonces dijo «De acuerdo» con voz ronca y suave y dio un paso adelante.

Supongo que esa idea Nueva Era de que todo acaba por equilibrarse debe de tener algo de cierto, o sea, aparte del hecho de que iba a probar un poco de mi propia medicina, lo cual carece de importancia. Lo que quiero decir es que aquella noche ya había vivido un periodo en que el tiempo se enlentecía y detenía, y ahora, sólo para equilibrar la situación, cuando Alana se volvió hacia mí y levantó el cuchillo, todo pareció acelerarse y suceder a la vez, en una especie de danza espasmódica acelerada.

En primer lugar, se produjo un estrépito espantoso, y el enorme gorila de la coleta estalló en mil pedazos. Su estómago desapareció literalmente en un horripilante chorro de sangre, y el resto salió volando sobre la barandilla del barco, con una expresión de rencor atontado en su cara, y se desvaneció con tal celeridad que fue como si un omnipotente montador cinematográfico lo hubiera eliminado de la escena.

En segundo, y tan veloz que pareció coincidir con el gorila que salió volando por encima de la barandilla, Alana giró en redondo con el cuchillo alzado y la boca abierta de par en par, y saltó contra el hombre de negro, quien amartilló la escopeta y disparó, llevándose por delante el brazo levantado con el cuchillo de la

mujer. Y después, amartilló de nuevo, se volvió, más deprisa de lo que parecía posible, y disparó contra el último de los guardias, que acababa de alzar su arma. Y entonces Alana cayó a los pies de Samantha, el guardia se desplomó contra la barandilla y cayó al agua, y se hizo un repentino silencio en la cubierta del malvado bajel *Vengeance*.

Y después la ominosa y melodramática figura vestida de negro amartilló una vez más la escopeta y se volvió hasta apuntarme con el cañón humeante. Por un momento, todo volvió a petrificarse. Miré la máscara oscura y el arma todavía más oscura apuntada, cómo no, a mi estómago, y me pregunté, ¿habría cabreado a Alguien De Allí Arriba? O sea, ¿qué había hecho para ser condenado a aquel interminable *smorsgarbord* de muerte? En serio, ¿cuántos finales diferentes, e igualmente horribles, puede soportar un hombre relativamente inocente en una sola noche? ¿Es que no existe justicia en este mundo? Aparte de ésa en la que estoy especializado, quiero decir.

Una y otra vez... Me habían aporreado, abofeteado, pellizcado, torturado y amenazado con cuchillos, y amenazado con ser devorado, apuñalado y tiroteado..., y ya estaba hasta el gorro. Ya no podía más. Ni siquiera fui capaz de disgustarme por aquella suprema indignidad. Me había quedado sin adrenalina. Mi carne estaba reblandecida al máximo, y casi significaría un alivio acabar de una vez por todas. Todo gusano ha de rendirse al fin, y Dexter había llegado al punto de no poder aguantar más.

Así que me alcé en toda mi estatura y permanecí inmóvil, dispuesto a dar la cara y afrontar mi destino final con auténtica valentía y viril determinación..., y una vez más, la vida me deparó una buena sorpresa.

—Bien —dijo la figura encapuchada—, da la impresión de que tendré que sacarte las castañas del fuego una vez más.

Y cuando levantó la escopeta, pensé: *Yo conozco esa voz*. La conocía, y no supe si prorrumpir en vítores, llorar o vomitar. Antes de que pudiera hacer nada de eso, el hombre dio media vuelta y disparó contra Alana, quien había reptado lenta y penosamente hacia él, dejando un espeso rastro de sangre. Desde una distancia tan corta, el disparo la expulsó de la cubierta y estuvo a punto de cortarla en dos mitades, antes de que las dos elegantes piezas cayeran formando un confuso guíñapo.

—Zorra asquerosa —dijo el hombre al tiempo que bajaba la escopeta, se echaba hacia atrás la capucha y se quitaba la máscara—. De todos modos, la paga era excelente y el trabajo me iba que ni pintado: soy muy bueno con los cuchillos. —Yo tenía razón. Conocía esa voz—. La verdad, tendrías que haberlo imaginado —dijo mi hermano Brian—. Te proporcioné suficientes pistas, la ficha negra en la bolsa, todo.

—Brian —dije, y aunque era una de las cosas más estúpidas que había dicho en mi vida, no pude evitar añadir—: Estás aquí.

—Pues claro que estoy aquí —contestó con su espantosa sonrisa falsa, y en aquel momento no se me antojó tan artificial—. ¿Para qué está la familia?

Pensé en los últimos días: primero Deborah me rescataba del remolque en los Everglades y ahora esto, y sacudí la cabeza.

—Por lo visto, la familia está para rescatarte de los caníbales.

—Bien, pues aquí estoy —dijo Brian.

Y por una vez su espantosa sonrisa falsa se me antojó muy real y bienvenida.

Como todo ser humano amante de los tópicos sabe, no hay mal que por bien no venga. En este caso, la pequeña ventaja de ser prisionero de caníbales es que siempre hay muchos estupendos cuchillos afilados cerca, y Brian me liberó muy deprisa. Quitarme la cinta adhesiva de las muñecas no dolió tanto esta segunda vez, puesto que no quedaba mucho vello que arrancar de raíz, pero tampoco fue muy divertido, y dediqué un momento a masajearme las muñecas. Por lo visto, fue un momento demasiado largo.

—Tal vez podrías masajearte más tarde, hermano —sugirió Brian—. No podemos demorarnos.

Indicó la pasarela con un cabeceo.

—He de encontrar a Deborah.

Emitió un suspiro teatral.

—¿Qué hay entre tú y esa chica?

—Es mi hermana.

Brian sacudió la cabeza.

—Ya me lo imaginaba, pero démonos prisa, ¿de acuerdo? El parque está infestado de esos tipos, y creo que lo mejor sería evitarlos.

Tuvimos que pasar por delante del palo mayor para llegar hasta la puerta de la cabina, y pese a las prisas de Brian me detuve junto a Samantha, con mucho cuidado de no pisar el charco de sangre que había a su derecha. La examiné con detenimiento. Su cara estaba increíblemente pálida, y ya no se mecía ni gemía, y por un momento pensé que había muerto. Apoyé una mano en su cuello para buscar el pulso. Aún había, pero muy débil, y cuando le toqué el cuello abrió los ojos. Los globos oculares se agitaron y no consiguieron enfocarme, aunque estaba claro que no me reconocía. Entornó los ojos de nuevo y dijo algo que no pude oír, de modo que me acerqué más.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—¿Estaba... buena...? —susurró con voz ronca. Tardé un momento, pero al final comprendí a qué se refería.

Nos suelen decir que es importante decir la verdad, pero por mi experiencia sé que la verdadera felicidad consiste en que la gente te diga lo que quieres creer, que por lo general no es lo mismo, y si más adelante hay que hacer hincapié en la verdad, pues vale. Para Samantha, no iba a haber más adelante, y siendo tal el caso, no descubrí que le guardara el rencor suficiente para decirle la verdad.

De modo que me incliné hacia su oído y le dije lo que deseaba oír.

—Estabas deliciosa.

Sonrió y cerró los ojos.

—No creo que tengamos tiempo para escenas sentimentales —advirtió Brian—. Sobre todo si quieres salvar a esa maldita hermana tuya.

—De acuerdo. Lo siento.

Dejé a Samantha sin la menor reticencia, y sólo me detuve para coger uno de los estupendos cuchillos de Alana de la mesa situada junto a la parrilla.

Encontramos a Deborah detrás del mostrador de lo que había sido el puesto de comida, en la cabina principal del viejo barco pirata. Chutsky y ella estaban atados a un par de grandes tuberías que corrían desde una pila desaparecida hasta la cubierta. Tenían las manos y los pies inmovilizados con cinta adhesiva. Debo reconocer que él casi se había liberado una mano, la única mano, por supuesto, pero hay que reconocer el mérito.

—¡Dexter! —dijo—. Me alegro de verte. Todavía respira. Hemos de sacarla de aquí. —Vio a Brian detrás de mí por primera vez y frunció el ceño—. Oye, ése es el tipo de la pistola eléctrica.

—No pasa nada —dije en tono nada convincente—. Mmm..., de hecho es...

—Fue un accidente. —Se apresuró a intervenir Brian, como temeroso de que le presentara. Se había puesto la capucha de nuevo para cubrir su rostro—. De todos modos, le he rescatado, así que salgamos de aquí a toda prisa, antes de que aparezca alguien más, ¿de acuerdo?

Chutsky se encogió de hombros.

—Sí, claro, vale, ¿tienes un cuchillo?

—Por supuesto —dije. Me incliné sobre él, y sacudí la cabeza impaciente.

—No, joder, venga, Dex, primero Deborah.

Me pareció que un hombre que sólo tiene una mano y un pie, atado de pie y mano, y sujeto a una tubería, no está en situación de dar órdenes en un tono de voz irritado, pero lo dejé pasar y me arrodillé al lado de Deborah. Corté la cinta de sus muñecas y levanté una mano. Noté el pulso fuerte y regular. Confié en que ello significara que sólo estaba inconsciente. Gozaba de muy buena salud, y era muy dura, y a menos que hubiera sufrido una fractura grave, suponía que se pondría bien, pero habría preferido que despertara y me lo dijera en persona.

—Venga, quita de ahí, colega —dijo Chutsky con el mismo tono malhumorado, de modo que corté la cuerda que sujetaba a Deborah a la tubería y la cinta que inmovilizaba sus tobillos.

—Hemos de darnos prisa —indicó Brian en voz baja—. ¿Hemos de llevarle también a él?

—Muy divertido —replicó Chutsky, pero yo sabía que mi hermano hablaba en serio.

—Me temo que sí —confirmé—. Deborah se enfadaría si le abandonáramos.

—Entonces, por el amor de Dios, suéltale y vámonos —dijo Brian.

Se acercó a la puerta de la cabina y se asomó, con la escopeta preparada. Solté a Chutsky y se puso en pie, literalmente, puesto que el otro era un recambio protésico, al igual que la mano. Miró a Deborah un segundo, y Brian carraspeó impaciente.

—Muy bien —dijo Chutsky—. Yo cargaré con ella. Ayúdame a salir, Dex.

Señaló a Deborah con un cabeceo. La levantamos entre los dos y la apoyé sobre el hombro de Chutsky. No pareció notar el peso. Se removió una vez para acomodarla mejor, y después avanzó hacia la puerta como si fuera de excursión con una mochila ligera.

Ya en la cubierta, se detuvo un momento al lado de Samantha, lo cual provocó que mi hermano Brian emitiera un silbido de impaciencia.

—¿Es ésta la chica que Debs estaba tan ansiosa por rescatar? —preguntó Chutsky.

Miré a mi hermano, que estaba dando saltitos en sus prisas por marchar. Miré a mi hermana, tirada sobre el hombro de Chutsky, y suspiré.

—Es ella —confirmé.

Él movió un poco el peso de Deborah para tocar a la muchacha con su mano real. La apoyó sobre la garganta de Samantha y mantuvo los dedos así durante unos segundos. Después negó con la cabeza.

—Demasiado tarde —dijo—. Está muerta. Debbie se va a disgustar mucho.

—Lo siento muchísimo —dijo Brian—. ¿Podemos irnos ya?

Chutsky le miró y se encogió de hombros, lo cual provocó que Deborah resbalara un poco. La atrapó (por suerte no fue con el gancho metálico) y reacomodó su peso.

—Sí, claro, vámonos —dijo, y abandonamos el barco por la rampa.

Bajar por la destartalada pasarela fue un poco difícil, sobre todo porque Chutsky estaba utilizando la mano para sujetar a Deborah y el gancho para cogerse a la cuerda. Pero nos las arreglamos, y una vez en tierra firme nos dirigimos a toda prisa hacia la puerta.

Me pregunté si debería sentirme mal por lo de Samantha. No creía que habría podido hacer algo por salvarla (ni siquiera había triunfado a la hora de salvarme a mí mismo, que era muchísimo más prioritario), pero me incomodaba abandonar su cuerpo en el parque. Tal vez era por culpa de tanta sangre, que siempre me ponía nervioso. O quizá se debía a que yo siempre era muy pulcro con mis restos. Desde luego no era porque considerara su muerte trágica o innecesaria, nada más lejos de ello. De hecho, me sentía algo aliviado por habérmela quitado de encima sin tener que cargar con la responsabilidad. Significaba que estaba libre. No había consecuencias que pagar, y mi vida podría regresar a sus raíles bien aceitados y confortables sin más preocupaciones por procedimientos judiciales frívolos. No, en conjunto, era estupendo que Samantha hubiera visto realizado su deseo, o casi todo. Lo único que me atormentaba era que me daban ganas de silbar, y eso no me parecía correcto.

Y entonces, caí en la cuenta: ¡me sentía culpable! ¡Yo, Dexter Muerto del Todo, Rey de la Insensibilidad! Estaba chapoteando en esa devastadora y definitiva autoindulgencia humana que tanto tiempo había perder: ¡la culpa! Y

todo porque experimentaba una secreta felicidad por pensar que la prematura muerte de una joven era muy conveniente para mis intereses egoístas.

¿Había desarrollado por fin un alma?

¿Era Pinocho un chico de verdad al fin?

Era ridículo, imposible, impensable..., y no obstante, lo estaba pensando. Tal vez era cierto; tal vez el nacimiento de Lily Anne y el haberme convertido en Dex-Papi, más todos los acontecimientos imposibles de las últimas semanas, habían matado de una vez por todas al Oscuro Bailarín que siempre había sido. Tal vez incluso las últimas horas de terror paralizante bajo la mirada de reptil de los ojos azules muertos de Alana habían contribuido, removido las cenizas hasta que una semilla había brotado. Tal vez era un nuevo ser, preparado para transformarse en un humano feliz y sensible, capaz de reír y llorar sin fingir, y de ver un programa de televisión sin preguntarse en secreto qué aspecto tendrían los actores sujetos a una mesa con cinta adhesiva... ¿Era posible? ¿Era un Dexter recién nacido, dispuesto a ocupar al fin su lugar en un mundo de gente real?

Era una especulación de lo más interesante, y como suele suceder cuando uno se mira el ombligo, estuvo a punto de matarme. Mientras me maravillaba de mí mismo, atravesamos el parque hasta la pista de karts, y yo me había adelantado algo a los demás, sin fijarme en nada por culpa de estar tan absorto en mí. Rodeé el cobertizo situado al borde de la pista y casi me di de bruces contra dos piratas arrodillados en el suelo que intentaban poner en marcha un kart de treinta años de antigüedad. Me miraron y parpadearon estúpidamente. En el suelo, a su lado, había dos vasos grandes de ponche.

—Eh —dijo uno de ellos—. Es la carne.

Introdujo la mano bajo su fajín rojo brillante de pirata, y nunca sabremos si intentaba sacar un arma o un chicle porque, por suerte para mí, Brian rodeó el cobertizo justo a tiempo de dispararle, y Chutsky propinó una patada al otro en la garganta, con tanta fuerza que pude oír el crujido, y el chico cayó hacia atrás y emitió ruidos como si se ahogara, con la mano aferrando su tráquea.

—Bien —dijo Brian, mientras miraba a Chutsky con algo cercano al afecto—, veo que no sólo eres un bombón.

—Sí, soy tremendo, ¿eh? Muy útil.

Chutsky parecía algo apagado, teniendo en cuenta que había salido ileso de una orgía canibal, pero tal vez la pistola eléctrica dejaba secuelas emocionales.

—En fin, Dexter —dijo Brian—. Deberías mirar dónde pisas.

Llegamos a la puerta principal sin más incidentes, lo cual fue un alivio, puesto que tarde o temprano se nos acabaría la suerte y nos toparíamos con un número elevado de piratas, al menos los que se mantuvieran sobrios, y lo íbamos a pasar muy mal. No tenía ni idea de cuántos proyectiles le quedaban a Brian en su escopeta prestada, pero no creía que fueran muchos. Por supuesto, debían quedar muchas patadas en el pie de Chutsky, pero no podíamos confiar en que los malos

nos atacaran arrodillados. En conjunto, me sentí muy contento de poder cruzar la puerta y llegar hasta el coche de Deborah.

—Abre la puerta —dijo Chutsky en un tono exigente, y extendí la mano hacia la manija del coche—. La puerta de atrás, Dexter —añadió irritado.

No intenté corregir sus modales. Era demasiado mayor y gruñón para aprender y, al fin y al cabo, la tensión de haber fracasado debía estar afectando a su etiqueta básica. Me limité a tirar de la manija de la puerta trasera. Naturalmente, estaba cerrada con llave.

—¡Joder! —rezongó Chutsky cuando me volví, y vi que Brian enarcaba una ceja.

—Vaya lenguaje —comentó mi hermano.

—Necesito la llave —dije.

—Bolsillo de atrás —me señaló Chutsky.

Vacilé un momento, lo cual fue estúpido. Al fin y al cabo, era muy consciente de que hacía varios años que vivía con mi hermana. Pero aun así me quedé sorprendido por la idea de que la conociera tan bien, de que supiera automáticamente dónde guardaba las llaves. Y se me ocurrió que la conocía de otras maneras inalcanzables para mí, que conocía otros pequeños detalles domésticos de su vida, y por algún motivo ese pensamiento me hizo vacilar un momento, lo cual no fue una decisión muy popular, por supuesto.

—Venga, colega, por el amor de Dios, vuelve a la puta realidad —refunfuñó Chutsky.

—Dexter, por favor —añadió Brian—, hemos de irnos de aquí.

No había duda de que esta noche iba a ser el chivo expiatorio de todo el mundo, un absoluto desperdicio de protoplasma. Pero cualquier protesta significaría más tiempo perdido. Además, era casi imposible oponerse a algo que pudiera poner de acuerdo a ese par. Me acerqué a Deborah, tumbada sobre el hombro de Chutsky, y saqué las llaves del bolsillo trasero de sus pantalones. Abrí la puerta de atrás del coche para que Chutsky pudiera depositar a mi hermana en el asiento.

Llevó a cabo un veloz examen paramédico de Deborah, que le resultó más difícil de lo normal porque sólo tenía una mano.

—¿Linterna? —preguntó sin volverse, y cogí la enorme Maglite reglamentaria de Debs del asiento delantero y la sostuve mientras Chutsky le levantaba los párpados y examinaba la reacción de sus ojos a la luz.

—Ejem —dijo Brian a nuestra espalda, y me volví a mirarle—. Si no te importa, me gustaría desaparecer. —Sonrió, su vieja sonrisa falsa de nuevo, y cabeceó en dirección al norte—. Mi coche está a un kilómetro de distancia, en un centro comercial. Me desharé de esta pistola, y de esta cursi túnica, y ya nos veremos después. ¿Mañana a la hora de cenar, tal vez?

—Por supuesto —dije, y creedlo o no, tuve que reprimir un auténtico deseo

de abrazarle—. Gracias, Brian. Muchísimas gracias.

—De nada —contestó. Sonrió de nuevo, y después dio media vuelta y se alejó en la oscuridad.

—Se pondrá bien, colega —dijo Chutsky, y vi que seguía acucillado al lado de la puerta trasera abierta del coche. Levantó la mano de Deborah, con apariencia de sentirse agotado—. Se pondrá bien.

—¿Estás seguro? —pregunté, y él asintió.

—Sí, estoy seguro. Deberías llevarla a urgencias para que la examinaran, pero se encuentra bien, no gracias a mí y...

Desvió la vista y, durante un largo momento, no dijo nada, tiempo suficiente para que yo empezara a sentirme incómodo. Al fin y al cabo, habíamos convenido en que debíamos marcharnos de allí. ¿Eran éstos el lugar y el momento de dedicarnos a la contemplación?

—¿No vienes al hospital? —pregunté, más para agilizar la situación que por deseo de compañía.

Él no se movió ni dijo nada. Continuó con la vista clavada en la lejanía, en el parque, donde todavía se oían sonidos de parranda y el ritmo de la música que nos traía la brisa nocturna.

—Chutsky —dije, y sentí que mi angustia aumentaba.

—La cagué —dijo por fin, y vi horrorizado que una lágrima resbalaba por su mejilla—. La cagué a base de bien. La dejé tirada cuando más me necesitaba. Habrían podido matarla, y yo no habría podido impedirlo, y...

Inhaló una entrecortada bocanada de aire, pero siguió sin mirarme.

—Me he estado engañando, colega. Soy demasiado viejo para ella, y no sirvo de nada, ni a ella ni a nadie. No con... —Levantó el garfio y se dio golpes en la frente con él. Apoyó la cabeza sobre el apéndice metálico y contempló su pie artificial—. Ella quiere una familia, lo cual es una estupidez para un tío como yo. Viejo. Hecho una mierda, tullido... Y no puedo protegerla, ni siquiera... No es a mí a quien necesita. Soy un desastre total, un vejestorio...

Se oyó una carcajada femenina histérica en el parque, y el sonido devolvió a Chutsky a la realidad. Movié la cabeza hacia delante, respiré hondo de nuevo, con un poco más de decisión, y contemplé la cara de Deborah. Después besé su mano, un largo beso con los ojos cerrados, y se levantó.

—Llévala a urgencias, Dexter —dijo—. Y dile que la quiero.

Se alejó hacia su coche.

—Eh —dije—. ¿No vas a...?

No, por lo visto. Hizo caso omiso, subió al coche y se marchó.

No me quedé a ver desaparecer sus faros traseros en la noche. Sujeté a Deborah con el cinturón de seguridad y subí. Recorrí unos tres kilómetros, lo suficiente para sentirme a salvo, y paré. Cogí mi móvil, pero después me lo pensé mejor y cogí el de Chutsky, que estaba en el asiento donde Deborah lo

había tirado. Su teléfono estaría protegido de detalles sin importancia como identificación de llamada. Marqué.

—Novecientos once —contestó la operadora.

—Será mejor que envíen un montón de chicos a Buccaneer Land ahora mismo —dije, con mi mejor voz de patán sureño.

—Señor, ¿cuál es la naturaleza de la emergencia? —preguntó la mujer.

—Soy un veterano. He estado dos veces en Irak y reconozco un tiroteo cuando lo oigo, y estoy convencido de que se está produciendo un tiroteo en Buccaneer Land.

—Señor, ¿está diciendo que ha oído disparos?

—Más que eso. Fui a echar un vistazo, y había cadáveres por todas partes. Diez, veinte cadáveres, y gente bailando a su alrededor como si fuera una fiesta.

—¿Ha visto diez cadáveres, señor? ¿Está seguro?

—Y después, alguien le dio un mordisco a uno y empezó a devorarlo, y yo huí. Nunca había visto algo tan espantoso en toda mi vida, y eso que estuve en Bagdad.

—Ellos... ¿devoraron el cadáver, señor?

—Será mejor que envíen cuanto antes a los chicos del SWAT —dije, colgué y puse en marcha el coche. Tal vez no detuvieran a toda la gente que había en el parque, pero sí a la mayoría, suficientes para hacerse una idea de lo que había sucedido, y eso bastaría para echar el guante a Bobby Acosta de una forma u otra. Esperaba que con eso Deborah se sintiera mejor por lo de Samantha.

Entré en la I-95 y empecé a conducir hacia Jackson. Había varios hospitales más cercanos, pero si eres un policía de Miami, sueles dirigirte a Jackson, porque tiene una de las mejores unidades de trauma del país. Y como Chutsky me había asegurado que la visita era sólo preventiva, pensé que lo mejor era acudir a los expertos.

Así que conduje hacia el sur lo más rápido que pude, en silencio durante los diez primeros minutos, y justo antes de desviarme por la Dolphin Expressway oí sirenas, y después más sirenas, y una columna de vehículos de emergencia lo bastante larga para hacer frente a una invasión de gran envergadura apareció en dirección contraria. Iba seguida de muy cerca por otra columna de camiones provistos de antenas parabólicas, de los departamentos de noticias locales, todos en dirección norte, cabía suponer que hacia Buccaneer Land. Momentos después de que el ruido se disipara, oí movimientos en el asiento de atrás, y unos segundos después Deborah habló.

—Joder —rezongó, una primera palabra que no podía sorprenderme, teniendo en cuenta el origen—. Oh, joder.

—Te encuentras bien, Deborah —dije, y torcí el cuello para verla por el retrovisor. Estaba tumbada con las manos enlazadas sobre el estómago y una expresión de pavor entumecido en la cara—. Vamos camino de Jackson, sólo

para que te echen un vistazo. No hay nada de qué preocuparse: estás bien.

—¿Samantha Aldovar?

—Mmm... No lo conseguí.

Miré otra vez por el espejo. Deborah cerró los ojos y se masajeó el estómago.

—¿Dónde está Chutsky?

—Bien, ah, la verdad es que no lo sé. O sea, está bien, ya sabes, no resultó herido. Dijo «Dile a Deborah que la quiero», y se largó, pero...

Un camión grande dio un bandazo delante de mí, aunque yo iba en el carril de ocupación múltiple, y tuve que dar un volantazo y frenar. Cuando volví a mirar por el retrovisor, ella seguía con los ojos cerrados.

—Se ha ido —comentó—. Cree que me ha fallado, así que le dio un ataque de nobleza y me ha dejado. Justo cuando más le necesitaba.

La idea de necesitar a Chutsky, dejando aparte el «más», se me antojó casi increíble, pero le seguí la corriente.

—Te vas a poner bien, hermanita —dije, en busca de las palabras tranquilizadoras exactas—. En Jackson te echarán un vistazo, pero estoy seguro de que estás bien, y volverás al trabajo mañana y todo te parecerá normal, y...

—Estoy embarazada —dijo, lo cual me dejó sin habla.

Epílogo

Chutsky se había ido de verdad, Deborah tenía razón al respecto. Al cabo de unas semanas quedó claro que no iba a volver, y no pudo hacer nada para encontrarle. Lo intentó, por supuesto, con toda la destreza determinada de una mujer muy testaruda que también era una buena policía. Pero Chutsky había desarrollado toda su carrera en operaciones clandestinas, y nadaba a un nivel más profundo. Ni siquiera sabíamos si Chutsky era su apellido real. Al cabo de una vida de espionaje, él tampoco debía saberlo, y desapareció tan completamente como si jamás hubiera existido.

Deborah también tenía razón sobre lo otro. Pronto, todo el mundo se dio cuenta de que, de repente, los pantalones le quedaban demasiado apretados, y sus camisas, por lo general sosas, pasaron a ser cosas hawaianas holgadas, del tipo que jamás utilizaría por voluntad propia, ni siquiera para ir a la cárcel después de una noche de borrachera. Deborah estaba embarazada, y estaba decidida a tener el niño, con o sin Chutsky.

Al principio, me preocupó que su nueva situación de madre soltera perjudicara su carrera. Los policías suelen ser personas muy conservadoras. Pero, por lo visto, no me había informado bien sobre el neoconservadurismo. En la actualidad, los Valores Familiares significaban que quedar embarazada siendo soltera estaba bien, siempre que te mantuvieras en esa situación, y el prestigio de Deborah en el trabajo aumentaba a medida que su estómago crecía.

Cualquiera habría pensado que una detective embarazada habría sido capaz de convencer a todo el mundo de la maldad de una persona, pero en la vista para fijar la fianza de Bobby Acosta los abogados dieron la lata con el hecho de que Joe acababa de perder a su mujer, la madrastra de Bobby, quien le había criado y significaba tanto para él, ahora trágicamente fallecida, y olvidaron mencionar que había muerto en el acto de torturar y asesinar a diversas personas, como a mi maravilloso y preciado menda. El juez fijó una fianza de quinientos mil dólares, que era calderilla para la familia Acosta, y Bobby salió alegremente de la sala del tribunal para precipitarse en los brazos de su amantísimo padre, como todos habíamos sabido que pasaría.

Deborah se lo tomó mejor de lo que yo pensaba. Soltó un par de palabrotas, pero al fin y al cabo, era Deborah, y se limitó a decir «Bien, joder, así que el pedazo de mierda se libra», y después me miró.

—Bien, sí —contesté, y con eso bastó. Bobby gozaría de libertad hasta el juicio, lo cual podía significar años, teniendo en cuenta el calibre del abogado que su padre aportaría. Cuando Bobby se presentara al fin ante un jurado, todos los encantadores titulares sobre «Carnaval caníbal» y «Baño de sangre en Buccaneer», se habrían olvidado, y el dinero de Joe conseguiría reducir los cargos a caza furtiva, con una sentencia de veinte horas de servicios a la

comunidad. Una píldora amarga de tragar, quizá, pero así es la vida al servicio de la vieja puta que es la Justicia de Miami, y ya nos lo habíamos esperado.

Y así, la vida recuperó sus ritmos normales, medida ahora por el crecimiento de la cintura de Deborah, la cantidad de pañales acumulados en el cubo de Lily Anne, y las cenas de los viernes por la noche con tío Brian, ahora uno de los platos fuertes de nuestra semana. La del viernes era una noche ideal, entre otros motivos porque era cuando Debs iba a clases de parto, lo cual reducía las probabilidades de que se dejara caer sin avisar y pusiera a mi hermano en una situación comprometida. Al fin y al cabo, desde un punto de vista puramente técnico, él había intentado matarla unos años antes, y yo sabía muy bien que ella no era proclive a olvidar y perdonar. Pero Brian pensaba quedarse una temporada. Por lo visto, le gustaba de verdad jugar a tío y hermano mayor. Y, por supuesto, Miami también era su hogar, y estaba convencido de que incluso en la actual situación económica era el mejor lugar para encontrar un nuevo trabajo adecuado a sus habilidades únicas, y en cualquier caso tenía dinero suficiente para mantenerse a flote durante un tiempo. Fueran cuales fueran sus demás defectos, Alana había recompensado el talento con mucha generosidad.

Y ante mi gran sorpresa y creciente inquietud, un nuevo ritmo había llegado a configurarse, incluso por encima de mi lento y firme florecimiento como ser humano. Lentamente, al principio de una manera tan sutil que no me di cuenta, empecé a notar un tironcito en la nuca, pero no en mi nuca física, ni en nada físico, tan sólo... algo ligeramente detrás y...

Y me daba la vuelta, confuso, y no veía nada, y lo descartaba como si fueran imaginaciones mías, poca cosa más que un caso aplazado de nerviosismo debido a lo que había padecido. Al fin y al cabo, el pobre y maltratado Dexter las había pasado canutas. Era de lo más natural que me sintiera inquieto, incluso nervioso, después de tantos traumas físicos y psíquicos. Muy comprensible, normal en todos los sentidos, nada de qué preocuparse, no lo pienses dos veces. Y continué mis asuntos humanos rutinarios de tiempo de trabajo-tiempo de ocio-tiempo de tele-tiempo de dormir, en el eterno ciclo inmutable, hasta que la siguiente vez que sucedió, interrumpí con brusquedad lo que estaba haciendo y me volví al oír la llamada de una voz muda.

Así continué durante varios meses, mientras la vida se hacía más aburrida y Debs se hacía más grande, hasta que estuvo lo bastante enorme para fijar la fecha de la fiesta de regalos para el niño que esperaba. Y la noche que sostuve esa invitación en la mano y me pregunté cuál sería el regalo perfecto para el Dichoso Acontecimiento, sentí de nuevo el tirón de aquel sonido sin voz, me di la vuelta y, esta vez, enmarcada en la ventana a la que daba la espalda, la vi.

La luna.

Llena, brillante, insolente, encantadora luna.

Cantarina, imperiosa, brillante y resplandeciente, maravillosa luna

vocinglera, susurrando dulces naderías con sus tonos de reptil de acero y sigilo, pronunciando las dos sílabas de mi nombre con su misma voz de ojos oscuros amante de la noche, tan bien conocida de tantas veces anteriores, tan familiar y tan confortable, y ahora tan bienvenida de nuevo.

Hola, vieja amiga.

Una vez más, siento el batir de las alas correosas, que se despliegan en el oscuro sótano, oigo el regocijado susurro del Pasajero, que olvida mis desaires y solicita una venturosa reunión.

Ya es hora, dice, con un leve escalofrío al darse cuenta de que las cosas van a volver a ser como siempre. *Ya es hora*.

Y lo es.

Y aunque pensaba que ya pasaba de todo esto, alejado del barullo y las cuchilladas del Pasajero, estaba equivocado. Aún lo siento, lo siento ahora más fuerte que nunca, me atrae desde la gran luna gorda rojo sangre que cuelga en la ventana con su sonrisa burlona y lasciva, retándome a hacer lo que hay que hacer, y ahora.

Ahora.

Y en los diminutos confines todavía húmedos de mi nueva alma humana sé que no puedo, no oso, no debo (tengo obligaciones familiares). En una mano sostengo la invitación a la fiesta de regalos de Deborah. Pronto habrá un nuevo Morgan, una nueva vida que proteger, una obligación que no se debe tomar a la ligera, sobre todo en este mundo malvado y peligroso. Y esa voz de luna líquida y metálica susurra con astucia que es verdad; claro que sí. El mundo es maldad y peligro, muy cierto. Nadie lo ha negado jamás. Por lo tanto, es algo estupendo lograr que el mundo sea un poco mejor y más seguro, pedazo a pedazo, sobre todo cuando podemos hacer esto y cumplir las obligaciones familiares al mismo tiempo.

Y sí, la idea llega poco a poco y se desenrosca, con una lógica acerada y perfecta. Es cierto, muy cierto, oh, muy cierto y, oh, tan pulcro además, dar sentido a tantas piezas desordenadas que hay que poner en fila y obligar a comportarse, y al fin y al cabo están esas obligaciones familiares, y en cualquier caso está esa voz, esa hermosa voz de sirena, cuyo cántico es demasiado potente, con su risueña voz metálica, para que me niegue ahora.

De modo que vamos al armario de mi polvoriento despacho y guardamos algunas cosas en una bolsa de gimnasia.

Y vamos a la sala de estar, donde Rita y los niños están viendo la tele, y sobre el regazo de Rita está Lily Anne...

Y por un momento me paro en seco, mirándola, su rostro acurrucado en la ternura de su madre, y durante varios largos latidos de corazón su presencia es más fuerte que cualquier canción que la luna pueda cantar. Lily Anne...

Pero al final respiramos, y la profunda melodía de esta noche perfecta

vuelve a mí con el aire y me acuerdo: es por su bien que vamos a hacer esto esta noche. Por Lily Anne, por todas las Lily Annes, para que el mundo en que crezcan sea mejor, y la desenfrenada felicidad regresa, y después el frío control, y nos agachamos para besar a mi mujer en la mejilla.

—He de salir un rato —decimos, con una muy buena imitación de la voz humana de Dexter. Cody y Astor se sientan muy tiesos cuando oyen nuestra voz y contemplan con los ojos abiertos de par en par la bolsa de gimnasia, pero nosotros les miramos y guardan silencio.

—¿Qué? Oh... Pero es... De acuerdo, si estás... ¿Podrías comprar leche de paso? —dice Rita.

—Leche —repetimos—. Adiós.

Y mientras Cody y Astor nos miran con ojos desorbitados, pues saben lo que va a suceder, salimos al manto cálido de la luz de luna metálica que abraza la noche de Miami y la prepara para nosotros, para nuestra noche de Necesidad e Inevitabilidad, porque es preciso hacer lo que vamos a hacer. Nos deslizamos de nuevo en la bienvenida oscuridad, en busca de ese regalo perfecto para la fiesta del niño, el maravilloso regalo para una hermana especial, la única cosa que su hermano sabe que desea, la única cosa que él puede conseguirle.

Bobby Acosta.



JEFFREY P. FREUNDLICH (14 de julio de 1952), más conocido como Jeff Lindsay, es un dramaturgo y novelista estadounidense. Graduado en Middlebury College (Vermont) en 1975, Lindsay está casado con la sobrina de Ernest Hemingway: la también escritora Hilary Hemingway, con la que vive en Cabo Coral (Florida). Con ella ha co-escrito muchas de sus obras, al igual que con Michael Dorn, con el que escribió *Time blender*.

A pesar de ello es mundialmente conocido por ser el creador de Dexter, el asesino en serie protagonista de *El oscuro pasajero* (2004), *Querido Dexter* (2006), *Dexter en la oscuridad*, *Dexter by Design* y *Dexter is delicious*. El primer libro fue incluido en la lista de nominación original para el *Mystery Writers of America* como *Mejor novela inicial*, pero fue eliminado al descubrirse que, durante los 90, escribió varias novelas bajo el seudónimo de Jeffrey P. Lindsay. A pesar de ello, el éxito del personaje fue tal que Showtime le dio una oportunidad televisiva: *Dexter*, protagonizada por Michael C. Hall y cosechando un éxito rotundo. La primera temporada de la serie está basada en el primer libro y la segunda tiene alguna que otra similitud con *Querido Dexter*, pero a partir de entonces se han tomado libertad creativa.

Notas

[1] Colmillos. (*N. del T.*) <<

[2] En español en el original. <<

[3] Plato típico cubano a base de carne de res desmechada. (*N. del T.*) <<

[4] Colmillos. (*N. del T.*) <<

[5] Opositores del regimen cubano exiliados en Estados Unidos. <<

[6] Una de las batallas más largas y sangrientas de la guerra de Vietnam. (*N. del T*) <<

[7] Nombre que daban los soldados estadounidenses al Vietcong. (*N. del T.*) <<

[8] El himno de los *marines*. (*N. del T.*) <<

[9] La bandera pirata. (*N. del T.*) <<

[10] Nombre que utilizaban los canibales de las islas Marquesas para referirse a la carne humana. (*N. del T*) <<